

MIGUEL BLANCO

OTROS MUNDOS

Las huellas de los antiguos dioses



La calavera de cristal y otros
misterios sin descifrar

PRÓLOGOS DE ENRIQUE DE VICENTE,
VICENTE CASSANYA Y
LORENZO FERNÁNDEZ BUENO



Otros mundos

Miguel Blanco

Otros mundos

Las huellas de los antiguos dioses

Prólogos

ENRIQUE DE VICENTE

VICENTE CASSANYA

LORENZO FERNÁNDEZ BUENO



palmyra

Primera edición: mayo de 2011

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Miguel Blanco Medrano, 2011

© De los prólogos: Enrique de Vicente, Vicente Cassanya
y Lorenzo Fernández Bueno, 2011

© La Esfera de los Libros, S.L., 2011

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

Fotografías de interior: archivo del autor

ISBN eBook: 978-84-9970-184-4

Depósito legal: M. 13.879-2011

Fotocomposición: Versal CD, S. L.

Fotomecánica: Unidad Editorial

Imposición y filmación: Preimpresión 2000

Impresión: Cofás

Encuadernación: De Diego

Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

<i>Prólogo 1. La conspiración de los necios,</i> por Enrique de Vicente	17
<i>Prólogo 2. El círculo se cierra, por Vicente Cassanya ...</i>	29
<i>Prólogo 3. El tiempo perdido, por Lorenzo</i> Fernández Bueno	33
<i>Prefacio</i>	39
0. La vibración. Riviera Nayarit.	
México. Montañas de los huicholes	43
Después del año 2012... ..	47
La década de los terremotos	48
El efecto Carrington	51
1. A la búsqueda de las huellas de los dioses	
El Cairo, 2 de enero de 2010	53
Asuán, abril de 1981	55
La isla de los dioses	58
El obelisco inacabado. Asuán	64

2. Los Shemsu Hor. Edfu. Egipto. Templo de Horus...	71
¿Quiénes eran los Shemsu Hor?	72
Los misterios del templo de Denderah	75
Denderah. El Templo de los Dioses	76
Las bombillas de Denderah	80
3. El Cairo. El museo de las maravillas	85
La Estela del Inventario	86
El avión de Saqqara	88
<i>Boomerangs</i> en el Antiguo Egipto	90
Las huellas egipcias en Australia	92
El disco del príncipe Sabu	93
4. Cuando los dioses llegaron a la Tierra.	
Los dogones en África	97
Los Nommos	102
5. Senegal. La casa de la palabra.	
La isla de las conchas	117
La casa de la palabra	120
6. El mar de arena	127
Goulimine, la Puerta del Desierto, 1985	127
Desierto del Sáhara, Mauritania	129
El paso de Amoghar	132
Chinguetti, la séptima ciudad santa del islam	135
La biblioteca islámica	138

Índice

7. Los gigantes del Tassili	143
El Tassili	143
Cien mil «acertijos» sin descifrar	145
Los dioses celestes	147
En terreno hostil	150
Los astronautas del Tassili	154
La tumba del «gran dios marciano»	156
Ovnis en el Tassili	156
Dos teorías enfrentadas	158
8. Los septenios	163
9. Los hijos de los dioses	171
Los Nefilim	176
Los gigantes	180
Estambul	185
Los dioses alados: museo de Anatolia (Ankara)	188
Las ciudades subterráneas	192
La ciudad de Kaymakli	193
La ciudad de Derinkuyu	195
Los mapas de Piri Reis	197
El palacio de Topkapi y las reliquias sagradas ...	199
10. Selva amazónica. Frontera entre Venezuela, Colombia y Brasil	209
Año 1990, a orillas del río Parguasa, en un poblado de los indígenas piaroas	209

Otros mundos

Los indígenas piaroas	211
El poblado piaroa	217
La planta mágica: el yopo	219
El portal de los piaroas	223
11. El tiempo	229
12. El sabio de las flores. Nepal	237
Katmandú (Nepal)	238
La diosa viviente	240
Pashupatinath: las orillas de la muerte	242
El sabio de las flores	247
13. El Pilar de Asoka. Nueva Delhi. India	251
Artefactos volantes en la antigua India	253
Artefactos voladores de tiempos remotos	256
Armas atómicas en la antigua India	260
14. El cráneo de las estrellas. El Star Child	263
La reliquia más importante de la humanidad	263
El cráneo del niño de las estrellas	265
15. México. Guatemala. Belize.	
Las calaveras de cristal	271
El misterio de las calaveras de cristal	274
La calavera del destino	275
La calavera del Museo Británico	284

Índice

La calavera del Smithsonian	287
La calavera de Sha-na-ra	288
El cráneo Amy	288
La calavera de Texas	289
La Baby Luv	289
La calavera de la cruz del relicario	290
16. Cuando estuve muerto	293
5 de enero de 1996, noche de Reyes	293
Un mes y medio antes en Haití	293
Madrid, Navidad de 1995	296
Día de Reyes	298
El extraño viaje	299
17. La puerta mágica de Aramu Muru. Lago Titicaca, Perú	305
La puerta mágica de Aramu Muru	307
La Puerta de las Estrellas	311
18. Misterios de Perú	317
Las figuras de Ica	318
Las pistas de Palpa	325
19. Los indios hopi	335
Arizona. La tierra de los indígenas «Pueblo»	337
El gran viaje	341
Los cuatro mundos	344

Otros mundos

La roca de las profecías	346
La piedra de los hopi	351
Profecía de los indios hopi (1920)	353
20. El espejo de obsidiana. Puerto del Carmen (Riviera Maya), México, primeros de septiembre de 2010	365
Madrid, 9 de septiembre de 2010	368
<i>Epílogo.</i> El Cairo, diciembre de 2010. El Fishawi. El café de los espejos	371
La vibración 2	377
Montañas de los huicholes, México	377
Madrid, diciembre de 2010	383
Hemisferio izquierdo	385
Hemisferio derecho	385
<i>Agradecimientos</i>	389

A Gabriel Blanco, que decidió acompañarnos en la senda de esta vida para enseñarnos lo único que es importante.

A mi familia, por acompañarme en este viaje.

Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.

BERTOLT BRECHT

Prólogo 1

La conspiración de los necios

*M*iguel Blanco me envía un e-mail, reclamándome este prólogo, el martes (2), a las 11.11 del 11-01-2011. Quienes están al tanto de lo que significa la conexión 11.11 en el juego cósmico en que estamos implicados —el resto puede buscar información en internet— entenderán perfectamente el espíritu que anima estas líneas.

Nada sucede por casualidad. Todo está cargado de significaciones, unas manifiestas, otras ocultas. Todo tiene un sentido; sólo hace falta saber leer los signos y las señales.

Esta es una convicción que comparto desde siempre con Miguel. Y ahora me reafirmo en ella, al examinar los hechos que se suceden mientras escribo este prólogo.

Le conocí hace más de treinta años. Mucho antes de que se convirtiese en una figura mítica de la radiodifusión española y en gran nuncio peninsular de los tiempos decisivos que nos ha tocado vivir. Unos años críticos, sobre cuya naturaleza y de-

seado desenlace profetiza el lema con el que, desde hace más de dos décadas, se inicia su programa *Espacio en Blanco*: «Sólo cuando el túnel está en la más absoluta oscuridad, es cuando puede volver otra vez la luz...».

En aquel entonces Miguel ya dirigía un programa sobre estos temas, cuyo título —*Nueva Generación*— expresaba el espíritu que desde siempre le ha animado, en una emisora —Radio Juventud— cuyo nombre sintonizaba con su tierna edad.

Desde entonces nuestros destinos se han entrelazado de cien formas diferentes y decisivas. Lo han hecho siempre tejiendo *sabiamente* una amistad profunda y *cómplice*, fundamentada en un cariño y admiración recíprocos, pero sobre todo en una común convicción: vivimos tiempos excepcionales, sumido nuestro planeta en una aceleración progresiva de todos los acontecimientos que nos conduce a una encrucijada crítica que tiene dos caras: una implica peligro; la otra, transformación.

Y, ya entonces, ambos estábamos decididos a participar activamente en ese cambio global.

Una década decisiva

Quiere el destino que este nuevo libro suyo aparezca en el 2011, al comienzo de la que creo será recordada como la década prodigiosa. Y en un año que empezó con una sucesión de misteriosos sucesos y con la intensificación de los desastres naturales.

Tanto unos como otros caracterizaron también al año precedente y confirman las arriesgadas opiniones que vengo exponiendo desde mucho antes de que los científicos aeroespaciales anunciaran para 2013 una actividad solar con inquietantes consecuencias tecnológicas. A estas es imprescindible añadir los efectos que —tanto dicha radiación solar, como otra de origen cósmico insuficientemente comprendida pero de trascendental importancia— ya está comenzando a tener sobre los campos magnéticos de la Tierra y de todos los seres vivos, incluidos los humanos, provocando trastornos de todo tipo y presagiando mutaciones imprevisibles.

Es lógico que los científicos *responsables* y demás personas *sensatas* omitan esta segunda parte de lo que ya tenemos encima. Porque de no hacerlo podrían ser tachados de catastrofistas que siembran la alarma, sin contar para ello con pruebas suficientemente contrastadas y demostrables. Pero ¿cómo podemos comprender y demostrar hechos y situaciones sin parangón histórico conocido? ¿Debería impedirnos alzar la voz esta ignorancia nuestra y el miedo que impone lo desconocido?

Animado por este desafío inédito que nos plantea el inmediato futuro, me atreveré una vez más a señalar en la dirección en la que nadie parece querer mirar, en aquella hacia la cual Miguel abre como nadie los micrófonos de su programa. Porque pesa más la responsabilidad de informar sobre las posibilidades que este nos plantea y de las cuales deberíamos ser conscientes, que callar por temor a las críticas de los necios, contra las que me considero suficientemente inmunizado. Y porque

callar cuando creo que debo alzar la voz no sólo sería cobardía, sino traición a la humanidad, al omitir mi deber de informar sobre hechos que considero cruciales.

¿Se intensifica la presencia extraterrestre?

El año 2010 fue decisivo. Tanto en lo concerniente a descubrimientos y declaraciones favorables a la existencia de vida extraterrestre como en las manifestaciones de Ovnis, que no tienen precedentes en cuanto a intensidad y extensión planetaria.

Estas culminaron con la multitudinaria observación de misteriosos objetos sobre Nueva York el 13 de octubre.

Todos los grandes medios informativos *nacionales* se apresuraron a explicarlo unánimemente como globos promocionales soltados sobre esta capital de nuestro mundo globalizado, ¡y misterio resuelto!

Ninguno reflexionó sobre lo necio y temerario que era soltar dichos globos en una ciudad que ha sufrido el más impresionante atentado de la historia, porque los terroristas podrían usarlos para difundir sustancias tóxicas y por la alarma que su observación podría provocar.

Ninguno se preguntó si habían sido esos mismos globos los que obligaron a paralizar durante una hora los tres aeropuertos de Nueva York, al igual que otros Ovnis habían obligado a cerrar importantes aeródromos chinos. Todos se limitaron a

aceptar como borregos la explicación oficial, que lo atribuía al desalojo del Centro de Control Aéreo, debido a unas emanaciones de gas insuficientemente aclaradas.

Ninguno explicó cómo podían brillar esos globos para convertirse en las misteriosas luces nocturnas que fueron ampliamente filmadas por la empresa Earthcam, tanto esa misma noche como nueve días después, maniobrando sobre la Gran Manzana, al igual que lo hicieron —ese 13 de octubre— sobre una docena de lugares tan lejanos como Moscú, Malasia, Japón o Corea.

Ninguno se detuvo a reflexionar sobre una coincidencia más que improbable: para esa fecha precisa y con mucha antelación, el capitán retirado del NORAD (North American Aerospace Defense Command) Stanley Fulham había anunciado la aparición sobre grandes ciudades de las naves extraterrestres: aseguraba que había mantenido contacto con ellas y que su finalidad era que nos familiarizáramos con su presencia. De igual manera, anunció el 3 de diciembre, poco antes de morir víctima de un cáncer, que dichas naves volverían a manifestarse sobre Moscú en los primeros días de 2011 e intensificarían posteriormente su presencia, antes de proceder al contacto abierto. Y así lo hicieron, siendo filmados sobre la capital rusa durante varios días de enero.

Muy pocos medios informaron sobre la intensa oleada Ovni que se cernió sobre Estados Unidos y sobre otros muchos países en los días previos y posteriores a este incidente. Una oleada que aún continúa, tras culminar en una manifestación —absoluta-

mente inédita en la historia de la ufología, por su sincronía y extensión— sobre cuarenta ciudades de todo el mundo, con una multitud de luces inexplicables filmadas momentos después de que los fuegos artificiales anunciaran la llegada del año 2011, precisamente cuando contaban con muchos espectadores mirando al cielo y dispuestos a filmar lo que allí apareciese.

Muertes de animales, inundaciones y terremotos

Esos mismos fuegos artificiales del Año Nuevo habrían sido los que, según la hipótesis irrisoria repetida por todos los informativos, explicarían otro gran enigma al que nos hemos enfrentado en los primeros días del año: habrían provocado un estrés insoportable a miles de pájaros, que les habría obligado a posarse en las carreteras, provocando que fueran atropellados. ¡Un nuevo misterio resuelto!

Siempre, claro está, que no consideremos hechos esenciales: que nunca antes había sucedido esto en idénticas circunstancias; que las muertes masivas se habían detectado entre el 29 de diciembre y la primera quincena de enero y en más de veinte puntos de todo el planeta; que estas incluían, además de multitud de aves de diversas especies, a otros animales como peces, pulpos, cangrejos, erizos, estrellas de mar e incluso focas; que las autopsias de las aves descartaban como causas tanto las derivadas de dicho estrés como la intoxicación química...

La inmensa mayoría de los medios ignoró, una vez más, que nos enfrentamos a un hecho enigmático de consecuencias *posiblemente* alarmantes.

Sólo unos pocos investigadores alternativos plantearon una explicación incómoda: la posibilidad de que estas masacres hubiesen sido causadas por la intensa y prolongada tormenta solar que golpeó la magnetosfera terrestre desde el 29 de diciembre. Esta habría provocado bruscos cambios geomagnéticos que afectaron gravemente a peces y aves, aunque también a seres humanos, como advirtieron muchas personas sensibles *que sufrieron diversos trastornos psicofísicos* en esas mismas fechas. Y dichas perturbaciones se habrían visto además incrementadas por las que, como *está comprobado*, se producen en fechas anteriores y posteriores a un eclipse de Sol; más aún si se da muy cercano al perihelio, como ocurrió en el del 4 de enero.

Estos y otros factores cósmicos habrían producido cambios en los ejes magnéticos de la Tierra, que *obligaron a realizar reajustes en algunos aeropuertos*. Y también habrían contribuido a las alteraciones climáticas y sísmicas que en esas semanas produjeron inundaciones sin precedentes en países como Brasil, Australia, Malasia o Filipinas, así como a múltiples terremotos en todo el planeta que duplican en número e intensidad la *ya inquietante* media mensual registrada durante las dos últimas décadas.

¿Cuáles son los verdaderos orígenes de la humanidad?

Si traigo a colación estos sucesos se debe a mi convicción de que todos ellos guardan una relación profunda con el título y contenido del anterior *best seller* escrito por Miguel Blanco: *2012. Mayas: los señores del tiempo*, del que este es una continuación.

El motor invisible de aquel libro eran sus tentativas de responder a dos de las grandes preguntas que siempre han inquietado a la humanidad: quiénes somos y hacia dónde vamos.

Contestar a otra estrechamente relacionada con las anteriores —de dónde venimos, cuáles son los verdaderos orígenes de la humanidad— es el que subyace en esta nueva obra.

Y en ambos volúmenes, entretejido por sus aventuras y descubrimientos en los más diversos rincones del globo, un mismo hilo de Ariadna: las visitas a nuestro planeta de seres extraterrestres, que nos habrían aportado las semillas de la civilización, después de avivar en nosotros la chispa de la conciencia. Seres que ahora podrían estar cumpliendo la promesa que —como Miguel nos recuerda insistentemente— todas las tradiciones atribuyen a sus dioses: regresar en el momento preciso en que estamos alcanzando nuestra mayoría de edad, para alumbrarnos en el parto de un mundo nuevo y de una nueva humanidad.

Pero, si desean respetar nuestro proceso evolutivo, lo harían sin intervenir directamente; no lo olvidemos nunca.

Tras buscar en este volumen *las huellas de los dioses*, que nos demostrarían la presencia de *otros mundos* en el nuestro, Miguel Blanco ha constatado que muchas de ellas han desaparecido de los museos en los que tanto él como yo pudimos contemplarlas, como otras ya lo hicieron en el pasado.

Así ha ocurrido también, a lo largo de los siglos, con multitud de documentos y textos esenciales para comprender nuestro pasado. Ampliamente referenciados en otras obras *ortodoxas* que sí conocemos, encontramos los títulos de algunas de ellas que proporcionaban amplios detalles sobre la historia de los dioses civilizadores y los conocimientos que nos entregaron. Desde la *Historia de los fenicios* ampliamente citada por el obispo Eusebio de Cesarea, hasta los tratados desaparecidos de la *Biblioteca de la historia*, escrita por Diodoro de Sicilia.

Algunos de esos textos, por ser muy famosos en su época, reaparecieron accidentalmente durante los dos últimos siglos. Es el caso del llamado *Libro de Enoc*, versiones del cual se encontraron en Etiopía y entre los manuscritos del mar Muerto. En este apócrifo intertestamentario se narran los viajes celestes de este patriarca bíblico, bisabuelo de Noé, y también la historia de los Vigilantes que decidieron descender para unirse a las hijas de los hombres, entregándoles sus artes y ciencias, mucho antes del diluvio. Dos historias tan reveladoras como trascendentes, a las que alude el Génesis con dos breves párrafos.

Como estas, innumerables obras desaparecieron en las sucesivas destrucciones de la Biblioteca de Alejandría y en los miles de incendios ordenados por los guardianes de todas las ortodo-

xias. Textos que nos habrían permitido entender mejor nuestro remoto pasado y tener una visión diferente de lo que llamamos realidad.

El juego ha terminado

Pero no nos engañemos. Tanto entonces como ahora, con esta milenaria conspiración del silencio, las autoridades no tratan sólo de evitar el desmoronamiento de nuestros esquemas culturales, sociales y religiosos; no temen sólo verse obligados a reescribir esa historia ignorada, anterior a la historia que se narra en los libros de texto.

Lo que está en juego es mucho más.

Es muy peligroso que el ser humano descubra la verdad sobre sus orígenes, su prodigiosa naturaleza y su posible futuro.

Se trata de evitar a toda costa que tomemos conciencia de que somos psicobiocomputadoras, programadas desde la cuna a la tumba, para servir dócilmente a un sistema establecido, la comprensión de cuyo sentido último escapa incluso a sus cuidadores.

No interesa que los seres humanos despierten, que se den cuenta de que se comportan como borregos, hipnotizados para ignorar la increíble verdad, y decidan salirse del redil.

Porque entonces habría llegado a su fin el siniestro sistema de explotación del ganado humano, implantado en la noche de los tiempos por los que se consideran nuestros dueños.

A lo largo de la historia, miles de seres humanos tomaron conciencia de esa situación y la denunciaron. Desde los gnósticos a brillantes autores como Doris Lessing, desde los cátaros a maestros como Gurdjieff, nos explicaron que los seres humanos son espíritus aprisionados en esta cárcel virtual, que se comportan como máquinas dormidas, alimentando con sus energías negativas a seres de otro nivel, como nosotros nos alimentamos del reino animal, este del vegetal y este otro del mineral. Esto nos parece absurdo e inaceptable, pero sólo porque estamos metaprogramados para rechazar lo que resulta peligroso para la subsistencia de este Sistema.

Lo que me parece más triste es la función que cumplen los borregos necios en este Juego de la Realidad. Esos que cumplen orgullosamente su función, como guardianes intelectuales del orden establecido en el redil, dictaminando lo que resulta aceptable y lo que no lo es, aquello con lo que deben alimentarse nuestros cerebros adormecidos y los hechos sobre los cuales no se debe informar.

Pero, en estos momentos, el Juego está llegando a su fin.

Paralelamente a todo lo que ya está sucediendo en la Tierra, los astrónomos han comenzado a descubrir acontecimientos celestes que escapan a su comprensión, y cada vez lo harán más. Son los signos de que los tiempos descritos por todas las tradiciones proféticas han llegado. Nos anuncian la llegada de unos nuevos cielos, una nueva Tierra y un hombre nuevo; el parto del Sexto Sol y el nacimiento del Quinto Mundo, del que hablan todas las tradiciones americanas, en las que Miguel ha sido iniciado.

Sólo los necios pueden intentar frenar esa marea.

Las puertas estelares —que los iniciados en la antigua sabiduría diseñaron cuidadosamente en monumentos megalíticos, templos, pirámides, catedrales y otros lugares de poder— están a punto de abrirse y permitir que afluya a nuestro mundo la luz celestial de la que se vio privado durante milenios y que puede avivar su adormecida conciencia.

La *Matrix* en que vivimos inmersos tiene sus días contados.

En el fondo de tu ser, amigo lector, tú lo sabes.

Sólo hace falta que despiertes de tu sueño milenario y te atrevas a saltar fuera del redil.

Ahora es el momento.

Deseo que este libro fascinante te ayude a hacerlo.

ENRIQUE DE VICENTE, director de la revista *Año Cero*.

En Ávalon, en las mismas tierras en las que Miguel tuvo su morada rural durante años,
a 21 de enero de 2011.

Prólogo 2

El círculo se cierra

Conocí a Miguel Blanco cuando me invitó a su programa *Espacio en Blanco*, de Radio 5, en Radio Nacional de España. Sería a finales de los años ochenta o principios de los noventa, hace unos veinte años. Creo recordar que fue nuestro común amigo Enrique de Vicente quien nos puso en contacto; algo nada extraño: Enrique ha propiciado tantos encuentros y tantos frutos, directos o indirectos, en el mundo del saber heterodoxo en España que todos debemos estarle agradecidos. Hacía poco que yo había publicado mi primer libro sobre astromundial, Enrique estaba empezando a dirigir la revista *Año Cero* y Miguel conducía un programa exitoso, de gran audiencia.

No tardaría en surgir una gran amistad entre Miguel y yo que nos llevaría, entre otras cosas, a viajar juntos en una expedición a Venezuela, Haití y México con un pequeño equipo humano y un cámara para filmar asuntos tan interesantes y excitantes como el eclipse de Sol más largo del milenio (11 de julio

de 1991), el complejo de pirámides de Teotihuacán y algunos rituales de vudú. Este viaje me sirvió, entre otras cosas, para estudiar temas como el calendario maya —ahora tan en boga— y la religión danzante del vudú, bastante alejada, por cierto, de los tópicos en torno al tema. También nos adentramos en la selva para conocer tribus indígenas y hablar con sus chamanes. Puedo recordar muchas sensaciones, como aquella especie de anochecer prematuro en pleno día de sol, con motivo del eclipse, donde vimos caer la luz y la temperatura drásticamente junto al río Orinoco mientras los pájaros se escondían a toda velocidad; aquel picante tan exagerado, de un rojizo cobre, hecho con hormigas; el baño que nos dimos en el río hasta que apareció una serpiente de grandes proporciones; el espectáculo de ver a personas entrar en trance en los rituales de vudú y cómo uno mismo siente como si cada neurona, como si cada poro de su piel danzase involuntariamente...

Y gracias a ese viaje conocí un poco más a Miguel Blanco, un aventurero buscador de maravillas que siempre está viajando para ampliar sus horizontes. Cuando viajas con Miguel te das cuenta de que el viaje para él es terapéutico. Por alguna extraña razón, a Miguel parece quedarle pequeño el mundo en el que una persona se mueve cotidianamente y necesita explorar otros territorios, otras culturas, otras creencias... otros mundos. Miguel tiene el espíritu de buscador de leyendas metido en la piel, en su ADN. Quizá sea por un secreto anhelo de vivir una vida plena o por su trasfondo místico y espiritual. Una mística que Miguel destila muy bien en las

ondas de radio, pero que necesita desplegar también en otras dimensiones.

En la vida hay un tiempo para cada cosa, y lo cierto es que Miguel y yo casi nos habíamos perdido la pista en los últimos tiempos, hasta que volvimos a vernos hace un par de años aproximadamente. Y me encantó, porque he redescubierto a un amigo que ha mejorado como persona.

El paso de los años no le ha quitado ni una pizca de ilusión por viajar, descubrir, soñar... Al contrario, le ha sumado algo hermoso, porque ahora Miguel tiene más luz, que seguro se habrá ido procurando con todas las enseñanzas que recoge por todo el mundo.

Miguel Blanco sigue siendo aquel viajero, aventurero y buscador de leyendas que conocí hace tantos años, rastreador de la belleza en medio de la diversidad multicultural.

El autor de este libro sabe que la verdad es algo que muchas veces está oculto a la vista y también a la razón. Por eso, su visión supera la normalidad de las miradas y apunta siempre más allá o a sorprendentes dimensiones que, en ocasiones, pueden parecer de ciencia-ficción. De hecho, más que mirar con la vista, Miguel Blanco parece mirar con el corazón y todos los sentidos. Y es así como deberás leer este libro si quieres entenderlo.

VICENTE CASSANYA,
director de la revista *Tu Suerte*.

Prólogo 3

El tiempo perdido

Escribir después de ver es más fácil, especialmente cuando las líneas forman parte de un libro con vocación de cuaderno de viajes. Pero para ver es necesario dejar prejuicios atrás, obviar los apriorismos que nos encogen como seres inteligentes que se nos supone, y que se ciñen a nuestra mente como un corsé sin hilos. Porque esa es la manera de que nuestro ser primitivo —ese que parece esconderse en algún rincón de nuestro enigmático cerebro— salga y se reinvente en esos lugares que se reparten a lo largo y ancho de nuestro mundo, donde los saberes del chamán siguen siendo un poderoso remedio para combatir el mal, o la magia se paladea y se trabaja, porque aún hoy se cree en ella; enclaves en los que un hombre del que ya no guardamos memoria dejó parte de su extraordinario conocimiento impreso sobre la piedra impecedera, planteando milenios más tarde tantas incógnitas que su mera contemplación todavía nos sobrecoge, demostrando una vez más que nuestra conciencia primermundista, tan sobrada de

tecnología y carente de la necesaria espiritualidad (que sí sabía cuidar la humanidad pasada), peca de una soberbia incomprensible, pues ante ese mismo pasado no queda más remedio que admitir que estamos en pañales.

Hace pocas semanas he regresado de Tiahuanaco, lugar que el autor de este trabajo conoce sobradamente. Una vez más un vértigo descomunal queda asido al alma cuando, observando esas piedras que resisten el envite de los milenios, nos vemos obligados a montar en nuestra particular máquina del tiempo y viajar a un tiempo impreciso, ese mismo en el que la leyenda asegura que en esta ciudad colosal del altiplano boliviano, a más de 3.800 metros de altitud, los hombres, creación imperfecta del gran dios Viracocha, convivieron con los gigantes. Y fueron las malas artes de los primeros las que provocaron la cólera de la divinidad, que, sin dudarlo, y como se advierte en las tradiciones de más de quinientas culturas de la antigüedad, les envió un severo castigo en forma de diluvio: el terrible Uno Pachacuti que destruyó todo... Bueno, todo, menos Tiahuanaco. De la catástrofe, una vez se retiraron las aguas, quedó el gran lago Titicaca, un mar de agua salada ubicado a una altura casi imposible; y Tiahuanaco, con sus pirámides, sus templos sembrados de cabezas calvas (que intentan escapar de entre sus muros de piedra y que representan a razas desconocidas) y sus monolitos: tallas como el Bennet de más de siete metros que, a ojos de ese mismo hombre primermundista, más que sacado del pasado parece provenir del futuro...

Llegados a este punto, no es difícil estar de acuerdo con la idea que Miguel Blanco propone en este libro: la posibilidad de

que nuestros antepasados convivieran con una suerte de dioses, así llamados simplemente porque, como ocurriera con los conquistadores del Nuevo Mundo, montaban en «animales desconocidos» y poseían un poder y una evolución que asombró a los pueblos nativos de esa bisona América.

Basta con atender a los mitos de estos mismos pueblos para hacerse a la idea de que grandes dioses como Kukulcán, Make Make o el mismísimo Viracocha, como los grandes avatares de todos los tiempos, aparecen, cumplen su función —casi siempre trascendental para el devenir del tiempo futuro— y, del mismo modo, desaparecen, quedando de su paso por nuestra realidad las representaciones que encontramos en los frisos de los templos, a los pies de las pirámides o en el arte rupestre, donde es posible que se hallen los vestigios más antiguos de las primeras «venidas» de estos dioses de apariencia sospechosamente humana pero conocimiento indudablemente superior al del tiempo en el que surgen, que queda escrito en códices o paredes de los abrigos de montaña.

Eso es lo que se percibe cuando se viaja; eso es lo que se aprende cuando comprendemos que más allá de políticos nefastos, confesiones caducas o inundaciones de telebasura hay algo ancestral, tanto como nosotros mismos, que todavía hoy se mantiene vivo en los lugares más insospechados del planeta.

Miguel Blanco hace muchos años que me inculcó el amor por esos grandes enigmas del pasado, por esas grandes incógnitas que todavía hoy atesoran determinadas comunidades de

lugares remotos; despertó en mí la curiosidad, tan innata a nuestra especie como actualmente en peligro de extinción, por saber más, por no creer en el pensamiento único; porque la verdad, sea la propia o la común, no se escribe en una sola dirección.

Es probable que el lector que se acerca hasta estas páginas sea consciente de que está a punto de traspasar una puerta ignota que le ha de conducir, como la Hayu Marca de Tiahuanaco, a un universo diferente; a un pasado que poco o nada tiene que ver con la historiografía ortodoxa; a ese punto en el que la realidad parece fundirse en perfecta armonía con la leyenda, a la que siempre hay que atender y de la que siempre hemos de extraer ese hálito de realidad que esconde.

A Miguel Blanco lo conocí cuando era un muchacho imberbe a través de las ondas de Radio Nacional de España, la que ha sido su casa siempre. Años después tuve la inmensa fortuna de formar parte de su equipo, un grupo humano que disfrutaba del género del reportaje como pocas veces he vuelto a ver; que se ilusionaba con el dato; que creía firmemente en lo que hacía. Y ahora, en esta nueva etapa de *Espacio en Blanco*, he tenido la inmensa fortuna de compartir otra vez conversación y micrófono con el que ha sido un maestro para muchos de nosotros. Por eso, porque lo conozco bien, sé que al pasar cada página se han de encontrar con una sensación que no se puede palpar ni leer, pero sí respirar: la honestidad que destila este trabajo, que no es sino un reflejo fidedigno de la trayectoria de su autor y de la manera en que profesionalmente ha tratado las temáticas que representa.

Porque para hablar de Ica y las enigmáticas piedras del doctor Cabrera, de los cortados de Bandiagara y las pinturas imposibles que se custodian en sus abrigos de montaña, de la mítica Estela del Hambre de la isla egipcia de Sehel, de las calaveras de cristal de Mitchell-Hedges halladas en Centroamérica, de Bagdad y la tecnología imposible de un tiempo remoto... es preciso primero ver, porque, como decía al comienzo de estas líneas, esa es la única manera de poder contarlo. Porque, querido lector, ahí radica la dificultad: viajar dejando el ciberespacio a un lado, soportando las vicisitudes del periplo que es diferente en todas sus trazas, aguantando críticas y desprecios por acercarse a aquello que, habiendo sido etiquetado de proscrito, nadie se atreve a investigar. Ese es el valor real del trabajo que tiene entre sus manos; ese es el signo de una generación inconformista que ha crecido a la vera de personas esenciales como Miguel Blanco.

Y una vez se llegue a la última letra, que cada cual saque las conclusiones que considere oportunas. La máquina del tiempo ya está en marcha. Comienza el viaje...

LORENZO FERNÁNDEZ BUENO,
director de la revista *Enigmas*.

Prefacio

Después de publicar *2012. Mayas: los señores del tiempo*, muchos me han preguntado: «¿Y después del 2012 qué? ¿Qué sucederá si son ciertas las profecías de los mayas? ¿Cómo debemos prepararnos?». No tengo respuestas, pero reflexiono sobre ello y, sobre todo, mantengo los ojos muy abiertos para ver qué está sucediendo en el planeta: prestando especial atención a las últimas páginas de los diarios o las postreras noticias de los informativos, esas que pasan casi desapercibidas. Y desde el 2009 han pasado muchas cosas.

Ha habido muchos fines del mundo para cientos de miles, incluso millones de seres en este planeta. La Tierra y sus moradores han sufrido el efecto de muchos terremotos devastadores, de volcanes que han entrado en erupción, tornados, tormentas, inundaciones, excesivo calor, el aumento de la virulencia de las manchas solares...

He podido consultar a geólogos, vulcanólogos, científicos y estudiosos que me han dado la versión «oficial»: según ellos,

«todo es normal, no hay un incremento notable en la actividad del planeta». Aunque, en voz baja, algunos de ellos han admitido que algo extraño está pasando: «No se nos permite decir que el calentamiento global es una realidad, así que, oficialmente, todo se mueve de acuerdo a parámetros normales para la época que vivimos».

Y, ante esta visión generalizada —por parte de los estamentos oficiales que estudian nuestro planeta— de que todo está bien, que es normal lo que sucede, lo único que se puede hacer es confiar en nuestro corazón. Confiar en lo que se nos comunica desde lo profundo de nuestro ser. Y abrir bien los ojos...

Las próximas líneas son una invitación a ello. Después, depende de ti la actitud que adoptes...

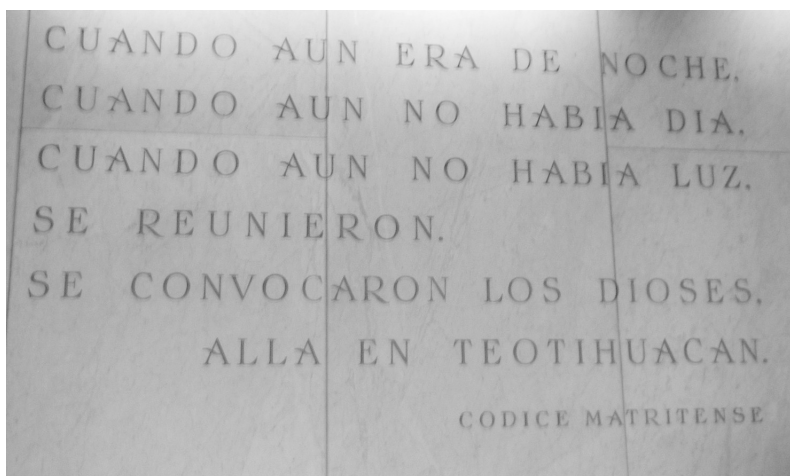
Somos libres. ¿O no?

Esta historia comienza donde terminaba mi anterior libro.

En México, concretamente a las puertas del Museo Nacional de Antropología e Historia de la Ciudad de México.

Allí, un mural con una frase del *Código Matritense* me hizo reflexionar sobre el tema de las visitas de los dioses.

Eso me obligó a ponerme de nuevo en marcha por el mundo a la búsqueda de respuestas.



Frase perteneciente al *Códice Matritense*.
Museo Nacional de Antropología, México.

0

La vibración.

Riviera Nayarit. México.

Montañas de los huicholes

Un día muy lejano, desde fuera de nuestro mundo, llegó una nueva raza de dioses con la única intención de dominar a los seres humanos. Su misión era controlar los buenos sentimientos que se podían recrear en un planeta como este. En poco tiempo, esparcieron sus semillas por la Tierra e inocularon el virus a todos los humanos. Los efectos se irían definiendo a medida que la historia fuera sucediéndose.

Al principio, uno de los síntomas fue la ignorancia, la falta de deseo de aprender. Más tarde, eso desembocaría en desidia para, al final, convertirse en desesperanza y desconfianza. El egoísmo sería la principal característica de los seres humanos, que abrazarían, como único dios, al dinero. Para lograrlo, se ideó un plan, muy bien elaborado, que ha durado hasta nuestros días. La técnica utilizada en la actualidad es muy sofisticada. ¿No has sentido una vibración, un ruido casi imperceptible, sobre todo en los lugares habitados?

La verdad es que yo se lo había comentado a algunos amigos: «Siempre que estoy en ciudades grandes, sobre todo en Madrid, donde paso más tiempo, siento una especie de vibración, un zumbido constante que lo llena todo y que no se escucha, pero se siente».

—Eso es, exactamente, lo que está pasando —continuó el anciano—. Nos están bombardeando con frecuencias de muy baja intensidad, casi imperceptibles, que, sin embargo, van logrando su finalidad: inocular el virus de la desidia, del egoísmo, de la falta de fe y de creencias. Pretenden que el hombre de hoy no crea en nada más que en lo que a ellos les interesa. Programan diferentes frecuencias que provocan determinados estados de ánimo en la población mundial. Y está ocurriendo en casi todo el mundo; es la globalización.

»Cada día, el ser humano cree en menos cosas. Todo lo que tiene que ver con la fantasía o con lo mágico es aplastado de raíz. Ese sonido ataca el hemisferio derecho del cerebro del ser humano, el lugar donde residen la creatividad y la fantasía; por eso, la mayoría de las personas está dejando de creer en las llamadas cosas irreales.

—¿Crees que lo que estás viviendo en este momento es real?

Hizo una pausa y guardó silencio mientras esperaba mi respuesta. Un débil hilo de voz salió de mi garganta:

—¿Esto que estoy viviendo ahora es la realidad?

—Desde hace milenios, este planeta es escenario de una lucha entre dos fuerzas muy poderosas: la de la luz y la de las tinieblas. Nos han visitado huestes de los dos bandos y han dejado sus restos en la Tierra.

»Tú, en tus numerosos viajes, habrás encontrado múltiples huellas de su paso por aquí. No es difícil determinar a quién pertenece cada una de ellas: las que ayudaron al hombre a progresar son las luminosas; las que ataron al hombre a la esclavitud y al dominio son las de las sombras. A estos últimos les ha interesado dominar la voluntad de los hombres, anular una parte de su percepción de la realidad, una parte de su esencia, la que puede ver “más allá”.

»Te voy a ayudar un poco. Nuestro cerebro tiene dos hemisferios, cada uno sirve para captar una parte de la realidad: el izquierdo nos desvela el mundo de la lógica; el derecho, el de la magia. Ambos instrumentos, en su conjunto, nos sirven para definir la realidad que vemos. Observa esta imagen.

A la altura de mi cabeza apareció una figura grácil, como si fuera un ángel con cuerpo de mujer que flotaba en el espacio que había entre nosotros. Estaba parada y, de repente, comenzó a girar.

—¿Cómo la ves? Si gira en el sentido de las manecillas del reloj, estás utilizando el hemisferio derecho de tu cerebro, el que te muestra el mundo mágico; si lo hace en sentido contrario, estás utilizando el hemisferio izquierdo de tu cerebro, el del mundo de la lógica. Si tu percepción funciona bien, la verás girar en ambos sentidos. Esa será una pista de que, aún, eres capaz de percibir la totalidad de la realidad visible.

Me fijé en la figura. ¡Era alucinante! Giraba hacia la derecha, pero, de repente, se paraba y comenzaba a hacerlo en el sentido contrario. Bastaba que perdiera un poco de atención sobre ella para que cambiara de sentido.

El anciano notó mi cara de asombro:

—Ves, es muy sencillo comprobarlo. La vida nos da todas las herramientas que necesitamos para ayudarnos en la comprensión. ¿Te sorprende?

¡Estaba entusiasmado! Me frotaba los ojos para comprobarlo y la figura cambiaba de sentido.

El anciano prosiguió con sus detalles:

—El cerebro humano es un instrumento de gran precisión. Es la herramienta que nos sirve para captar la realidad, y esta depende sólo de nosotros. Podemos ver la parte positiva de la vida y aprender, o angustiarnos y ver sólo la parte oscura de la existencia. Depende, únicamente, de nosotros.

»A eso le llamamos “actitud”. Una actitud positiva nos hará ver cosas buenas, generarlas y encontrarlas en nuestra vida; una actitud equivocada nos hará perdernos en las sombras y no nos permitirá ver el lado luminoso de nuestra existencia. Depende de nosotros, de nuestra elección. Aunque en la actualidad existen muchas fuerzas oscuras a las que les interesa que nos sumemos en el caos y en la tristeza.

»Ahora ve, sal ahí afuera: el mundo te espera para saber si has aprendido la lección.

Después del año 2012...

Me gusta investigar en libros antiguos, en lugares mágicos del planeta y estar muy atento a lo que ocurre a mi alrededor. Y siempre lo hago con una sola idea: buscar las claves de la existencia del hombre en este planeta.

Y mucho más en estos días que se presentan agitados, llenos de sorpresas y de cambios vitales para el ser humano.

Gracias a mi trabajo, he tenido oportunidad de hablar con muchos expertos que coinciden: en el 2012 no va a suceder nada. Llegará el 2013 y la Tierra seguirá girando. Otros, quizás más atrevidos, más lúcidos, auguran un tiempo de cambios. Y afirman que lo peor que puede pasar en el 2012 es que no pase nada.

El cambio climático es cada día más evidente en todas las partes del mundo. Lo he podido comprobar este año en mis viajes por Asia, por América, por África...

Acabo de llegar de Egipto, y el río Nilo, el dador de vida de la civilización egipcia, estaba muy por debajo de sus niveles normales.

¡Algo está pasando! Eso es evidente. No tenéis más que poner os un rato bajo el sol para sentir cómo os quema hasta el alma.

Y no sólo eso. Cada día hace más calor, más frío a destiempo, las tormentas llegan sin avisar cobrándose miles de vidas,



destrozando todo lo que encuentran a su paso... Además, hemos visto cómo los últimos terremotos han arrasado países enteros, como el caso de Haití, que, a pesar de ser uno de los que más presentes tenemos, no ha sido el más fuerte de los que se han producido en esta primera década del siglo.

Reproduzco un pequeño resumen de ellos en los últimos años:

La década de los terremotos*

El 13 de enero de 2001 a las 8.22 horas, un terremoto de 6,6 grados en la escala de Richter sacude El Salvador. Ese mismo día, a las 11.23 horas y con epicentro diferente, se produjo otro movimiento sísmico de 7,6 grados en otra zona del país. Dos terremotos diferentes en un mismo país y en un mismo día.

También en enero de ese mismo año, esta vez en el estado indio de Gujarat, otro sismo de 6,9 grados en la escala Richter causa, al menos, 15.500 muertos.

El 21 de mayo de 2003 un terremoto de 5,8 grados sacude Argelia y provoca 2.273 víctimas mortales, más de 10.000 heridos y 1.000 desaparecidos.

* Fuente: <http://ecodiario.economista.es/latinoamerica/noticias/1828049/01/10/Los-peores-terremotos-desde-el-anos-2000.html>.

A punto de terminar el año, el día 26 de diciembre, un movimiento de 6,3 grados destruye el 70 por ciento de la ciudad de Bam, al sureste de Irán, y causa la muerte de 26.271 personas.

Justo un año después, el 26 de diciembre de 2004, un terremoto de 8,9 grados asola la isla de Sumatra, en Indonesia. Mueren más de 280.000 personas de diferentes países de Asia y África.

El 28 de marzo de 2005, otro terremoto de 8,7 grados golpea, de nuevo, la isla de Sumatra produciendo 1.300 víctimas.

El 8 de octubre de 2005, en Cachemira, entre Pakistán y la India, mueren 86.000 personas a causa de un sismo de 7,6 grados en la escala Richter.

El 27 de mayo de 2006, Indonesia vuelve a sufrir un movimiento telúrico, esta vez en la isla de Java. A causa del temblor, de 6,2 grados, se producen más de 6.000 víctimas mortales.

El 5 de agosto del 2007 mueren 513 personas a consecuencia de un terremoto de 8 grados Richter en la costa de Perú.

En Wenchuan, China, el 2 de mayo de 2008 un movimiento telúrico de 7,8 grados provoca 90.000 víctimas mortales.

El 6 de abril de 2009 la localidad italiana de L'Aquila queda destrozada tras producirse un sismo de 6,2 grados Richter. Hay 299 fallecidos.

El 30 de septiembre de 2009, la isla indonesia de Sumatra vuelve a padecer los efectos de un terremoto de 7,6 grados:



3.000 personas pierden la vida. Al día siguiente se produce una réplica de 6,8 grados.

La costa de Port Vila, Vanuatu, se ve afectada el 7 de noviembre de 2009 por un terremoto de 7,9 grados Richter que deja 456 muertos.

El 12 de enero de 2010 se produce el peor terremoto de la historia de Haití. El temblor, de 7 grados, arrasa la isla causando más de 200.000 víctimas. Deja sin hogar a más de un millón de personas y más de 250.000 heridos. Se considera una de las catástrofes humanitarias más graves de la historia.

El 27 de febrero de 2010 tiene lugar en Chile un terremoto ocurrido en la región del Bío Bío, con una magnitud de 8,8 grados. Está considerado el segundo mayor en veinte años, tras el de Sumatra en 2004, y mucho más intenso que el último, ocurrido en Haití. Las víctimas se estiman en dos millones de damnificados, en la peor tragedia natural vivida en Chile desde 1960.

El 11 de marzo de 2011, en Japón, un terremoto de magnitud de 9 grados arrasó la costa del Pacífico en la región de Tōhoku. Es el más potente sufrido en aquel país hasta la fecha, así como el quinto más potente del mundo de todos los que han sido medidos. Las cifras de afectados superan las 100.000 personas en un primer recuento.

Pero no todos los desastres naturales que padecemos son debidos a terremotos. De vez en cuando, los informativos nos alertan de nuevas amenazas; entre ellas, el Sol. Los comenta-

rios que escuché me hicieron pensar en la relación entre este y los mayas y comencé a investigar.

El efecto Carrington

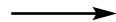
Y, en esa búsqueda, apareció algo que se conoce como *la fulguración de Carrington* o *el efecto Carrington*. ¿Queréis saber qué significa?

Cada quinientos años, aproximadamente, hay una tormenta solar. En 1859 se produjo la más fuerte de las que tenemos conocimiento.

El día 1 de septiembre el Sol emitió una llamarada que, durante un minuto, irradió el doble de energía de lo habitual. A las 17.40 horas llegó a la Tierra una carga magnética tan fuerte que alteró el campo magnético terrestre y permitió el acceso de partículas solares a la alta atmósfera.

Como consecuencia de esta entrada de partículas solares se produjeron diversas auroras boreales por todo el norte del planeta. Sus efectos destrozaron los sistemas telegráficos en Europa y América del Norte. Actualmente este fenómeno se conoce como efecto o fulguración Carrington.

Entonces no tuvo graves consecuencias, porque nuestra civilización tecnológica estaba dando sus primeros pasos, ¿pero qué sucedería hoy?



Quizás tuvieran razón los mayas al afirmar que una nueva tormenta solar, tan intensa como las que se anuncian, podría provocar, en nuestros días, un colapso en nuestros satélites de comunicación y en las redes de distribución de la energía eléctrica.

Su efecto supondría un parón en la actual civilización tecnológica. Los seres humanos de medio planeta se quedarían sin comunicaciones, sin teléfono, sin móviles, sin televisión, sin internet y sin electricidad. Y la señal de que esto nos puede suceder es la visión de auroras boreales al sur de Gran Bretaña.

Todo eso ocurrió en el pasado, pero si os tomáis la molestia de leer esas noticias que suelen pasar desapercibidas entre la maraña de la actualidad, veréis que la propia NASA está anunciando, para un futuro próximo, tormentas solares tan intensas que hasta el propio presidente Obama ha elaborado un plan de urgencia para cambiar las redes eléctricas de Estados Unidos, en previsión de que aquellas tengan lugar y puedan afectar a la energía que mueve nuestro mundo.

No hay más que abrir los ojos y mirar un poco alrededor, escudriñar y ver que algo está pasando.

Empujado por esas extrañas noticias, comencé una nueva búsqueda de claves por el mundo. Porque lo más curioso es que parece que todo estaba anunciado desde muchos años antes. Unos extraños dioses del pasado fueron dejando pistas por todo el mundo para que las rastreásemos y descifráramos su significado.

Esto es parte de lo que fui descubriendo.

1

A la búsqueda de las huellas de los dioses

El Cairo, 2 de enero de 2010

De repente, la música comenzó a sonar y explotó la fiesta. Los músicos se hicieron los dueños de aquel fantástico momento y todos nos vimos envueltos en una magia indescriptible.

Estaba en uno de mis lugares favoritos de El Cairo, «el café de los espejos», El Fishawi, que se jacta de ser el único establecimiento del mundo que no ha cerrado ni un solo día desde hace doscientos años.

A pesar de su fama, se trata de un local poco mayor que un pasillo, con minúsculas mesas y varios espejos colgados en sus paredes. Pero ¡es el mejor lugar del mundo para comenzar un viaje! Sobre todo después de la medianoche, cuando es abandonado por las hordas de turistas que invaden el país atropellados por las prisas de su mundo.

Cuando ellos se van, El Cairo y El Fishawi te muestran su mejor cara. Allí, mientras saboreas un té y una *sisha*, pue-

des entablar conversación con los tipos más peculiares del mundo.

Es una cita obligada en mis viajes a Egipto, y siempre he encontrado personajes amables que te abren la mente: embajadores de países imposibles que recalán en El Cairo, corresponsales de todo el mundo, profesores, arqueólogos, historiadores, espías... Y mujeres, artistas que terminan sus trabajos en la televisión egipcia y se van allí a fumar, desmintiendo el tópico de que las mujeres no salen por la noche en los países árabes.

Es toda una fiesta. Y aquel día, a primeros de año, lo estaba reviviendo de nuevo.

La música hizo saltar todo en pedazos y, sin querer, animados por ella, nos pusimos a dar palmas y a demostrar una alegría sincera, muy difícil de ver en nuestro mundo sin la ayuda del alcohol.

Traté de ser consciente de todo lo que ocurría a mi alrededor y me llené de la atmósfera que me rodeaba.

A las tres de la mañana me retiré. Era hora de preparar mi viaje hacia el interior del país. Comenzaba mi búsqueda de esas huellas que los dioses habían dejado en este planeta.

Mi primera etapa era Asuán.

Mientras viajaba hacia el sur, recordé una de mis primeras visitas a la zona. El momento en el que por primera vez descubrí «la isla de los dioses».

Jamás lo olvidaré. Allí encontré una de las claves que me harían comprender muchos de los misterios que más tarde hallaría por el mundo.

Asuán, abril de 1981

Asuán es la cara amable de Egipto. Esa es la sensación que tengo cada vez que recalco allí desde mi primer viaje en los lejanos años ochenta.

La ciudad, recostada sobre el Nilo, nos muestra la parte más reposada y dulce del país.

Recuerdo con nostalgia la primera vez que estuve allí, me fui a pasar unos días con un gigante nubio que vivía en la otra orilla del Nilo, en la oeste, la de la muerte.*

Le conocí en mi primer viaje. Iba a contratar una faluca para navegar por el Nilo, cuando él, Nasser «el Gigante», me abordó. Era un pescador nubio que en sus ratos libres se dedicaba a transportar a la otra orilla a los arqueólogos, estudiosos o historiadores, que eran las únicas personas que en aquella época se acercaban por la zona. Yo no me consideraba ni una cosa ni otra, pero me interesaba la magia de aquella cultura.

Acepté su invitación para subir a la barca y nos lanzamos al Nilo. Hay pocas sensaciones comparables con la experiencia de viajar arropado por las velas y empujado por el viento mientras surcas ese legendario río. El silencio se adueña de todo, sólo se siente el rumor del agua rasgada por la proa de la faluca y el suave susurro del viento que te hace viajar en el tiempo.

* La región de Nubia, en la antigüedad reino independiente, se encuentra entre el sur de Egipto y el norte de Sudán. Sus pobladores ocupan el valle del Nilo en una extensión que va de la primera a la sexta catarata. Esta región ya aparece citada en las fuentes bíblicas como Kuhs y, en el periodo de mayor esplendor del antiguo Egipto, era una especie de virreinato.

Navegamos hacia el sur, hacia las antiguas cataratas, en dirección a una isla conocida como Sehel.

Desde la construcción de la presa de Asuán, las cataratas casi han desaparecido. Ahora el único peligro son los remolinos que se forman en la zona en la que confluyen dos brazos del Nilo. Allí, el río es poderoso y las corrientes dificultan la travesía, pero la pericia de Nasser hizo el trance más liviano, pues consiguió remontar enseguida la peligrosa corriente.

Ya en aguas más tranquilas, pudimos entablar una conversación. Nasser vivía en una isla cercana, un lugar en el que, desde hacía años, se había asentado la gente de su tribu, los nubios, todos ellos altos, negros, fornidos, orgullosos y bellos.

Me contó cómo era su vida. Tenía tres hijos y dos mujeres, vivía de la pesca y de algunos viajes que realizaba con extranjeros como yo, a los que llevaba a yacimientos arqueológicos del otro lado del Nilo. Había algo en él que me hacía sentir cómodo y no dudé ni un instante en aceptar su invitación para acercarme a su poblado.

Cuando llegamos, unos niños se bañaban en la orilla, me sumé a ellos y me lancé al agua fresca del río de los faraones. Tras unos minutos de fiesta, me vestí y acompañé a Nasser, que sonreía viendo la escena, hasta su casa. Era modesta. Había varias mujeres vestidas de negro que me miraron extrañadas. Pocos extranjeros debían de visitar su morada, pero no se mostraron preocupadas.

Nasser me pidió que me acomodara y, enseguida, me sirvieron un té y algunos dátiles, los dulces del desierto. Me tumbé

en unos cojines protegido por una sombra de cañas y dejé que la vida me regalara unos momentos mágicos.

Nasser, tras disponerlo todo, me dijo:

—Vas a comer con nosotros, después te llevaré a tu isla.

No me dio alternativa.

Arroz con verduras, que estaba delicioso, fruta fresca y pescado, que rechacé amablemente (me lo prohíbe mi religión), fue el banquete que me prepararon.

En la sobremesa, Nasser me habló de su mundo y de algunas extrañas experiencias relacionadas con la isla que me interesaba. Me dijo:

—Muchas noches, cuando no hay luna, desde el poblado vemos unas extrañas luces que se posan en lo alto de la isla de Sehel. Estas luces bailan durante un buen rato, suben, bajan, se posan sobre las rocas y, después, se pierden en el cielo. Entonces, nadie se atreve a acercarse allí. Son las luces de los antiguos dioses.

Desde que conocí la misteriosa isla de Sehel, situada a tres kilómetros de la famosa isla Elefantina, el lugar donde reposó el Arca de la Alianza en su largo viaje hacia lo desconocido, siempre me había fascinado.

La isla, durante mucho tiempo, estuvo dedicada a la diosa Satis, protectora y guardiana de las fronteras de Nubia. Era una diosa muy venerada porque su poder provocaba las inundaciones del sagrado río Nilo.

El lugar, desde muy antiguo, había ejercido una extraña atracción sobre los faraones egipcios. Entre las rocas de la isla se

encuentran, aún en nuestros días, numerosos restos de estelas o textos rupestres, testimonio de la importancia que la zona tuvo a lo largo de la historia de Egipto.

Muchos faraones egipcios se acercaron hasta allí, sorteando los peligros de las cataratas, para dejar su cartucho, su firma. Y esto es algo que extraña a los historiadores y expertos. ¿Por qué muchos de los gobernantes del Antiguo Egipto viajaban hasta aquel lugar lejano, peligroso y abandonado para dejar su impronta?

No tenemos respuesta; sólo sabemos que allí ocurría algo misterioso.

Tras saborear un nuevo té junto a mis anfitriones, Nasser me hizo una extraña invitación.

—¿Por qué no te quedas con nosotros a pasar la noche? Así no tendrás que regresar a Asuán, podremos visitar la isla y, si los dioses desean hacerse visibles esta noche, tú mismo podrás ver esas extrañas luces.

La idea era sugerente. Nunca había estado en un poblado nubio y no tenía compromisos ni nada que me retuviera en la ciudad, así que acepté encantado.

Nasser puso a punto la faluca y, en unos minutos, navegábamos, de nuevo, por el Nilo rumbo a la isla de los dioses.

La isla de los dioses

No tardamos en avistar la isla de Sehel, una pequeña porción de tierra en mitad del río Nilo, muy cercana a Asuán.

La playa arenosa invitaba al baño. Siempre me ha gustado sumergirme en todos los ríos del mundo, como si de un ritual se tratara. Así lo hice de nuevo.

Mientras Nasser se acercaba a tierra, me zambullí en el agua. Estaba fría, a pesar del calor del desierto cercano, y la sensación me llenó de vigor y ganas de vivir.

Nasser atracó y, cuando terminé mi baño, recorrimos unos quinientos metros por una subida arenosa hasta llegar al inicio del solitario roquedal. A nuestro lado, había montones de rocas rotas, ajadas, destrozadas por los cambios de temperatura, como si las hubieran cortado con un cuchillo gigante. En muchas de ellas se veían unas extrañas inscripciones, que es lo más característico de la isla de Sehel.

Como me había adelantado Nasser, muchos de los faraones habían viajado hasta aquí para dejar su nombre enmarcado en un cartucho: su firma, la prueba de que habían estado en el lugar. Y, junto a ellos, multitud de figuras.

Ascendimos entre las rocas mientras el sol daba paso a la noche. Gracias a ello, ya no hacía tanto calor y pudimos subir cómodamente la larga cuesta que nos llevaría hasta la Estela del Hambre,* el objeto de mi visita.

* Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Estela_del_hambre. La Estela del Hambre es un texto de treinta y dos columnas, grabado en la cara este de una de las rocas superiores de un afloramiento rocoso en el extremo sur de la isla de Sehel. La descubrió, en 1889, Charles Wilbour, y fue traducida, en diferentes años, por Brugsch, Pleyte, De Morgan, Sethe, Barguet y Lichtheim.

El texto está datado en el año 18 del reinado de Necherjet-Dyesser (Zoser), de la III Dinastía, aunque la estela fue grabada en una época muy posterior, en la ptolemaica. Narra la preocupación del monarca por la hambruna que asoló el país al

No me imaginaba cómo podía ser esa extraña estela. Eso hizo que mi emoción aumentara a cada paso que daba.

Tras remontar las últimas piedras, llegamos a una pequeña meseta que llevaba directamente hasta ella. Un gran bloque de piedra, partido en dos por efecto de la erosión, se erguía como un mudo misterio aún sin resolver. Era la Estela del Hambre.

Allí estaba, en compañía de Nasser, el gigante nubio, en mitad de aquella isla, mientras contemplábamos cómo el sol se ocultaba tras las arenas del desierto cercano.

Mientras admiraba aquella maravilla me vino a la mente una de las teorías menos reconocida acerca de la famosa estela. La recogían los astroarqueólogos y fue Davidovits* quien la descubrió para el mundo. Según esta panda de «locos geniales», en la estela figuraba la fórmula dada por los dioses a los humanos para ¡reblandecer las piedras! De esa manera conseguirían construir

no llegar las aguas del Nilo al nivel necesario para regar los campos. El faraón hizo llamar a Imhotep y le preguntó por las causas de tal desgracia. Este le aconsejó suplicar el fin del hambre al «Señor de las Fuentes del Nilo», el dios creador Jnum. De ahí que se grabaran en tan alejado lugar.

La estela trata los siguientes aspectos: descripción de la hambruna, visita a la Biblioteca de Hermópolis, revelaciones de Imhotep, los cantos de Zoser y un decreto real. Entre las columnas situadas entre la sexta y la vigesimosegunda se habla de métodos de construcción, de la columna undécima a la decimoctava Imhotep enumera diversas rocas y minerales de la región de Elefantina, y de la columna decimoc-tava a la vigésima se describe el sueño del rey.

* Según Joseph Davidovits, muchas de las construcciones del antiguo Egipto fueron realizadas ablandando la piedra, dándole forma y solidificándola después. Para demostrar esta teoría, Davidovits ha efectuado multitud de estudios microscópicos y de rayos X de las piedras y, en su interior, ha encontrado bolsas de aire, pelos y fibras textiles.

Para Davidovits, una de las claves de esta teoría estaría en la Estela del Hambre, donde podemos encontrar la fórmula que le dio el dios Jnum al faraón Zoser para licuar la piedra. Como ya hizo anteriormente el padre Lira en Perú, Davidovits consiguió licuar la piedra siguiendo la fórmula de la Estela del Hambre, pero no logró solidificarla de forma homogénea.

monumentos en honor de los dioses de una manera mucho más rápida y sencilla.

Sonaba a locura. Aunque para muchos era la razón de tantas y tantas visitas de faraones al lugar. Eso y sus misteriosas luces de los dioses.*

No sabía qué era lo que había en ese lugar fantástico y apartado del mundo. Pero lo cierto es que estar allí te hace sentir completo: sientes el misterio a tu alrededor llenándolo todo. No sé si sería por la soledad, por el momento mágico del oca-so o por mi sugestión, pero era prodigioso.

Fue entonces cuando Nasser volvió a hablar.

—Desde esta loma, al pie de la estela, aparecen las luces. Las hay de muchas clases e, incluso, de diferentes colores. Son muy respetadas por mi pueblo; tanto, que nadie se ha atrevido a acercarse cuando ellas se muestran. Mira, está anocheciendo ya; hemos de partir, no me gustaría que apareciesen y nos pillaran aquí.

—Vamos a quedarnos un poco más, esta noche hay algo de luna y no creo que corramos peligro —le dije.

Pero pude ver su cara de terror y no me hizo falta nada más. Comenzamos el descenso. Al llegar a la faluca ya era noche cerrada. Embarcamos y, a los pocos minutos, llegamos al otro lado de la isla, al hogar de mi anfitrión.

* ¿Poseían en el antiguo Egipto tecnología que en la actualidad desconocemos? Hay más casos que así parecen indicarlo. La reina Hatshepsut dejó escrito en el mayor obelisco del templo de Karnak que «las generaciones futuras se preguntarán sobre la técnica e izado de este gran monolito». Para algunos, esta tecnología vendría de una civilización anterior, como la Atlántida; otros creen que es debida a la presencia de extraterrestres.

En su casa ya estaba todo listo para la cena. Los niños se unieron a nosotros y las dos mujeres más jóvenes fueron tomando confianza con el extraño que esa noche les visitaba.

Las risas y el jolgorio comenzaron tras la cena. Mientras los niños se retiraron a jugar, Nasser y yo entablamos una nueva charla. Le confesé que me encantaría poder vivir allí, en aquellos lugares. Fue entonces cuando me habló de las islas que vendía el gobierno. Me interesó la oferta y quedamos para ir a verlas al día siguiente.

La noche se llenó de estrellas y, aunque no aparecieron las luces de los dioses, el espectáculo fue soberbio. Me pregunté cómo serían las noches que veían los antiguos faraones. Seguro que eran parecidas a aquella, llenas de magia y fascinación.

Nasser me invitó a ir a dormir y me acompañó hasta una de las estancias. Un jergón en el suelo sería mi cama esa noche.

Aún me esperaban más sorpresas. Nasser se me acercó y me susurró al oído:

—Quieren dormir contigo —me dijo.

No entendía.

Al ver mi cara de sorpresa, me aclaró:

—Mis esposas quieren dormir contigo. Puedes elegir a una de ellas o dormir con las dos si quieres.

Me quedé estupefacto. Nasser sonrió mientras sus dos mujeres cuchicheaban tras una cortina. Bajé la cabeza avergonzado y lo interpretaron como una afirmación.

Una de ellas entró con una candela en la habitación y me acompañó hasta el lecho. La otra lo hizo también enseguida.

Las dos se acurrucaron a mi lado y apagaron la luz. No me moví en toda la noche; estaba anonadado por dormir acompañado por las esposas de mi anfitrión.

Cuando me levanté, ya estaba todo listo para el desayuno: leche de camella y algunos dulces de trigo. La verdad es que había descansado como un bebé. Sonreí a las dos mujeres, que, alegres, me servían los alimentos.

Enseguida estábamos listos para partir. Me despedí de los niños, besándoles en la cabeza, y di la mano a mis dos compañeras de lecho, que reían divertidas. Podrían contar que habían dormido con el extranjero blanco, algo seguramente único en sus vidas. Me fui agradecido y prometí regresar a verles en otro de mis viajes.

Nasser me llevó a visitar varias islas, hasta que una de ellas me gustó. Me dijo:

—Esta será tu isla. Dame un tiempo y te entrego los papeles para que veas que es tuya.

Sin quererlo, me había convertido en dueño de una de las islas del Nilo. Es uno de los lugares que más me gustan de ese mágico país.

Tras un corto rato navegando, llegamos a la otra orilla, a Asuán. Al despedirnos, saqué algo de dinero del bolsillo, pues quería pagar a Nasser sus servicios.

La cantidad que me cobraba era ridícula, así que le ofrecí algo más de propina. Él, muy dignamente, se negó. No quiso más dinero que el que hubiera cobrado a otro egipcio. En ese momento no me trataba como a un extranjero.

Le insistí, pero volvió a negarse. Ante su postura, le pedí que me acompañara al mercado de las especias en el centro de la ciudad. Compré fruta, algunos dulces para los niños y baratijas para las mujeres.

Con fervor se lo entregué, diciéndole:

—Es mi regalo para tu familia; eso y mi gratitud. Volveré a visitaros cuando regrese. Gracias, Nasser.

Él me tendió su mano gigante y apretó la mía. Me acerqué a él y le abracé.

Vi cómo partía desplegando las velas hacia el sur. Su imagen sigue en mi memoria a pesar de los años que han pasado. La gente no debería cambiar cuando la bondad es su mejor tesoro, pensé.

Ya instalado en el hotel, rememoré la visita a la isla y a la famosa Estela del Hambre. O eran los dioses los que la habían inspirado o existió otra humanidad.

El obelisco inacabado. Asuán

Antes de irme de Asuán tenía que visitar otro lugar: la antigua cantera en la que se encuentra el obelisco inacabado, uno de los mayores trabajos en piedra realizados por la civilización egipcia.

Asuán fue el punto de partida de un comercio de piedra que se extendió por muchos templos del Antiguo Egipto. Esta piedra llegó, incluso, hasta la Gran Pirámide, ya que el interior de

la Cámara del Rey, la más importante, está construido con materiales extraídos de esta cantera.

De Asuán hasta El Cairo hay más de mil kilómetros, un épico recorrido lleno de interrogantes. ¿Cómo lo hacían? Es una incógnita, ¡pero lo hacían! Ahí están las pruebas. Miles de piedras gigantes, perfectamente talladas, pulidas, que encajan unas con otras con una delicadeza artística y sin ningún tipo de argamasa como unión.

¿Cómo lo lograron? Esta es, para muchos, una prueba de la grandeza del antiguo imperio de los faraones, o de que sabían algo más que nosotros. Por eso, era la mejor ocasión para volver a ver la cantera.

Dejé mi equipaje en la oficina de unos amigos a los que había conocido en un viaje anterior. Se alegraron al verme de nuevo; nunca les anunciaba mi visita, pero siempre era un placer entrar en la tienda de antigüedades de Abasi y observar su cara de sorpresa al volver a ver al «españolito» —así me llamaban— regresando a su casa.

Desplegaron toda su hospitalidad árabe y no me dejaron salir de allí sin tomar un té mientras les contaba las novedades de mi vida y lo que ocurría en España, tierra muy apreciada por ellos.

Tras un tiempo prudencial, les expresé mi deseo de visitar la cantera, y Abasi, viejo zorro, que ya me conocía un poco, me dijo:

—¿Ya vuelves con tus misterios? Eres incorregible.

Bajé mi cabeza en señal de afirmación y enseguida dispuso mi visita. Encargó a su sobrino que me acompañara y nos dio

un salvoconducto para uno de los inspectores de la zona, que era familiar suyo. Es curioso cómo en Egipto todos son familia o conocidos y, en cuanto entras en su mundo, se te abren todas las puertas.

De esta manera, acompañado y protegido, me encaminé hacia la cantera. Un viejo taxi destartado nos transportó hasta el lugar, hoy convertido en atracción turística. Afortunadamente, no había muchas visitas.

Ahmed, el sobrino de Abasi, pagó el taxi y salió, diligente, a buscar a su familiar. Mientras, me acerqué a ver, desde la distancia, el extraño monumento.

Estaba en medio de la cantera de granito. Una mole de roca que se extendía a mi alrededor: en ella habían quedado las huellas del modo de trabajar la piedra a lo largo de los siglos.

Paredes con pedazos desgajados de piedra eran la prueba de aquel sistema de trabajo y, al fondo, en lo más alto de la cantera, se hallaba el coloso dormido, el famoso obelisco inacabado. Una mole de casi 42 metros de largo y un peso que se ha calculado en algo más de ¡1.200 toneladas!

Se trata del obelisco más grande que se conoce, con una antigüedad de más de 3.000 años. Había quedado tendido en el suelo, atrapado en la roca, pues durante su construcción se resquebrajó. Eso hizo que quedara para la posteridad como uno de los grandes misterios del país de los faraones.

Ahmed me llamó y acudí enseguida. Nuestro contacto en la zona, que estaba tomando el té de rigor y fumando *shisha*, sonrió al vernos. Unos cuantos besos llenos de babas cariñosas

llenaron mis mejillas y nos dispusimos a hacer la visita, no sin antes cumplir el ritual: un poco de té y varias bocanadas de humo perfumado de la pipa de agua (cosa que le agradó compartir, pues no es muy común que los «turistas» participen en el ritual del narguile, la pipa típica de los países árabes).

Tras un rato de charla, nos encaminamos al pie del obelisco. Siempre me impresiona verlo y, sobre todo, pensar en cómo fueron capaces los antiguos canteros egipcios de realizar tan descomunal trabajo para dar forma a la piedra con los rudimentarios útiles de trabajo que, según suponemos, utilizaban.

¿Qué extraño secreto conocían para sacar de la piedra esas moles tan perfectas? ¿Ablandándola, como parecía sugerir la Estela del Hambre que acababa de visitar en la misteriosa isla de Sehel?

Mahmûd, que así se llamaba el inspector, comenzó con la explicación de rigor, la que se les hace a los turistas. Unas cuantas preguntas «envenenadas» por mi parte le hicieron darse cuenta de que ya había estado allí y que conocía algo de esa historia típica, por lo que enseguida cambió de discurso y utilizó la información de los «doctores», es decir, de los «más informados» sobre la materia.

—Veo que ya conoces algo de este trabajo. Ven, te enseñaré cosas que no has visto.

Y le seguimos prestos. Subimos la escalinata de madera que conduce hasta el obelisco. En uno de los rincones de la gigantesca piedra había un agujero. Era un círculo perfecto y muy profundo.

—¿Cómo podían hacerlo? —le pregunté.

Tomando del suelo una piedra de diorita, uno de los minerales más duros de la zona, me explicó:

—Con piedras como esta a modo de martillo golpeaban con paciencia la roca y, poco a poco, iban dándole forma. Después, con ayuda de estacas de madera que insertaban en la roca y con la utilización de agua y fuego para crear la diferencia de temperatura necesaria, la iban cortando hasta darle la forma deseada. Era un trabajo arduo, penoso. Imagínate a los operarios en este lugar, bajo el sol del verano, golpeando horas y horas. Debía de ser agotador. Pero ahí están los resultados. Los bloques de piedra de la Cámara del Rey, los obeliscos de la reina Hatshepsut y otros miles de monumentos fabricados con rocas procedentes de aquí. Todo Egipto está sembrado de ellos. Esta cantera ha sido el origen de la materia prima con que se construyó el Imperio egipcio.

No cabía duda de que estaba orgulloso de su patrimonio.

Pero en sus explicaciones había muchas lagunas y así se lo expresé:

—¿No podían haberlo hecho de otro modo? Esos agujeros en la roca parecen estar perforados con taladros; si se fija, están las muescas de su paso por la piedra.

Su rostro cambió de repente. Posiblemente, ni se había fijado en ese detalle.

Efectivamente, en los bordes del agujero se apreciaban, muy claramente, las marcas dejadas por algún tipo de instrumento mientras iba horadando la piedra.

Me animé y le enseñé más cosas.

—Si me permite, le muestro algunos detalles curiosos que hemos encontrado en otras visitas.

Se lo dije con sumo respeto, no quería ofenderle o parecer que me pasaba de listo. Él me siguió y saltamos encima del gigante. A lo largo de todos los bordes se notaban, claramente, unas extrañas marcas. Como si a un helado gigante le hubieran metido una cuchara para ir rebanándolo. Y las marcas estaban allí... Una tras otra, en toda su longitud.

—¿Cómo podemos explicar esto? —le pregunté.

—Golpeándolo con piedras de diorita, muy lentamente, se pueden hacer esas marcas.

Pero no lo dijo muy convencido. Mis ideas habían sembrado la duda en la mente de Mahmûd.

Para terminar con la discusión, me llevó a la parte alta de la cantera a ver unas inscripciones que estaban resguardadas por una pequeña portezuela de madera. Y desde allí, en lo más alto, me mostró las diferentes maneras de trabajar la piedra a lo largo de los siglos: cuñas de madera, agua, fuego, abrasión... Pero eso no explicaba cómo podían haber cortado el obelisco.

Asimismo quedaban otros interrogantes. ¿Cómo transportarlo? ¿Cómo mover una mole de casi 1.200 toneladas? Ni siquiera hoy tenemos grúas capaces de desplazar semejante mole.

Y el obelisco inacabado aún debía, además, ser despegado del suelo. ¿Cómo lo cortaban por abajo? ¿Cómo lo levantaban, lo transportaban hasta el río y lo cargaban en los barcos? ¿Exis-

tían barcos que aguantasen tanto peso? Y después, ¿cómo lo descargaban y lo llevaban hasta el templo? Eran demasiadas preguntas sin respuesta.

El obelisco inacabado de Asuán es uno de los misterios más clásicos y más desconocidos de Egipto. Y allí está, esperando respuestas mientras desafía al tiempo sin explicación... O sí.

Podría haber sido utilizada una técnica hoy desconocida: ablandando la piedra y transportándola por medio de sonidos, como sugieren algunos pasajes de libros sagrados. ¿Quién sabe?

Mahmûd nos acompañó hasta la puerta para despedirse. Se acercaba la hora de ir a la estación, me esperaban unas cuantas horas de viaje en tren y a él, estoy seguro, le habían quedado muchas dudas acerca de las explicaciones típicas que se dan a algunos misterios de Egipto.

Unos cuantos besos más y la promesa de un nuevo encuentro nos alejaron de la cantera.

En la tienda de Abasi ya habían dispuesto algo para comer y no me dejaron marchar hasta que tomé algunos de los succulentos alimentos que habían preparado.

2

Los Shemsu Hor. Edfu. Egipto. Templo de Horus...

Siempre me quedo con ganas de perderme, durante unas horas más, en la tienda de Abasi mientras me agasajan con su hospitalidad. Uno nunca sabe lo que puede encontrar en esos estantes abigarrados de objetos y polvo, pero no podía perder ni un minuto.

A la hora prevista partí rumbo al norte, en dirección a la antigua Tebas. Un viejo tren sería mi transporte.

La vía discurría paralela al río Nilo y, en aquel momento, no había mejor espectáculo en el mundo que observar la vida de sus pobladores.

El tiempo pasaba lento, como el mismo tren. Así, sin prisas, llegó la noche. Un concierto de ronquidos, acompañado de los olores más indescriptibles, amenizó mi viaje a medida que los otros ocupantes del vagón se fueron acomodando. Fue una larga noche.

En un determinado momento de la madrugada el tren empezó a frenar y uno de mis acompañantes me susurró: «Esto

es Edfu, tu destino». Le agradecí la información y, sobre todo, poder salir de aquel encierro que había durado muchas más horas de las previstas.

Afuera, la multitud se agolpaba para tomar al asalto el tren que se dirigía a El Cairo. «¿Cuánto tiempo durará el viaje?», me pregunté. A esa velocidad tardará, por lo menos, dos días en llegar hasta allí.

Salí de la estación con la intención de buscar alojamiento. No había mucho donde elegir y me tuve que meter en el primer agujero que me ofrecieron. No pensaba pasar mucho tiempo allí; tan sólo quería visitar el templo del dios Horus y ver las extrañas figuras que representaban a los Shemsu Hor.

Durante mi viaje en el tren, para matar el aburrimiento y hacer más llevaderas las largas horas, me dediqué a leer algo respecto a ellos.

¿Quiénes eran los Shemsu Hor?

Las cronologías de muchos pueblos antiguos, entre los que destacan los mesopotámicos o los egipcios, hablan de la presencia de entidades que desempeñaron el papel de gobernantes entonces.

En Egipto sucedió algo similar y, en esos momentos primitivos de la historia de su pueblo, los habitantes del Valle del Nilo aceptaron la presencia de unos seres míticos, que gobernaron el país en su época de esplendor.

Eran los Shemsu Hor o Seguidores de Horus, unos reyes míticos que gobernaron Egipto durante seis mil años, entre el reinado de los dioses y los primeros faraones.

Los Shemsu Hor poseían grandes conocimientos astronómicos que transmitieron a los faraones y a los sacerdotes.*

Sonaba misterioso. Quizás me diera alguna pista de lo que andaba buscando.

Tras dejar mis trastos en la habitación (por llamarla de alguna manera), salí a pasear por la ciudad.

Edfu, situada a noventa kilómetros de Luxor, tiene unos 50.000 habitantes. En sus calles, la vida transcurría apacible mientras los conductores de las calesas y los caballos esperaban la llegada de los visitantes. Al verlos, comprendí de dónde venía el olor que lo impregnaba todo... ¡La ciudad apestaba a excrementos de caballo!

Aparte de su templo, construido en el año 237 a.C. por Ptolomeo III y dedicado al dios Horus, representado por un halcón, no tiene muchas más cosas que ver. Este templo es el mejor conservado y el más importante después del de Karnak.

Me dejé llevar, sin prisa, y me senté en un café a beber té y a observar cómo la gente organizaba su vida. Cuando te ven solo, enseguida se acercan a preguntar de dónde vienes, qué haces... Así transcurrió el tiempo hasta que llegó la hora de volver al hotel a darme una ducha antes de ir a visitar el templo.

* Más información en <http://www.paranormal.com.ar/forum/archive/index.php/t-5040.html>.

A la salida me asaltaron los conductores de calesas que se ofrecían a llevarme hasta él. A mi alrededor se arremolinaron hasta cinco de ellos y la cosa se tornó bastante agresiva. Me desembaracé de todos como pude y seguí caminando.

No había muchos turistas y los vendedores de baratijas me convirtieron en su objetivo, abalanzándose sobre mí a la entrada del templo, hasta que llegó un policía, de aspecto poco amable, que les gritó para que se apartaran.

El templo de Edfu apareció, majestuoso, ante mí. Mientras lo visitaba, pregunté por los famosos restos de los Shemsu Hor. Un vigilante se ofreció a acompañarme y me guió hacia una de sus paredes exteriores. Me indicó las figuras y me contó parte de su historia, extrañado de que un turista se interesara por ellas.

Formaban parte de sus figuras favoritas, así que se explayó en las explicaciones:

—Ellos fueron los padres de Egipto, los que reinaron durante miles de años e iniciaron la cultura traída del cielo.

—¿Traída del cielo? —le pregunté.

—Sí, ellos, los seguidores del dios Horus, venían del cielo. Aunque su origen no está claro, muchos de nosotros lo conocemos. Llegaron del cielo y estuvieron a nuestro lado, dejando nuestro país lleno de sus muestras: construcciones, pirámides, tumbas, objetos sin explicación... Si buscas en el museo de El Cairo, podrás encontrar algunos. Algún día, espero que no muy lejano, algún arqueólogo encontrará sus restos, y estos dejarán de ser un misterio.

Me detuve observándolas e hice fotos de aquellas extrañas figuras. Representaban enormes seres que, a bordo de pequeñas barcas, con sus picas, dominaban a los animales que estaban bajo sus pies. Cubrían varios relieves de las paredes exteriores del templo. Había unos seis. Todos diferentes, orgullosos, dominando con sus armas al mal, que estaba representado por animales como el cocodrilo o el hipopótamo. Algunos de ellos tenían las cabezas ralladas, como si hubieran tratado de borrar su existencia.

No obtuve más información sobre ellos, sólo la visión de unos relieves sin aparente importancia, de los que todo el mundo pasa de largo en su visita al templo.

Me despedí, con la obligatoria propina para mi guía, y salí del templo con la idea de seguir mi viaje en busca de objetos misteriosos por el país de los faraones... Aquel acompañante del templo de Horus me había dado nuevas pistas que seguir: se encontraban en el museo de El Cairo.

Pero antes de ir hacia la capital, me acercaría a Denderah. Nuevos enigmas me esperaban allí.

Los misterios del templo de Denderah

En uno de mis primeros viajes a Egipto, hace más de veinte años, algunos de los guardianes de las tumbas intentaron mostrarme cómo conseguían que llegara la luz de los rayos del sol hasta las profundidades de la Tierra. Lo hacían con un juego de

espejos. Pero la explicación no resultaba muy convincente, sobre todo en el caso de las tumbas que se adentraban más de setenta metros bajo tierra.

Entonces, ¿cómo lo hacían? Algunos investigadores —los más atrevidos— han sugerido que quizás los egipcios ya conocían la electricidad. Y en uno de sus templos hay una prueba de ello. Está en Denderah, a setenta kilómetros de Luxor. Hacia allí encaminé mis pasos. Durante la visita iba a tener muchas sorpresas.

Denderah. El Templo de los Dioses

Denderah es una ciudad tranquila, sin muchos visitantes. A pesar de estar relativamente cerca de Luxor, no suele estar incluida en las rutas turísticas, pues es una zona bastante conflictiva a causa de los disturbios protagonizados por algunos grupos fundamentalistas. Generalmente, los que nos acercamos hasta allí buscamos algo más que una foto rápida.

A unos dos kilómetros de la ciudad se encuentra el conjunto arqueológico, al que me dirigí sin perder tiempo. Su templo principal, que está dedicado al dios Hathor, es uno de los mejor conservados de Egipto, ya que permaneció sepultado por las arenas hasta que Auguste Mariette lo desenterró a mediados del siglo XIX.

La historia del templo cuenta un extraño suceso:

Corría el año 1798 cuando las tropas de Napoleón llegaron a Denderah y se encontraron el templo enterrado en las arenas del desierto; sólo se adivinaba una pequeña entrada. Los soldados y estudiosos se afanaron en despejar el terreno.

Mientras lo hacían, una caja de municiones, que estaba sobre la arena que cubría la terraza del templo, se deslizó por un agujero hacia su interior. Al ir los soldados a buscarla, vieron que se había abierto un camino. Cuando bajaron por él, hicieron un descubrimiento sorprendente: sus antorchas iluminaron un monolito que medía casi cuatro metros de largo por dos y medio de ancho. Tenía un grosor de casi un metro, pesaba cerca de veinte toneladas y estaba colgado del techo, desafiando la gravedad.

Fue el general francés Dexaix quien lo dio a conocer, en el año 1799, como el zodiaco de Denderah.

Los franceses lo sacaron de su emplazamiento original y se lo llevaron al Museo del Louvre, donde puede admirarse en la actualidad.

Los primeros estudios, que lo dataron en el año 50 a.C., establecieron que muchos de los conocimientos de astronomía y de astrología del Imperio y del Antiguo Egipto partían de Denderah. Pero ¿quién los había llevado hasta allí?

Para muchos, la respuesta es obvia: los dioses, más concretamente, los dioses atlantes.

Hay pruebas de ello.

El estudioso Albert Slosman, doctor en matemáticas y en informática y colaborador de la NASA en los proyectos Pioneer, hace referencia a un papiro del escriba del faraón Keops

que se conserva en el museo de El Cairo y que dice lo siguiente: «Por orden de Khufu, el templo de la Dama del Cielo de Denderah será reconstruido por tercera vez, sobre el mismo emplazamiento y según los planos establecidos por los “sucesores de Horus” sobre pieles de gacela y salvaguardados en los archivos del Rey...».*

De nuevo me encontraba con alusiones a estos extraños personajes, los seguidores de Horus, los Semshu Hor, los descendientes de los dioses del cielo.

Todos esos datos hicieron que algunos expertos, como sir Norman Lockyer, el famoso astrónomo estudioso de Stonehenge, mantuvieran que Denderah era mucho más antiguo de lo que se creía y que se había construido en alineación con Sirio.**

Y en el templo había pruebas de ello; de ahí mi interés por visitarlo.

¡Qué sorpresa se llevarían los primeros soldados de Napoleón al descubrir tanta maravilla almacenada entre las arenas del desierto! Yo iba a revivir aquellas sensaciones.

No había visitantes en la entrada y entregué mi pase al guardián de la puerta, que se estaba ajeno a lo que le rodeaba y que, sin siquiera mirarme, me dejó pasar.

* Para más información: http://www.bibliotecapleyades.net/egipto/esp_egipto_colonia_2.htm.

** Fuente: http://www.bibliotecapleyades.net/egipto/esp_egipto_colonia_2.htm.

Qué sensaciones tan tremendas se viven en estos lugares sagrados. Caminar por esas salas en las que en otro tiempo se movían sacerdotes, sirvientes y hasta el mismo faraón resulta sobrecogedor. En el paseo sólo me acompañaban el silencio y algún que otro zorro que, al verse sorprendido, huía hacia las arenas del desierto.

Para comenzar la visita, me dirigí a la capilla en que se había encontrado el célebre zodiaco. Estaba en uno de los lados del templo y aún conservaba ese sabor sagrado y mágico que había llevado hasta allí a los sacerdotes y expertos en astrología con el objetivo de predecir lo que deparaba el futuro a los faraones y a su pueblo.

Pero no era eso lo que más me interesaba; buscaba otras cosas, restos más cercanos a los dioses: los restos del paso de los dioses atlantes por aquel lugar. Según algunos expertos se encuentran allí, en las escaleras que accedían a la terraza.

Había dos, una de subida y otra de bajada, ricamente decoradas ambas. En ellas se representaba a extraños personajes que, para muchos estudiosos, son los dioses atlantes.

Hice el trayecto de subida y en las paredes de la escalera pude ver grabados de un grupo de seres. En opinión de algunos expertos se trata de aquellos dioses primigenios, los sucesores de Horus. Se les distinguía del resto de los humanos porque eran verdes.

¿Quién y por qué había representado esas extrañas figuras con aquel color diferenciador? Era la pregunta que me repetía mientras admiraba sus formas perfectas, bien conservadas, únicas.

Algunas teorías, poco aceptadas por los arqueólogos oficiales, defienden que en aquel templo los sacerdotes conocían el secreto de una extraña energía que les servía para la comunicación con las estrellas e, incluso, para iluminar su vida. Iluminarla en el sentido literal.

En un apartado rincón los artistas habían dejado la prueba: las famosas «bombillas de Denderah».

Las bombillas de Denderah

Las bombillas de Denderah son unos relieves que, según los egiptólogos, representan al dios egipcio Hor Sematauy, «el dios Horus unificador de los dos reinos». A menudo, a este dios se le representaba con la forma de una serpiente surgiendo de una flor de loto.

Para otros estudiosos, estas lámparas son la prueba que han dejado los antiguos egipcios de que ya conocían algo tan increíble como ¡la electricidad!

No sabía, exactamente, dónde se encontraban. Mis apuntes decían que se hallaban en una galería por debajo de la estructura principal del templo, en una de las doce criptas del templo dedicado a Hathor.

Pregunté a uno de los guardianes, quien, previa la propina correspondiente, se prestó a acompañarme. Levantó una tapa de madera del suelo y me hizo descender por unas escaleras de hierro. La oscuridad era total.

Encendí mi linterna, que enseguida me arrancó de la mano, y me instó a seguirle por un estrecho y agobiante pasillo. El haz de luz me descubrió algunos relieves ricamente decorados.

Me entretuve observando una figura. Mi improvisado guía me dijo que era Cleopatra y, sin darme tiempo, me empujó para que le siguiera hacia el fondo del pasillo. El polvo lo llenaba todo y, con la escasa luz de la linterna, se creó un ambiente fantasmagórico que me hizo recordar las historias sobre las serpientes que se esconden en los pasillos de los templos.

Mi acompañante debió de darse cuenta de mi recelo y me tomó de la mano, animándome a seguir. En lo más profundo del túnel se iluminó una extraña escena: dos individuos enfrentados sosteniendo una burbuja de cristal vacía en cuyo interior parecía moverse la figura de una serpiente que sobresalía de una flor de loto. Del tallo salía una especie de cable conectado a una caja.

El conjunto era de lo más extraño. Cogí la linterna y me dediqué a observar la imagen con detenimiento. Realmente, parecía una bombilla conectada a algo que podría ser una pila o un generador. ¡Qué extraño! Pero aún había más. Otro jeroglífico mostraba a un hombre con los brazos en alto y un disco solar en la cabeza.

Mi acompañante empezó a meterme prisa; al parecer, estábamos en un lugar prohibido y podían descubrir nuestra presencia. Como pude, le dije que me dejara estar un rato más allí. Él insistió en que debíamos salir. Una buena propina le tranquilizó y me dejó solo unos minutos. Aproveché para hacer fotos, tomar medi-

das y grabar en mi mente todos los detalles de tan enigmática figura. Con la curiosidad satisfecha, salí del pasadizo.

Una vez arriba, volvió a depositar la tapa de madera, ocultando aquel extraño pasadizo y sus secretos. Nos despedimos y continué mi visita por el templo.

Me sorprendí al encontrar un nuevo relieve parecido al que había visto en la cripta. Estaba en una de las salas de la primera planta. Este tenía colores originales. Hice más fotos y salí a tomar un poco de sol al patio del templo.

No había nadie. Sólo algún que otro guardián que enseguida se te acercaba para demandar su cuota de propina. Pude convencerles para que me dejaran tranquilo. Al verme con los papeles que había sacado de la mochila, se fueron sonriendo y diciendo:

—Doctor, doctor...

Palabra mágica que en Egipto significa estudioso, arqueólogo o algo por el estilo. El mejor salvoconducto para que te respeten y te dejen tranquilo.

Aproveché aquellos momentos de sosiego, mientras el sol iluminaba y calentaba mi cuerpo, para leer algunos extraños apuntes sobre teorías descabelladas acerca de las bombillas:

En el año 1992 se publicó un libro de Peter Krassa y R. Habeck titulado *La luz de los faraones* (*Das Licht der Pharaonen*).

En él se apuntaba la idea de que aquel extraño relieve podía ser la prueba de que los egipcios conocían ya la electricidad. Estaban tan convencidos de ello que encargaron al ingeniero

eléctrico Walter Garn, jefe de proyectos de una compañía industrial austríaca, que realizara, con los datos de tan misterioso relieve, un prototipo para ver si funcionaba.

Walter, con mucho ahínco, construyó un modelo de bombilla como el de Denderah. Colocó resina en los dos extremos de un vaso cónico y situó un electrodo en uno de ellos y en el otro un clavo. Al final, después de aplicarle una bomba neumática, el invento ¡FUNCIONÓ!, dando luz ante el asombro de todos los participantes.*

Parecía probado que los egipcios habían tenido acceso a conocimientos desconocidos en la antigüedad que les permitieron acometer labores como la de grabar esas extrañas figuras en lugares tan apartados como esos túneles que acababa de visitar.

Y quizás ahí estaba la solución para quienes en el futuro nos preguntáramos cómo habían conseguido los antiguos egipcios realizar trabajos tan sumamente minuciosos en lugares tan ocultos como esas galerías tan profundas.

Con electricidad. Y la mejor forma de respondernos era dejar una bombilla en la parte más oculta de la galería. Evidente, ¿no? A veces las respuestas surgen si sabemos preguntar...

El sol comenzaba a quemarme, era hora de salir. Ya había encontrado algo de lo que buscaba, pero quedaba mucho más.

Regresaba a El Cairo. Tenía una cita con nuevos misterios en el museo de arqueología.

* Para más datos, véase <http://www.universoenergetico.com.ar/lugares-energeticos/egipto>.

3

El Cairo.

El museo de las maravillas

Entrar en el museo de El Cairo es una de las experiencias más fascinantes que puede vivir un amante de la historia. Situado en la plaza Midan El Tahrir, alberga en su interior más de 120.000 piezas del arte faraónico de todos los tiempos. Recorrerlo es adentrarse en la historia. El edificio, de apariencia decimonónica, te hace trasladarte a la época de los grandes aventureros y descubridores de nuestro mundo.

Ya lo había visitado en otras ocasiones, pero cada vez que volvía descubría un detalle nuevo, un objeto que había pasado por alto, un retazo más de esa historia desconocida, incluso para los mismos egipcios.

Mi intención, en esta nueva visita, era encontrar restos fuera del tiempo.

Mi amigo Javier Sierra, gran conocedor de la zona, me había hablado de la Estela del Inventario, una extraña estela que ponía en tela de juicio que el faraón Keops hubiera sido el construc-

tor de la Gran Pirámide. Se encontraba en la planta baja, lejos de las miradas de los turistas.

Y hacia allí me fui para encontrarla.

La Estela del Inventario

Con la ayuda de una simpática estudiante árabe, de las muchas que pululan por el museo haciendo las veces de guías alternativos, llegué hasta ella.

Me quedé perplejo. Pensaba encontrar una gran estela, pero no fue así. Era pequeña y estaba apartada en un rincón. Pero su significado oculto era más trascendente de lo que imaginaba.

La pequeña estela muestra un momento de la historia de Egipto en el que Keops, ante una visita de embajadores de otros reinos, les enseña la zona. En ella, el mismo faraón llama a la pirámide «El templo de Isis» y a Isis «La señora de la pirámide». Pero si Keops estaba enseñando las tres grandes pirámides a ese grupo de embajadores, ¿es que ya existían! ¿O no?

Y, por lo tanto, él no pudo ordenar su construcción como tumba funeraria. ¿Cuál puede ser la explicación? Seguro que, si me escucharan decir esto mis amigos los guías o los arqueólogos egipcios tradicionales, dirían que me he vuelto loco. Aunque el texto de la Estela del Inventario así parecía confirmarlo.

Ya somos muchos los que creemos que esas tres grandes pirámides ya estaban allí mucho antes de la existencia de Keops

y su familia. Pero ¿quién las levantó entonces? ¿Y para qué? Otro de los grandes misterios del país de los faraones.

Además, de ser ciertas las teorías que hablan de una antigüedad superior a la admitida, ¿por qué no pudieron construirlos esos seres desconocidos que, según las pruebas, habitaron Egipto mucho antes de lo que la historia reconoce? ¿Los Shemsu Hor, quizás?

De momento me quedaría con la duda. Tenía que continuar mi búsqueda de pruebas de la existencia de esos misteriosos seres por el museo.

En ese instante recordé que, años antes, Manuel Carballal y yo habíamos encontrado un extraño objeto parecido a una maqueta de avión que Eric von Daniken había descrito anteriormente en uno de sus libros. Estaba en una sala del primer piso, perdido entre otras piezas de barro y madera que representaban pequeños pájaros. Lo encontramos en el año 1995. Lo pudimos ver y fotografiar, e incluso escribimos un artículo sobre el extraño hallazgo del misterioso objeto.

Años después, en posteriores visitas, el objeto había desaparecido de su peana. Al preguntar por él a los inspectores, todos contestaban lo mismo: «Está en estudio y no se puede ver».

A pesar de mi falta de optimismo por volver a encontrarlo, subí a la sala en la que había estado expuesto y, ¡sorpresa!, volvía a estar allí. Después de varios años desaparecido, había vuelto a su lugar original.

El avión de Saqqara

¡Qué alegría! Cuántas maravillas guardaba el viejo museo de El Cairo. Aquel pequeño objeto, desaparecido durante tantos años, había vuelto a su lugar. Era como reencontrar a un viejo amigo.

Me imagino la sensación de los arqueólogos cuando lo encontraron en Saqqara, allá por el año 1891. Estaba en la tumba de Pa-di-Amón y lo clasificaron como un elemento de culto. Pero, a poco que te fijaras en él, comprobabas que era muy diferente del resto de los objetos que se encontraban a su lado y que ahora descansan en el museo, pues estaba fabricado en madera de sicomoro y se parecía mucho a un avión en miniatura. Estaba fechado en el año 200 a.C. y, a pesar de medir apenas 15 cm de longitud y 18 de anchura, su figura resaltaba sobre todas las que le rodeaban. Según decían, era muy ligero; tan sólo pesaba 40 g y, cuando lo tiraban al aire, planeaba.

Su existencia me hizo plantearme si los egipcios antiguos conocerían los fundamentos del vuelo. A mí me había puesto sobre la pista de su existencia Eric von Daniken. Recuerdo lo que me dijo en nuestra última conversación: «En el museo de El Cairo podrás encontrar los restos de esos dioses; hay maquetas de aviones, *boomerangs* y otros objetos tan extraños que no pudieron pertenecer a los antiguos egipcios; alguien se los trajo, alguien se los enseñó». Y, aunque Daniken ha sido muy desprestigiado, nos hizo descubrir nuevos enigmas aún sin explicación. El planeador es uno de ellos.

El avioncito de Saqqara fue redescubierto en el año 1969 por el doctor Kahil Messiha. Cuando lo vio, se quedó asombrado por su semejanza con un avión moderno. Esto fue lo que dijo sobre él: «El hecho de que no tenga patas, el extraño ángulo de sus alas, así como su estabilizador posterior, hace que se parezca mucho a una aeronave y no a un pájaro. Los antiguos egipcios enterraban estos extraños objetos con la idea de que les ayudaran en su viaje al más allá».

Según algunas fuentes, un comité de expertos arqueólogos en colaboración con un grupo de ingenieros aeronáuticos realizaron estudios con el extraño pájaro y llegaron a la conclusión de que se trataba de un modelo a escala de un avión normal. Según afirmaron, debía de tratarse de un planeador con algún tipo de propulsión, capaz de transportar cargas y de volar a una velocidad de unos cien kilómetros por hora.

Les pareció que podía ser una pieza importante, por lo que la colocaron en el museo de El Cairo, en vez de dejarla junto a los otros miles de objetos que reposan en las salas de los almacenes. Allí estuvo varios años expuesta a los ojos de los curiosos —pocos, por cierto (qué ciegos estamos)—, hasta que publicamos nuestro hallazgo, allá por el año 1998, momento en el que desapareció hasta nuestros días.

Allí sigue ahora, con el número 6347, entre sus hermanos los pájaros, desafiando a los estudiosos y a los ojos que deseen ver más allá de la realidad que nos cuentan.

Y para los que no creen que sea cierto, no es el único objeto con forma de avión fuera de tiempo. Hay muchos más. Se

han encontrado, al otro lado del mar, modelos aéreos pertenecientes a diferentes culturas y con miles de años de antigüedad.

Los supuestos modelos de aviones que han salido a la luz son una serie de pequeños objetos ornamentales de oro hallados en Colombia, Costa Rica, Venezuela y Perú.

El misterio continúa.

Mientras abandonaba la sala del planeador, recordé las palabras de Daniken: «En el museo podrás encontrar *boomerangs* y otros objetos extraños, de fuera de la cultura egipcia». ¿*Boomerangs*? ¿Habían tenido contacto los egipcios con los aborígenes australianos?

La pregunta me tentó y fui a buscarlos.

Boomerangs en el Antiguo Egipto

Hay tantos objetos en el museo que, o bien alguien te guía hacia ellos, o pasan desapercibidos. Eso me había ocurrido. Había estado más de cincuenta veces en el museo y no los había visto. Pero esta vez no me volvería a pasar.

Los localicé: estaban expuestos en una vitrina cercana al tesoro de Tutankhamón. Además, había decenas de ellos repartidos por diferentes salas y lugares: entre los instrumentos de caza, entre las armas, en la sala de los utensilios de trabajo...

Antes de acudir al museo me había informado sobre el tema y había averiguado que en el Antiguo Egipto se utilizaba el

boomerang en el deporte de la caza de aves. En el mismo ajuar funerario del faraón Tutankhamón aparecen algunos de ellos.

Según los arqueólogos —que se basaban en las traducciones de los textos grabados cerca de las tumbas— se trataba de artículos de lujo y su significado, en escritura jeroglífica, determinaba que eran objetos traídos por pueblos del extranjero. ¿Quiénes llevaron esos *boomerangs* hasta Egipto hace más de 3.000 años? ¿Los aborígenes australianos, quizás? Una civilización tan avanzada como la egipcia bien podría haber desarrollado el arte de la navegación.

En el templo funerario del faraón Sahure (V Dinastía) se pueden ver distintos relieves de barcos egipcios que regresan después de una expedición por tierras asiáticas cargados de esclavos y prisioneros.

Si llegaron hasta Asia, no es descabellado pensar que fueran más allá.

Las pruebas de ese posible y fantástico viaje se encontraron en uno de mis lugares favoritos, en pleno desierto occidental, muy cerca del desierto blanco. En el año 1984, el diario *Cairo Times* publicó la noticia de un extraño hallazgo: fósiles de canguros cerca del Oasis de Siwa.

Y había más datos inquietantes. En una de las tumbas a las que se permite el acceso de visitas en la necrópolis de Saqqara, concretamente la del rey Unas (VI Dinastía), se podían ver diferentes escenas de caza. Entre los animales representados figuraba uno muy inquietante: un canguro. Y no era el único lugar. En la ciudad perdida del misterioso faraón Akhenatón, Tell

al-Amarna, también se podían ver figuras de estos extraños animales.

¿Llegaron los egipcios hasta Australia? Me llamó tanto la atención el hallazgo que seguí buscando información acerca del misterio de la conexión egipcia con Australia.

Las huellas egipcias en Australia

Si te tomas la molestia de investigar, con un poco de suerte las respuestas comienzan a aparecer. No me costó mucho encontrarlas.

Paul White, un experto en la historia australiana, me las brindó en un estudio publicado en 1996. En él recogía algunos datos inquietantes que verificaban esta extraña conexión entre los egipcios y el continente australiano.

Uno de ellos hacía referencia al Parque Nacional del Valle del Cazador, al norte de Sidney. Allí se encuentra un pequeño montículo en el que han aparecido más de 250 jeroglíficos egipcios. En ellos se encontró un cartucho con el nombre de Djedf-Ra (Diodefne), hijo de Keops y nieto de Snefru (IV Dinastía).

En estos jeroglíficos se narra la aventura de una expedición al mando de Djes-Djes-Eb, un noble egipcio que, junto a su tripulación, naufragó en tierras extrañas.

Pero estos no son los únicos hallazgos relacionados con Egipto. Hasta el famoso escarabajo sagrado llegó a Australia: fue descubierto en Queensland junto a la estatua de un babuino, un

mono inexistente en la zona que, al igual que el pájaro ibis, representaba a Thot, el dios de la ciencia en la mitología egipcia.

Y hay más datos de esta extraña conexión. En las montañas Azules de Nueva Gales del Sur se halló otra de estas curiosas estatuas y un amuleto de ámbar que representaba un obelisco con extrañas inscripciones. Su datación arroja una antigüedad de 5.000 años.

Otro de los hallazgos se produjo en una cueva de Tierra de Arnhe, donde encontraron el dibujo de un ojo de Horus.

Pero hay más: monedas egipcias y romanas, un plato de origen fenicio con inscripciones fenicias y egipcias o la «Piedra Tjuringa», que no es sino una copia de la representación egipcia del símbolo de Atón (el sol).

En definitiva, gran cantidad de pruebas para las que no tenemos explicación. Según Paul White, hay algo que aún lo hace más inquietante, pues muchos de los documentos relacionados con el tema —que estaban almacenados en The Australian Academy of Science Library en Canberra— habían desaparecido misteriosamente. ¿Quién no quiere que conozcamos la verdad?

Las sorpresas se seguían sucediendo en mitad de aquel museo fantástico.

El disco del príncipe Sabu

Me quedaba una hora para seguir disfrutando del museo y decidí subir, de nuevo, a la primera planta. Quería volver a

ver ese extraño objeto conocido como el disco del príncipe Sabu.

Me acerqué a su lugar de emplazamiento y, ¡sorpresa!, ya no estaba allí. Lo habían vuelto a cambiar de sitio. Me costó algún que otro paseo dar con él, pero no había desaparecido como había sucedido con el avión de Saqqara.

Se trata de una pieza muy extraña. Su figura no se apreciaba muy bien por los reflejos del cristal de la urna que lo contenía, que debía de llevar más de mil años sin ser limpiado. Es una especie de volante que recuerda a una rueda o disco de piedra.

Los informes que hay sobre él arrojan los siguientes datos:

En el año 1936, realizando una serie de excavaciones en Saqqara, fue descubierta la tumba del príncipe Sabu, hijo del faraón Adjuib, gobernante de la I Dinastía (3.000 a.C.).

Entre los muchos objetos encontrados en el ajuar funerario, llamó poderosamente la atención de los arqueólogos un extraño objeto al que definieron como «un recipiente con forma de tazón de esquisto».*

Ahí quedó la cosa, sin más explicaciones.

Años más tarde, Brian Walter Emery, uno de los egiptólogos más importantes del siglo XX (autor de un clásico de la egiptología: *Egipto arcaico*, publicado en el año 1961), se fijó en tan extraño objeto y comenzó a estudiarlo.

* Para más información, véase <http://tejiendoelmundo.wordpress.com/2011/01/06/arqueologia-insolita-el-disco-del-principe-sabu>.

Tras muchos años de investigación, plasmó sus conclusiones en el informe *Las Grandes Tumbas de la I Dinastía*. Esto es lo que decía sobre él:

El extraño objeto tiene 61 cm de diámetro y 10,6 cm de altura en la zona central. Está fabricado en esquisto, una roca muy quebradiza y frágil, que requiere un tallado muy laborioso. Su forma se asemeja a la de un plato o volante de coche cóncavo, con tres cortes o palas curvas que recuerdan a la hélice de un barco y, en el centro de esta, un orificio con un reborde que sobresale como si fuera el receptor de un eje de una rueda o de algún otro mecanismo desconocido dispuesto para girar.*

Pero no se logró descifrar el significado del mismo.

Enseguida me surgió la duda: si los egipcios no conocían la rueda, ¿qué podía ser el misterioso volante que apareció en la tumba de un príncipe de la I Dinastía?

El egiptólogo Cyril Aldred concluyó que aquel objeto era la reproducción de un objeto metálico anterior. De hecho, esta rueda apareció junto a otros extraños objetos de cobre, prácticamente el único metal que conocían los egipcios.

¿Cómo pudieron diseñar un objeto tan delicado hace más de 5.000 años?

* Fuente: <http://tejiendoelmundo.wordpress.com/2011/01/06/arqueologia-insolita-el-disco-del-principe-sabu>.

Otra teoría afirma que puede ser una pequeña parte de un mecanismo más complejo, pero ¿qué tipo de maquinaria podía existir en Egipto en esa época?

Para los oficialistas este objeto no es más que una bandeja o pedestal para un candelabro. Y la forma del diseño es fruto de la casualidad.

¿Será también casualidad que la compañía Lockheed de misiles y del espacio diseñara, con los bocetos de tan misterioso objeto, una pieza idéntica para ser encajada herméticamente en un cárter lleno de lubricante? No sabemos la respuesta, pero lo que es seguro es que constituye uno de los misterios mejor guardados de Egipto.

Era hora de marcharme. El tiempo había sido provechoso entre las paredes de aquel vetusto museo.

Cuando salí al exterior volví a encontrarme con la realidad de El Cairo: el ruido del tráfico y el caos. ¿Cuántos misterios más encerrarían aquellas antiguas paredes? ¿Cuántas respuestas a nuestro origen quedarían aún sepultadas en sus almacenes?

Ya no había tiempo. Debía regresar y continuar mi búsqueda en otros horizontes.

4

Cuando los dioses llegaron a la Tierra. Los dogones en África

Aunque había estado muchas veces cerca de ellos, aún no había tenido tiempo de conocerlos; era una de mis asignaturas pendientes. Mi nuevo viaje a Senegal sería la ocasión perfecta para hacerlo.

Mamadoú, mi fiel amigo senegalés, me había reservado un billete de tren, y partí desde Dakar rumbo a Bamako, la capital de Malí. El recorrido me fue mostrando las dos caras de África: primero, el paisaje desértico del Sahel, con sus tribus islámicas perdidas entre las dunas, un medio inhóspito del que sacan lo necesario para subsistir; un poco más tarde, apareció la sabana, dando un respiro a las ardientes arenas del desierto y a sus habitantes.

Tras más de dos días de tedioso viaje, llegamos a Bamako, la capital de Malí, un lugar poco frecuentado por los turistas. Generalmente, esta ciudad sirve de punto de partida para las visitas al interior del país y no parece ofrecer grandes atractivos. Sin embargo, a poco que te fijes, tiene sus cosas interesantes.

Lo que más me llamó la atención fue que los niños —que plagan sus calles arenosas— no tienen la costumbre de pedir regalos a los blancos, a los *tubaou* que les visitan. Se conforman con llenar de alegría el ambiente y saludarte con una sonrisa sincera.

Durante mucho tiempo en Bamako no se pedían los papeles y, como consecuencia de esto, la ciudad se convirtió en el destino de muchos emigrantes de otros países de África. Llegaban allí para estudiar en la universidad o a la búsqueda de nuevas oportunidades de trabajo.

Las pocas horas que estuve allí me sirvieron para notar que era diferente: se sentía la dignidad de sus habitantes; afortunadamente, los turistas aún no habíamos contaminado a los niños con regalos sin sentido para calmar nuestra conciencia de ricos.

Me gustó.

Los lugareños, oficialmente pobres —Malí es uno de los países más pobres del mundo—, se dejaban ver con un orgullo muy lejano del que estamos acostumbrados a ver en otros países de África, asfixiados por el capitalismo occidental.

Me hubiera gustado pasar más días allí, pero mis papeles y Madou, mi guía, ya estaban listos y debía partir hacia el interior, a la tierra de los dogones.

Madou era un tipo alto, fuerte y sereno, como su pariente de Senegal, mi amigo Mamadoú.

Había estudiado antropología, una disciplina que no resultaba muy útil en África y, ante la escasez de trabajo en su sector, se había pasado al mundo de los viajes. Le gustaba acom-

pañar a los que llegábamos hasta allí a la falla de Bandiagara para visitar y conocer a los dogones.

En cuanto le pedí que me acompañara, se entusiasmó con la idea. Le interesaba el mundo de los dogones tanto como a mí. Me había dicho que ese pueblo era la prueba más clara de que los dioses habían estado en la Tierra en un tiempo no muy lejano.

Contactó con un amigo, que dispuso nuestro transporte: un destartalado todoterreno de color azul chillón. Mientras viajaba en aquel vehículo, que parecía ir a caerse a pedazos en cada bache, aproveché para leer algunas de las notas que había recopilado en mi cuaderno de campo:

Los dogones son un pueblo de características muy diferentes al resto de las comunidades vecinas. Algunos sitúan su origen en los antiguos garamantes, ancestros de los tuaregs. Su población asciende a 30.000 habitantes, que están ubicados en la meseta de Bandiagara y en los montes Homburí, a unos 400 kilómetros de Tombuctú.

Según su tradición oral, llegaron a esta zona de África hace más de 600 años y se refugiaron en los acantilados de la zona para defenderse de los ataques de las tribus que ya habitaban la región.

Se dedican a la agricultura, básicamente al cultivo de mijo, que es la base de su alimentación, y no se caracterizan por ser un pueblo de pastores; solamente poseen unos pocos animales que les sirven de sustento básico.

Para ellos la vida es sagrada, y los conflictos que surgen en el seno de su comunidad se solucionan de forma totalmente pacífica en consejos tribales.

Al frente de esta comunidad está el Hogon, su líder, elegido entre los más ancianos de la tribu y entre aquellos que demuestran ser portadores de la antigua sabiduría.

La iniciación del Hogon dura unos seis meses. Durante este periodo nadie puede tocarle, está obligado a llevar ropas blancas y no puede lavarse ni afeitarse. Una virgen será la encargada de asearlo y de preparar su comida.

Al término del periodo de iniciación, se le pondrá un tocado de color rojo y una pulsera con una perla, considerada sagrada, como símbolos de su cargo.

A partir de ese momento tendrá bajo su responsabilidad la seguridad y la educación de su tribu.

Aunque conocen la escritura, sus tradiciones se comunican de forma oral, de padres a hijos, y en algunos pictogramas que narran una enigmática historia que todavía puede verse en las paredes de las cavernas de la falla de Bandiagara.

Como han vivido ajenos al mundo exterior, estas tradiciones permanecieron ocultas hasta que en 1939 el antropólogo francés Marcel Griaule entró en contacto con ellos.

Según relata en sus crónicas, no le fue fácil, pero poco a poco se ganó su confianza; le permitieron estudiar sus creencias, su religión, su modo de vida y su estructura social. Lo que descubrió le asombró y, posteriormente, cuando lo dio a conocer, fascinó al mundo entero.

Un chamán dogón llamado Ogotemmeli fue quien le instruyó acerca de las costumbres de su pueblo. Le habló de sus plantas mágicas para curar y de algo que le sorprendió mucho más: los dogones afirmaban que sus ancestros, los «Nommos» o «señores del agua», llegaron del cielo, desde una lejana estrella llamada Sirio, hace 5.500 años.*

La historia sonaba fascinante. A medida que repasaba las notas, me iba sumergiendo en la leyenda de aquel pueblo misterioso que estaba deseando conocer. Mi acompañante, Madou, me interrumpió para invitarme a comer algo de fruta. El vehículo se había calentando y debíamos parar para dejarle reposar. No era consciente del tiempo que había pasado, me había abstraído en un éxtasis que me había hecho olvidarme de que era humano. Cuando salí del coche aproveché para estirar las piernas y satisfacer otras necesidades.

Tras una pausa de hora y media, en la que degustamos una copiosa comida con las manos (siguiendo la costumbre local), continuamos el viaje.

—¿Nos queda mucho para llegar? —pregunté.

—Los *tubaous* siempre tenéis prisa. Nos queda un tiempo —me contestó irónicamente.

Me sentí estúpido: ¿cómo se me había ocurrido hacerle semejante pregunta? Nos quedaba lo que tuviera que quedar. No había prisa. En África el tiempo no lo marcan las horas; se

* Más datos en <http://pasionxafrica.blogspot.com/2010/06/los-dogon-la-tribu-de-las-estrellas.html>.

rige por lo que comes, hablas, ves o disfrutas. ¡Me quedaba tanto que aprender de aquellos seres!

Volví a mi lectura, que en aquel momento trataba de esos extraños seres de los cielos llamados Nommos. Qué bonito nombre, pensé, y lo repetí varias veces en voz alta. El chófer y Madou me miraron y, hablando entre sí, rieron a carcajadas. Les miré y sonreí. Supongo que pensarían que estaba un poco zumbado.

Eché un vistazo por la ventanilla del vehículo observando cómo cambiaba el paisaje: nos acercábamos a una zona más montañosa. Las acacias comenzaban a cubrirlo todo y una tierra rojiza, de un color muy intenso, hizo que el paisaje fuera tomando tintes irreales.

Pero no me distraje y seguí leyendo.

Los Nommos

Había recopilado muchísima información acerca de ellos. Algunos de los datos que se recogían eran muy curiosos:

Los Nommos son una raza de seres que toman la forma física de los delfines, las ballenas, las sirenas hembra y las sirenas macho. Su mundo es un planeta en el sistema estelar de Sirio, formado, en su mayoría, por agua cálida y azul. Muchos de ellos caminan erguidos y se comunican entre sí por medio de ultrasonidos, como las ballenas o los delfines.*

* Fuente: <http://www.aforteanosla.com.ar/Colaboraciones/chile/articulos/valdivieso%20dogon.htm>.

Levanté la vista, y Madou, que estaba preparando las linternas, me miró sorprendido. Aproveché para preguntarle.

—¿Qué sabes de los dogones? ¿Cómo son? ¿Es cierto que en las fiestas se visten con trajes muy extraños?

Madou, que había estado varias veces con ellos, contestó:

—Sólo te puedo decir que, aunque son bastante reservados, sabemos que tienen tres fiestas principales. La más importante, llamada SIGI, la celebran cada cincuenta años. Organizan una procesión y los hombres llevan unas máscaras cuyo significado desconocemos. Algunos dicen que son una representación de los dioses del cielo que los visitaron en la antigüedad. Todos los hombres las llevan porque para ellos son mágicas y las guardan con mucho celo. Van de un pueblo a otro y se comunican en un idioma secreto que ni siquiera las mujeres pueden aprender.

»Su segunda celebración se llama AMMA y la realizan anualmente. Yo he estado en algunas de ellas y he visto cómo sacan un extraño artefacto fabricado de ramas al que llaman TUTU y que simboliza la nave que descendió de los cielos en la primera llegada de los dioses.

»Existe una tercera dedicada al culto de LEBE, la serpiente sagrada, que representa al primer hombre mortal que se transformó en serpiente. La celebración se hace también una vez al año y dura tres días. El último día todos los hombres de la aldea visitan los altares sagrados y danzan tres veces alrededor de ellos. Al terminar, invitan a todos a saborear una bebida hecha de mijo, parecida a la cerveza.

»No hay muchos extranjeros que lo hayan visto, pues antes estaba prohibido. Pero, de un tiempo a esta parte, se han vuelto más considerados y dejan que se les visite en sus fiestas. Son respetuosos con los visitantes, aunque no se mezclan mucho con ellos y, por supuesto, no les confían sus secretos. Veremos si tenemos suerte en la visita y te dejan curiosear por el poblado.

Noté a Madou cansado. El viaje estaba haciendo mella en él, así que le dejé tranquilo y volví a mi lectura.

Tenía unos apuntes que hablaban del origen de la tradición de los dogones:

Según el recuerdo de la tradición oral, unos mil años atrás llegó a la zona de la meseta de Dogurou, en pleno día, una estrella muy brillante.

Los habitantes de la zona se asustaron al ver caer una estrella del cielo, pero no dejaron de observar el fenómeno. El objeto, al caer, cambió su luz por un tono rojizo.

Antes de llegar al suelo, de esa estrella salió una segunda, más pequeña, girando sobre sí misma. En ese instante, la estrella más pequeña cambió de forma y se convirtió en una pirámide, abriéndose una escalera por cada una de sus caras.

Al tocar tierra, su color cambió de nuevo del rojo al blanco brillante. Los testigos del suceso huyeron despavoridos.

De esa estrella caída del cielo, a la que llamaron «Ipelutolo», bajaron ocho seres. Tenían cuerpo de pez, lleno de escamas, y unos dientes muy afilados.

Pasó un tiempo y los habitantes del lugar, vencido su miedo inicial, comenzaron a acercarse a estos seres, que dijeron llamarse Nommos.

Estuvieron con ellos mucho tiempo, enseñándoles a pescar, a cultivar aquellas tierras, les dieron el mijo y les explicaron cómo fabricar cerveza. Más tarde, les hablaron de los cielos y les mostraron las estrellas de donde provenían.*

Era apasionante lo que se contaba de ese mítico pueblo.

Me encontraba en el sitio más alejado del planeta, perdido entre montes y sierras inhóspitas, con poca vegetación y lleno de polvo. Parecía mentira que allí existiera un pueblo con esos extraños conocimientos. Me apasionaba lo que iba leyendo, pero, como los niños en un coche, volví a preguntar: «¿Falta mucho para llegar?». No dejé que Madou contestara. «Ya lo sé, a disfrutar del viaje; falta lo que falta».

Y, entre traqueteos y golpes, volví a sumergirme en mis datos:

Aquellos extraños seres de cuerpo de pez, que convivieron durante muchos años con los dogones, comunicaron a sus pobladores su procedencia.

Los Nommos habían llegado de una estrella conocida en la Tierra como Sirio. Ellos la llamaban Sigitolo. Contaban que era la más brillante del firmamento y, según estos seres, era la

* Fuente: <http://www.aforteanosla.com.ar/Colaboraciones/chile/articulos/valdivieso%20dogon.htm>.

estrella de la creación. Pero no estaba sola, había otras dos que la acompañaban en su danza por el espacio infinito. La segunda era más pequeña, pero con una masa muy pesada. Ellos la conocían como Sagala. La tercera, conocida como Emmeya, era mucho más liviana que su hermana y tenía un pequeño satélite que giraba a su alrededor y que se conocía como «la estrella de las hembras».

Su órbita alrededor de las dos estrellas mayores duraba unos cincuenta años; por eso, los dogones celebraban su fiesta mayor, la conocida como Sigi, cada vez que se cumplía ese tiempo.*

Dejé de leer unos momentos, pues estábamos cerca de un poblado. La sierra nos rodeaba y hacía tiempo que habíamos entrado en la falla de Bandiagara.

Madou se dio la vuelta y me dijo:

—Ya hemos llegado; dame un poco de tiempo, que voy a buscar a un viejo amigo, a ver si él nos dice dónde podemos dormir.

Estaba atardeciendo y el cielo se cubrió de líneas rojizas mezcladas con el violeta más puro que he visto en mi vida. Aparcamos cerca de las primeras chozas y no pude ver mucho a mi alrededor.

Madou volvió enseguida metiéndome prisa.

—Y el chófer, ¿se queda aquí?

* Para más información, véase <http://la-aventuradelavida.blogspot.com/2009/10/astroarqueologia.html>.

—No te preocupes por él, estará bien. Ven antes de que se haga de noche, hemos de ir a buscar un sitio para dormir.

Le obedecí y seguí sus pasos hacia una construcción que parecía la cabaña principal. En su interior había varias personas. Tras los saludos, nos llevaron a un cobertizo cercano y allí nos instalamos.

—Esta va a ser tu casa mientras estés aquí. No hay muchas comodidades, pero estarás resguardado. Ahí afuera está la letrina y, toma, por si no tienes papel, esto te servirá para tus necesidades. Te dejo un rato mientras te acomodas, voy a buscar a Amath, un viejo amigo que nos servirá de guía mientras estamos aquí.

Una de las mujeres entró y, con una sonrisa pícaro, me dio una pequeña lámpara de aceite encendida. Salió y me dejó solo. No era una *suite*, pero pensé: «En peores sitios he tenido que dormir. Además —dije para convencerme—, los viajeros nunca se quejan de las condiciones del viaje, así que a acomodarse».

Puse mi comida en alto, por si había bichos molestos, y organicé mis cosas. Madou no tardó en regresar.

—¿Ya estás listo? —me preguntó.

Le hice esperar un poco mientras me pertrechaba de mil cosas inútiles. Él sonreía a la puerta del chamizo.

—¡Cuántas cosas necesitáis los blancos para vivir!

Cargado con la grabadora, las pilas, la linterna y otros mil artificios, salí de la choza y le seguí. Fuimos caminando entre las cabañas que bordeaban una larga cuesta. La gente nos saludaba desde

las puertas y cuchicheaban entre ellos. Creía que no estarían acostumbrados a muchas visitas por aquellos lares, pero me equivocaba. No era el único extranjero que dormiría allí esa noche.

Llegamos a una cabaña grande situada en lo alto de una loma. Detrás de ella se podían ver cuevas y unas construcciones de adobe que se alzaban hacia el cielo. No quise preguntar nada, pues a la mañana siguiente tendría tiempo de verlas.

Madou pidió permiso para entrar en la cabaña y me empujó hacia el interior. Allí esperaba Amath, un anciano robusto que me tendió la mano y me dio la bienvenida.

Sentados en el suelo, alrededor de una especie de mesa, había tres ancianos más y un extranjero. Encendieron unas lámparas y procedimos a las presentaciones.

El otro visitante iba vestido a la usanza del poblado, pero el color de su piel le delataba. Le saludé y me senté a su lado.

—¿De dónde vienes? —me preguntó en francés.

—De España —le contesté, y comenzó a hablarme en español—. ¿Dónde has aprendido a hablar tan bien?

—En Pamplona, no me pierdo una fiesta de San Fermín desde hace años.

Los dos sonreímos; era agradable tener un aliado que hablara mi idioma.

Unas mujeres entraron con la comida. Mientras dábamos cuenta de ella, Madou hablaba con los ancianos y yo me dediqué a conversar con el extranjero.

Era francés pero llevaba años en África estudiando las costumbres musicales de los pueblos autóctonos. Había recalado

en la aldea animado por las extrañas leyendas que se contaban sobre sus pobladores.

—¿Te interesan los dogones?

—Me apasionan desde niño; he estado aquí más de diez veces; cada vez que tengo tiempo me escapo. Trabajo para la cooperación francesa en Dakar, por lo que vivo relativamente cerca. Estoy preparando un trabajo de autogestión para otros poblados. Los dogones son un ejemplo de vida que han resuelto hasta los más mínimos detalles de la convivencia; ojalá aprendiéramos de ellos... Además, hacen una música fantástica, que es otro de los aspectos que más me interesan. Y la comida no está mal, ¿verdad?

—No —le dije.

Las mujeres volvieron a la cabaña para recoger todo lo que había sobrado. Nos sirvieron té y se marcharon.

Madou me dijo que ya tenía resuelta mi visita. Al día siguiente iríamos a la montaña para ver algunos grabados interesantes.

Después de tomar el té, aproveché para seguir la conversación con Pierre, mi aliado francés. Le asalté con mil preguntas, sobre todo relativas al extraño conocimiento que el pueblo dogón tenía sobre las estrellas.

—A pesar del aislamiento en el que vive este pueblo y de la poca influencia que reciben de la civilización, la información que manejan sobre ciertos temas cósmicos es realmente increíble. Nadie sabe de dónde la han sacado, a no ser que te creas eso de los Nommos llegados del cielo.

—¿Tú te lo crees?

—Claro que sí; no hay otra explicación, estos tíos conocían la existencia de Sirio y de sus dos acompañantes mucho antes de que la ciencia lo descubriera. Lo sabían hace siglos y sólo hay una explicación: tuvieron contacto con extraterrestres.

—¿No me digas que crees en ello?

—Antes era escéptico, pensaba que lo de los Ovnis era cosa de locos. Ahora estoy convencido de ello. Y a ti, ¿te interesa el tema?

Le expliqué mi trabajo en el programa de radio, los asuntos que tratábamos y le confesé que siempre había buscado una prueba así.

—Me alegro, tío; estás en el lugar correcto. Ya verás cuántas sorpresas te vas a llevar. Si se enrollan un poco contigo vas a alucinar. Es una pena que no pueda acompañaros, mañana salgo para un poblado del sur, me he comprometido hace semanas y no puedo dejarlo. Pero veo que tienes un buen guía y Amath te va a ayudar, ya verás.

—Cuéntame algo más de los dogones y su saber cósmico.

—Los dogones conocen la estructura espiral de la Vía Láctea y afirman que hay más de mil millones de sistemas solares iguales al nuestro en el universo. Hace siglos que descubrieron la existencia de Júpiter y sus cuatro satélites interiores y la de Saturno y sus anillos. También hablan de la Luna, un planeta muerto, y del Sol, que es la manifestación más importante de vida de nuestro sistema. Y dicen que este tiene once planetas, no nueve.

»Todo esto lo aprendieron de esos tíos llegados con sus naves y que aterrizaron aquí mismo, en esta tierra que ahora estamos pisando. Cada vez que vengo, me paso noches enteras mirando al cielo por si regresan; sería una sorpresa volver a verlos, ¿no crees? Y lo más intrigante es que dicen que existe un solo dios en todo el universo, al que conocen como “Amma”. ¿No te parece bonito el nombre?

Pierre se apasionaba hablando de los dogones. Se notaba que, además de estudiar sus leyendas, las había corroborado en sus visitas a la zona.

—¿Te parece que salgamos un rato a ver el cielo? Así aprovecho para fumarme un cigarro, que aún no he conseguido quitarme el maldito vicio. ¿Tú fumas?

—Sólo *shisha*.

—No lo he probado, pero dicen que es más suave que los cigarrillos; a lo mejor me cambio, a ver si así dejo este maldito vicio que me está matando y no me deja ni subir cuestras.

Salimos y nos sentamos en una roca. Aluciné. No había visto nunca un cielo tan limpio, tan despejado. Las estrellas brillaban tan intensamente sobre nosotros que parecían faros encendidos, y estaban tan cerca que daba la sensación de poder tocarlas con la yema de los dedos.

—¿No te parece increíble?

Asentí con la cabeza y, sin decir nada, me dejé atrapar por el espectáculo.

Tras pasar un rato absorto contemplando el cielo, Pierre volvió a hablar.

—Si tuvieras que venir a la Tierra, ¿no crees que elegirías este sitio, con este cielo y estas gentes? Mira, allí está Sirio. Hasta hace muy poco tiempo los astrónomos no tenían ni idea de que fuera una estrella triple.

»Fue el astrónomo americano Alvan Clark quien en el año 1862 observó que Sirio no era sólo una, sino dos estrellas. Con un objetivo de 47 cm de diámetro pudo distinguir a la que fue conocida, desde ese mismo momento, como Sirio B. Hoy se sabe que este cuerpo es una enana blanca muy inferior en tamaño a Sirio y en el que un metro cúbico puede llegar a pesar más de setenta mil toneladas.

»En 1995, mis colegas franceses Daniel Benest y Jean-Louis Duvent descubrieron un tercer cuerpo en el sistema de Sirio. La bautizaron como Sirio C. Los dogones lo sabían desde hace siglos. ¿Quién pudo decírselo a ellos si no era alguien llegado de las estrellas? Desde la Tierra no se pueden ver si no es con ayuda de potentes telescopios.

»Algunos dicen que no es cierto y que se lo explicó algún misionero de los que a principios del siglo XX llegaron hasta aquí. Pero ¿cómo se puede explicar con esa teoría que conocieran Sirio C? ¡Chorradas para que no sepamos la verdad!

Pierre sabía mucho más de lo que parecía y, mientras contemplábamos el espectáculo, continuó alumbrándome con sus conocimientos:

—Todos estos datos sobre Sirio, que la ciencia ha descubierto hace unas décadas, eran conocidos desde tiempos remotos por estas gentes. La ciencia no puede explicar cómo una tribu

primitiva conoce, desde hace cientos de años, la existencia de una enana blanca que no pudo ser fotografiada hasta 1970. Tampoco parece razonable que conocieran la existencia de un cuerpo vecino a Sirio totalmente invisible al ojo humano.

»El mismo Carl Sagan, cuando se le preguntó sobre el asunto, afirmó que “el conocimiento del cielo de los dogones es totalmente impensable sin ayuda del telescopio”.

»Los dogones cuentan que los Nommos llegaron en una especie de “arca” de forma circular. Y relatan que, cuando el vehículo aterrizó, parecía una llama, y al tocar el suelo, se apagó. En ese instante, se levantó una impresionante columna de polvo.

»Para complicar más las cosas, hay pueblos cercanos a los dogones que comparten las mismas creencias y tradiciones orales sobre Sirio. ¿Sabías que en Sudán también se habla de los Nommos? Cuanto más profundizas en sus conocimientos, más increíbles te parecen. Yo sólo puedo llegar a una conclusión: aquí estuvieron algunos seres venidos del cielo. Para los estudiosos que se han tomado el tema en serio y se han molestado en llegar hasta aquí, es la única solución posible. Pero estos son pocos; es más cómodo estudiar y hacer teorías desde los despachos de las universidades, sin llenarse los pies de polvo ni pasar malas noches tumbado en el suelo. Los conocimientos astronómicos de esta primitiva cultura africana no pueden ser producto de la casualidad. Alguien vino del cielo y se lo comunicó.

»Algunos antropólogos franceses, que han pasado en alguna ocasión por Dakar para pedirme que les sirviera de guía hasta

aquí, están realizando nuevos estudios. Y la cosa promete; van a dar muchas sorpresas. Están convencidos de que, en el pasado, hubo contactos extraterrestres en la Tierra, no sólo con esta tribu africana, sino también con otras culturas del mundo. Afirman, incluso, que tuvieron una conexión con el antiguo mundo egipcio. Tú, que vas allí a menudo, sabrás algo, ¿no?

—No mucho —contesté.

Se había hecho tarde y debíamos descansar un poco. Pierre se levantó, nos intercambiamos las direcciones para seguir en contacto y nos despedimos.

—Te voy a echar de menos, tío —le dije.

—Ya sabes dónde estoy, ven a verme a Dakar cuando vayas a Senegal y seguiremos hablando de leyendas. Es una pena que tenga que irme mañana, pero la vida es así. Dame un abrazo.

Entró en su cabaña y yo me fui a la mía.

Madou ya dormía cuando entré. Procuré no hacer mucho ruido y me dejé llevar por el sueño.

Hacía mucho frío cuando Madou me despertó para desayunar. La leche de cabra recién ordeñada y la pasta de mijo me ayudaron a despejarme.

Afuera había dos personas esperando para llevarnos hasta las cuevas. Antes de partir, me hicieron una petición.

—Nada de cámaras; puedes grabar el sonido, pero no hagas fotos.

Dejé la cámara y les acompañé.

Subimos una larga pendiente, atravesando esas típicas construcciones que había visto la tarde anterior y que se parecen a

los palomares que tantas veces he visto en Venta de Baños, el pueblo de mi madre, aunque eran más elaboradas, más estilizadas.

Aunque había dejado la cámara en la cabaña, no me pude contener y saqué algunas fotos con el móvil. Era un pecado no llevarme un recuerdo de aquel paisaje.

Tras más de una hora de duro ascenso llegamos al pie de la falla de Bandiagara, por la que caían unos hilos de agua. ¡Y yo que pensaba que aquel era un paisaje desértico!

No podía más y les pedí un poco de descanso. Estuve un rato tumbado tratando de asimilar que estaba allí, en el mítico país de los dogones. Reanudamos la marcha y, en unos minutos, llegamos a las cuevas en las que estaban los grabados, los restos de los Nommos.

Ya había visto pinturas rupestres en otras ocasiones, pero lo que encontré allí me dejó sin palabras: cientos de figuras extrañas, con colores, llenas de vida, abarrotaban las cuevas. Seres del cielo, deformes, con cascos y con extraños instrumentos.

Allí estaban las pruebas. No sólo en sus tradiciones orales, sino en sus dibujos. Los artistas reflejaron en las piedras lo que habían visto venir de los cielos.

Estuve más de cuatro horas entrando y saliendo, volviéndome loco por lo que veía. No me lo podía creer, estaba tan absorto que ni siquiera comí.

Madou me tuvo que rescatar de mi locura.

—*Tubaou*, es hora de regresar. Se nos va a hacer de noche y ya has tenido bastante por hoy.

Con tristeza, le hice caso. Mientras bajaba me consolé, pues ¡al menos había estado allí y lo había visto!

Cuando llegamos al poblado, nos estaban esperando para la cena de despedida. No tenía más tiempo, debía marcharme. Pero me prometí que regresaría a aquel lugar y, si podía ser, acompañado. Aquello era digno de ser compartido.

El regreso a Bamako se me hizo muy largo. Una vez allí, me despedí de Madou.

—¿Ha merecido la pena? —me preguntó.

—No sabes cuánto, Madou, y te lo agradezco en el alma. Volveremos a vernos, tenlo por seguro, he de regresar a ese lugar.

—Te esperaremos, da un abrazo a Mamadoú. ¡Ah!, y si vuelves, tráeme unas zapatillas Nike blancas como las que le has regalado a él, ¿vale?

—Hecho, cuenta con ellas.

Subí al tren, me acomodé en mi asiento y dejé que los recuerdos lo llenaran todo. Estaba anocheciendo y el cielo se volvió a teñir de colores imposibles.

Mientras el tren me acercaba a Dakar, recordé las palabras de Pierre: «La sociedad dogón es un ejemplo de comportamiento humano digno, lo que convierte a este pueblo en uno de los más civilizados de la Tierra. Ojalá aprendiéramos de ellos. Son la prueba de que otro mundo es posible. Y la evidencia de que no estamos solos».

5

Senegal.

La casa de la palabra.

La isla de las conchas

Volví tras mis pasos y regresé a Senegal. El tren me dejó en Dakar, donde me esperaba Mamadoú, un príncipe de la etnia wólof reconvertido al turismo. Nos habíamos conocido años atrás y ya nos considerábamos familia. Él me llamaba el primo blanco de España.

Cada vez que viajo a Senegal, Mamadoú es el encargado de organizar los detalles de mi estancia, y siempre consigue sorprenderme adelantándose a mis deseos. Es un placer viajar con profesionales y amigos como él.

En esta ocasión pensaba viajar hasta la isla de las conchas y, cuando llegué, ya tenía el coche preparado para partir. Nos pusimos en marcha y le fui contando mis aventuras con los dogones.

Tardamos más de dos horas en salir de aquella ciudad ruidosa y caótica en que se había convertido Dakar.

Una vez en ruta, volví a ver el rostro amable de África: mujeres sonrientes con sus vestidos de colores, vendiendo mangos al

borde de la carretera. Mamadoú le dijo algo al conductor, este paró el vehículo y regresó unos minutos después con un cargamento de mangos.

—No quiero que pases hambre, primo; sé que te gustan mucho estos mangos. Además, de lo que se come se cría; llevas muchos días de viaje y los necesitas.

—¡Qué cacho cabrón estás hecho! —le dije. Y seguimos viaje mientras me pelaba los mangos.

—No te acostumbres, eh, que esto no se lo hago a nadie. ¡Pelar un mango! Si me vieran en mi tribu, me echarían...

Entre risas y mangos continuamos el viaje hacia nuestro destino: Joal-Fadiouth, «la isla de las conchas».*

Antes de llegar, Mamadoú me informó de algunos datos sobre la isla:

—En Joal nació el poeta Léopold Sédar Senghor, famoso por su defensa de los negros de África. Fue tan combativo que llegó a convertirse en el primer presidente de la república de Senegal. Sus habitantes son los sereres, una etnia dedicada a la pesca. Según se cuenta, «construyeron» la isla depositando en ella conchas extraídas del mar. Tras muchos años de trabajo, pudieron asentar sus poblados encima de ellas; en la actualidad viven en esa isla artificial unas cuarenta mil personas, de las que más del 90 por ciento son cristianas (a diferencia del resto de

* Joal-Fadiouth es una localidad de Senegal situada al extremo de la «Petite-Côte», al sureste de Dakar. En realidad son dos localidades: Joal —la más grande—, establecida en el litoral, y Fadiouth —la más visitada—, una isla artificial formada por conchas y unida a la otra por un largo puente de madera. (Fuente: <http://es.wikipedia.org/wiki/Joal-Fadiouth>).

Senegal, que es de religión musulmana). Ya verás qué lugar tan curioso.

En menos de una hora, estábamos aparcando nuestro coche en la orilla del puente que une Joal con la isla. Sacamos nuestros enseres, pagamos al conductor y nos dirigimos hacia ella.

Una vez allí, fuimos a casa de nuestro anfitrión, un marabú —así se conoce a los brujos de la zona— con poder ilimitado en el ámbito espiritual, que nos esperaba con todo preparado para comer. Es extraño ver cómo los animistas de esta zona conviven con la religión católica, que admite sus prácticas sin intervenir en ellas.

Los marabús, personajes centrales del animismo, llegan a ser tan influyentes que, según me contaron, tienen una isla propia para realizar sus rituales sagrados.

Baba, que así se llamaba nuestro anfitrión, nos mostró los «grigris», una especie de amuletos que sirven para alejar el mal. Los sacó de una pequeña bolsa que una de las mujeres de la casa le trajo de la habitación contigua. Mientras nos los enseñaba, nos habló de extraños hombres gigantes que habían enseñado a sus ancestros en lo más profundo de las selvas africanas. Me llamó mucho la atención lo de los hombres gigantes: no era la primera vez que oía hablar de ellos.

Baba nos relató que, al comienzo de los tiempos, unos seres gigantes poblaron la Tierra. Habían sido buenos y generosos, pero, después de un tiempo de calamidades, guerras y desventuras, abandonaron sus tierras para dirigirse a la isla de las conchas.

—¿Crees que alguien me podría contar la historia de esos hombres gigantes? —le pregunté.

Baba me dijo que podíamos ir a una casa de la palabra: allí se reunían los ancianos y seguro que alguno me lo explicaría.

La casa de la palabra

Cuando terminamos de comer, agradecemos la hospitalidad y Mamadoú y yo nos marchamos. Baba tenía cosas que hacer y quedamos en encontrarnos más tarde en una de las casas de la palabra del poblado.

Nosotros aprovechamos el rato libre para dar un paseo. Mientras caminábamos, me habló del cementerio situado en una isla a las afueras del poblado, apartado de las casas, y hacia allí nos dirigimos. Me pareció todo un ejemplo de tolerancia, pues las tumbas cristianas coexistían con las islámicas, sin ningún problema, a la sombra de los baobabs, los árboles sagrados. Todos conviviendo en armonía después de la muerte.

Mientras salíamos de la isla cementerio, pude ver otra isla repleta de arbustos.

—¿Y esa isla? —le pregunté a Mamadoú.

—Es la isla de la magia; está prohibido entrar en ella, sólo los marabús pueden pisarla.

—¿Crees que si se lo decimos a Baba nos dejará visitarla?

—No te hagas ilusiones, primo; no está permitido, pero podemos intentarlo.

Había llegado la hora de reencontrarnos con Baba y nos dirigimos a la casa de la palabra en la que habíamos quedado.

Era una construcción de madera, de techo muy bajo, en donde se reunían los mayores a conversar (de ahí venía su nombre). Allí se iba a contar historias, a rememorar el pasado y a rendir tributo a los ancianos.

—La casa de la palabra es el lugar en el que se discuten los problemas y se toman soluciones. Tiene el techo tan bajo para que los hombres no se puedan levantar y alzar la voz. Es una especie de tribunal en el que se resuelven las disputas —me aclaró Mamadoú.

Baba no tardó en aparecer y nos invitó a entrar. Dentro había tres ancianos, que no se extrañaron de nuestra presencia. Baba era un hombre respetado en la isla y, si venía acompañado por un blanco, tendría sus razones.

Les preguntó por la historia de los hombres gigantes del pasado. Ellos no sabían mucho de esos relatos, pero nos dijeron que esperásemos porque no tardarían en llegar otros ancianos y quizás ellos supieran algo más.

Se olvidaron de nuestra presencia y se enredaron en una conversación sobre la pesca y el difícil año que estaban pasando. «La crisis también ha llegado aquí», pensé.

Al caer la tarde, como si fuera el bar de cualquier pueblo de España, se fueron reuniendo más y más personas que se acomodaban entre los troncos después de dar la mano, respetuosamente, a cada uno de los presentes. También lo hicieron conmigo.

Cuando éramos una decena, Baba volvió a preguntar. Tras un intercambio de miradas, comenzó la charla. Uno de los ancianos, apoyado en un palo, comenzó a aclararme algo las cosas:

—Existen leyendas de mi pueblo, ya perdidas porque nadie quiere escucharlas, que hablan de seres blancos, muy altos y fornidos, que enseñaron a nuestras gentes los secretos de las plantas y cómo curar con ellas. Estos seres fueron, también, los que hicieron sagrados a los baobabs, tan altos como ellos.

—¿Cómo eran? —le pregunté con sumo respeto.

El anciano continuó hablando.

—Eran grandes, tan altos como los árboles. Vinieron de allí —señaló el cielo con la mano— y estuvieron con nosotros hasta que partieron hacia el norte, donde se dice que murieron dejando sus huesos como restos sagrados en lugares secretos. Mucha gente en el desierto te podría hablar de ellos. Busca más al norte, entre las arenas; allí seguro que encuentras sus restos.

Cambiaron de tema y me quedé con miles de preguntas sin hacer.

Algunos jóvenes fueron incorporándose a la reunión para exponer sus anhelos, sus dudas o preocupaciones y recibir consejo de sus mayores. Mamadoú me iba traduciendo lo que decían.

Tomó la palabra uno de los ancianos (me explicaron que era uno de los más respetados de la zona). Solemnemente, dijo:

—Todos estamos aquí para cumplir una misión, pero los jóvenes de hoy se olvidan de la suya, pervertidos con esos inventos de luz que tienen ruidos e imágenes. Ahora todos quieren

ser jugadores de pelota y salir de sus poblados; de esa manera, pierden sus raíces y ya no recuerdan quiénes son ni lo que deben hacer.

Estaba en lo cierto. Su alocución me sorprendió y me hizo pensar.

—¿Cómo saber lo que uno ha venido a hacer en esta vida?
—intervino uno de los jóvenes quitándome la pregunta de la boca.

—Cuando somos niños, entre los seis y los diez años, aún tenemos recuerdos del otro mundo. En ese momento tenemos claro para lo que estamos aquí. Yo, desde muy pequeño, sabía que quería ser escritor de historias y, aunque no sabía leer ni escribir aún, me esforcé mientras ayudaba a mis padres en el campo y en la pesca; con el tiempo, en la escuela de los sacerdotes, aprendí y comencé a leer historias de nuestra gente. Más tarde, empecé a escribirlas, y continué haciéndolo hasta que mi vista se fue. Ahora sólo puedo recordarlas y contarlas para que no se pierdan. Pero ahí está la clave: recordad, recordad lo que deseabais ser y hacer cuando erais niños.

Sus palabras me golpearon. Miré al joven que había hecho la pregunta y vi cómo bajaba la cabeza tratando de buscar en sus recuerdos qué deseaba ser y hacer cuando era niño. Yo hice lo mismo.

Mamadoú y Baba pidieron permiso para retirarse y me invitaron a mí a hacerlo. Nos despedimos y salimos de la casa de la palabra para dirigirnos a conocer a varios jóvenes que estaban preparando su viaje hacia el continente de las luces.

Ya habían pagado gran cantidad de cefas —la moneda senegalesa— y estaban a la espera de que les dijeran cuándo podrían embarcarse en la patera de turno para hacer un viaje suicida que les llevaría hasta nuestras costas, donde, con un poco de suerte, acabarían vendiendo bolsos o mendigando unos pocos céntimos de euro a la puerta de cualquier supermercado.

Esa era la vida que les esperaba a muchos de ellos, pero no lo sabían aún y, para protegerse de los peligros durante el viaje, acudían al marabú y le pedían que les confeccionara un grigris que les diera buena suerte.

Teníamos que dejar a Baba con su trabajo de brujo oficial, pero, antes de marcharnos, Mamadoú le preguntó si podíamos visitar la isla de la magia.

Baba le lanzó una mirada llena de dureza y los dos entendimos el mensaje. Mientras mi piel fuera tan blanca y mis ideas tan lejanas a las de ese pueblo, no había nada que hacer.

Lo entendí y, al acercarnos a él para despedirnos, su semblante cambió, mientras nos daba un largo y cálido abrazo. Hizo a Mamadoú una señal secreta —cruzando las manos de una manera especial— y nos despidió.

Toda mi estancia en la isla de las conchas había sido un descubrimiento, pero lo que se me quedó grabado a fuego en la mente fue la charla de la casa de la palabra con los ancianos: «Busca los restos de los gigantes más al norte, en el desierto. Y recuerda lo que deseabas ser y hacer cuando eras niño. Esas son las claves para descubrir lo que has venido a hacer a este mundo». Aún tardaría bastante tiempo en comprender esas claves.

Dije adiós a la isla de las conchas mientras atravesaba el puente que la unía al continente africano y regresé a Dakar.

Allí, con un abrazo eterno, me despedí del «primo» Mamadou, con la firme promesa de un reencuentro cercano.

Mi viaje continuaba hacia el norte.

6

El mar de arena

*El desierto sólo te da aquello que llevas en tu corazón.
Si llevas frío y soledad, el desierto te lo devolverá con creces.
Si llevas luz, esperanza, color y vida, las verás siempre a tu alrededor.
El desierto es un espejo de lo que los hombres llevan en su alma,
y en él encuentran, como un reflejo, todo lo que llevan dentro.*

Esto aprendí durante los días que pasé con los tuaregs.

Goulimine, la Puerta del Desierto, 1985

Me encontraba en un campamento de cambio —donde se trocaban mercancías sin mediar dinero de por medio— a las afueras de una pequeña ciudad marroquí que hacía frontera con el infinito mar de arena, buscando fósiles. Me dijeron que en la zona podía encontrar piezas interesantes y, sin dudarlo, me fui hasta allí con mis compañeros de viaje.

En el campamento vivían unas diez personas —sólo mujeres y niños acompañados por un anciano y un joven— en unas haimas destartaladas. Ellos dos fueron los que nos recibieron ofreciéndonos los tres té del desierto: el primero amargo como la vida, el segundo dulce como el amor y el tercero suave como la muerte.

Mientras conversábamos tranquilamente, les expusimos nuestros intereses y nos mostraron algunas piezas fascinantes. Les pregunté dónde las habían conseguido, y el más anciano, con su mano ajada por el tiempo, indicó hacia el sur y nos habló de yacimientos repletos de fósiles, huesos gigantes y dibujos.

Me pude quedar con ellos casi cuarenta días, gracias a la casualidad y a nuestro botiquín.

Uno de los niños estaba enfermo, tenía los ojos llenos de moscas y no paraba de llorar y quejarse. Me estremeció tanto la escena que le pedí permiso al anciano para intentar ayudarle; sin dudarlo, nos lo dio.

Les dije que cocieran un poco de agua y, con unas gasas estériles que llevábamos en el botiquín, le limpiamos los ojos ante la atenta mirada de la madre y del anciano. Después le pusimos una pomada, y el efecto fue milagroso. Dejó de llorar y, aliviado, comenzó a sonreír.

El anciano dijo entonces:

—Podéis consideraros nuestros invitados.

La relación, que hasta entonces había sido distante, se tornó cálida y afectuosa. Mientras nos enseñaban nuevos restos hallados en la zona, nos ofrecieron dátiles y un gran surtido de dul-

ces que ellos mismos elaboraban. La invitación para quedarnos era tentadora. Lo consulté con el resto del grupo. Ellos no podían, pero yo no tenía compromisos y decidí aprovecharla.

Esa fue mi primera aventura en el desierto. Casi cuarenta días viajando a lomos de camello, recorriendo centenares de kilómetros entre las arenas, descubriendo paisajes imposibles, aprendiendo las lecciones de vida de los tuaregs y, lo que fue aún mejor, mirando dentro de mi alma para verlo todo reflejado en los atardeceres, en las noches de luna y en los colores de la arena...

Desde entonces he tenido la suerte de visitar otros desiertos en África, en Asia y en América, y siempre encuentro algo nuevo, diferente —sus colores, sus gentes, los restos que esconden—, que me hace amar esos lugares vacíos, inhóspitos, infinitos.

Durante días, en España, recordando esos viajes por el país de las arenas, rememoré lo que me había dicho el anciano de la casa de la palabra en la isla de las conchas acerca de los gigantes:

—Busca sus restos en las arenas del norte.

Ese norte no podía ser otro lugar que el Sáhara, pero era tan grande que no sabía por dónde empezar.

Desierto del Sáhara, Mauritania

Ahmed, más conocido como «el bombero torero», era nuestro contacto en la zona. Un joven mauritano duro como las

rocas del desierto y sutil como su viento, que hablaba castellano perfectamente y que siempre nos preparaba las expediciones cuando llegábamos a Mauritania.

Me esperaba en Atar con todo listo para partir hacia Chinguetti, la ciudad santa del islam, donde quería ver sus manuscritos sagrados. Nos esperaban más de doscientos kilómetros de camino por pistas en medio de un terreno pedregoso. Ahmed se encargaba de amenizar el viaje contando chistes y relatando sus aventuras por la región.

Interrumpiendo la diversión, le hice algunas preguntas sobre Mauritania, pues había encontrado muy cambiado el país desde mi última visita.

—Han encontrado petróleo y esto ha subido como la espuma. Hay muchas compañías extranjeras, sobre todo de Canadá y de China, que se están matando por quedarse con el reparto del crudo. Hay quien dice que dentro de unos años este país va a ser como los Emiratos. ¿Nos imaginas con nuestros Mercedes y sin saber qué hacer con tanto dinero? Ya no voy a tener que trabajar más aguantando a los que venís a verme... —Su buen humor nunca le abandonaba—. Dicen eso, pero yo no me lo creo. El petróleo se lo llevarán unos pocos y nosotros seguiremos tragando polvo como hemos hecho siempre. Ya sabes, Miguel, que la vida es dura.

De repente vimos un avión negro que nos sobrevolaba a muy baja altura. Ahmed lo señaló y me dijo:

—Mira, esos son de la CIA. Hay un grupo de militares y de tipos duros, como esos de las películas de Rambo, acampados

en el colegio de las afueras de Atar, justo donde estuvisteis hospedados en la última campaña de ayuda humanitaria. ¿Te acuerdas?

—Sí —le contesté intrigado.

—No dejan que se acerquen ni las cucarachas. No sé qué estarán buscando; algunos dicen que bases de Al Qaeda por el desierto. No sé, pero lo cierto es que van muy bien preparados. Ese avión no hace más que ir y venir, unas veces con tropas y otras con avituallamientos. Algo gordo se está preparando en la zona y me temo que esto va a dejar de ser el país de la calma que siempre ha sido.

¡Cuánta razón tenía Ahmed! En los últimos años, debido al secuestro de cooperantes extranjeros, Mauritania se ha convertido en uno de los países más peligrosos de la zona. Ha dejado de ser el paraíso del desierto, en el que podías pasar jornadas inolvidables, para convertirse en el Olimpo de los secuestradores y, según decían, en una de las bases de entrenamiento de las células terroristas de Al Qaeda.

Continuamos el viaje en silencio mientras la llanura se iba haciendo cada vez más empinada y las rocas cubrían el cauce de un antiguo río. Nos acercábamos a El Paso del Diablo.

El desierto no siempre ha sido así en aquella zona; no hace mucho tiempo el agua lo llenaba todo de vida. Ahora era muy diferente, pero tenía su encanto y, lo más importante para mí, había muchos misterios que desentrañar.

Ahmed continuaba en silencio, pero yo necesitaba hablar y le pregunté:

—¿Crees que en Chinguetti habrá textos que aludan a los antiguos dioses, a los gigantes?

—Si han existido, estarán en la biblioteca de la ciudad; allí están reunidos todos los conocimientos del mundo árabe, así que ten un poco de paciencia y prepárate, que te voy a enseñar algo que te va a gustar.

No sabía a qué se refería; Ahmed siempre guardaba sorpresas agradables.

El paso de Amoghar

A medio camino entre Atar y Chinguetti había que atravesar un paso rocoso llamado Amoghar, conocido por los tuaregs como El Paso del Diablo. Era un collado pedregoso que te llevaba a la meseta, camino de la ciudad santa.

Ahmed paró el coche en mitad de la ascensión y me dijo:

—Ven, vas a ver algo único.

Me tomó de la mano, una costumbre muy típica entre las gentes del desierto para estar en contacto en medio de tanta soledad, y me dijo:

—Este es El Paso del Diablo. Supongo que lo llaman así por los extraños ruidos y bramidos que se oyen en la zona cuando el viento azota esas rocas que ves ahí. Además, los pocos pastores que se atreven a llegar hasta aquí afirman haber visto extrañas formas, gigantes, figuras negras que les atemorizan y les cobran su tributo por atravesar el paso de Amoghar. Serán tan

sólo leyendas, pero estar aquí de noche impresiona de verdad. El mes pasado se me pinchó aquí una rueda cuando iba a Chinguetti y me quedé tirado unas cuantas horas; estaba anocheciendo y se me pusieron de corbata. Ahora ven, te voy a enseñar algo que te va a gustar.

Tiró de mí hasta un abrigo que había en unas rocas. No se veía nada más que bloques machacados por los bruscos cambios de temperatura del desierto, pero, tras uno de ellos, me esperaba la sorpresa. ¡La piedra estaba llena de pinturas!

Ahmed se acercó a ella con una botella de agua en la mano y me dijo:

—Esto no lo hago nunca. Sólo por ti.

Tomó un sorbo de agua en la boca y lo escupió con fuerza contra la roca. Al instante, los dibujos parecieron tomar vida y se vieron en toda su amplitud. Había figuras humanas policromas y todo tipo de animales: jirafas, elefantes... Un espectáculo fascinante.

—Hay más todavía; te voy a enseñar una que te va a interesar.

Y me llevó hasta otras rocas en las que las figuras se repetían. Un detalle me llamó la atención y se lo señalé a Ahmed.

—Es el sol —me dijo.

Era la figura de una esfera rodeada de rayos que salían por todas partes. Parecía el sol, pero también podía ser otra cosa.

—¡Un Ovni! —grité.

—Tú siempre con tus misterios —me dijo sonriendo mientras nos acercábamos a la extraña figura. Estaba un poco

apartada de las demás y no tenía mucho sentido esa imagen allí sola.

Debía de existir otra explicación. El sol en el desierto es demasiado evidente. Quien pintó aquello quería reflejar algo poco usual.

Me quedé con la imagen y con varias fotos que le pude sacar y volvimos a subir al coche. Nos quedaban unos cuantos kilómetros para llegar a Chinguetti y la noche se acercaba.

—Vámonos de aquí, no vaya a ser cierto eso que cuentas; ahora no me apetece tener ninguna experiencia con el diablo —le dije.

Y salimos en medio de una nube de polvo.

Ya en el coche, Ahmed me confesó que había otros muchos abrigos en la zona en los que las figuras eran aún más extrañas: hombres con las manos levantadas hacia el cielo y más figuras de soles lanzando rayos a su alrededor. Y añadió:

—Conozco a algunos miembros del Frente Polisario que han llegado a Nouadhibou contando que en mitad del desierto hay muchas zonas llenas de pinturas. Pero su acceso resulta complicado, porque son campos minados. A lo mejor tienes razón y esas figuras que se ven son los dioses de los cielos, de los que tanto hablas últimamente. Si te portas bien, te llevaré a verlos; conozco a muchos del Polisario que estarían encantados de enseñártelos a cambio de un poco de compañía.

—Me portaré bien, te lo prometo. Pero llévame, por favor —le dije.

Tras una larga recta comenzaron a verse las primeras construcciones de Chinguetti. La ciudad santa nos esperaba.

Chinguetti, la séptima ciudad santa del islam

La actual Chinguetti son los restos de una medina medieval fundada en el año 777.

Según las crónicas, la región estuvo habitada desde tiempos muy antiguos y, como acreditaban los restos reflejados en las rocas que acabábamos de ver, su paisaje era muy diferente al actual. Por la zona discurrían varios ríos, y estaba poblada de jirafas, ciervos y todo tipo de animales típicos de la sabana africana, por lo que se convirtió en un cruce de caminos muy importante. Con el paso del tiempo, las arenas del desierto fueron invadiéndola hasta darle su actual aspecto.

En el siglo XI la zona se transformó en un centro de comercio para los bereberes sanhaya, hasta que fue anexionada por el Imperio almorávide, que llegaba desde Senegal hasta España. La ciudad, sepultada siete veces por el desierto, renació de sus cenizas dos siglos después, y en el siglo XIII se convirtió en centro del comercio de caravanas que conectaba el Sáhara con el Mediterráneo.

En el año 1996 Chinguetti fue nombrada Patrimonio de la Humanidad y actualmente es un destino para visitantes aventureros que desean visitar su famosa biblioteca.

Aparcamos el vehículo a la entrada de la ciudad y pudimos contemplar una vista que parecía sacada de una postal de la Edad Media. Ahmed me lo corroboró.

—Aquí no pasa el tiempo, es como regresar al pasado en un segundo.

Esa era la sensación que transmitía.

Buscamos refugio en una haima a la entrada de la villa y, mientras yo me organizaba, Ahmed fue a buscar a algunos amigos que nos esperaban.

Saqué de mi mochila el cuaderno de campo y, sentado en la arena, leí algunos datos de la ciudad:

En la actual Chinguetti hay tres edificios principales: la mezquita, una estructura de piedra que sobresale sobre el resto de construcciones de adobe y techos de palma; una gran torre, que sirve para almacenar el agua, y una fortaleza de la Legión Extranjera francesa.*

«Cuántas aventuras debieron de vivir los de la Legión aquí», pensé.

La mezquita era tan sutil, tan bella, que se convirtió en el símbolo de Mauritania. Incluso el campo de petróleo, recientemente encontrado, lleva su nombre.

Ahmed se retrasaba y yo tenía hambre y ganas de descansar; el viaje había sido largo y las pistas del desierto siempre te dejan huella en el cuerpo.

Cuando por fin llegó, me dijo que ya tenía todo organizado.

—Vamos a cenar aquí para poder acostarnos pronto, y mañana visitaremos las bibliotecas, ¿te parece bien el plan?

* Para más datos, véase <http://www.worldlingo.com/ma/enwiki/es/Chinguetti>.

—Perfecto, pero vamos a comer que me muero de hambre —le dije.

Nos sirvieron la cena allí mismo: pasta y carne de camello. No me gustaba mucho su sabor, pero, ayudado con el pan, conseguí tragármelo. Un té reparador puso fin a la cena.

Mientras Ahmed se peleaba con su cepillo de dientes —una especie de palito que se restregaba con fruición—, me fue contando parte de la historia de la ciudad:

—Chinguetti fue, durante siglos, uno de los principales centros de reunión de los peregrinos antes de hacer el camino hacia La Meca. Ya sabes que está considerada como la séptima ciudad santa del islam y, en la Edad Media, se convirtió en un centro de estudios islámicos. Aquí se venía para aprender matemáticas, medicina, derecho, astronomía e, incluso, magia de esa que a ti te gusta. Era tan importante que Mauritania fue conocida durante siglos en todo el mundo árabe como «el país de Chinguetti». ¿Eres consciente de la importancia del sitio en el que estás?

»El desierto devoró la ciudad en varias ocasiones, dejando las casas semienterradas por la arena; dicen que debajo de ellas hay pasadizos que conducen a los tesoros que muchos peregrinos abandonaron en el lugar antes de partir a La Meca. Muchos de ellos no regresaron del viaje, por lo que sus posesiones siguen en donde las dejaron. Si tenemos tiempo, mañana te doy una pala y buscamos un rato, ¿te parece? No estaría mal llevarnos unas cuantas joyas.

—¡Qué mamón estás hecho! —le dije.

Y continuó:

—En la ciudad se conservan cinco bibliotecas antiguas. Contienen todo el saber del mundo árabe, desde textos del Corán hasta descubrimientos matemáticos, astronómicos y miles de leyendas sobre seres extraños que han habitado esta tierra. Mañana iremos a algunas de ellas, pero, ahora, a dormir, que estoy muerto.

Le hice caso y me metí en mi saco.

Ahmed me despertó a voces con una barra llena de mantequilla en una mano y un té en la otra.

Tras el desayuno, recogimos nuestras cosas y nos fuimos de visita.

La biblioteca islámica

Ahmed me llevó a casa de uno de sus maestros, un anciano casi ciego que custodiaba parte de esa fantástica biblioteca. Es difícil describir el lugar, pues la casa estaba construida con barro y los suelos eran de tierra. A pesar de estar extremadamente limpia, al entrar en ella se sentía un profundo olor, mezcla de lo que allí se atesoraba y el paso del tiempo, pero no era desagradable y te conectaba directamente con el pasado.

El anciano se alegró de vernos y, agarrado al brazo de Ahmed, nos llevó a una escalera por la que accedimos al piso superior. Allí nos encontramos con una de las bibliotecas de la

casa: decenas de alacenas y pequeños armarios de madera; algunos con puertas y otros abiertos, que albergaban cientos de rollos y libros.

El anciano se sentó al pie de una de las estanterías y comenzó a sacar documentos. Pasó un largo rato enseñándonos volúmenes de más de mil años de antigüedad, textos en los que estaba contenido todo el saber humano. Como apenas veía, los reconocía con el tacto y se los daba a Ahmed para que me los pasase a mí.

Era excitante tenerlos en las manos. Alguien, hace siglos, había plasmado parte del saber humano en esos pergaminos para que, tiempo después, personas como yo, venidas de más allá del mar de arena, pudieran verlos.

No me pude aguantar y le pregunté si sabía algo acerca de esas extrañas pinturas del paso de Amoghar.

El anciano se extrañó y, desempolvando su memoria, continuó hablando:

—En el sagrado Corán se habla de ángeles, criaturas celestiales que viven en el paraíso y que visitan a los humanos para ayudarles en sus trabajos mundanos. De entre ellos destacan cinco, cada uno con una función específica: Gabriel, conocido también como Jibrail, es el ángel que entregó el Corán a los hombres; Israfil es el encargado de congregar a las almas para el juicio final; Israil, el portador de los mensajes de la muerte; Miguel, el ángel mensajero entre los hombres y la divinidad, y, por último, Iblis, el ángel que se reveló contra dios y que fue el causante de la desgracia de los hombres, ya que consiguió que

expulsaran del paraíso a Adán y Eva y que comenzaran su recorrido por este planeta. Por su mala conducta, está condenado al infierno.

»Existen otros ocho seres de forma humana pero con alas a los que llamamos “los inmortales”. Su trabajo es ayudar a dios y aparecen en el libro sagrado Zend Avesta. Son los siguientes: Asha, que controla el caos en este mundo y asegura el orden universal (su trabajo fue entregar a los humanos los valores morales); Vohu Manah es el inmortal encargado de proteger la vida de todos los animales de este planeta; Ameretat se encarga de cuidar los vegetales; Armaiti cuida al débil para que el fuerte no lo domine y controla los bajos instintos de los seres vivos; Haurvatat cuida las nubes y, sobre todo, las aguas del planeta, que son las que aseguran la vida en él; Kshatra es el guardián de los metales y las piedras preciosas; Fravashi es el equivalente a vuestro ángel de la Guarda, y Yazata, el ángel con mayor poder en el paraíso (asegura el bienestar de las criaturas celestiales y controla al resto de los ángeles). Estos seres están siempre a nuestro lado, y si se repite su nombre de forma continua, nos ayudan en nuestra vida protegiéndonos de peligros y enfermedades.

No conocía nada de la tradición islámica y me sorprendió lo que el anciano nos contaba: ¡en el islam también existían inmortales! Pero ¿habría gigantes? Con sumo respeto, le hice la pregunta; quería conocer si había tradiciones que hablaran de ellos y de los seres venidos del cielo.

El anciano dudó un momento, como buscando en la vieja biblioteca de saber que tenía en su cabeza, y añadió:

—Quieres conocer cosas secretas, incluso para los Awliyá.

—¿Quiénes son los Awliyá? —pregunté.

—Son los amigos íntimos de Allah. Son siervos de dios que siguen las enseñanzas del profeta; se les podría llamar santos y, para nosotros, son los grandes maestros del islam, los auténticos conocedores de sus secretos más ocultos.

Su respuesta no me había aclarado mucho las cosas y, tratando de no ser descortés, seguí insistiendo.

El anciano rememoró y nos dijo:

—En muchos textos sagrados, poco conocidos, se habla de la presencia de gigantes que convivieron con nosotros. Sus tumbas están repartidas en todo el mundo árabe; las puedes encontrar en Jabbaren, en Argelia e, incluso, hay tumbas de profetas sagrados en Estambul. Búscalas. Los restos están aún frescos y, aunque olvidados, tienen mucho que decir. Pero no entiendo cómo alguien como tú se interesa por estas cosas...

Como empezaba a ponerme pesado con mis preguntas, intervino Ahmed para explicarle al anciano mi fascinación con estas cuestiones, cosa que pareció tranquilizarlo. Un poco más sereno, el anciano continuó hablando.

—Entre las arenas de este desierto que nos rodea, hay mucha vida enterrada aún. Y, con ella, muchas respuestas a los interrogantes de los hombres. Respuestas sobre esa parte de la historia a la que los hombres de hoy han cerrado los ojos. Me alegra que vosotros sigáis esas pistas.

»En muchos de los abrigos ocultos entre las rocas del desierto, las gentes que lo atravesaban hacia Oriente han dejado,

en forma de bibliotecas de piedra, dibujos que hablan de su manera de vivir y de esos seres que os interesan. Mirad en el paso de Amoghar, aquí cerca, y encontraréis algunas pistas de lo que debéis buscar.

Un niño entró en la sala y, acercándose al anciano, le tomó de la mano y se lo llevó con él. Antes de dejarnos, Ahmed le besó la mano y yo le saludé.

—Allah sea con vosotros —nos dijo.

Y se marchó.

—Tengo hambre, ¿te parece bien que nos vayamos a comer, Blanco?

Asentí, y le acompañé a comer un succulento cordero asado que nos estaban preparando en nuestra haima.

Atrás quedaron mis dudas y las nuevas pistas que me habían dado para seguir reconociendo ese camino que los grandes dioses habían recorrido por nuestro planeta.

7

Los gigantes del Tassili

Habían pasado algunos años desde mi último viaje al desierto cuando una entrevista en el programa de radio *Espacio en Blanco* me trajo a la memoria de nuevo el tema: los gigantes del desierto de Tassili. Un compañero, Miguel Pedrero, me dio algunas pistas. Acababa de regresar del lugar y sus ojos me sirvieron para comprender el misterio.

El Tassili

Al sur de Argelia, cerca de la frontera con Libia, está ubicado un lugar conocido como desierto de Tassili. Se trata de un macizo montañoso sin apenas vegetación de unos 800 kilómetros de largo por 60 de ancho.

En la lengua que todavía emplean los tuaregs, Tassili significa «meseta entre ríos», pues hace unos 8.000 años dichas

tierras, ahora más parecidas a un paisaje lunar, eran una auténtica selva de frondosa vegetación, horadada por ríos con abundante agua.

En la actualidad son visibles sus cauces; eso sí, sin una gota del líquido elemento. De todos modos, aún quedan algunas pozas, cuya localización conocen a la perfección los hombres del desierto, los tuaregs, pues de ello depende su vida en las largas marchas que llevan a cabo por dicho territorio.

A principios de octubre de 2010, un grupo de doce españoles nos internamos nueve días en este fascinante lugar, con la intención de estudiar y fotografiar las pinturas rupestres más misteriosas del mundo: figuras que parecen naves espaciales volando sobre los habitantes del neolítico; humanoides de extraña morfología y gran tamaño, junto a hombres y mujeres que les adoran como si fueran sus dioses; y a su lado, pintados en mitad del desierto, individuos de enorme cabeza, que en realidad parece más una escafandra unida a un traje espacial; además, hay algunas escenas de presuntas abducciones. Son seres similares a los típicos «grises», individuos asociados a los encuentros cercanos con Ovnis, con la cabeza en forma de pera invertida, desproporcionada con respecto al cuerpo, y grandes ojos negros almendrados.

Todo un catálogo de misterios esperando a ser resueltos.

Cien mil «acertijos» sin descifrar

En el Tassili están catalogadas más de quince mil pinturas rupestres, aunque los especialistas están convencidos de que pueden existir unas cien mil.

Durante las jornadas en las que visitamos el lugar, tuvimos la oportunidad de contemplar una «orgía» de representaciones en abrigos pétreos; un auténtico paraíso para los investigadores del arte prehistórico. Y lo que es más fascinante: todavía hay lugar para realizar nuevos hallazgos, pues los estudios de campo casi se encuentran en pañales a causa de la complejidad orográfica del terreno.

La mejor investigación desarrollada hasta el momento fue la que dirigió el explorador y etnógrafo francés Henri Lothe en el año 1957. Durante dieciocho meses, el científico y su equipo —entre los que se encontraban geólogos, arqueólogos, lingüistas, historiadores o químicos— permanecieron en el lugar catalogando y realizando calcos de cientos de pinturas que hoy en día se conservan en el Museo del Hombre de París.

Pero los verdaderos descubridores de este tesoro, considerado Patrimonio de la Humanidad desde 1982, fueron los tuaregs que guiaron a Lothe y a su equipo hasta las pinturas. Y, en concreto, uno: Yebrín, injustamente ignorado por los historiadores. Los hombres del desierto siguen hablando de él con veneración y respeto, pues dedicó buena parte de su vida a proteger las escenas dibujadas en piedra. Labor que continúan los tuaregs, siempre preocupados por conservar su entorno natural.

La mayor parte de las representaciones muestran escenas de la vida cotidiana de los hombres y mujeres que poblaron la zona desde el 6.000 a.C. hasta la actualidad. Se pueden contemplar imágenes de caza, de guerra, de pesca, relacionadas con la vida familiar, y, por supuesto, de sexo en todas sus variantes: heterosexual, homosexual o practicando el coito en grupo y en distintas posturas.

Son especialmente emocionantes aquellas imágenes en las que se ve a mujeres pariendo. Una sensación que difícilmente olvidaré es la que sentí cuando me acomodé en un paritorio del Neolítico: una pared decorada con pinturas de fémias dando a luz y con la forma adecuada para que la futura madre se sentara y expulsara a su retoño.

Es imposible imaginarse cómo era la vida de aquellas gentes de la prehistoria que tenían que luchar día a día contra las alimañas y los elementos para sobrevivir.

A pesar de la dureza de su existencia, tuvieron fuerzas para dejar un mensaje que todavía se conserva. Un mensaje que los arqueólogos han bautizado con nombres metafóricos, alusivos a lo que sugieren en un primer vistazo. Así, las figuras representadas en la zona se conocen con el nombre de «el gran dios marciano», «los cabezas redondas», «los bailarines», «la nadadora de los pechos en la espalda», «la diosa con cuernos», «el gran dios con orantes», «los diablillos», «el abominable hombre de las arenas» o los «danzantes filiformes», entre otros.

Los dioses celestes

Gracias a Lothe y a las expediciones posteriores sabemos que los «lienzos» de Tassili, que se superponen unos a otros sin ningún orden, abarcan miles de años. Los especialistas los dividen en cuatro grandes periodos:

1. Los «cabezas redondas» y otros humanoides de extraña morfología (que aparecen junto a supuestos aparatos voladores) pertenecen en buena parte a la época más antigua, que abarca desde el 7.000 o 6.000 hasta el 4.000 a.C.
2. El periodo bóvido, en el que se representa en abundancia a estos animales, termina en torno al 2.000 a.C.
3. El periodo del caballo culmina alrededor del 500 a.C.
4. El periodo de los camellos se desarrolla a partir del año 400 a.C.

En este último, el Tassili tenía más o menos el mismo aspecto desértico que hoy en día, aunque al parecer todavía había algún río, más pozas y vegetación (ahora casi inexistente).

Este territorio de aspecto lunar comenzó a cambiar hasta transformarse en una selva, hace casi 12.000 años, al comienzo del Holoceno, durante el fin de la última glaciación: la temperatura subió, comenzaron las lluvias y la capa de hielo empezó a derretirse, provocando un ascenso de las aguas.

La única especie humana que logró sobrevivir fue el *Homo sapiens*, que se adaptó a un nuevo entorno mucho menos hos-

til mediante el desarrollo de la agricultura y la ganadería y, por tanto, pasando de un modo de vida nómada a otra más o menos sedentaria.

Desde el 7.000 hasta el 2.000 a.C., aproximadamente, poblaron el Tassili hipopótamos, jirafas, leones, cocodrilos, rinocerontes, elefantes y antílopes, lo que implica la existencia de una vegetación abundante y un clima muy húmedo.

A diferencia de en otras pinturas rupestres, sus creadores empleaban colores, pues la zona posee esquistos que afloran en el suelo. Estas pizarras ocre sufren la acción de los rayos solares, con la consiguiente alteración de sus colores. Las más resguardadas de la acción solar presentan tonos ocre oscuro, pero la gama es amplísima: ladrillo, rojo claro, amarillo o verdoso. Mezclaban estos tonos con otros elementos, como la goma de acacia, por lo que podían conservarse durante milenios.

Henri Lothe fue el primero en llamar la atención sobre una circunstancia de enorme trascendencia: hacia el final del periodo más antiguo, el de los «cabezas redondas», los dibujos son más rudos y no se detienen en los detalles. Da la impresión de que los autores, a diferencia de sus ancestros, sólo tenían conocimiento de la existencia de los extraños seres que pintaban a través de la tradición y no porque los hubieran contemplado (bien en trances chamánicos, como defiende la ortodoxia, o en la realidad...).

El famoso explorador francés y los especialistas que continuaron sus investigaciones llegaron a la conclusión de que los artistas del Tassili plasmaban en la roca aquellas escenas que

observaban, habitualmente dotadas de un realismo fuera de toda duda. En otras palabras, había poco lugar para la imaginación, pues los pintores trataban de representar lo que tenían ante la vista.

Lo hacían en cualquier abrigo donde la orografía se lo permitía, y no en un lugar concreto que pudiera identificarse como un santuario. Pero ¿quiénes eran estos artistas? ¿Qué pueblos habitaron el Tassili milenios atrás? No se sabe demasiado sobre estas cuestiones, pero todo apunta a que dicho macizo montañoso era fundamentalmente un lugar de paso, más que un espacio en el que desarrollaran su existencia los diversos pueblos que lo habitaron. Se ha llegado a esta conclusión porque hasta el momento no se han hallado enterramientos de humanos, sino únicamente algunos huesos de individuos que muy probablemente fallecieron durante su avance por el Tassili.

La teoría más aceptada es que los pueblos que crearon las magníficas pinturas de Tassili abandonaron África a lo largo de un periodo de tiempo que abarca, aproximadamente, entre el 18.000 y el 3.000 a.C.

Terence McKenna, autor de *El manjar de los dioses* (Paidós, 1994), dedica uno de sus capítulos al enigma de los dibujos de Tassili. Allí defiende la teoría de que el macizo montañoso era un lugar de paso, pues hace miles de años el mar Rojo constituía una especie de cercado.

Los bajos niveles del mar —escribe McKenna— significaban que la bota de Arabia estaba apoyada en el continente africano.

Los puentes de tierra a ambos extremos del mar Rojo fueron utilizados por algunos pastores africanos para pasar al Fértil Creciente y a Asia Menor, donde se mezclarían con las poblaciones de cazadores-recolectores ya establecidas.*

Sin embargo, los tuaregs no están de acuerdo, pues durante nuestro periplo por el Tassili nos mostraron algunos lugares que identificaron como enterramientos milenarios.

Ciertamente, todas las posibilidades están abiertas, pues hasta el momento se han llevado a cabo pocas excavaciones que aporten datos más claros sobre el origen de la zona.

En terreno hostil

El 8 de octubre de 2010 los doce locos españoles que formábamos el equipo expedicionario partimos de Djanet, la población más cercana al macizo montañoso de Tassili, y llegamos a la base del puerto de Tafalelet, nuestro primer ascenso antes de «tocar» las ansiadas pinturas.

Mientras los jeeps avanzaban a toda velocidad sobre la arena, pensaba en lo afortunado que era... ¡Por fin me encontraba en el Tassili!

Durante los días que permanecimos en el macizo montañoso, tuvimos que ascender y descender bastantes collados, siem-

* Para más datos, véase http://grupos.emagister.com/debate/guia_de_signos_y_simbolos/1934-702239/p8.

pre pendientes de mantener el equilibrio, pues las piedras se desprendían bajo nuestras botas, con el consiguiente peligro de caída.

Baba, nuestro guía tuareg, buen conocedor de la zona, nos hacía continuos gestos para que no nos apresuráramos. Todos sabíamos que un accidente terminaría dando al traste con la expedición.

Las jornadas se hacían interminables, pues nos levantábamos a las cinco de la mañana para aprovechar el primer rayo de luz y evitar las horas más calurosas. Caminábamos de nueve a once horas diarias, siempre con la cabeza bien protegida y transportando una pequeña mochila con algo de comida, agua y poco más. Algunos también llevábamos otro pesado fardo con las cámaras, grabadora, libreta y diversos papeles, por lo que en ocasiones la caminata se hacía muy dura.

Durante los últimos días nos quedamos sin agua, así que optamos por potabilizar la que encontrábamos en las pozas que nos mostraban los tuaregs.

Cuando llegábamos al campamento, cuya ubicación variaba cada día, los tuaregs —que caminaban detrás de nosotros con los burros que portaban la comida, la ropa, los sacos de dormir y demás enseres— tenían todo preparado para que nos lleváramos inmediatamente algo a la boca, pues el tiempo era un bien escaso que debíamos aprovechar al máximo.

Los hombres del desierto demostraban continuamente su amor por el entorno. Se cuidaban mucho de que ni un solo resto de nuestra presencia quedara en el lugar cuando levantába-

mos el campamento, y respetaban la vida de aquellas serpientes y escorpiones cuya picadura no resultaba mortal.

Señalaban al reptil o al alacrán y, por señas, indicaban que su mordedura sólo provocaba hinchazón. A los peligrosos los mataban para evitar desagradables incidentes, como el que estuvo a punto de ocurrir en nuestro último día en el Tassili, cuando alguien casi pisa una serpiente, que Baba se encargó de eliminar.

—Si te pica, estás muerto —me dijo Kadour, nuestro traductor y uno de los organizadores de la expedición, mientras observábamos los últimos momentos de vida del reptil.

—Bueno, al menos los tuaregs tendrán algún método tradicional de curación —intenté consolarme en voz alta.

—Claro. Consiste en hacer un corte en donde tienes la picadura, chupar la sangre para quitar el veneno y luego meter la parte afectada en las entrañas de una cabra. Ah, y mientras tanto tienes que leer el Corán. Algunos se salvan —me contestaron entre las risas del grupo.

—Mejor miro bien donde piso. No me fío demasiado del método tradicional.

Y reímos con ganas.

Durante las noches, los oscuros hombres del desierto y los paliduchos españoles compartíamos juegos, adivinanzas y cánticos. Ellos nos enseñaban las letras de sus canciones tradicionales y nosotros hacíamos lo propio con las nuestras.

Como percibí desde el primer día, la solidaridad se convirtió en la norma entre todos nosotros. ¡Cómo unen las dificultades!

El último día de la expedición —el más duro de todos, pues al cansancio acumulado había que sumarle el ascenso y descenso en una de las elevaciones más complicadas del Tassili— tuve la seguridad por primera vez de que no iba a poder continuar. Avanzaba penosamente, trastabillándome casi a cada paso y con una sed indescriptible. Las piernas estaban empezando a fallarme. No tuve que pedir ayuda, pues enseguida llegaron a rescatarme.

El gran Óscar, monitor de montaña, se encargó de transportarme la comida, Diego me llevó el agua y Lorena me ofreció unas vitaminas, las últimas que le quedaban, aun a riesgo de que en las horas siguientes fuese ella la que no pudiera continuar.

De vez en cuando sentía en mi espalda los brazos de Diego, que me empujaba mientras decía:

—Vamos, que ya estamos arriba. Verás, verás lo que te espera. Vas a alucinar. Vaya pedazo de reportaje que te vas a llevar para España.

Sin embargo, todos los esfuerzos y sinsabores se olvidaron cuando llegamos a las representaciones sobre la piedra, que provocaron una algarabía general y una irrefrenable emoción en algunos de nosotros. Mientras trataba de enfocar con la cámara cada una de las pinturas desde diferentes ángulos, con cara de estupor y vencido por la impresión, los tuaregs nos miraban y sonreían, orgullosos de que gentes tan diferentes a ellos se interesaran por un legado que protegían con tanta dedicación.

Los astronautas del Tassili

Llegaba uno de los momentos que esperaba con más ansia: el de poder ver, cara a cara, los dibujos de los famosos astronautas. Se hallaban en el collado al que tanto me había costado ascender. Pero, por fin, estaba allí, a su lado, a punto de ver una de las demostraciones más evidentes de que en la antigüedad fuimos visitados por los dioses del cielo. El lugar al que llegaba era la mejor prueba de ello.

El Tassili está «decorado» con cientos de pinturas, separadas por decenas de kilómetros, que muestran a seres vestidos con trajes muy similares a los que emplean nuestros modernos astronautas. Todos tienen por cabeza lo que parece ser una escafandra, que permanece unida al traje por un ajuste rígido a la altura del cuello.

En otras representaciones, los extraños individuos portan cascos que no les tapan la totalidad del rostro, sino que dejan al descubierto la nariz, los ojos o incluso la boca y la barbilla. También se distingue claramente un cinturón y, en algunas ocasiones, un calzado que cualquiera identificaría con botas.

Algunos de los ataviados con casco semejan volar, impulsados por «algo» que llevan a la espalda. Son conocidos por los arqueólogos con el nombre de «los nadadores», pues presuponen que en realidad están sumergidos en agua. Y es que todo el mundo sabe que los habitantes del Neolítico no volaban... ¿O sí?

No me lo podía creer; todas esas fantásticas figuras estaban allí, a mi alrededor, como mudos testigos de una historia aún

sin explicar. Era la prueba más clara de que aquellos cielos del desierto vieron sobrevolar a extraños seres. Los dioses de la antigüedad. Y yo, ahora, los estaba contemplando.

Baba me llamó; quería que viese otra de las figuras. Se trataba de una especie de procesión de cabezas redondas, ataviadas con escafandras, trajes de una sola pieza, cinturones y cascos. ¡Era alucinante! Y al frente de todos ellos se podía vislumbrar «algo» que se parecía, y mucho, a un aparato volador.

A su lado, disputándose el poco espacio que quedaba en la piedra, aparecía una serie de seres con una cabeza desproporcionada con respecto al cuerpo, también cubiertos con trajes y cinturones. De ellos salían dos ramificaciones, como si fueran tubos. Y lo que era más impresionante: ¡cascos con antenas!

Pero aún me faltaba una sorpresa: la figura conocida como «el gran dios marciano». Tuve que arrastrarme por detrás de un macizo rocoso. No fue difícil, y lo que vi me compensó con creces. Era un grabado de unos seis metros de altura que ocupaba casi enteramente una pared muy curvada. Presenta una serie de arrugas en lo que podría ser un traje que vestía todo su cuerpo. Y cubriendo su cabeza, como no podía ser de otro modo, un «casco de astronauta».

¡Era fantástico! La pena era su estado de conservación. Se notaban las huellas del paso de «algunos visitantes poco civilizados».

La tumba del «gran dios marciano»

La figura que admiraba era desconcertante, pero aún más lo era la leyenda que se cernía sobre ella. Según Baba y otros tuaregs que nos acompañaban en la expedición, la tumba del «gran dios marciano» se encuentra a los pies de la pintura.

Los datos provienen de una antiquísima tradición de los hombres del desierto que ha ido pasando de padres a hijos durante cientos de años. Ellos están convencidos de que bajo la pintura, y al abrigo de aquella pared rocosa que ahora estaba viendo, se encuentra uno de los mayores secretos de la historia de la humanidad: ¡la tumba del «gran dios marciano»!

Me dieron ganas de comenzar a excavar en aquel mismo momento en su búsqueda. Pero no era el mejor momento, ni tenía las herramientas adecuadas.

Quizás fuera interesante, algún día, organizar una expedición y regresar al lugar para comprobar cuánto hay de cierto en la leyenda de los tuaregs.

Ovnis en el Tassili

Mi curiosidad, que no tenía límites, ya estaba satisfecha. Había admirado tantos dibujos extraños que no me cabía ninguna duda: los habitantes de aquella zona habían visto a los dioses. Seres gigantescos que les habían asombrado hasta tal punto que los quisieron dejar grabados en la piedra para la posteridad.

Pero aún había más: unas extrañas figuras que se asemejaban a fantasmas.

El dibujo de esta clase que más polémicas ha generado es el conocido por el nombre de «el gran dios con orantes». Está inmerso en un fresco de treinta metros cuadrados y es del mismo periodo que el «gran dios marciano».

El enorme personaje amorfo mide 3,25 metros, y a su izquierda se distinguen unas cabezas redondas con rasgos femeninos que alzan los brazos en signo de imploración. A su derecha, hay otra mujer de similar aspecto, sobrepuesta a un antílope pintado de ocre oscuro, que parece estar encinta. En el fresco figuran también algunos pequeños personajes de cabeza redonda que dotan de mayor misterio a la escena.

Asimismo, perdidas entre multitud de otras figuras, se hallan las «medusas»; así las bautizaron metafóricamente los arqueólogos. En ellas otros autores más heterodoxos han creído ver aeronaves que los artistas quisieron representar mostrando incluso su desplazamiento con finas líneas que parten de sus panzas. Sorprende que posean en su centro el mismo agujero que las «escafandras» de los «cabezas redondas». Es más, en algunos de dichos dibujos aparecen cabezas redondas en su interior.

¿No estarían pintando los artistas del Tassili la prueba de seres que descendieron a la Tierra en naves espaciales?

Por si aún había dudas, en otros diseños se pueden observar elementos que parecen aeronaves arrojando humo por unas toberas en la parte inferior. Sin embargo, la figura que más me

impactó fue una en la que se distingue, claramente, un objeto que parece un platillo volante con su tren de aterrizaje.

Para añadir más misterio al asunto, resulta que dicho dibujo es muy parecido a la maqueta que realizó el ingeniero de la NASA Joseph Blumrich, basándose en la descripción del aparato volador que hizo el profeta Ezequiel según consta en el Antiguo Testamento.

Baba y sus compañeros aún nos guardaban una sorpresa más: una figura que se conoce como «El rapto», una de las más famosas del Tassili.

Sin perder tiempo, nos llevaron a verla.

Muestra a un «cabeza redonda» arrastrando hacia el interior de un objeto circular (¿una aeronave?) a cuatro mujeres de diferentes edades: las dos primeras son jóvenes o adolescentes, la tercera una madre que lleva a su criatura en la espalda y la cuarta una embarazada en avanzado estado de gestación.

No me lo podía creer. Parecía claramente la representación de una abducción extraterrestre.

Dos teorías enfrentadas

Son muchos los investigadores que defienden la hipótesis de que hace miles de años unos seres venidos de otros mundos se presentaron ante las gentes del Tassili, las cuales los tomaron por dioses y los adoraron como tales. Para dejar constancia de tan trascendente acontecimiento, estos pintaron sobre la piedra lo

que vieron (por supuesto, con el tamiz del contexto sociocultural en el que vivían).

Otros arqueólogos y antropólogos más «oficialistas» defienden la explicación enteogénica, pues la mayoría no quiere ni oír hablar de la hipótesis extraterrestre. El historiador y etnobotánico Terence McKenna es uno de los científicos que con mayor vehemencia ha defendido dicha teoría, según la cual los artistas del Tassili sólo contemplaron a esos extraños seres en sus alucinaciones, tras ingerir alguna clase de hongos.

Lo cierto es que existen determinadas pinturas —si bien son pocas— en las que se ve a varios hombres (¿chamanes?) rodeados de lo que parecen setas. Es lógico que las gentes que pisaron el Tassili hace miles de años conocieran las propiedades de las plantas y, por supuesto, también de aquellas que provocaban el trance. Pero, si esta fuese la solución al enigma, ¿por qué no hay más representaciones de las setas?

Tendría que existir otra explicación, y la de los dioses del cielo se me antoja la más acertada.

La oscuridad volvió a cubrir el desierto. Llegaba el momento de descansar y pasar revista a lo que había visto en aquellos intensos días. Como de costumbre, nos reunimos en torno al fuego. Y la charla versó sobre esos extraños objetos volantes que habíamos visto en las piedras.

El mismo Baba, nuestro guía, me confesó que los Ovnis habían aparecido en el Tassili tiempo atrás. La gente de su pueblo los había visto en multitud de ocasiones.

Me contó:

—Hace décadas, algunos tuaregs se toparon en el desierto con unos seres iguales a los «cabezas redondas» dibujados en la piedra. En otra ocasión, hace unos cuarenta años, la población de Djanet y los hombres que estaban en el desierto vieron una luz enorme de color blanco que sobrevoló el territorio a muy baja altura. Estoy seguro de que esos que ahora vemos dibujados en las rocas de las paredes aún continúan su viaje por aquí.

La voz de Baba sonaba seria, como si estuviese desvelando un enigma guardado desde hacía mucho tiempo.

Y había aún algo más misterioso.

Recuerdo que durante una larga charla que mantuvimos horas antes de ascender a Jabbaren (una de las zonas del macizo argelino, cuyo nombre significa «Gigante» en lengua tuareg) se mostró convencido de que «todo lo que está pintado en el Tassili existió en un pasado muy remoto».

—¿Incluso los «cabezas redondas» y los individuos gigantes-cos de aspecto deforme? —pregunté.

—Por supuesto, esos seres pisaron esta tierra. La gente pintaba en la roca lo que veía. Los gigantes vivieron aquí. Y hay pruebas de ello. Hace muchos años, cuando se empezó a levantar Djanet (el pueblo más cercano al Tassili), aparecieron huesos de personas gigantescas.

Los famosos gigantes volvían a aparecer en estas latitudes. Cuánta razón tenían quienes me lo habían anunciado en el país del desierto y en la biblioteca de Chinguetti.

—Cuéntame algo más de esos esqueletos gigantes —le pedí.

—Mientras levantaban la arena del desierto para asentar las casas, fueron apareciendo cientos de enormes huesos gigantes. Mi pueblo los rescató y los enterró, con sumo respeto, en un sitio cercano. Nuestros ancestros nos indicaron dónde se encuentran esos cementerios. En ellos hay esqueletos que llegan a medir más de seis metros. Están entre las zonas de Jabbaren y Sefar, ambas pertenecientes al Tassili.

Me quedé mirando el espléndido cielo que nos cobijaba.

Cuando el frío del desierto comenzaba a helarme los huesos, me metí en mi saco a dormir.

El día siguiente era el momento de abandonar aquel sagrado lugar.

Antes de partir, fijé en mi memoria las figuras que había visto y recordé todas las palabras de Baba y del resto de mis acompañantes tuaregs.

Los gigantes, los seres de «otros mundos», habían visitado esta tierra.

En el Tassili están las pruebas. Y estoy convencido de que esas arenas guardan muchos más secretos; quizás los esqueletos de esos gigantes, de esos dioses de «otros mundos».

Prometí regresar algún día. Baba se había comprometido a llevarme hasta el cementerio de los gigantes...

8

Los septenios

Siempre me ha llamado la atención cómo en mi vida, cada cierto tiempo y de forma exacta, se repiten los acontecimientos. Me siento inmerso en una espiral que, en ciclos idénticos, me hace revivir aquellas experiencias vitales que no he sido capaz de asimilar.

No dejaba de darle vueltas el asunto, pero no encontraba una respuesta.

No tuve que esperar mucho a que llegara. Un mensaje de Chandra, un viejo amigo hindú, me anunciaba que en tres días vendría a España y que le gustaría verme.

Es curioso cómo reaparecen viejos amigos, en el momento preciso, para dar solución a nuestras inquietudes.

Era miércoles, había amanecido nublado y el avión de Nueva Delhi llegaba a las once de la mañana. A las once menos cuarto ya estaba yo recorriendo los pasillos del aeropuerto de Madrid. «Cuánto tiempo he perdido en lugares como este; si

me pagaran un céntimo por cada minuto pasado en ellos, sería multimillonario», pensaba.

La pantalla de información anunciaba que el avión ya había aterrizado y que la salida sería por la sala tres. Hasta allí me dirigí para continuar mi espera.

Tras lo que me pareció una eternidad, apareció Chandra. Su eterna sonrisa era el mejor pasaporte para aquel hombre enjuto que me había servido de guía en muchos de mis viajes a la India. Posó su maleta en el suelo, juntó sus manos y me saludó: «*Namasté*». Respondí al saludo y nos abrazamos.

En el coche me contó el propósito de su visita. Venía a España, de paso hacia Austria y Suiza, para dar unas conferencias y reunirse con algunos miembros de un movimiento espiritual surgido en la India.

Ya en casa, me entregó algunos regalos que me había traído. Entre ellos, unos cuantos folletos de un tal Osho. Había oído hablar de él, pero no le conocía demasiado. Mientras tomábamos un té, le pregunté sobre él.

—Su verdadero nombre es Rajneesh Chandra Mohan Jain. Nació en la India, en un pueblo de Kuchwada, en el estado de Madhya Pradesh, a principios de diciembre de 1931.

—Se llama Chandra, como tú. ¿Es familia tuya? —le pregunté bromeando.

—No; ya sabes que en la India el nombre de Chandra es bastante común, y no se llama, se llamaba, pues murió en enero de 1990. Pero no siempre ha tenido ese nombre; se lo cambió en varias ocasiones. Durante parte de la década de los seten-

ta se le conocía como Acharya; a finales de esta y en la de los ochenta, como Bhagwan Shree Rajneesh; finalmente, y hasta su muerte, como Osho.

»Para millones de personas de todo el mundo, Osho era un maestro, en el mejor sentido de la palabra. Durante mucho tiempo vivió en la India, aunque pasaba temporadas en Estados Unidos impulsando un movimiento que se conoció como “el movimiento Osho”. “No es mi nombre, es un sonido curativo que significa disolviéndose en el océano”, decía.

»Cambió de nombre cada cierto tiempo porque creía que el ser humano se regeneraba cada siete años. Es lo que se conoce como la teoría de los septenios. La vida de una persona, en condiciones normales de existencia, podría dividirse en ciclos sucesivos de siete años cada uno, que se denominan septenios. Cada siete años, el ser humano se renueva totalmente. Las células se regeneran y cambian los ciclos vitales, las metas e inquietudes.

»¿No te has fijado en que el siete es un número primordial en la vida? Siete colores, siete notas musicales, siete días de la semana... Son como esferas que contienen en sí mismas la esencia de los designios de Dios.

Nunca había pensado en ello, pero era cierto.

Le serví un poco más de té, la manera más sencilla de hacer feliz a cualquier hindú, y seguí escuchándole embelesado.

—Osho cambió su nombre siguiendo estos ciclos de siete años. Cada vez que cumplía un ciclo, dejaba de ser la misma persona. Él mismo cuenta que su conciencia se había expandi-

do hasta alcanzar la iluminación a los veintiún años. Esto nos pasa a todos, aunque no seamos conscientes de ello.

»En muchos ambientes se le conoció como el profeta del sexo y del amor libre, y en vuestro mundo fue reconocido por sus extravagancias. Dicen que llegó a poseer más de noventa Rolls Royce, regalo de sus admiradores. El final de su vida fue duro: le expulsaron de Estados Unidos y se orquestó una campaña contra él para desprestigiar sus enseñanzas, pero Osho dejó un legado de más de cien técnicas de meditación para ayudar al hombre moderno a alcanzar la serenidad.

»Un discípulo suyo, en plena campaña de desprestigio sobre su persona y sus enseñanzas, le preguntó qué pasaría cuando él se fuera de este mundo. Y le respondió: “Si hay algo de verdad en lo que he dicho, sobrevivirá. La gente interesada en mi trabajo llevará la antorcha sin imponer nada a nadie. Deseo que no olviden el amor, porque no se puede fundar Iglesia alguna si esta no se sustenta en él. La conciencia, igual que la celebración, el regocijo o la mirada inocente de un niño, no es monopolio de nadie. Conózcanse a sí mismos, pues el camino es hacia el interior”.

»Lo cierto —continuaba relatándome Chandra— es que sus técnicas han enseñado a millones de seres a encontrar el camino, y como hemos hablado muchas veces, no hay que atarse a los maestros, sino tan sólo aprovechar sus enseñanzas si te ayudan en tu camino personal. Él habló muchas veces de esos ciclos de siete años, pero ¿por qué te interesa tanto ahora? —me preguntó.

—Swami —le dije—, llevo tiempo observando que las cosas importantes de mi vida me han ocurrido siguiendo ciclos; no había reparado en el número concreto de años, pero, ahora que lo dices, es cierto, ha sido cada siete años, más o menos. Y, lo que es más curioso aún, cada cierto tiempo se repiten situaciones; si no he resuelto un problema, este se repite, y aunque cambien las personas, la situación es la misma. Es extraño, ¿no?

—Tiene su explicación.* Osho decía que la vida de cada persona está compuesta de ciclos de siete años y todos los grandes cambios ocurren entre el final de un ciclo y el comienzo del siguiente. A los siete años dejamos de ser niños pequeños; comenzamos a perder la inocencia, descubrimos las artimañas del mundo, la astucia, las decepciones, y empezamos a fingir y a ponernos máscaras. La primera capa de falsedad comienza a rodearnos. A los catorce, el sexo aflora súbitamente en nuestro ser y cambia nuestro mundo. Emerge una visión totalmente nueva y comenzamos a soñar y a fantasear. A los veintiuno surgen los juegos de poder, el ego, la ambición por conseguir dinero y fama. A los veintiocho comenzamos a asentarnos, a pensar en la seguridad, en el confort, en el saldo bancario. Por eso tienen razón los *hippies* cuando dicen: “No confíes en nadie de más de treinta años”. De hecho, deberían decir veintiocho, porque es entonces cuando una persona se vuelve formal.

»A los treinta y cinco comienza otro cambio, porque, a esa edad, uno está en la cumbre de la vida. El ciclo mayor ha lle-

* Fuente: <http://miportalespiritual.com/variados/oshos/variados.htm>.

gado a mitad de camino y el hombre empieza a pensar en la muerte y a tener miedo. Entre los treinta y cinco y los cuarenta y dos sube la tensión sanguínea y empiezan las úlceras, los ataques al corazón y todo tipo de enfermedades debidas al miedo. El hombre se hace propenso a sufrir todo tipo de accidentes porque el temor ha entrado en su ser. La muerte parece acercarse desde que a los treinta y cinco dimos el primer paso hacia ella.

»A los cuarenta y dos años las personas comienzan a acercarse a la religión. A esta edad la necesitamos, igual que a los catorce nos hizo falta el sexo. Uno necesita un Dios, un maestro, alguien a quien rendirse, algún lugar a donde ir y desahogarse. A la edad de cuarenta y nueve años nos asentamos respecto a la religión. La búsqueda ha concluido. A los cincuenta y seis, si las cosas van naturalmente y la persona sigue su propio ritmo, comenzará a obtener nuevos vislumbres de lo divino. A los sesenta y tres, si ha seguido una evolución normal, tendrá su primer *satori*. Si esto ocurre, tendrá una hermosa muerte a los setenta. Entonces, la muerte no será muerte: será una puerta a lo divino, un encuentro con el amado.

»¿Te ha servido de algo esta explicación?

—No te imaginas cuánto, pero necesito asimilarla. He de encajar los cambios que han sucedido en mi vida, siguiendo esos ciclos, para poder entenderlo.

—Hazlo y verás cómo todo tiene sentido; lo mágico de esta vida es que todo tiene un sentido y se rige por unas leyes; eso he aprendido yo en mis cincuenta y cinco años. Los ciclos en

mi vida han estado muy claros. Estoy a punto de cumplir un nuevo ciclo y siento lo divino mucho más cerca de mí.

—Ya se nota, Chandra; estás inspirado, maestro. Pero ahora te dejo, descansa. No quiero aburrirte más con mis dudas existenciales. Mañana tienes otro viaje y has de descansar para estar bien. Toma toallas y allí tienes tu baño. Si necesitas comer algo, cógelo, no he olvidado que eres vegetariano y te he traído fruta y vegetales. Ya sabes que esta es tu casa.

Le acompañé hasta la habitación que había dispuesto para él y le dejé tranquilo. Subí a mi estudio y dejé que la nueva información se instalara en mi disco duro: cada siete años nuestro ser se renueva para entrar en «otro mundo»; en cada ciclo renacemos para vivir sensaciones espirituales y corporales diferentes, llenarnos de nuevas ideas y disponernos a habitar un nuevo mundo diferente del anterior. Ya decían que existen otros mundos, pero están en este. Están dentro de nosotros...

Por la noche esperé a que la casa se llenara de silencio, una sensación que me encanta sentir, y me dispuse a revisar mi vida. Era como una elipse que iba ascendiendo a medida que pasaban los años.

En determinados momentos, a pesar del tiempo transcurrido, sentía que mi vida se encontraba en el mismo lugar: las mismas situaciones y los mismos problemas, pero con diferentes personas; se repetían, pero esta vez en un lugar un poco más alto en esa elipse. Hasta que no solucionaba el problema o asimilaba el asunto, no ascendía por ese camino.

Es curioso descubrir que debemos aprovechar los problemas y las crisis como una oportunidad para entender, para resolver temas pendientes. Enfrentarnos a las situaciones y a las personas como si fueran un espejo, para vernos reflejados y, de esta manera, descubrir nuestros errores.

Quien haya ideado esto de la evolución lo ha hecho con una lógica colosal; ahora bien, nosotros debemos ser conscientes de cómo funciona.

No nos han enseñado a vivir.

Y en eso estamos.

9

Los hijos de los dioses

Septiembre de 2010. Revisando mi correo me encontré con un mensaje de mi amigo Ibrahim tentándome, de nuevo, con un futuro viaje a Yemen.

Yo no hago más que ponerle excusas, porque no me apetece ir. La situación allí no es nada tranquila: ha habido varios secuestros de extranjeros e, incluso, muertes. Pero él insiste e insiste, diciéndome que allí está el origen de su pueblo, los antiguos egipcios, y que encontraré muchas claves de lo que estoy buscando.

No acaba de gustarme la idea. Pero él continúa tentándome.

En su correo me manda un enlace para que le eche un vistazo: <http://www.youtube.com/watch?v=rlDGqinRwV4>. Al verlo, ¡me quedo asombrado! Se trata de unas escenas en las que se pueden apreciar imágenes de esqueletos de gigantes. Los hay por todas partes: en el desierto, recogidos en salas, en cuevas y hasta en el fondo del mar.

No di mucha credibilidad a lo que veía, pero las imágenes me intrigaron y decidí buscar más información. Descubrí que venían de una población de Yemen y que se trata de la misma raza de gigantes de la que habla el Corán.

Lo que voy encontrando me deja perplejo. Internet está colapsado de extrañas noticias que hablan de Yemen.

No doy crédito a lo que leo:

Un informe preparado por el almirante Maksimov, de la Flota Rusa del Norte, para el primer ministro Putin, informa de que un «misterioso vórtice magnético» ha aparecido en el golfo de Adén desafiando todos los esfuerzos combinados de Rusia, Estados Unidos y China para detenerlo. Nadie sabe cómo se ha originado ni de dónde procede.

El golfo de Adén se localiza en el mar de Arabia, entre Yemen y Somalia. Por allí pasan más de veinte mil barcos cada año, lo que le convierte en una de las rutas marítimas más importantes del planeta.

Según este extraño informe, los científicos estadounidenses comenzaron a notar la «formación» de este vórtice a finales de 2000.

Para poder estudiarlo, los Estados Unidos establecieron una base de operaciones en el Cuerno de África, concretamente en Yibuti, la capital y ciudad más grande de la República de Yibuti.

Después de los ataques del 11 de septiembre, fecha en la que cambió la historia del mundo, Yibuti se convirtió

en la sede del Destacamento (CJTF-HOA), un grupo operativo conjunto del Comando de África de los Estados Unidos, y desde allí los científicos norteamericanos se dedicaron a estudiar la extraña formación que se inició en el año 2000.

Poco después, quedó relativamente estable hasta que, en el año 2008, el vórtice del golfo de Adén comenzó a «expandirse» obligando a los Estados Unidos a emitir una alerta «extraordinaria», al mundo entero, sobre esa misteriosa formación de origen desconocido.

Estados Unidos pidió ayuda a las fuerzas aliadas para que enviaran sus flotas navales. La cosa se fue complicando y fuerzas navales de muchos países —como la Armada Real Australiana, la Armada Belga, la Armada Búlgara, la Armada Canadiense, la Armada de la Liberación del Pueblo (China), la Armada Real Danesa, la Armada Francesa, la Armada Alemana, la Armada Griega, la Armada Hindú, la Armada de la República Islámica de Irán, la Armada Italiana, la Fuerza Marítima de Autodefensa del Japón, la Armada de la República de Corea (Corea del Sur), la Armada Real Malaya, la Armada Real de los Países Bajos, la Armada Pakistání, la Armada Portuguesa, la Armada Real Saudita, la Armada Rusa, la Armada de la República de Singapur, la Armada Española, la Armada Sueca, la Armada Real Tailandesa, la Armada Turca, la Armada Real Británica y la Armada de los Estados Unidos— se reunieron en la zona.

El pretexto fue que se necesitaban estas fuerzas para proteger al golfo de Adén de los piratas somalíes.*

¿No es extraño? Fuerzas militares y navales de muchos de los países más avanzados del planeta se reunieron en la zona para defenderse de cuatro piratas que llevaban armas ligeras.

El propio almirante Maksimov señala en el informe que esta concentración de fuerza militar es la más grande de su tipo en la historia y que Rusia está preparada para unirse a los estadounidenses y derrotar lo que muchos estudiosos del mundo creen que es un ataque contra nuestro planeta por parte de «fuerzas desconocidas», descritas como «interdimensionales» o «extraterrestres», que habrían abierto esa puerta o vértice en este lugar del planeta.

La noticia era desestabilizadora. O nos estamos volviendo todos locos, o realmente está pasando algo en la zona. Una zona en la que se sitúan los primeros hechos de algunos de los libros más sagrados de la humanidad. De hecho, a Yemen se le conoce como «el río de agua dulce que sale del Edén».

Todo el territorio a su alrededor forma parte de la Tierra Sagrada en la que según las Escrituras se inició la vida. Además,

* Fuente: <http://teatrevesadespertar.wordpress.com/2010/12/04/golfo-de-aden-en-yemen-sorcha-faal-alerta-que-un-vortice-esta-creando-la-catastrofe-climatica-mundial-y-wiki-leaks-posee-informacion-secreta-sobre-el-vortice>.

allí es donde la arqueología oficial sitúa el famoso Reino de Saba, entre los territorios actuales de Etiopía y Yemen.

¿No es misterioso que justamente allí esté sucediendo todo esto?

Los datos continuaban:

El extraño vértice, del que se han publicado vídeos y fotos, ha comenzado a mostrar una actividad sísmica muy notable. En los últimos meses del año 2009 se han registrado entre cuarenta y sesenta movimientos telúricos, los primeros en ocurrir en esta región en toda la historia moderna registrada.

Las noticias han comenzado a inundar los medios de comunicación, y en muchos de ellos se ha comenzado a especular que el vórtice del golfo de Adén pudiera ser una «Puerta Estelar» que se ha comenzado a abrir en nuestro mundo y de la que no sabemos nada.

¿Qué está ocurriendo con este misterioso vórtice?

Las noticias son confusas, pero los informes soviéticos del almirante Maksimov advierten de que, desde que comenzaron estos terremotos, la corriente del Hemisferio Norte ha comenzado a cambiar el clima del planeta. Toda Europa notó sus efectos en los últimos meses del año 2010 con los bloqueos de aeropuertos por el frío y la nieve.

¿Sería verdad que se había abierto una puerta de origen desconocido?

¿Qué se esconde tras esa maniobra militar, sin precedentes, en esa parte del mundo? ¿Estaban allí para defender a los pescadores de unos cuantos secuestradores, o había algo más?

Los informes de algunos medios más conspiranoicos anunciaban que todo ese complejo militar mundial estaba allí para desencadenar una guerra ofensiva sin precedentes contra un enemigo común: los gigantes fundadores del Edén, tratando de evitar que nuestro planeta vuelva a ser colonizado por la antigua raza alienígena conocida como los Anunnakis o los Nefilim, y que los antiguos textos babilónicos califican de «los antiguos vigilantes de la Tierra».*

Historias de gigantes, preparativos de una guerra contra ellos... ¿qué estaba sucediendo?

Y, junto a todos estos acontecimientos, las fotos que mi amigo Ibrahim me había enviado. En mi cabeza no dejaba de sonar un nombre: «los Nefilim».

Había oído hablar de ellos a varios invitados que habían pasado por el programa; según ellos, tras estos seres estaba una de las claves de nuestro pasado.

La historia me sobrepasaba y decidí investigar un poco.

Los Nefilim

«Hace mucho tiempo, mucho antes de que la Historia se escribiese, visitaron la Tierra los hijos de los dioses.» Así de críp-

* Fuente: <http://teatrevesadespertar.wordpress.com/2010/12/04/golfo-de-aden-en-yemen-sorcha-faal-alerta-que-un-vortice-esta-creando-la-catastrofe-climatica-mundial-y-wikileaks-posee-informacion-secreta-sobre-el-vortice>.

tica comenzaba la información que iba encontrando acerca de ellos.

Los Nefilim, palabra hebrea que significa «los caídos» o los «derribados», aparecen en diversos textos judíos y cristianos. Se ha traducido como gigantes o titanes. También se les menciona en la Biblia, en el Génesis (6:1-4) y en el Libro de los Números (13:33).

Serían el resultado de la unión entre los hijos de los dioses y las hijas de los hombres. De ellos surgió una nueva raza que, según muchos autores, aún sigue dominando el mundo.*

En el programa nos visitó, no hace mucho tiempo, un invitado llegado de Gran Bretaña llamado David Icke. Sus teorías están creando mucha controversia en todo el mundo, pues dice que estamos dominados por trece familias descendientes de estos Nefilim de la antigüedad.

Cuando lo contaba en el programa, me sonó muy extraño. Por ello, seguí investigando... Los Nefilim se habían convertido en otra de mis obsesiones, como si fueran una de las claves que ando buscando. Por eso, seguí tras su pista.

Una pregunta me atormentaba: ¿por qué, si se habla de ellos en la Biblia y en otros textos sagrados, se sabe tan poco de ellos?

Al parecer, los teólogos contemporáneos y los eruditos bíblicos han preferido evitar los versículos en los que se les mencio-

* Fuente: <http://www.gotquestions.org/espanol/nefilim.html>.

na. Algunos, simplemente, los han nombrado; otros, los han ignorado por completo.

Para conocer más datos me puse en contacto con uno de los mayores expertos en literatura sagrada que conozco: Antonio Piñero. Cuando le llamé estaba saliendo de un taxi, llegaba de Jordania y me pidió un poco de tiempo para poder contestarme.

Más tarde le volví a llamar y, ya más tranquilo, me atendió: «Antonio, me tienes que hacer un favor, ¿qué sabes de los Nefilim?».

Él me dio pistas y la dirección correcta hacia donde encaminar mis pasos.

Los escritos judíos de la época del Segundo Templo reconocieron, en algunos versículos en los que se les nombra, los ecos de antiguas tradiciones sobre los «ángeles caídos». Hay unos textos de Malbim, un famoso estudioso de la Biblia del siglo XIX de origen judío, en los que explica las raíces hebreas de los Nefilim: «En la antigüedad, los soberanos de los países eran los hijos de las deidades que llegaron a la Tierra desde los Cielos, gobernaron la Tierra y tomaron esposas de entre las hijas del Hombre; y entre su descendencia hubo héroes y poderosos, príncipes y soberanos».

Estas historias, decía Malbim, eran de los dioses paganos, de los hijos de las deidades que, en tiempos primitivos, cayeron desde los Cielos a la Tierra. Esta es la razón por la que se llamaron a sí mismos Nefilim: «Aquellos que cayeron».

Los Nefilim eran el Pueblo del Shem —el pueblo de las naves espaciales— y su significado literal es ¡aquellos que fueron arrojados a la Tierra!

Pero ¿qué sucedió con esta raza de gigantes?

La misma Biblia parece dar la respuesta. Los Nefilim fueron una de las principales razones para el gran diluvio en los tiempos de Noé. Inmediatamente después de que los Nefilim sean mencionados, la palabra de Dios nos dice esto: «Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la Tierra. Y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la Tierra, y le dolió en su corazón».

Dijo Jehová: «Borraré de la faz de la Tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho» (Génesis 6:5-7).

Así que Dios procedió a inundar el mundo entero, matando a todos y a todo, incluyendo esta raza de gigantes, a excepción de Noé y su familia y de los animales de dentro del arca (Génesis 6:11-22).

El diluvio universal, y como consecuencia la destrucción de toda la humanidad, fue provocado por estos seres que no habían sido creados según los planes de Dios.*

La información que iba encontrando era clara. La Biblia y otros escritos hablaban de ellos, aunque Antonio Piñero me avisaba:

* Fuente: http://aldeas.ning.com/group/el12planeta/forum/topics/18-ultima-partecap-5-los?xg_source=activity.

—A los Nefilim se les cita en algunos textos, pero, si he de darte mi opinión, yo creo que un hombre del siglo XXI no puede creer en ello, salvo como una leyenda, como un mito. Sabes que yo soy muy escéptico, y no creo que se trate de algo real. Siento quitarte algunos argumentos, pero, si estás estudiando sobre ellos, deberías citarlos como un mito, no como algo real.

Le agradecí la información y seguí mi búsqueda.

Si por algún casual hubieran existido, habría algún resto de su presencia en la Tierra. Quizás esas fotos de esqueletos gigantes fueran la prueba de su paso por aquí.

Los gigantes

Según las fotos que me habían enviado, por todo el mundo había restos arqueológicos de esqueletos humanos que demostraban que en la Tierra, en tiempos antiguos, habitaron seres gigantes. Pero la arqueología no hablaba de ellos: o no habían existido o se trataba de una nueva maniobra de desinformación para no aportar datos acerca de esa otra historia, de esos otros mundos.

La primera mención de la existencia de gigantes o «seres distintos» en la Tierra aparece en la Biblia, en el Viejo Testamento. En el Génesis 6, versículos 1 y 2, podemos leer: «Cuando los hombres se habían multiplicado sobre la Tierra y habían procreado hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, escogieron de entre ellas a las que quisieron como esposas».

Los Nefilim, según se recoge en el Génesis (6:4), existían en la Tierra por aquel tiempo: «Por entonces, y también en épocas posteriores, cuando los hijos de Dios cohabitaban con las hijas de los hombres y estas tuvieron hijos, aparecieron en la Tierra los gigantes. Estos son los varones de los tiempos primeros, los héroes famosos».

Pero ya se sabe que no todo lo que se encuentra en internet es una información creíble ni contrastada.

Seguí buscando más datos. En los libros sagrados debía de haber algunas pistas de esos gigantes:

En el Génesis 6 se habla de cuando Moisés envía a sus espías a reconocer la tierra de Canaán y allí vieron a gigantes, los anaceos, hijos de Anac.

Otro gigante fue Og, rey de Basan, el cual tenía una altura cercana a los cuatro metros. En el Deuteronomio 3:11 se dice que su cama era de 4,05 metros de largo y 1,80 metros de ancho.

Aunque el caso más conocido y nombrado es el del gigante Goliat, de 2,93 metros de estatura, quien fue muerto por David. Se le cita en 1ª Samuel 17:4. También en 1ª Crónicas 20:4-8 y 2ª.

Y en Samuel 21:15-22 se mencionan cuatro gigantes más, de los cuales uno mostraba deformidades en sus pies y manos por tener seis dedos en cada uno de sus miembros. Todos estos gigantes fueron destruidos por los hombres de David.*

* Fuente: <http://www.leergyatis.com/fantasia/la-tierra-de-los-gigantes.html>.

Era increíble. Había decenas de textos bíblicos que hablaban de ellos. Y si habían existido, habría quedado algún resto de su presencia. O, como dice la propia Biblia, ¿fueron borrados del planeta después del diluvio?

Gigantes de más de cinco metros de estatura y con un detalle anormal: ¡tenían seis dedos en manos y pies!

Según las noticias que corrían como la pólvora por internet, se habían encontrado en Francia, en Roma, en Turquía, en China y en Yemen.

Cuanto más buscaba, más noticias asombrosas salían a la luz.

Ibrahim me escribió otro correo para decirme que la presencia de esos gigantes también se recogía en el sagrado Corán. Y me adelantaba que en Estambul se podía encontrar la tumba de uno de ellos.

Un texto revelador me daba las indicaciones de su situación:

En la colina de Yusha, un lugar del distrito de Beykoz, en Estambul, se encuentra la tumba del profeta gigante.

¿Una tumba de un profeta gigante en Turquía? ¿Y yo no la había visto? Me tenía que poner en marcha enseguida.

Hablé con Ibrahim, que en los últimos tiempos se ocupa de todos mis viajes, y le dije que me buscara un vuelo a Turquía.

Ibrahim se había convertido en un hermano al que adorar. Le conocí en El Cairo, en el café de los espejos, y enseguida me gustó su forma de ser. Es un libra, como yo, que antepone los

sentimientos y el corazón al resto de las cosas de este mundo. Junto a él realizamos aquel programa mítico desde dentro de las pirámides de Egipto.*

Nunca había visto a nadie luchar tanto por conseguir un objetivo; tanto, que estuvo a punto de ir a la cárcel por una bronca con un policía secreta que se negaba a dejarnos hacer el trabajo para el que habíamos ido a Egipto. Le vi salir hecho una furia del hotel en el que nos alojábamos. ¡Si no lo hacía, iba directamente al calabozo! Pero la cosa no acabó ahí.

Tras una espera de más de dos horas conseguimos salir de nuestro encierro en el hotel, previo pago de la correspondiente «mordida egipcia», y nos dirigimos a un restaurante cercano a las pirámides para ultimar los detalles de la conexión y la realización del programa. Cuando estábamos probando el satélite, se presentaron varios policías con sus uniformes repletos de estrellas. Ibrahim, que ya estaba junto a nosotros, volvió a escabullirse. Venían a buscarle para detenerle e impedirnos realizar la transmisión.

No entendía nada: teníamos los permisos, habíamos pagado todas las tasas oficiales y extraoficiales, pero todo se torcía y el programa se nos iba al traste. En España, cientos de miles de personas esperaban esa transmisión histórica.

Después de lo que me pareció una eternidad y tras muchas llamadas telefónicas, volvió a aparecer Ibrahim en el restaurante. Me hizo una seña para que me tranquilizara y me invitó a

*Véase *podcast* en RNE, *Espacio en Blanco*: <http://www.espacioenblanco.es/emil-10.asp>.

unirme a él, que estaba reunido con toda la plana mayor de la Policía egipcia.

Me acerqué a los uniformados y les dije:

—¡Deben de ser ustedes muy importantes a juzgar por las estrellas que llevan en el uniforme!

Nunca he entendido de cargos militares y no sé descifrar su «significado».

—No tanto como usted —me contestó uno de ellos.

La situación comenzaba a aclararse: me dieron el permiso para la transmisión y me animaron a denunciar a aquel policía corrupto que no nos dejaba salir del hotel. Les dije que no, que no queríamos denunciar a nadie, y menos que le pasara algo a mi amigo. Las cosas se suavizaron, tomamos un té y nos marchamos a las pirámides para realizar la transmisión.

Aquel día Ibrahim nos dio un ejemplo de empatía y de lucha. Gracias a él, a su empeño, a su esfuerzo, todo se solucionó y pudimos hacer, por primera vez en la historia, un programa desde las pirámides de Giza en Egipto.

Aquello hizo que me uniera más a mi amigo egipcio, uno de esos seres que la vida te da como aliado.

Desde hacía tiempo él se encargaba de organizar todos mis viajes, de preparar mis itinerarios, de velar porque todo estuviera dispuesto: hoteles, aviones, conexiones por todo el mundo...

Jamás se lo agradeceré lo suficiente.

Por eso, acudí a él de nuevo.

—Ibrahim, búscame un vuelo a Estambul, me voy para allá, he de ver esa tumba del profeta gigante.

Con su típica amabilidad árabe, me contestó:

—Tus deseos son órdenes, te aviso en cuanto lo tenga.
¿Cuándo quieres salir?

—Ya —le contesté.

No tardó en mandarme la reserva. Salía el domingo a las tres de la tarde con Turkish Airlines.

Estambul, la capital del Imperio bizantino, me esperaba.

Estambul

Había estado muchas otras veces en Estambul. En las primeras ocasiones me había decepcionado bastante; después le fui cogiendo el gusto, y ahora me parece una gran ciudad, no sólo por sus habitantes y sus dimensiones, sino por las cosas que te ofrece.

En ella se encuentra parte de los tesoros de uno de los pasados más gloriosos del Imperio romano. Es tanto lo que te ofrece que necesitas muchos viajes para saborearlo. La prueba está en esa tumba del profeta gigante que, a pesar de mis múltiples viajes a la ciudad, no conocía.

En cuanto me instalé en el hotel, en la parte antigua de la ciudad, muy cerca del bazar, busqué un taxi que me llevara a mi destino.

No tenía tiempo que perder y, nada más subir al vehículo, le di la dirección al taxista: «A la colina de Yusha, en el distrito de Beykoz, busco la tumba del profeta Yusha».

Al llegar, vi cientos de personas en el lugar. No podía haberme equivocado.

Yusha, según el sagrado Corán, fue un profeta que continuó guiando al pueblo elegido, el pueblo israelí, a la muerte del profeta Musa (Moisés). Se caracterizó por su valentía en las batallas, su liderazgo y, evidentemente, por su fe en el Único Profeta. Fue él quien asentó, de forma definitiva, al pueblo israelí en lo que se ha llamado la Tierra Prometida.

El lugar no era muy llamativo, pero estaba bien cuidado y se notaba que era considerado sagrado. Los visitantes, después de pasear por los jardines, se dirigían a la tumba. Les seguí y, a pesar de no ser islámico, nadie me molestó. Al llegar a la tumba me sorprendí: ¡era gigantesca!

Pregunté a uno de los cuidadores acerca de ella y, con un hilo de voz, me contó parte de la historia del profeta. Durante su narración, me confesó que era un ser grande.

—¿Cómo de grande? —le pregunté.

—Grande como ser humano, sabio y bondadoso —me contestó.

Le insistí:

—Pero ¿era muy grande físicamente?

—Ahí puedes ver su tumba: era un gigante, uno de los muchos gigantes de los que habla el sagrado Corán.

Me dejó solo y me situé al lado de la tumba tratando de imaginar su longitud. Alguien pasó a mi lado, me ofreció un papel y me sonrió. Supongo que le extrañaba que un infiel como yo se interesara por la tumba de un profeta del islam. Leí

el folleto que me había pasado; en él se explicaba la historia del profeta, su recorrido hasta la Tierra Santa y algunas de sus proezas. Pero, sobre todo, hacía hincapié en su enorme estatura.

Su misión había sido llevar a los suyos hasta Tierra Santa para terminar la misión de Moisés, que se quedó en el monte Nebo, en la actual Jordania. Un lugar que yo conocía muy bien.

No tenía ni idea de la existencia de otro profeta que, como Yusha, se hubiera encargado de continuar el recorrido, durante cuarenta siglos por el desierto, hasta dejar a su pueblo en la Tierra Prometida.

Nunca te imaginas lo que la vida te va a enseñar.

Sin quererlo, estaba completando un nuevo círculo en mi camino. Y allí estaba, recibiendo respuestas a preguntas que me había hecho años antes, a miles de kilómetros de distancia, en otra tierra sagrada, en Jordania.

Y lo que es más interesante aún, me encontraba a los pies de una tumba descomunal en la que yacía un profeta gigante.

Nadie sabe cómo acabó allí su vida, en aquel rincón de Estambul. Lo que sí citan las fuentes históricas es que este lugar fue habitado por gigantes y que la zona de la tumba del profeta Yusha era conocida por los griegos y los romanos como «la cama de Hércules».

Las pistas de las que me había provisto Ibrahim me habían llevado ante él, y allí recordé las palabras de aquel anciano de la casa de la palabra de Senegal y las de aquel otro de la ciudad santa de Chinguetti en Mauritania.

Ellos ya me habían hablado de esos seres.

Había tenido que recorrer muchos kilómetros para completar ese círculo, para hallar una nueva pieza del rompecabezas que me había obsesionado con armar: el de las huellas de los dioses.

El caso del profeta gigante me dio una nueva lección: en muchas ocasiones tenemos las respuestas a nuestro lado y no somos capaces de verlas; eso me había ocurrido en Estambul. Había visitado muchas veces la ciudad y había pasado por alto lo que más me interesaba. Antes de abandonar el lugar, me comprometí conmigo mismo a conocer más cosas sobre esos extraños visitantes de la antigüedad.

Los dioses alados: museo de Anatolia (Ankara)

Aproveché mi estancia en Estambul para acercarme a Ankara, pues quería visitar el Museo de las Civilizaciones, donde se encuentran algunas representaciones inquietantes de los dioses alados.

Tomé un avión desde Estambul que me llevó hasta la península de Anatolia. Nunca me había seducido Ankara, la actual capital de Turquía; me pasaba igual que con Estambul, no le había encontrado el gusto. Pero en aquella ocasión merecía la pena una parada para visitar el famoso museo, donde, según me habían dicho, había muchas pruebas de esos seres alados venidos del cielo.

Siempre había imaginado Turquía como un país oriental, lleno de leyendas, con sus calles atiborradas de gentes viviendo en

la Edad Media. Sin embargo, había cambiado mucho hasta transformarse en un país moderno y cosmopolita; se diferenciaba poco de algunos países europeos.

Quizás esa sensación de modernidad era lo que me desanimaba. Me gustan los países que conservan sus ritos y sus costumbres ancestrales. Pero seguro que seguirían estando ahí, porque eso no lo pueden borrar la modernidad ni la globalización de un plumazo; sólo tenía que encontrarlos. Me lancé en su búsqueda: el Museo de las Civilizaciones podía ser un buen inicio.

No me fue difícil encontrarlo. Está situado en el lado sur del Castillo de Ankara.

Fue construido por Mahmut Pasha, uno de los ministros al mando de mediados del siglo XV.

Se dice que en el edificio se reunían mercaderes para intercambiar pieles y objetos variados.

Se trata de una construcción de tipo clásico, donde podemos ver diez bóvedas que cubren un rectángulo diseñado para acceder al famoso mercado del lugar.

Dentro había muchas sorpresas. El lugar ofrecía una posibilidad única de conocer más a fondo las tradiciones y cultura de Turquía, además de otras cosas que yo buscaba.*

Una vez en el interior del museo, pasé por alto lo que no me interesaba y me dediqué a buscar restos singulares que me dieran alguna pista más de esos «otros mundos».

* Fuente: <http://www.loquehayqueverenturquia.es>.

No tardé en encontrarlos: había unas pequeñas figuras que representaban demonios alados. Eran, concretamente, Urartu, los demonios alados Altintepe, del siglo VIII a.C. Apenas había tres figuras que los representaban, pero allí estaban, como una prueba de que en algún tiempo habían coexistido con la humanidad. Tomé fotografías, apunté detalles y dejé los datos para más tarde.

No era mucho lo que había conseguido, pero, al menos, era un paso más en mi búsqueda. Una búsqueda que continuaría más al sur, en la Capadocia, en las famosas ciudades subterráneas.

No me entretuve en la ciudad y organicé mi viaje hacia la Capadocia. Para mi decepción, tenía que hacerlo en autobús; odio este medio de transporte, pero no había otra solución y tuve que resignarme.

Horas interminables de traqueteante viaje en autobús me iban acercando a mi destino. Aproveché para leer algo de información sobre los reyes venidos de los cielos y sobre los discos alados. Un trabajo de Marcelo Ray, publicado en el número 9 de la revista *2001*, de marzo de 1969, me dio algunos datos:

Todas las antiguas culturas, en todas partes del mundo, están salpicadas con una extraña figura: la del disco alado.

Desde la más remota antigüedad, la figura del dios dentro de la rueda se vincula directamente con la divinidad. Esta figura está presente desde Sumeria al Imperio persa, e incluso en Egipto. El disco volante, en todas ellas, representa el vehículo

en el que los dioses descendían a la Tierra. En Asiria encontramos, en antiguos cilindros prehistóricos, la figura de un hombre de estirpe divina descendiendo a la Tierra de uno de estos discos alados.

Al dios Assur se le representa como ocupante de un vehículo lleno de plumas, que simbolizan la capacidad de volar. Al dios persa Ahura Mazda le vemos tripulando un disco a la vez que empuña una especie de timón o volante con el que dirige el vuelo.

El dios hindú Visnú, como su homólogo Hanuman, avanza por el cielo girando en una especie de rueda o disco lanzando rayos a la Tierra.

También en Egipto el disco alado, u «ojo de Ra», fue el vehículo de la divinidad suprema.

De él descendían los dioses a la Tierra.

¡Cómo me recordaban estas descripciones a las extrañas figuras aladas que acababa de ver en el Museo de las Civilizaciones de Ankara!

Tras la lectura, reflexioné: huellas de dioses y de seres alados que estaban por todos los sitios. En todas las culturas antiguas existían referencias a ellos. Estaban en muchos de los países que había visitado y no me había dado cuenta; había tenido los ojos tan cerrados que no supe verlas.

Las huellas de esos dioses de los cielos estaban aquí. En nuestro mundo, entre nosotros, existían los restos e infinidad de pruebas de su paso por la Tierra.

Me dolía todo el cuerpo; nunca he aguantado esos interminables viajes en autobús; por fortuna, faltaban sólo un par de horas para llegar. Y, aunque ya no sabía cómo ponerme, me acomodé lo mejor que pude y aproveché para dormir.

La noche caía cuando llegamos a Nevsehir, mi destino. Salté del autobús como una centella y recogí mi equipaje. Busqué alojamiento y traté de descansar.

En mi cabeza resonaban ahora las palabras de mi buen amigo Juan José Revenga, quien decía que en esas ciudades subterráneas que iba a visitar se escondía una de las claves de la presencia de dioses y gigantes en nuestro mundo. Ya las conocía, pero estaba impaciente por volver a verlas con esa nueva óptica que a mí ni siquiera se me había ocurrido.

Quizás sirvieron para ocultar a los humanos de una amenaza del exterior, de un enemigo grande, muy grande.

Las ciudades subterráneas

La región de Capadocia esconde en su subsuelo un entramado de túneles que conforman las ciudades subterráneas más importantes hasta ahora descubiertas.

Hay testimonios históricos, que se remontan al año 400 a.C., en los que el escritor griego Jenofonte hace referencia a estas extrañas ciudades subterráneas.

Su descubrimiento, producto de la casualidad, se produjo a mediados de los años setenta del siglo pasado. Ni los pro-

pios lugareños podían imaginarse lo que se encontraba bajo sus pies: cientos y cientos de túneles, perfectamente organizados y con una estructura de hasta ocho diferentes niveles bajo tierra.

Hasta ahora se han localizado unas treinta y seis ciudades, aunque se estima que pueden existir cerca de trescientas.

Lo curioso, según los estudios preliminares que se han hecho hasta la fecha, es que la mayoría de ellas estaban comunicadas entre sí por túneles kilométricos, constituyendo una auténtica sociedad subterránea que llegó a albergar cientos de miles de habitantes.

De entre todas estas ciudades, las dos más conocidas y estudiadas por los arqueólogos son las de Kaymakli y Derinkuyu, capaces de albergar entre ambas unas 75.000 personas. Ambas están unidas entre sí por un túnel de nueve kilómetros de largo por dos metros de ancho.

La ciudad de Kaymakli

La ciudad subterránea de Kaymakli se encuentra situada a unos veinte kilómetros al sur de Nevsehir. No me costó mucho localizarla.

Abierta al público desde finales de los años sesenta del siglo XX, se ha convertido en una atracción turística de la zona. Pero mientras recorres sus túneles y cavidades te das cuenta enseguida de que encierra muchos misterios.

Hasta ahora se han limpiado y estudiado cuatro niveles de profundidad, pero se sigue trabajando en otros siete más. Aún queda mucho por descubrir, pero lo que podemos ver ahora es sorprendente: existen conductos de ventilación que comunican todas las galerías entre sí. Gracias a ellos se mantiene una temperatura de entre 10 y 16 grados a lo largo de todo el año.

El laberinto de pasillos, sumamente estrechos, comunica con amplias estancias. Entre ellas podemos localizar habitaciones de descanso, naves de trabajo, comedores, cocinas, tiendas, áreas de letrinas, salas de reunión, almacenes, establos para animales, pozos de agua e, incluso, cementerios. Y lo que es más extraño: canales y galerías para escapar que se bloqueaban con enormes piedras redondas (que impedían así el paso desde el exterior).

Los expertos más ortodoxos creen que Kaymakli fue construida entre los siglos V y X d.C. por los habitantes del lugar como sistema de defensa y que posteriormente fue ampliada y perfeccionada por antiguos cristianos que huían de persecuciones religiosas. Pero la realidad, según muchos otros estudiosos, es mucho más compleja; estos fijan su origen en los tiempos de los hititas, un pueblo que habitó Anatolia entre los siglos XVIII y XII a.C. Y lo que es más desestabilizador: las construyeron para defenderse de un enemigo común, «los gigantes del exterior».

Quizás ahí radica la razón de esos pasillos tan estrechos y bajos en comparación con la amplitud de las estancias: querían impedir el paso a seres más grandes que ellos.

Aún queda mucho por descubrir y todas las hipótesis son válidas.

No sé cuánto tiempo estuve metido bajo tierra, pero el frío comenzó a helarme los huesos y decidí subir a la superficie a respirar un poco.

Tenía otras visitas que hacer en la zona.

No muy lejos de allí estaba la segunda ciudad que quería ver. Tomé un taxi que me llevó hasta ella.

La ciudad de Derinkuyu

El trayecto, de unos diez kilómetros, me sirvió para entrar en calor y hablar con el taxista, un habitante de la zona que me confesó que él mismo, junto a su familia, había vivido en una de esas cuevas subterráneas.

Me contó el miedo que les daba la noche, cuando todo se quedaba a oscuras, mientras recordaban antiguas historias de gigantes que venían a llevarse a los niños que se portaban mal.

Qué curioso, en vez de ogros o brujas malignas, allí eran los gigantes los que venían a por los niños traviesos. ¿Casualidad o una reminiscencia del pasado?

Pagué al taxista y me bajé del vehículo. La entrada estaba vacía, saqué mi ticket y descendí las escaleras hacia el interior de la tierra.

La soledad lo llenaba todo: no había nadie, ni un solo ruido.

Realmente, impresionaba pasear por allí y, aunque estaba bien señalizado, tuve miedo de perderme en aquel laberinto de túneles y habitaciones.

Me quedé en el primer nivel y me senté en una especie de iglesia. Allí aproveché para leer la guía que llevaba:

Al igual que Kaymakli, Derinkuyu fue construida por los hititas hace 3.400 años y, posteriormente, fue reconstruida y ampliada por los cristianos que escapaban de la persecución del Imperio romano, hace unos 1.200 años.

Se la conocía como «el pozo profundo» y aún no se sabía hasta dónde podía llegar en las entrañas de la tierra. Lo que se había excavado eran 85 metros de profundidad, divididos en once pisos y varios subniveles, posiblemente más de veinte.*

Al igual que la anterior ciudad que había visitado, poseía todo tipo de talleres y habitaciones distribuidos, de manera organizada, por los diferentes niveles.

Gracias a sus fuentes y depósitos internos de comida, la ciudad podía cobijar, cómodamente, a tres mil habitantes; pero si se desataba una crisis en el exterior, se cree que incluso podía llegar a ser ocupada por cincuenta mil personas.

El frío volvió a hacer mella en mi cuerpo y decidí regresar a la superficie.

Ya en ella recordé, de nuevo, las palabras de Juan José Reven-
gón: «Estoy convencido de que esas ciudades de la Capadocia sir-
vieron, en un pasado muy lejano, para defenderse de un ene-

* Fuente: http://www.infoaventura.com/reportaje_vi.asp?Id=261.

migo que causaba pavor. En varios museos hay restos de sus atrezos de guerra, cascos gigantes y escudos con un peso de más de cuarenta kilos. ¿Quiénes, si no gigantes, podían poseer esas armas? Estoy seguro de que ellos habitaron esas tierras de Turquía y que esas ciudades son una muestra de su presencia y de cómo se defendían de ese enemigo en el pasado».

En el hotel me esperaba una sopa caliente que me sirvió para entonar el cuerpo mientras hacía recuento de lo que había visto en ese apasionante día.

Quizás esas ciudades subterráneas fueran la prueba del terror a un enemigo desconocido: los gigantes de la antigüedad.

Los mapas de Piri Reis

Tras la visita a esas increíbles ciudades, regresé a Estambul. Tenía que volver a casa, pero aún había tiempo para tratar de ver otro de esos objetos considerados fuera del tiempo: los famosos y extraños mapas de Piri Reis.

Colón no fue el primero en llegar a América; eso parece algo ya probado.

El famoso navegante tenía en su poder documentos que mostraban ya las rutas marítimas hacia América. Muchos investigadores afirman que esos datos venían ya de los templarios.*

* Fuente: http://www.gibralfaro.uma.es/criticalit/pag_1148.htm.

José Antonio Hurtado, autor de *Colón y la carta templaria*,* afirma que ya desde el año 1375, en la escuela cartográfica mallorquina, la más precisa de la época, condensaron todo el conocimiento que se poseía sobre las rutas marítimas.

Todo ello estaba basado en antiguos estudios que comenzaron en el siglo II a.C., recogiendo conocimientos de civilizaciones como la griega, romana e islámica. Todos esos datos se reunieron en el Tratado de Tordesillas, en una carta que el rey portugués, Juan II, había recibido de su pariente don Enrique el Navegante, gran maestro de los Caballeros de la Orden de Cristo, descendiente directa de la Orden del Temple en Portugal.

Toda esta información secreta había llegado a manos de Colón, que la aprovechó para hacer realidad el sueño del descubrimiento de América. Parece ser que los templarios poseían mapas que indicaban claramente dónde se encontraba el Nuevo Mundo, e incluso ya habían estado allí.

La historia que nos han contado merece una revisión a fondo. Hay tantas mentiras, tantos sucesos que no fueron como nos han dicho, que habría que rehacer todo lo que conocemos, todo lo que creemos verdadero, para situarnos en un nuevo punto de partida y conseguir una perspectiva más real.

Eso ocurría con América y con el conocimiento de la Tierra.

Y una de esas claves estaba en los famosos mapas de Piri Reis.

* Espejo de Tinta, Madrid, 2005.

Se encontraban en el palacio de Topkapi, en Estambul, y, aunque no estaban a la vista, no me desanimé. Mi buena estrella siempre me reservaba sorpresas.

El palacio de Topkapi y las reliquias sagradas

Hasta mi tercer viaje a Estambul no conocí el palacio de Topkapi. Algo imperdonable.

En su interior se guardan algunos de los tesoros más venerados de la humanidad; su extensión es similar a la de algunos países europeos. Pedro Palao, un amigo que había hecho de Estambul su ciudad mágica, me proveyó de suficientes datos para encauzar mi tarea. En algunas de nuestras charlas me había hablado de los tesoros que guardaba la ciudad santa. Objetos curiosos en los que yo ni siquiera había reparado en mis anteriores viajes. Poco a poco fui descubriéndolos.

Además, me dejó un contacto: uno de los restauradores del museo. Él se encargaría de abrirme las puertas de lo desconocido en el palacio.

Mientras me dirigía a su encuentro, revisé los datos que Pedro me había mandado por e-mail. ¡Qué invento eso de internet, puedes estar en el fin del mundo y recibir datos de todo el planeta en menos de un segundo! ¡Y yo que me asustaba con el fax y sus posibilidades!

Mi teléfono móvil me sirvió de caja de Pandora para estudiar los detalles del famoso palacio:

El palacio de Topkapi fue la sede del Imperio otomano, uno de los tres imperios más importantes del mundo. Fue su sede central y administrativa.

Después de la toma de Estambul, Fatih Sultán Mehmet residió, durante algún tiempo, en un palacio bastante pequeño en Beyazit, cerca del Gran Bazar.

En el año 1475 ordenó construir, encima de las ruinas de una ciudad romana, los edificios que serían las raíces del palacio de Topkapi.

En los siglos posteriores, todos los sultanes enriquecieron y ampliaron el palacio con nuevas construcciones, hasta que, en el siglo XIX, lo abandonaron.

El nombre original del palacio es Saray-i Cedide-I Amireí, pero el pueblo le llamó «Topkapi Sarayi» por los grandes cañones que estaban delante de la entrada.

Cinco kilómetros de murallas rodean el palacio, y el área total que ocupa es de unos 700.000 m²; esto es, el doble del Vaticano y la mitad de Mónaco.

Está situado en un enclave excepcional: entre el Cuerno de Oro, el estrecho del Bósforo y el mar de Mármara.

En él vivían unas 5.000 personas: los miembros del palacio, altos directivos, servidores y soldados... y, cada día, cerca de 5.000 más venían de visita.*

Junto a los datos me había escrito el número de teléfono de su amigo el restaurador. Le llamé en cuanto traspasé las puertas

* Fuente: http://www.estambul-online.com/palacio_topkapi.htm.

del palacio. Tuve suerte y contestó a mi llamada. Me presenté diciéndole que venía de parte de Pedro y no hizo falta hablar mucho más. Quedamos a la entrada del jardín del harem.

Serham Kocaman, así se llamaba, era un turco provisto de su atributo principal: un espeso bigote que llenaba su cara. Me apretó la mano y me preguntó qué deseaba conocer.

—Todo —le dije—, aunque lo que más me interesa son las reliquias que se guardan en el museo y, sobre todo, los mapas del almirante.

Me sonrió, a la vez que ponía un gesto pícaro.

Serham, además de restaurador, era un gran conocedor del palacio. Incluso había escrito una guía del museo, que estaba traducida al castellano. Me la entregó y la dejó abierta en las páginas que me podían interesar más, mientras se fue a encargar un té de manzana que saborearíamos en la terraza que domina el Bósforo.

En ella se podía leer:

El sultán Ahmed III construyó «Has Oda», la sala de las «Reliquias Sagradas» y «Fatih Köşkü», el pabellón del Conquistador, donde se exhiben piezas de «el Tesoro de Enderun»; allí se pueden admirar la famosa «Daga de Topkapi», el fabuloso «Diamante de Kaşıkçı», de 86 kilates, junto a tronos de ébano y oro adornados con piedras preciosas. A su lado, se encuentran dos candelabros de oro macizo, cada uno de 48 kilos, que, según la tradición, adornaban la Tumba de Mahoma, y una cuna de oro donde reposaban los príncipes.

Pero, quizás, la sala más llamativa del palacio era la «Has Oda», la «Sala Preferida» donde se guardaban «las Reliquias Sagradas».

A partir del califato del sultán Selim, el padre de Solimán El Magnífico, Estambul se convirtió en el Vaticano del mundo islámico. En esa época se trasladaron desde El Cairo hasta el palacio de Topkapi las reliquias más sagradas.*

Tras leer la información, mientras saboreaba a su lado el exquisito té de manzana, Serham me invitó a conocer los detalles y me guio hasta las salas en las que se exhibían las reliquias.

Pasear por las salas era hacer un viaje de leyenda. En la primera se exhiben las piezas pertenecientes a los profetas del Antiguo Testamento. Según aseguraban los datos, las pruebas del carbono 14 demuestran la autenticidad de cada una de las piezas que allí se exhiben.

Entre los ejemplos más curiosos está la espada con la que David luchó contra el gigante Goliat. ¡Otra vez vuelven a aparecer los gigantes!

Están también la olla de piedra que utilizaba el profeta Abraham y el turbante de José, el hijo de Jacob. Y, a su lado, algo extraordinario: ¡el bastón con el que el profeta Moisés cruzó el mar Rojo!

Pero había más objetos sorprendentes: frente a la entrada se podían ver piezas desgastadas de la piedra sagrada de la Kaaba y algunas espadas con piedras preciosas de los comandantes que acompañaron al profeta Mahoma.

* Fuente: <http://www.excursionestambul.com/archives/3433>.

Era una delicia dejarse envolver por todo aquello. También se hallaban los objetos personales de Mahoma; entre ellos, su espada, su arco, un diente roto en una batalla y, según me dijo Serham, ¡pelos de su barba y una huella de su pie!

—Ven, vamos a verlos.

Tuve que fijarme mucho para distinguirlos, pero una lupa que llevaba Serham me ayudó a conseguirlo.

Las informaciones decían que había más de 65.000 piezas, de las cuales sólo un 10 por ciento estaban expuestas. El resto, por falta de personal, estaban custodiadas y guardadas en los almacenes del palacio.

Allí se encontraban los famosos mapas, el principal objetivo de mi visita al palacio.

—¿Y los mapas? ¿Se pueden ver?

—No es fácil, déjame que busque a unos amigos.

Se retiró y aproveché para acercarme a admirar el famoso diamante.

Enseguida regresó acompañado de Atalay Özmen, un historiador que hablaba castellano antiguo y que, además, era el custodio de uno de los almacenes. Qué fáciles se ponen las cosas cuando te acompañan las gentes del lugar. «Esto sí que es hospitalidad», pensé.

De camino a los almacenes me contó cómo fueron encontrados los mapas:

—En 1929 el palacio de Topkapi estaba siendo remodelado. Se quería construir en él un museo y había muchos expertos catalogando los diferentes objetos que allí se encontraban alma-

cenados cuando, en la sección de archivos del Imperio otomano, se hizo un descubrimiento asombroso: apareció un mapa de principios del siglo XVI basado, al parecer, en cartas dibujadas por Cristóbal Colón en su viaje al Nuevo Mundo. El hallazgo llamó mucho la atención por los datos contenidos en el mapa y fue presentado a la comunidad científica por el orientalista alemán Paul Kahle, dos años después. Está pintado en cuero de gacela, con un entramado de líneas que atraviesa el océano Atlántico mostrando costas y tierras desconocidas para la época. Hay varios mapas, pero los estudiosos han destacado uno de 1513 y otro de 1528, en los que se pueden apreciar todo el océano Atlántico, las costas americanas, africanas, europeas, árticas y antárticas. ¡Y lo más curioso de todo es que debieron de hacerse desde el cielo!

»Toda la colección de mapas de Piri Reis fue regalada al sultán, por lo que desde ese momento se perdió su pista. Años más tarde se encontraron algunos, que son los que tenemos aquí, en el museo.

»El mapa de Piri Reis ha hecho circular ríos de tinta, quizás porque incluye bellísimos dibujos y una cita impresa en uno de los bordes, que dice así: “Un mapa de esta clase no lo posee nadie hoy en día”.

»Ven, has tenido suerte y vas a poder verlo con tus propios ojos. Si te preguntan, diles que eres historiador de alguna universidad española. La de Sevilla, por ejemplo, que me gusta mucho.

Asentí con la cabeza y les acompañé. Tras varias puertas que se abrieron a nuestro paso y unas escaleras destantaladas, llega-

mos a los almacenes. Siempre me ha asombrado lo que se esconde en ellos, mucho más de lo que te dejan ver.

Atalay, dispuesto y orgulloso de sus acompañantes, franqueaba todos los pasos mostrando su credencial. Los guardianes le saludaban con respeto sin decir ni una sola palabra.

Por fin llegamos a una sala llena de libros antiguos y manuscritos. En una de las vitrinas me lo mostró.

—Ahí lo tienes, en breve saldrá del museo; se está preparando una exposición en Nueva York y se lo van a llevar. Admíralo, pero nada de fotos, ¿vale?

—Por supuesto —le dije.

Y me quedé con la boca abierta mientras lo admiraba.

Atalay se acercó a mí y me explicó:

—Este es el famoso mapa del almirante Piri Reis. Se realizó en el año 1513 y le siguieron el resto de los mapas que puedes ver aquí, a su lado. En estos apuntes, el propio almirante explica que, para la realización de sus mapas, utilizó veinte viejos planos y ocho mapamundis confeccionados en la época de Alejandro Magno.

Atalay se adelantó y, con un lápiz, me mostró sobre el cristal las costas que se reflejaban en él: las de Bretaña, las de España, las de África Occidental, el océano Atlántico, parte del norte de América, el sur de América, la costa antártica...

—Mira —me dijo—, se ha determinado que en estos pedazos rasgados se incluía también toda Europa, Asia y Australia.

—¿Cómo lo pudieron hacer con tanta precisión y sin medios como los actuales? —le pregunté.

—Según muchos estudiosos, estos mapas fueron hechos desde el aire... ¿Cómo lo ves? En 1960, el teniente coronel de los Estados Unidos y especialista en cartografía Harold Z. Ohlme-
yer estudió los mapas y admitió que la costa antártica que aparece en el mapa de 1513 tuvo que ser cartografiada antes de que hubiera sido cubierta por la capa de hielo que presenta en la actualidad, es decir, que se sitúa en un periodo de hace 8.000 o 10.000 años, mucho antes del conocimiento de nuestra historia escrita. Las conclusiones de su estudio resultaron espectaculares: los mapas debieron de ser hechos forzosamente desde el aire y mucho antes de que el hielo cubriera las costas del continente antártico.

»Hay otros investigadores que han determinado que los mapas fueron hechos con una especie de fotografías, como las de nuestros satélites, desde un punto situado sobre El Cairo a más de 4.000 kilómetros de altura. Una foto de un satélite actual, que se mueva a 4.300 kilómetros de altura sobre la vertical de El Cairo, muestra la misma deformación de las costas que la que se ve en el mapa. Es muy intrigante.

—¿Y quiénes los hicieron? —pregunté ingenuamente.

—Los turcos, por supuesto, copiando informes más antiguos; el propio Piri Reis lo dejó escrito. Los mapas originales se hicieron en tiempos de Alejandro Magno, pero son turcos. No sé si crees en extraterrestres, pero este es un misterio terrenal.

Me quedé callado. Los historiadores oficiales siempre dan esa misma respuesta. Pero allí estaba el misterio.

—Dentro de poco se van a hacer nuevas exposiciones, como ya te he dicho, y hay más material guardado, que va a dar muchas sorpresas.

Salimos del museo e invité a otro té de manzana a mis acompañantes, momento que aprovechamos para intercambiar nuestras direcciones. Si visitaban España, me tendrían a su disposición para abrirles cuantas puertas pudiera. Seguramente no tantas como las que ellos me habían abierto aquel día.

10

Selva amazónica. Frontera entre Venezuela, Colombia y Brasil

Año 1990, a orillas del río Parguasa,
en un poblado de los indígenas piaroas

Era la segunda vez que visitaba aquel apartado lugar.

En la primera, me inicié en el ritual del yopo, una de las plantas de poder de los indígenas de aquellas selvas. Y he de confesar que fue algo realmente asombroso... Un viaje hacia mi interior en el que descubrí mi animal de poder. La experiencia me gustó tanto que me prometí a mí mismo regresar para seguir indagando acerca de aquel extraño poder de las plantas sagradas. Y así fue: allí estaba de nuevo.

Me volvía a acompañar Carlos, mi anterior guía, un joven de veintitantos años que me sorprendía en cada conversación que manteníamos. Hablaba de mis libros y de mis autores favoritos, de Richard Bach, de Khalil Gibran, o de las nueve revelaciones, como si las hubiera escrito él mismo, y lo más curioso es que usaba mis mismas palabras. Teníamos una especie de

conexión telepática y un entendimiento que iba más allá de lo comprensible.

Junto a él, me embarqué de nuevo en aquel bongo —un barco construido con un tronco de madera vacío— con muy poca estabilidad para surcar aguas tan procelosas como las del río Parguasa, un afluente del sagrado Amazonas. Pero no lo dudé; le di la mano y nos pusimos en marcha.

El barco, que llevaba un pequeño motor, surcaba las aguas río arriba hacia nuestro destino: un poblado perdido en mitad de la selva. Carlos me había prometido que, una vez allí, me llevaría a uno de los lugares sagrados de los piaroas.

El tiempo transcurría plácidamente. El caudal del río estaba bajo, y en las orillas podíamos ver, de vez en cuando, a los caimanes sesteando tranquilamente. Teníamos tiempo, mucho tiempo, hasta llegar a nuestro destino, así que le pedí a Carlos que me contara más cosas de los piaroas.

En mi anterior visita no tuve muchas oportunidades de conocerles, ya que el chamán al que fuimos a visitar no fue demasiado amable conmigo. No le debí de gustar mucho y me hizo estar tres días metido en una cabaña, bajo un aguacero infernal, sin moverme y sin poder hablar con sus congéneres, mientras él fabricaba flechas de curare para la caza.

Parecía que esta vez la circunstancia se presentaba más favorable.

Carlos comenzó a hablarme de ellos.

Los indígenas piaroas

Los piaroas son uno de los pueblos autóctonos del Amazonas que están mejor organizados. Viven entre los ríos Orinoco, Autana y Parguasa. Casi todos están en Venezuela, unos 10.000 en el estado de Amazonas y 3.000 en el de Bolívar, aunque algunas tribus habitan en el este de Colombia.

Se reconocen a sí mismos con los nombres De' äruwä (señores de la selva), Tjüja (nosotros gente) y Timi Wótjüja (verdadera gente).

Todos sus vecinos les respetan por su sentido del compromiso; si dan una palabra, la mantienen hasta la muerte.

Para los piaroas no hay diferencia entre el espacio mítico donde habitan los dioses y el espacio natural (el de los animales terrestres y acuáticos, las aves y las plantas).

En su concepto de la vida, los habitantes de estos dos mundos están emparentados.

El dios superior de los piaroas es Ojwoda'ä, la danta-anaconda, una especie de ser andrógino o hermafrodita. Ojwoda'ä se divide en dos héroes culturales que representan el bien y el mal: Kwemoi (la anaconda) es un caníbal que simboliza el peligro y dio a los piaroas la cultura y la agricultura, y Wäjäri (el pescador que al morir se reencarnó en danta) es el benévolo creador de los piaroas.

En el templo piaroa conocido como Yvema se encuentran los Tianawa, una especie de dioses que transmiten a los chamanes su poder enseñándoles los cantos primordiales.

Según las creencias tradicionales, también existen los espíritus de la tierra, que transmiten a los hombres las enfermedades de los animales. Rinden culto a estos espíritus para solicitarles protección para sus poblados, con el fin de que cuiden a los niños y a los cazadores.

Los guardianes de las enfermedades o «abuelos de las enfermedades» más importantes para esta etnia son: Reyo, señor y abuelo de todos los animales de la selva, excepto del jaguar, y Aje Itami, señor y abuelo de los peces. Otros guardianes de las enfermedades son Ku'upä, dios del trueno, y Khaewati, dios del sol.

La ceremonia ritual más singular de los indígenas piaroas se conoce con el nombre de Sari Warime, la fiesta de los dioses. Sus personajes centrales son cinco chamanes que van ataviados con máscaras de animales.

Según el antropólogo Alexander Mansutti, un profundo conocedor de sus costumbres, los piaroas están considerados como los socios comerciales más honestos del Amazonas venezolano. La actividad comercial con sus vecinos, que ha sido siempre un rasgo definitorio de la sociología de este grupo, continúa siendo un hecho cotidiano.

Finalmente, la costumbre que más resalta de los piaroas es su rechazo absoluto al ejercicio de la violencia física o verbal. Son rigurosos y disciplinados, y se horrorizan de aquel que no es capaz de domesticar sus emociones.

En resumen, los piaroas actuales son no sólo los herederos de ricas tradiciones sino también modelo de comportamien-

to frente a la violencia y activos gestores del Amazonas venezolano del futuro.*

Estaba anocheciendo. Carlos y Trobi (extraño nombre para un indígena), que llevaban el bote, decidieron acercarse a la orilla de una pequeña playa para acampar. Enseguida prepararon todo: las hamacas colgadas de los árboles, el fuego... y la pesca, que sería nuestra comida, estaba ya en la parrilla.

Nunca llegué a saber cómo eran tan hábiles preparando todo lo necesario para la supervivencia. Eran capaces de pescar un pez gigante con sólo mirar al río. Siempre conseguían asombrarme...

La noche, que es buena compañera para contar historias, se alió con nosotros, y pude escuchar más leyendas sobre los indígenas que íbamos a visitar.

Carlos se animó a beber un poco de ron de mi petaca.

—Está bueno esto, hermano —me dijo.

—No es venezolano, es cubano...

—Calienta igual, pana —me contestó.

¡Y vaya si calentaba! Y, además, soltaba la lengua. Así fue cómo Carlos y Trobi empezaron a contarme algo sobre los lugares sagrados de los piaros.

—Ellos creen que en las montañas viven los dioses y que toda la naturaleza es sagrada. El Tepui Autana, ese monte que hemos visto al oeste mientras remontábamos el río, es uno de sus luga-

* Fuente: <http://encontrarte.aporrea.org/creadores/warime/1/a25.html>.

res sagrados. Es el más conocido, pero hay otros, más secretos, a los que pocos hombres blancos han llegado.

—Al principio —intervino Trobi— los piaroas nos fiábamos de los blancos que llegaban y algunos les mostraban nuestros lugares sagrados. Pero no tardamos mucho en descubrir que aquella gente blanca no era de fiar. Nos daban cuchillos, cacharros de plástico, espejos... a cambio de que les indicáramos dónde estaban los mejores árboles y caños (pequeños ríos en los que había piedras que brillaban). Luego, nos dimos cuenta de que sacaban las piedras que brillan (las esmeraldas) y veíamos cómo marcaban los troncos con ceniza blanca. Esos árboles, poco tiempo después, caían muertos bajo las sierras de los madereros, y los ríos se llenaban de basura de los garimpeiros que llegaban desde Brasil. Reaccionamos: les fuimos echando de nuestros poblados al tiempo que nos adentrábamos en la selva para ponernos a salvo de las oraciones y de los dioses blancos. Ellos nos hicieron desconfiados.

Carlos tomó un trago de ron y continuó:

—Sin embargo, hay muchos sitios sagrados que aún guardan secretos. ¿Te acuerdas de las tumbas que viste cuando estuvimos con el capitán Bolívar? —me preguntó.

En efecto, recordaba que, detrás del poblado y al abrigo de unas lomas, había muchas tumbas. No pude fotografiarlas, pero me dejaron verlas. Allí, en un hueco entre las rocas, depositaban a sus muertos a la espera de que la carne desapareciera de los huesos. Me contaron que después recogían los restos y se

los llevaban con ellos. Así, siempre tenían presentes a sus antepasados. Una costumbre respetuosa hacia los familiares que les habían dejado.

—Muy cerca de donde vamos hay una montaña, una pared de piedra que está llena de extraños jeroglíficos, de marcas, de símbolos, de dibujos de seres mirando al cielo que hablan del pasado y del futuro.

—¿Queeeeé? —le pregunté excitado.

—Sí, ese lugar quizás sea el más sagrado para los indígenas que habitan estas selvas. Yo lo vi una vez que estuve con el chamán Bolívar, después de una de las tomas del yopo. Es su lugar más importante; desde allí se vuela al cielo y se ve a los dioses. Es extraordinario.

—¿Lo vamos a ver? —pregunté.

—No te lo puedo asegurar, ya sabes que no depende de mí. Más bien, de cómo te sientan a ti... No es un lugar para blancos y no creo que muchos lo hayan visto. Quizás yo sea el único, pero bueno, yo no soy blanco del todo. Ya conoces mi historia.

Carlos era hijo de un venezolano que se hartó de la vida en la ciudad y se marchó a la selva. Sus amigos dicen que se volvió loco y desapareció. Al cabo del tiempo supieron de él; se había mezclado con los piaroas en la selva. Le habían aceptado y acabó casándose con una indígena. De su unión nació Carlos, mitad piaroa y mitad blanco asilvestrado.

—Así eres tú de raro —le dije.

Sonriendo, se apretó otro trago de ron y continuó:

—La montaña está en medio de dos ríos, en un lugar lleno de caimanes gigantes. Cuentan que los han visto de siete metros, capaces de tragarse una vaca entera. Un lugar peligroso, sin duda.

—¿Me llevarás?

—No depende de mí, ya veremos. Ahora duerme un poco, mañana nos espera un día intenso.

Decidí meterme en el «chinchorro», la típica hamaca venezolana, y rociarme con el repelente de mosquitos para intentar dormir un poco.

Apenas había amanecido, Carlos ya estaba chapoteando en el río. Me animó a hacer lo mismo.

—Ven, blanquito, te sentará bien darte un baño, hueles que apestan. Os ducháis mucho, pero sois unos guarros y oléis mal.

Le hice caso y, desnudo, me tiré al agua.

—¿Tienes la verga bien tapadita? —me preguntó.

—No se te ocurra hacer pis aquí... Al calor llegan unos pececitos que se meten por el agujerito del rabo y te suben hasta el alma. Si te pasa, estás chingado.

Salí pitando del agua, echándole todas las maldiciones que me sabía.

Carlos, al verme, estalló en risas.

—Báñate, blanquito, aquí estás a salvo.

No le hice caso y continué secándome.

Comimos unas arepas. Un plato tradicional de las gastronomías colombiana y venezolana, una especie de torta de harina de maíz de forma circular y semiplana que, generalmente, se prepara asada o frita.

Mientras ellos se encargaban de recoger todo el campamento, yo puse a punto mi equipo y en un instante ya estábamos de nuevo en el bote.

Llevábamos ya dos días navegando río arriba, por el Parguasa, en medio de gigantescas trombas de agua que lo hacían crecer en segundos. El agua aumentaba tanto que de repente se formaban olas gigantescas que me hacían temblar, pues pensaba que nos volcarían la barca. Pero conseguíamos mantenernos a flote.

¡Parecía mentira que esos bongos fueran tan estables!

Al atardecer del tercer día, llegamos al poblado.

El poblado piaroa

En la orilla, decenas de niños se bañaban gritando como posesos. Nuestra visita les llenó de emoción.

Trobi y Carlos se presentaron al jefe, que nos esperaba. Nunca sabré cómo se comunican en la selva esos «salvajes», pero nunca les falla la cobertura y siempre saben quién y cuándo viene (desde días antes y a kilómetros de distancia).

Mientras nos acomodaban, llegó la noche y, con ella, el alimento más repugnante que jamás he comido. La caza había ido bien ese día y los guerreros habían traído varios monos. No los vi hasta que tuve que comérmelos. Con gran ceremonia, y entre las risas de los más pequeños, uno de los ancianos sacó las viandas de la cena.

Lo que vi hizo que se me revolvieran las tripas. La cena consistía en un mono pequeño, abierto por la mitad. ¡Más que un mono parecía un bebé recién nacido!

El viejo guerrero me animó a que me sirviera. No podía rechazarlo; con los ojos cerrados, entre las risas de las mujeres, tomé un muslo y lo arranqué. Sin pensarlo, me lo metí en la boca. El asco que me produjo jamás podré olvidarlo; tenía la sensación de que me estaba comiendo un bebé. Lo tragué como pude y continué tomando pasta de yuca y plátanos para evitar que me obligaran a comer más.

El trance pasó y llegó el momento de la charla alrededor de la hoguera.

Carlos aprovechó para interrogar a los ancianos acerca de los lugares sagrados. La conversación fluía, el ambiente era relajado y amable. Entre muecas y muchos gestos, nos contaron dónde estaban algunos de ellos y su significado. Carlos me iba traduciendo todo lo que contaban y les trasladaba mis ansiosas preguntas.

Nos hablaron de una extraña pared de piedra llena de dibujos:

—Es el portal, el lugar desde donde los dioses subieron al cielo. Una noche, hace muchas lunas, el cielo se llenó de relámpagos tan brillantes como el fuego, la selva se iluminó de repente y ellos desaparecieron. Pero dejaron sus huellas y abrieron una ventana, un portal entre este y el otro mundo. Nosotros viajamos a él cada vez que tenemos necesidad de respuestas. El yopo nos ayuda a hacerlo. Mañana haremos una ceremonia con

él, hay varias personas que se encuentran enfermas y necesitamos remedio para ellas. Podréis acompañarnos si lo deseáis.

No me lo podía creer... Una vez más podría montar en esa poderosa nave intergaláctica que es el yopo, para ver más allá de este mundo.

Nos retiramos a descansar, pero la emoción no me dejó dormir nada; estaba deseando que llegara el alba para prepararme para la ceremonia.

El día transcurrió entre baños y risas con los más jóvenes, que me habían aceptado sin fijarse demasiado en el color blanquizco de mi piel. Jugábamos y reíamos juntos; esa es la mejor medicina y el mejor idioma entre los humanos.

Mi vello corporal les llamó la atención y no dejaban de tocarme, pero lo que más les sorprendió fue mi cepillo de dientes. Nada más verlo, estallaron todos en carcajadas. Se reían de mí y yo con ellos.

Por fin llegó la noche y, con ella, el ritual...

La planta mágica: el yopo

Alrededor de un tronco, que hacía las veces de mesa, se instalaron los participantes. Dos chamanes atendían a una mujer joven y a dos niños. Encima de sus ojos les pusieron hojas de un árbol que desprendían un olor acre. Estaban incómodos por el dolor, pero se mantenían tranquilos en el suelo.

La toma comenzó; llegó mi turno y me ofrecieron la caña. Me la coloqué en los orificios nasales y un joven guerrero sopló con fuerza. El polvo penetró en mi cerebro como una bala y dejé de ser consciente de lo que pasaba en la choza.

Comenzaba el viaje. Sentí que flotaba sobre la escena; desde arriba podía ver lo que ocurría abajo en la cabaña. Después, en un instante, me sentí lanzado hacia un muro que me golpeó el cerebro. No recuerdo nada más...

Todo había terminado, reinaba la oscuridad. Los cánticos y algo dulce en mi boca me trajeron de vuelta a la tierra. Todos estaban embriagados... con los ojos perdidos.

Como pude, me arrastré fuera de la cabaña y me tumbé en el suelo a descansar y a recomponerme.

Las primeras luces del sol me golpearon en los ojos y me hicieron despertar.

Había viajado de nuevo, pero no tenía recuerdos lúcidos como la vez anterior.

Tuve que esperar hasta la siguiente noche para obtener respuestas. Los ancianos se habían reunido, como era costumbre, en la choza más grande, «el lugar de la palabra», la sala donde se dirimían los conflictos, se conversaba y se narraban las aventuras de su pueblo.

La noche era clara, había un fuego que espantaba a los mosquitos y todo estaba sereno a mi alrededor.

Recuerdo que, en ese momento, me di cuenta de que era feliz, FELIZ a lo grande; mi ser estaba en paz y me sentía a gusto entre aquellas gentes; a pesar de la falta de luz, de que no

había duchas, de que no tenía una cama blanda y algunas otras cosas, era feliz. Mi espíritu estaba en paz conmigo mismo, y sentía que me hallaba en el camino de encontrar algunas de esas respuestas que siempre había buscado.

Y así sucedió.

Carlos volvió a retomar la conversación sobre la extraña pared de piedra repleta de inscripciones. Uno de los ancianos, adornado con un tocado de plumas de guacamayo, fue el primero en hablar:

—Cuando los dioses se fueron de aquí, llevaron a algunos de mi pueblo junto a la pared; allí les mostraron su poder. En un instante la noche se llenó de brillos que venían del cielo; toda la selva se tiñó de un fulgor azul impresionante. Según cuentan los mayores, «los dioses» no dejaron a los miembros de mi tribu que se acercaran a aquellas extrañas luces que descendían del cielo. Pero pudieron ver cómo los seres celestes se sumergían en ellas, como si fueran gotas de agua. Después vieron cómo eran engullidos por la luz y desaparecían en ella. Las luces se fueron hacia el cielo y los dioses se marcharon con ellas. Pero alguien les prometió que allí mismo, en aquella pared apartada de los hombres, se abriría un portal, un canal de comunicación con ellos. Para no olvidarlo, algunos hombres de la tribu se dedicaron a grabar aquella piedra negra con dibujos que recordaban la historia y el paso de los dioses por esta tierra.

Sin querer ser irrespetuoso o llamar mucho la atención, le insistí a Carlos para que preguntara a los ancianos si cabría la

posibilidad de que me dejaran visitar ese mágico lugar. Enseguida tradujo mis palabras.

La choza se llenó de silencio, se miraron unos a otros y, después, posaron en mí su mirada.

El más anciano, el que había contado el relato, consultó con los demás ancianos. Según me pudo traducir Carlos, tenían una honda preocupación: sus costumbres se estaban perdiendo, cada día quedaban menos jóvenes en la tribu; muchos de ellos huían tentados con la promesa de ganancias fáciles, y otros estaban cayendo en las garras del alcohol y de las drogas. Era urgente hacer algo para que su historia no se perdiese y creían que el tiempo de permanecer en silencio había terminado.

Siguieron hablando entre ellos y llegaron a una conclusión: el blanco podía ir con ellos a ver la pared, pero no debía llevar nada en su cuerpo que no fuera la poca ropa que necesitaba.

Carlos me lo tradujo:

—Puedes venir, pana, pero no puedes llevar cámaras ni nada encima, ¿qué me dices?

—Vamos —le contesté sin dudarlo.

Aunque no pudiera fotografiarlo, lo vería y constataría si era cierto lo de las extrañas figuras en la pared.

Todo se realizó como habían acordado y prepararon la expedición para el día siguiente.

Excitado, me acomodé en mi chinchorro y traté de dormir. Una serpiente juguetona me lo puso difícil. Carlos me libró de ella, advirtiéndome que ese tipo de bichas eran las que más problemas causaban a los piaroas.

—Son pequeñas, pero tienen muy mala leche; tápate y mueve bien el árbol antes de tumbarte, no vaya a haber otra entre las ramas que también quiera visitarte.

Así lo hice: golpeé el árbol en el que estaba atada mi hamaca y me tumbé. No me importaban ni los mosquitos, ni las serpientes, ni nada; tan sólo que ya podía ir a visitar el portal de los piaroas.

El portal de los piaroas

La mañana se presentaba tormentosa; unas negras nubes amenazaban en el cielo. Eran tan grandes que tuve miedo de que la lluvia pudiera estropear nuestro viaje. En la aldea nadie les daba importancia: los pequeños jugaban junto al agua; las mujeres preparaban la mandioca y una pasta de cereales para el desayuno; los guerreros, al otro lado de las cabañas, ponían a punto sus cerbatanas para la caza.

Nadie estaba preocupado, salvo yo. De cuántas cosas inútiles nos preocupamos los humanos. Recordé la frase de un viejo tuareg: «Hay que ocuparse de las cosas, no preocuparse por ellas». Y así lo hice: fui a ocuparme de llenar mi barriga con frutas y pasta de cereal; hacía casi dos días, desde el incidente del mono, que no metía nada sólido en ella.

Tras un baño en el río junto a los niños, bajo unas nubes plomizas que estaban descargando un aguacero apocalíptico, me di cuenta de que de poco servían mis preocupaciones. Llovía, pues

nos mojábamos; salía el sol, pues a disfrutar de él. Esto ocurrió media hora más tarde.

El sol lucía de nuevo y los guerreros dieron la orden de salir. Carlos me preguntó si llevaba algo encima; le contesté que no, y no hizo falta más (la palabra de un hombre es lo que más vale del mundo). Nos pusimos en marcha.

En vez de ir hacia el río, pusimos rumbo hacia el oeste, hacia el interior de la selva (que, pronto, se volvió espesa, sin trochas ni caminos).

Varios guerreros iban delante cortando la maleza que nos impedía el paso.

Tras cinco horas de marcha, llegamos a un claro en medio de la selva. Desde allí, comencé a vislumbrar una pequeña montaña pelada, de color negro intenso.

Sudaba copiosamente, el calor era agobiante y, al salir de la espesura, la sensación de ahogo aumentó. Carlos, que estaba pendiente de mí en todo momento, me pasó una calabaza con un líquido dulce muy refrescante.

Los guerreros se alinearon unos junto a otros y esperaron a que Carlos y yo nos uniéramos a ellos. Algo ocurría; no sabía si era el lugar, que ya estábamos cerca, o si había algún animal peligroso.

Nadie hablaba; miré a Carlos y le pregunté con la cabeza. Él la movió, haciéndome señas para que guardara silencio.

Tras unos segundos de tensión, en los que se notaba la inquietud de la media docena de guerreros que nos acompañaban, comenzamos a andar todos juntos, en línea y muy despacio.

La maleza de la selva cedió paso a unas hierbas altas y delgadas que acariciaban mis piernas desnudas. En ese momento, Carlos me hizo una seña apuntando a mis piernas.

Miré hacia ellas y me quedé alucinado. Estaban sangrando: decenas de pequeños chorrillos de sangre corrían desde mis muslos hasta los tobillos.

—Quítate la sangre o vas a llamar la atención de algún bicho y vendrá a comerte, blanquito —me dijo.

Como pude, me limpié los chorros de sangre que recorrían mis piernas. Habían sido mosquitos, arañas o insectos que estaban entre las altas hierbas... No me había enterado, pero me estaban sacando la sangre a borbotones.

Tras el incidente, nos reunimos todos y avanzamos hasta la base de la pared. Una vez allí, los guerreros me indicaron las formas impresas en la piedra y me hicieron un ademán para que me acercase. Así lo hice y, junto a Carlos, comencé a explorarla. No me atrevía a subirme a ella, pero, al ver que los guerreros lo hacían, perdí el miedo que tenía y me encaramé para estudiarla.

Era tan increíble que sólo deseaba que mi mente fuera capaz de guardarlo todo: las formas, los seres allí reflejados, las luces que salían de las máquinas representadas... Toda una explosión de enigmáticas figuras estaba repartida por aquella mole de unos cincuenta metros de altura y unos cien de anchura.

Era un bloque entero, como si alguien hubiera dejado caer una pieza en medio de la selva; a su derecha e izquierda no había nada más, sólo hierba y selva. Y allí, en medio, aquella mole.

Mientras los demás subían y bajaban por la piedra, yo me dediqué a tratar de memorizar las diferentes formas que llenaban la pared: decenas de figuras de indios con los brazos hacia el cielo; más arriba, otras de seres altos, fornidos, con extraños tocados en las cabezas; signos extraños que no lograba identificar; formas gigantes, de seres únicos...

Carlos llamó mi atención sobre una forma geométrica que había más arriba, casi en la cima de la piedra.

—¿Te has fijado en eso? —me preguntó.

Me encaramé un poco más y subí hasta colocarme a su lado.

Era una especie de puerta rodeada de rayos, de figuras de seres altos y de animales que parecían gatos, pero lo que más llamó mi atención fue el brillo que tenía. Parecía recién pintado.

Toqué las figuras y no estaban pintadas, sino inscritas en la piedra; algunas tenían colores.

¿Quién habría hecho todo aquello?

El cielo se rompió y la lluvia comenzó a empaparnos. Los guerreros nos hicieron señales para que bajásemos de la piedra, pues podía ser peligroso estar allí. En los días de tormenta pueden caer decenas de rayos sobre ella; además, se había vuelto extremadamente resbaladiza, cosa que pude comprobar cuando caí desde más de quince metros como si fuera un bulto.

Me levanté y miré a los demás haciendo señas de que estaba bien. Me alejé un poco para verlo con más perspectiva.

Desde una cierta distancia, el conjunto de figuras cobraba sentido; era armonioso y, al fijarte en la más cercana a la cima,

parecía una puerta o un portal, como lo llamaban los indígenas; un acceso hacia «otros mundos».

Esa era la invitación que parecía hacer aquella extraña mole negra: un portal de entrada hacia el más allá.

La lluvia era intensa y tuvimos que emprender el regreso, pues nos esperaban más de seis horas de marcha por el interior de la selva.

Todos celebramos la llegada al poblado. Estábamos calados y tiritábamos de frío. No sólo yo, también los guerreros, lo que me consoló un poco. Entramos en una pequeña cabaña en la que el fuego calmó las malas sensaciones. Una mujer pequeñita, cargada con un bebé, nos acercó un recipiente que había calentado en la hoguera y nos invitó a beber. El líquido estaba agrio, pero reconfortaba.

Unas horas después, cuando todos dormían, aproveché para preguntar a Carlos qué era ese lugar que habíamos visitado.

—No te puedo decir mucho, sólo lo que ellos me han contado. Dicen que es «el portal», el lugar desde el que se fueron los dioses y al que prometieron regresar. ¿Te has fijado en las figuras, en los carros, en las herramientas que había allí?

—Sí —le dije—, era impresionante. Nunca había visto nada igual, y parecía que las hubieran hecho ayer, pero ¿qué antigüedad tienen? —le pregunté.

—Según las crónicas de los indígenas, miles de años; han estado allí desde siempre, al abrigo de las miradas, resguardadas por la selva y por esos pequeños animales que te sacan la sangre y que tú has conocido hoy.

Sonreí y me encerré en mí mismo, tratando de no olvidar ningún detalle.

El sueño me venció y me dejé ir con él hacia el más allá.

Diez días después me despedía de Carlos en Puerto Ayacucho y tomaba un avión hacia Caracas. Desde allí volvería a casa. En el avión traté de recomponer las figuras y aquella extraña historia.

«El portal», el lugar desde el que se fueron los dioses prometiendo regresar.

11

El tiempo

Regresé a casa con la sensación de haber vivido algo único. Las horas de avión y las interminables escalas hasta llegar a Madrid me sirvieron para reflexionar sobre todas las sensaciones experimentadas: aquella extraña pared y los símbolos escritos en ella, el yopo y sus efectos... y, controlándolo todo, el imponente poder de los piaroas.

Había sido tan impresionante que aún no lo había asimilado. Como siempre hago, lo dejé estar y seguí con mi vida. El contestador, atestado de mensajes pendientes, me devolvió a la cruda realidad: encargos, nuevos viajes, invitados para el programa... ¡Cómo pasa el tiempo! Parecía que había estado una vida fuera de casa.

Comencé a organizar las tareas pendientes y, por la noche, más tranquilo, me senté frente a mi ordenador y repasé algunas emisiones de la web del programa. En una de ellas encontré la respuesta al misterio del tiempo.

¿Os habéis percatado de cómo se ha acelerado el tiempo en los últimos años? Todo va a una velocidad supersónica, tan deprisa que no somos conscientes de muchas de las cosas que nos pasan. Era algo en lo que había pensado mucho en los últimos meses.

Mi percepción del tiempo varía en función de lo que hago: se ralentiza cuando estoy de viaje, y se acelera, de forma infinita, cuando regreso a mi vida en la ciudad.

Repasando una entrevista a Enrique de Vicente, comencé a comprender.

Enrique y yo nos conocemos desde hace varios lustros. Él fue uno de los pioneros en abordar temas misteriosos y de los primeros invitados que tuve en mis programas. Hablábamos de Ovnis, de visitas extraterrestres, de brujería, de la Era de Acuario... ¡Hace ya tantos años!

Juntos comenzamos a hablar, por primera vez, de esa famosa era y de un nuevo tiempo que nos tocaría vivir en el futuro. ¡Un futuro que parecía tan lejano!

Recuerdo la cantidad de veces que hablábamos de esos misterios y del tiempo por llegar en el que se cumplirían las profecías.

Pero ese futuro llegó y nos alcanzó a todos.

En un fragmento de la entrevista comentaba algo respecto al tiempo que me dio una de las claves:

—El tiempo se ha acelerado en los últimos años; es un proceso cósmico que nos está llevando a un nuevo paradigma, a un nuevo momento de la humanidad.

Y entre nosotros comentábamos:

—Miguel, ese tiempo que esperábamos hace decenios ya ha llegado, las cosas se han acelerado y estamos en mitad de ese proceso cósmico, revolucionario, del que hablábamos cuando llevábamos pantalones cortos.

—Es verdad, el tiempo ha pasado volando y ese momento ya está aquí. Ha llegado sin avisar, como ladrón en la noche, y nos ha pillado a todos desprevenidos.

Continué escuchando llamadas hasta que hubo una que me sacudió. Era de Emilio Fiel, *Miyo*, otro antiguo insurrecto de aquella época en la que todos comenzábamos a hablar de estos temas.*

Emilio comenzó creando una comunidad revolucionaria en los años setenta: la Comunidad del Arco Iris, en Lizaso, Navarra.

Había coincidido con él en varias ocasiones; recuerdo un programa que hicimos desde el monte del Gozo, a los pies de Santiago de Compostela, con los danzantes concheros, en el año 1992. Allí nos reunimos varios miles de personas que renovamos el pacto con el apóstol creando un puente de unión entre España y el mundo de las antiguas tradiciones mexicanas. Fue emocionante ver a tanta gente con sus plumas, sus tambores y sus trajes bailando en la plaza de la Quintana realizando la ofrenda a Santiago Apóstol, patrón de España, ante el asombro de los visitantes a la catedral de aquel día.

*Véase Emilio Fiel: <http://www.emiliofiel.com>.

Después le perdí la pista, hasta que, este año, volvimos a encontrarnos. En el momento preciso, la elipse del tiempo nos unió de nuevo, pero con más años, más experiencia y más conciencia sobre lo que debemos realizar.

Su llamada me invitaba a volver a tratar antiguos temas ya olvidados.

Me puse en contacto con él y grabamos la entrevista.*

En ella me anunciaba:

—Es el momento de reunir a los clanes, convocar al consejo. Los trece abuelos y las trece abuelas están reunidos en Santiago Tlatlelolco y en Teotihuacán organizando esos consejos de trece. Pero todos tenemos nuestra responsabilidad. En los consejos se mueve el poder, el contacto, las visiones, las profecías de un pueblo, de una tradición y, sobre todo, el contacto con el espíritu que tienen las almas ancianas que pertenecen al consejo.

Las palabras de Emilio Fiel me estremecieron. Hacía tiempo que no sentía esa sensación. Hablaba con gran sabiduría y me conectaba con lo más profundo de mi ser.

Seguí escuchando y le pregunté:

—Emilio, ¿qué hacemos? Son muchos los que dicen que ha terminado el tiempo de hablar y que, ahora, tenemos que actuar.

—Debemos cultivar nuestra evolución personal, practicar el silencio interno, la impecabilidad, el amor incondicional, la

*Véase <http://www.espacioenblanco.es/emisiones.asp>.

apertura hacia los mundos sutiles que nos permiten ver lo invisible y oír lo que nadie pronuncia. Tenemos que hacer descender el alma, del pecho al vientre, para entrar en una espiritualidad instintiva, celular, distinta del “me gusta” o “me disgusta”. Es un trabajo personal que nos proporcionará compensaciones.

»En el 2012 se cruzan dos tiempos: el tiempo ilusorio y el tiempo real. El tiempo galáctico es una cruz, y eso es lo que nos permite saltar la envoltura de la *Matrix* a la que estamos sometidos. Tenemos implantes que nos impiden conocer el tiempo real, conectar con el ser, establecer contacto con los hermanos estelares, sentir el amor. No son sólo bromas; realmente hay limitaciones detrás del corazón, en los chacras de aquellos que manipularon nuestra genética, los que crearon estas condiciones para evitar nuestra libertad. Y ahora, ¿qué sucede? Pues que hay un hecho físico con implicaciones metafísicas, el paso por la banda de fotones. En la Tierra pasamos por un momento en el que se cruzan los dos tiempos: el tiempo del ser, que es ilimitado y no puede ser condicionado por calendarios, y el tiempo ilusorio, lineal, al que estamos habituados.

»La oportunidad de que esos dos tiempos se junten es una ocasión única. Este 2012 (2013 en el calendario maya) es el principio de la ascensión, el inicio de un proceso que durará siglos, no el final. Lo humano ha de quedarse aquí: los pensamientos, las emociones, los problemas, la negatividad y todo lo que dificulta las relaciones entre los seres humanos, hemos de dejarlo aquí, y así, conquistar el amor incondicional. La Tierra ha decidido ascender libre y conscientemente, y nosotros, si nos

limpiamos de lo que nos pesa, podremos acompañarla en su camino.

»Necesitamos cien millones de corazones juntos, hemos de reunir cien millones de conciencias para traspasar y romper esa cúpula de la *Matrix* que nos tiene presos, condicionados, de la cual nadie sale aunque conecte con la fuente, con el espíritu. Esta es la oportunidad que nos brinda este tiempo: con la ayuda de esos seres invisibles que siempre nos acompañan, con la ayuda de las almas ascendidas, de la sabiduría indígena que ha guardado las claves, y con la ayuda de nuestra propia presencia y la radiación del corazón que hay en nosotros, podemos acabar con la mentira, hacerla estallar. Terminar con lo que nos tiene hipnotizados, aunque nos parezca estar liberados, y nos hace volver aquí, una y otra vez, a través del camino de la muerte, de la mentira de la muerte. Ya no será necesario olvidar, no hará falta morir. Tenemos que afirmar que la muerte ha muerto y demostrarlo en la práctica.

¡Sus palabras eran rotundas! Emilio Fiel lo tenía claro y, sin saberlo, me había dado la respuesta a ese problema del tiempo que me atormentaba desde hacía años.

En el 2012 se cruzan dos tiempos: el tiempo ilusorio en el que vivimos, el que se mide con calendarios, y el tiempo cósmico, el real. Los humanos tenemos la oportunidad de liberarnos de esa mentira en la que nos hacen vivir.

Miyo me había aclarado esa duda de la aceleración del tiempo en nuestras vidas y, de paso, me había dado pistas sobre mi extraña conexión con el mundo maya.

Los mayas, junto a otros antiguos pueblos, han conservado las claves que necesitamos para resolver el futuro.

Esta era otra de las pistas que debía investigar y, junto a ella, esa idea desestabilizadora del «extraño implante» que teníamos dentro de nosotros y que no nos permitía liberarnos de la ilusión de la *Matrix*. ¿Sería cierto?

Decidí continuar mi investigación sobre esos dioses gigantes que, según muchos textos antiguos, nos habían visitado en la antigüedad y se habían unido con las hijas de los hombres.

12

El sabio de las flores.

Nepal

Estaba deseando volver a Nepal, el país en el que la vida y la muerte se dan la mano, para conocer a la Kumari y a un *sadhu* que, según me habían contado, resolvería buena parte de mis dudas.

Este anciano maestro, del que ya había oído hablar en varias ocasiones, se había dedicado en su juventud a estudiar a los Vedas, alcanzando un gran conocimiento acerca de esos otros mundos y esos otros seres que se citan en las escrituras sagradas. En la actualidad había abandonado la vida mundana para entregarse al yoga y la meditación, refugiándose en algún lugar del Nepal.

Para los *sadhus*, la vida está compuesta de cuatro etapas: la primera, el estudio; la segunda, la paternidad; la tercera, el peregrinaje a las ciudades santas del hinduismo, y la cuarta, la conversión en *sadhu*.

En esta última etapa abandonan a su familia y la vida social para dedicarse a la vida contemplativa, con el objetivo de alcan-

zar la sabiduría y el nirvana antes de la muerte. Por eso, es muy frecuente verles en los lugares sagrados, donde son muy respetados; incluso se les permite fumar marihuana y otras sustancias que les puedan ayudar en su camino hacia la iluminación.

Pero no todos los *sadhus* son iguales. Había visto muchos en las ciudades de la India; los últimos en la sagrada ciudad de Varanasi, a orillas del río Ganges, donde se peleaban por un trozo de hierba. Me dio mucha pena. Pensé: «Si esos son los hombres sabios e iluminados de la India, qué lástima de espiritualidad».

Sin embargo, todavía podemos encontrar verdaderos sabios entre ellos, personas que realmente dedican esa última parte de su vida a alcanzar la conciencia y la paz interior.

El que buscaba, según me habían comentado, vivía a orillas del río Bagmati, en Nepal.

Katmandú (Nepal)

La llegada al país de las cumbres nevadas, la morada de los dioses, es siempre reconfortante, sobre todo si vienes de la India, donde todo es caos, basura y millones de seres deambulando por las calles.

Nepal es más relajado, más tranquilo. Te muestra la cara amable de Asia: no te persiguen por las calles, te reciben con una sonrisa...

Encontré el país muy cambiado desde mi última visita, cuando pude ver a los rebeldes maoístas cercando una ciudad reple-

ta de barricadas y fuegos, en plena revolución. Una revolución que se llevó por delante una forma milenaria de vida para instaurar en el país una república federal democrática.

La actual forma de administración fue posible tras una cruenta guerra civil que finalizó con el triunfo de los guerrilleros maoístas, que establecieron el nuevo gobierno el día 28 de mayo de 2008, terminando con casi trescientos años de monarquía. Sin quererlo, fui testigo de un momento histórico. Estuve allí hasta que los rebeldes entraron en Katmandú, la capital, pero yo no vi disparos, ni muertos, sólo hogueras y barricadas.

La cosa se puso tan tensa que adelanté mi salida del país unos días. Recuerdo que en el autobús que me llevaba al aeropuerto colocaron una pancarta en la que se podía leer, según me tradujeron: «Turistas occidentales». Supongo que lo harían para que no nos disparasen o para que no detuvieran el autobús y pudiéramos abandonar libremente el país.

Cosa que ocurrió.

Salí de Nepal y me olvidé de lo que estaba pasando allí.

Tan sólo unas cuantas noticias me recordaron que las cosas habían cambiado, que ya no había reyes seculares en el país de las cumbres nevadas, sino una extraña forma de república.

Eso fue lo que noté en esta visita, el cambio en la vida de sus gentes, porque las caras amables, la tranquilidad y el sosiego seguían siendo la pauta de conducta de sus habitantes.

Para hospedarme siempre elijo el hotel Dwarikas, Patrimonio de la Humanidad y uno de los lugares más acogedores que

conozco. A pesar de ser un cinco estrellas, tiene precios bastante asequibles.

Me dieron la habitación de siempre: espaciosa, cómoda, limpia y agradable. Sólo tiene un problema: ¡los ladrones! Si dejas las ventanas abiertas y algún objeto brillante a mano, los monos ladrones lo hacen desaparecer. Ya me había tocado correr por la habitación más de una vez, tras alguno de ellos, que se llevaba mi cámara fotográfica o mi petaca. ¡Algún inconveniente tenía que tener alojarte en el paraíso! Pero la solución era sencilla: bastaba con cerrar las ventanas.

Tras tomar las debidas precauciones, dejé mi equipaje y salí a la calle para dirigirme al palacio de Kumari Bahal y, así, cumplir uno de mis objetivos de aquel viaje: conocer a la diosa viviente.

La diosa viviente

La diosa viviente, o Kumari, es una tradición con más de mil años de antigüedad. Según las crónicas, un lejano día, una niña pequeña se acercó hasta el rey y le dijo que estaba poseída por el espíritu de la diosa virgen.

En la corte se asombraron con sus declaraciones. ¿Estaba loca o era, en realidad, la reencarnación de la diosa?

El rey propuso hacerle una serie de pruebas, tras las cuales se demostró que la niña era nada más y nada menos que la virgen reencarnada. Inmediatamente, mandó construir para ella un

palacio en la plaza Dubar, en el centro de la ciudad. Desde entonces esta tradición continúa vigente.

La selección de la Kumari es un asunto de Estado muy complejo. Las Kumaris deben ser niñas de entre cuatro y cinco años y tienen que cumplir treinta y dos requisitos, entre ellos algunos físicos: su pelo y sus ojos tienen que ser negros, su cuerpo delgado, deben gozar de buena salud y han de tener la piel intacta, sin marca ni cicatriz alguna, ya que la virgen nunca sangró.

El horóscopo de la niña, minuciosamente observado por los astrólogos del reino, debe armonizar con el del rey.

Una vez comprobado que reúne, entre otros, estos requisitos, la niña debe pasar la peor de las pruebas: es encerrada en un cuarto a oscuras, en el que se exhiben máscaras de demonios, cabezas de bueyes degollados, velas y objetos misteriosos. Si no demuestra miedo, la niña será considerada la Kumari y se trasladará, junto a su familia, al palacio Kumari Bahal, donde vivirá custodiada.

No puede salir sola bajo ningún concepto, y sólo una vez al año abandona su encierro y sale en peregrinación para ser observada por sus fieles devotos.

Cuando la Kumari tiene su primera menstruación, la diosa abandona su cuerpo y debe dejar el palacio porque se habrá convertido en una simple mortal. Es entonces cuando se inicia un nuevo proceso de selección para la búsqueda de la nueva reencarnación de la diosa.

Lo más curioso de esta costumbre es que se unen en torno a ella dos religiones, pues la Kumari es adorada y venerada tan-

to por hinduistas como por budistas, que ven en ella la representación de su diosa.

Todos los devotos consideran que verla te proporciona una buena dosis de suerte.

Llegué al palacio a tiempo, pues aún no había salido al balcón la nueva Kumari. Decenas de espectadores se agolpaban en el patio.

Tras unos minutos de espera, un adulto se asomó a una pequeña ventana de madera. Era el preludio del momento mágico.

Al instante se abrió la ventana de al lado y la diosa mostró su rostro. Tendría unos seis años y se mantuvo unos instantes en la ventana, dirigiendo su mirada hacia la gente. Un aire jubiloso se extendió entre todos los presentes: ¡la diosa viviente nos estaba mirando!

Tras retirarse, alguien dijo en voz baja: «Salgamos deprisa. Verla una vez trae suerte; mirarla dos veces un mismo día trae desgracias».

Nos marchamos apresuradamente sin mirar atrás. Con mi dosis de suerte en la mochila, salté de nuevo a las calles.

Mi siguiente destino: buscar al santo del que me habían hablado.

Pashupatinath: las orillas de la muerte

En un lugar cercano al centro de la ciudad, escondido entre unas escaleras y un puente atestado de tráfico, se encuentra uno

de los lugares más sagrados de Nepal y del hinduismo, conocido como Pashupatinath.

En este lugar, como ocurre en la ciudad santa de Benarés (Varanasi para los hindúes), se encuentra uno cara a cara con la muerte y con la futilidad de su existencia. Llegar hasta allí supone enfrentarse con las creencias propias acerca de la vida y de la muerte; además, es una cita obligada en cualquier viaje a Nepal.

Podía ir caminando desde mi hotel, y así lo hice. Tranquilamente, paseando entre vacas y cientos de niños que salían a esa hora de la escuela, llegué al puente que atraviesa las aguas de uno de los ríos más contaminados que conozco: el Bagmati, un afluente del sagrado Ganges que llega desde el Himalaya y que permite a los humanos comunicarse, directamente, con los dioses que habitan las montañas.

Desde allí, puedes ver el humo y, donde hay humo, hay fuego; en este caso, fuego sagrado.

Un camino te conduce hasta una pequeña caseta en la que hay que pagar la entrada a la zona. Desde allí, se llega en línea recta a la entrada del templo.

Estaba a punto de visitar uno de los lugares sagrados del hinduismo. En el *Rig Veda*, uno de los libros más antiguos de la humanidad, existen crónicas que afirman que ya existía antes del año 400 a.C. Casi tres mil años de antigüedad le dan la categoría que posee como uno de los lugares más sagrados del mundo. Además, allí se puede presenciar un ritual impresionante: la cremación humana.

El templo de Pashupatinath está dedicado a Shiva, el dios creador y destructor al mismo tiempo. En Nepal se le conoce como Bhairab, la manifestación más terrible y cruel del dios.

Existe la tradición milenaria de acercarse todos los días, al amanecer, a realizar las ofrendas. Hasta allí llegan cientos de fieles y *sadhus* que descienden las escalinatas que llevan hasta el río en las aguas contaminadas del Bagmati.

A los peregrinos no les importa que el río esté contaminado, pues no van allí a bañarse, sino a purificar su cuerpo y su alma.

A lo largo de toda la orilla, hay diferentes *gats*, una especie de escalones de piedra que se adentran en las aguas. En ellos, se colocan todos los días las piras funerarias en las que se realiza la cremación de los cadáveres.

Quemarlos allí es todo un privilegio, ya que supone un pasaporte directo del difunto hacia el más allá.

Sólo los hinduistas pueden entrar en el interior del templo de Pashupatinath; los extranjeros lo tenemos prohibido.

Me dirigí a la entrada y vi cómo cientos de fieles realizaban sus rezos. El ambiente estaba lleno de humo y devoción.

Observé la escena hasta que alguien me invitó a apartarme. Le obedecí y fui hasta la orilla del río, al lado de las piras, que en ese momento cumplían su función: enviar directamente al cielo aquellos cadáveres recién llegados.

Me senté en un rincón, cerca de una pira que acababan de preparar, e intenté no molestar.

Vi llegar una comitiva con una camilla cubierta con un paño amarillo en la que portaban el cadáver. El brahmán comenzó los oficios.

Apoyaron la camilla en las escaleras y uno de los familiares se acercó hasta el agua, tomó un poco y se la ofreció al difunto. Destapó su cara, le mojó los labios y dio algunas vueltas a su alrededor musitando algunas oraciones. Después lo volvieron a levantar y lo acercaron a la pira.

Un hombre con la cabeza rapada y el torso desnudo se ocupó de él. Lo subió a la pequeña repisa en la que estaban los troncos, lo colocó sobre ellos y posteriormente lo tapó con pequeños trozos de madera.

Los familiares volvieron a acercarse, lo ungieron con algo parecido a aceite y dieron, también, algunas vueltas a su alrededor.

Después, el encargado de la pira acercó una tea y prendió el fuego. Las llamas crepitaban y el cadáver comenzó a deshacerse. Todo parecía irreal; era un espectáculo atroz para mí, pero para los familiares parecía algo normal, incluso liberador. El finado podría ascender a los cielos con aquel humo que le iba consumiendo.

La escena duró poco más de media hora. Pasado ese tiempo, el encargado del fuego, dando golpes con una vara, intentaba que el cadáver se redujera completamente a cenizas. Cuando todo terminó, tiraron los restos, junto a algunos troncos humeantes, al río.

La ceremonia había finalizado: aquel ser ya volaba libre de ataduras, a la espera de su próxima vida. No había dolor ni sufri-

miento; tan sólo era un paso más en la eterna cadena de las reencarnaciones.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado, ensimismado, observando a los familiares, viendo cómo se reducían los cuerpos a cenizas.

Unos lamentos a mi espalda me devolvieron a la realidad. Llegaba un nuevo cadáver y, junto a él, un niño pequeño. Supuse que era el hijo del fallecido.

A él le tocó recoger el agua del río en un cazo y ponérsela en la boca al cadáver. Después, se echó a llorar y algunos de los acompañantes le cogieron. No había mujeres; ellas estaban detrás, en una especie de cobertizo. No les dejaban estar en primera línea, ya que, según me contaron, eran débiles y podían llorar y gritar, y en la muerte no se debe mostrar tristeza, sino gozo, ya que el finado se librará por fin de todas las ataduras para llegar hasta el nirvana.

La angustia que sentí por aquel niño me hizo retirarme en silencio; además, el humo de la hoguera cercana me estaba llenando de cenizas (supuse que serían del cadáver, que ya estaba casi consumido).

Mientras me alejaba, pude ver a los *sadhús* cerca de las piras. Se reunían en una zona más alta, en medio de unos temples. Llamaban la atención haciendo extrañas posturas de yoga, a la espera de ser fotografiados para recibir sus correspondientes rupias de propina. Destacaban por sus pelos largos y enmarañados.

Si te negabas a darles limosna, sus caras poco amistosas te invitaban a abandonar el lugar.

«¿Y eso es espiritualidad?», me pregunté.

Me alejé de aquellos embaucadores y me dirigí a preguntarle a uno de los brahmanes del templo:

—He oído hablar de un santón que lleva varios años sin comer. ¿Sabría decirme dónde puedo encontrarlo? Creo que le conocen como el sabio de las flores.

Levantando la mano, me indicó unos pequeños templetos alineados que estaban por encima de mí. Caminé hacia ellos, sorteando decenas de *sadhus*, y, al final del recorrido, dentro de una pequeña capilla, lo vi. No podía ser otro. Algo en sus ojos delataba que no era como los demás.

El sabio de las flores

Estaba sentado en la postura del loto y su rostro desprendía serenidad. Tras él, había un ramo de flores. Flores que, según me habían contado, jamás se marchitaban y que, sólo cuando eran cambiadas por algún fiel devoto, se deshacían en el aire convirtiéndose en polvo. Un polvo que era venerado por todos sus fieles seguidores.

Me acerqué, junté las manos en señal de saludo y le dije: «*Namasté*». Él respondió juntando también las manos y, sin decir palabra, me saludó bajando la cabeza. Le pedí permiso para sentarme a su lado y me lo concedió.

Le pregunté por su vida y me contó que había sido profesor en la Universidad de Calcuta. Sus orígenes estaban en

Nepal, por lo que, para cumplir el cuarto paso de la vida de un hinduista, había decidido, después de peregrinar por diferentes ciudades sagradas, recalar en Katmandú y pasar aquí sus últimos días.

Había hecho votos de renuncia total, y prácticamente había dejado de comer alimentos sólidos. Tan sólo tomaba una pequeña porción de pasta de arroz (que le traían algunos de sus seguidores) y agua; a pesar de ello, su aspecto era bastante saludable.

Estaba considerado como un santo (de los de verdad), no como los *sadhús* que pululaban a su alrededor, y se notaba en su semblante, en el brillo de sus ojos, en su cara amable, en su luz. Ya no existía nada que le perturbara, pues estaba en paz consigo mismo. Y se le notaba.

No sé si era su presencia, la extraña luz que le rodeaba o mi necesidad de encontrarme con alguien de verdad en aquel mundo de falsa espiritualidad, pero me sentía a gusto en su presencia.

Estuvimos un largo rato hablando y aproveché para preguntarle sobre mil cosas acerca de la vida.

Casi me había olvidado de mi objetivo, cuando volví a inquirir acerca de nuestros orígenes, sobre los seres que vivieron en este mundo antes que nosotros.

Haciendo una pausa, como buscando en algún rincón de su memoria, me habló de los vímanas.*

* Véase <http://es.wikipedia.org/wiki/V%C3%ADmana>.

—Algunos de los vedas, los escritos indios más antiguos (de antes del siglo VII a.C.), hacen referencia a los vímanas, los carruajes en los que viajaban el sol y otros dioses. En el *Ramayana* (siglo III a.C.), el *Kirata Aryuníia* (siglo VI d.C.), el *Samarangana sutradhara* (siglo XI) y el *Bhágavat Paraná* (siglo XII) se describen diferentes vímanas, como un carro o carroza de los dioses o un mítico automóvil aéreo, unas veces funcionando como un mero asiento o trono fijo y otras moviéndose por sí mismo y cargando a su ocupante a través del aire. Otros muestran al vímana como una casa o palacio, llegando a describir uno de siete pisos de altura.

»Mucho antes de que los hombres fueran hombres, vinieron a la Tierra unos seres que les enseñaron algunos de los fundamentos de la creación. Llegaron de los cielos y, tras varios milenios en nuestro planeta, nos dejaron su sabiduría. Hay testimonio de ello en libros sagrados de todas las culturas. Si buscas bien, hallarás, incluso, restos físicos, pruebas de su paso por la Tierra. Como veo que te interesa el tema, voy a darte más datos: en Asia tenemos restos en algunos templos. En India, concretamente en Nueva Delhi, existe una columna de hierro que no se oxida jamás y que, según dicen, la trajeron ellos. Busca, ellos son la huella que nos falta para entender nuestro origen.

Sentí que mi acompañante, el maestro de Pashupatinath, se estaba cansando y no quise molestarle más. Me acerqué, le besé la mano y le dije: «*Namasté*, mi alma y tu alma son una misma alma», y me retiré.

Él me sonrió, cerró los ojos y, juntando las manos, me despidió dulcemente.

Regresé al hotel recordando algunas de sus palabras: «El vímana es una mítica máquina voladora hindú, descrita en la antigua literatura de la India. Se pueden encontrar referencias sobre este artefacto (incluso de su utilización en momentos de guerra) en textos hindúes antiguos. Podía volar por el aire y llegar a otros planetas. Los vímanas son uno de los restos del paso de los dioses por la Tierra; los hay en diferentes partes del mundo. Busca en Nueva Delhi y verás una extraña columna que ellos trajeron».

13

El Pilar de Asoka. Nueva Delhi. India

En la India hay objetos considerados fuera del tiempo, pruebas de esa tecnología de «otros mundos» que andaba buscando. Los había tenido tan cerca sin ser consciente de ello... Sin la ayuda del santo, quizás, no hubiera dado con ellos.

«Una columna de hierro que no se oxida jamás», esas fueron sus palabras. No me fue difícil encontrarla: era conocida como el Pilar de Asoka.

Me bastó consultar algunas guías de Nueva Delhi para conocer su ubicación exacta. Se encontraba en el templo de Qutub Minar, situado en las ruinas de lo que fue la primera ciudad islámica, a las afueras de la ciudad.

Tomé una *ricksshaw* a la salida de mi hotel y me dirigí hacia la zona. Tras pagar la entrada correspondiente y despistar a los guías que querían acompañarme, me adentré en el recinto.

No había muchos visitantes aquel día, así que pude caminar tranquilo. En medio del jardín se levantaba la Torre de la Vic-

toria, el minarete islámico más alto del mundo, con 72,5 metros de altura, y que empezó a edificarse en el siglo XII. La figura de la Torre de la Victoria se va estrechando a medida que asciende hacia el cielo: en la base tiene un diámetro de 14 m y termina con 2,50 m en la cúspide.

Simboliza el dominio y la pujanza de la religión islámica.

Pero no era esa la torre que me interesaba. Dentro del patio, muy cerca de ella, según informaba la guía, estaba el Pilar de Asoka o el «Iron Pillar». Me bastó un pequeño paseo para llegar junto a él.

La guía añadía que medía casi siete metros de altura y que pesaba seis toneladas, aunque lo más significativo era que no se oxidaba. Había sido construido con un 99 por ciento de hierro de baja calidad. El pilar llama la atención de arqueólogos y metalúrgicos, ya que, a pesar de tener más de 1.600 años de antigüedad, no presenta ningún tipo de corrosión.

Y hay más misterios. En su base tiene una inscripción en sánscrito, del tipo Gupta, que explica que lo mandó construir el rey Chandragupta II, en el año 400 aproximadamente.

Esa misma inscripción señala que el lugar original de la columna se encontraba muy lejos de su actual ubicación. Lo que nos lleva a pensar que el monumento fue utilizado varias veces por diferentes culturas y reyes, hasta dejarlo en su lugar actual.

Y ahí radica la incógnita: ¿quién construyó el Pilar de Asoka? Todo parece indicar que es mucho más antiguo de lo que nos dicen y que su origen se remonta a tiempos desconocidos.

Mientras lo observaba ensimismado, pude averiguar algo más: la profecía del pilar. Algunos estudiosos añaden más misterio a ese enigmático puntal férreo diciendo que se trata de una aguja que se hunde en la tierra para marcar el lugar exacto al que llegaron los dioses y que, en realidad, no tiene siete metros, sino dieciocho, y que el resto está enterrado.

En eso se basa, quizás, la profecía escrita en su base: «MIENTRAS YO ME SOSTENGA, SE MANTENDRÁ EL REINO HINDÚ».

Los guías de la zona ya habían sacado partido al lugar inventándose una tradición particular: se te acercaban para decirte al oído, como si fuera un secreto, que aquel que diera tres veces la vuelta a la columna regresaría a la India.

Cumplí con el ritual, pagué la propina al guía de turno y me dediqué a hacer unas cuantas fotos.

El Pilar de Asoka era una nueva prueba de la existencia de tecnología imposible. Había estado muchas ocasiones junto a él sin ser consciente de su extraordinaria presencia. ¡Cuántas veces nos ocurre! ¡Estamos rodeados de magia y no somos capaces de sentirla!

Muchas de las pruebas de esos «otros mundos» están a nuestro lado y no reparamos en ellas o les damos una interpretación errónea.

Artefactos volantes en la antigua India

Antes de marcharme, la India me reservaba nuevas sorpresas. Cuando estaba a punto de abandonar el recinto del

templo de Qutub Minar, me crucé con un pequeño grupo de turistas españoles. Al escucharles, me paré a su lado para preguntarles qué tal iba su aventura por la India. Siempre es un placer encontrar compatriotas y poder hablar en castellano.

Venían desde el sur de la India y era su último día de viaje.

—¿Quién es vuestro guía? —les pregunté.

—Om Prasad. Viene por ahí atrás, estamos muy contentos con él.

¡No me lo podía creer! Habrá más de mil guías que hablen español y más de veinte millones de personas en una ciudad como Delhi ¡y tenía que ser Om! Mi guía favorito en India. ¡Qué agradable sorpresa!

Esperé a que se adelantara al grupo y, mientras daba la explicación del minarete, me uní a los españoles tratando de pasar desapercibido.

Cuando Om me vio, su cara se iluminó con una sonrisa, dejó su explicación y se abalanzó sobre mí para abrazarme. El grupo nos miraba alucinado.

—No me lo puedo creer, ¿qué haces aquí, Miguel? ¡Hace un rato he hablado al grupo de ti y de tu libro! He disfrutado mucho leyéndolo, es muy interesante lo que cuentas, pero ¿qué haces en la India? Este es el famoso Miguel Blanco del que os acabo de hablar —aclaró al grupo, que no daba crédito a lo que veía.

—Regreso de Nepal; estoy escribiendo un nuevo libro y he venido a ver el pilar de acero. Ya sabes, siempre buscando mis-

terios. Pero no quiero molestaros; sigue con la visita, que yo ya me iba al hotel.

—No, no te vayas, ya estoy terminando; el grupo se va en media hora al aeropuerto, regresan a España hoy mismo. Si tienes un poco de tiempo, me encantaría que nos explicases el misterio de la columna. Quédate con nosotros.

Las casualidades no existen; las cosas ocurren por algún motivo y hay que dejarse llevar por ellas. Acepté encantado, acompañé al grupo y les conté una de mis batallas al pie de la columna. Al poco rato salían de la mezquita rumbo al aeropuerto.

Nos despedimos de ellos y Om y yo nos quedamos solos. Me invitó a comer en un puesto ambulante de comida hindú y me preguntó acerca de lo que estaba investigando.

Le conté mi interés por los objetos extraños, aquellos que no tienen explicación. Y, más concretamente, acerca de los vímanas, esos artefactos voladores de la cultura hindú.

Om es un hombre muy culto, estudió historia y se licenció en el Instituto Cervantes en lengua castellana; además, es un devoto seguidor de su religión. En viajes anteriores me había hablado mucho de las costumbres y tradiciones de su pueblo, pero en esta ocasión mis intereses eran otros y, directamente, le asalté con mi pregunta:

—¿Qué me puedes contar de los vímanas? Me interesa mucho el asunto.

Artefactos voladores de tiempos remotos

No le faltó tiempo, mientras saboreaba la comida, para contarme algunos datos curiosos.

—«Vimana» significa avión en bengalí. Si te interesa el tema, vamos, aquí cerca hay una calle llena de librerías y seguro que encontramos algún texto que hable de ellos.

Me pegué a él para no perderle en aquel barullo de gente y caminamos hasta llegar a una calle algo más tranquila con puestos de libros de todo tipo. Om se acercó a uno de ellos y preguntó algo. El librero le mostró varios ejemplares. Estaban escritos en hindi y, aunque no entendía nada, me fijé en los dibujos que Om me enseñaba: representaban, claramente, los objetos voladores en los que viajaban los dioses y héroes de la tradición hindú.

Om comenzó a explicarme:

—Mira, este es el dios del Sol. Viaja en un carruaje vimana luminoso; a su lado, otras deidades conducen por los cielos carros tirados por animales, generalmente caballos (aunque, en otras ocasiones, como en el caso del dios Pushan, se trata de cabras). En nuestros libros sagrados hay muchas referencias a estos carros voladores. Déjame buscar algunos libros más; me estás haciendo recordar mis tiempos de universidad: teníamos que sabernos, al dedillo, todos estos datos. Pero nunca los había utilizado; no me imaginaba que iba a tener que contárselos a un español como tú.

Le sonreí y continué escuchando mientras me traducía fragmentos de los libros:

—Hay vímanas de diferentes tamaños y formas: unas veces se trata de carrozas; otras, de un simple trono, y, en ocasiones, pueden tener las dimensiones de un palacio de siete pisos de altura. En el *Mahábhharata*, fechado en el siglo VI a.C, dentro del capítulo dedicado al viaje de Arjuna al cielo de Indra, se narra cómo, después de la partida de los protectores del mundo, Arjuna, terror de los enemigos, quería que el carro celeste de Indra llegase hasta él. De repente, junto con Matalis, el brillante carro de luz llegó desterrando del cielo las tinieblas y llenó la Tierra con un gran estruendo como el de un trueno. Era un artefacto mágico procedente del espacio y, realmente, imponente a la vista.

»Arjuna se subió en el carro, resplandeciente como el señor del día, y surcó los cielos en aquel carro celeste parecido al Sol. Al aproximarse a las regiones invisibles para los mortales, vio millares de maravillosos carros celestes. Incluso cuenta que, muchos siglos antes de que se inventaran los telescopios, eran capaces de describir cómo era el espacio exterior.

»En todos estos libros se habla de objetos increíbles; nunca he comprendido por qué no son más conocidos. Mira lo que dice aquí. El libro 24 del *Rig Veda* explica lo siguiente: “Todos, cuando parten de este mundo, llegan, primero, a la Luna, que es el portal de acceso al reino celeste. Quien sepa responder a sus preguntas, está libre para proseguir viaje”. En el capítulo llamado Adhyaya se dice: “Venerado sea Vayu, señor del espacio cósmico. Prepara una morada para mí, que soy el señor del sacrificio. Abre el portal del espacio celeste, del espacio cósmi-

co, para que podamos contemplarlo a fin de obtener el dominio del cielo, que es hacia donde queremos ir”. En el *Ramayana*, el gran poema épico hindú del siglo III a.C., se encuentran también alusiones a carros voladores en las que se describe su funcionamiento y el combustible que impulsaba a estos vímanas con forma de esfera. Dice que “levantaban un fuerte viento y su vuelo podía variar, como el de los actuales helicópteros, elevándose o descendiendo y yendo hacia adelante o hacia atrás. La nave disponía de cuatro depósitos de mercurio y, cuando eran calentados por medio de un fuego controlado, el aparato volador desarrollaba una enorme potencia que producía un sonido similar a un trueno o al rugido de un enorme león y que recuerda, enormemente, al que hacen los actuales aviones a reacción al romper la barrera del sonido”.

»¿No te parece curioso lo que contaban mis antepasados? Hablan, claramente, de una tecnología muy parecida a la que tenemos ahora para volar. Pero no es el único libro que trata de estos misteriosos artefactos voladores. En la obra de Paramara Bhoja, a lo largo de más de doscientas páginas, se explica cómo construir y hacer volar esas avanzadas naves y se describen los cuarenta y nueve tipos de “fuego propulsivo” usado en los vehículos sin alas. Relata que “por medio de los vímanas los hombres pueden ascender a los cielos y los seres del cielo pueden descender a la Tierra”. Unas líneas después aclara que “una sola persona puede viajar muy alto de manera maravillosa y que es factible construir uno tan grande como el Templo de la Divinidad, con una potencia equivalente al rayo”. Posteriormente,

hace constar que “el secreto de la fabricación de los vímanas no puede ser desvelado para impedir que alguien pueda fabricarlo con fines malévolos”.

»También el *Libro de Krishna* se refiere a los vímanas al decir que: “Estos objetos eran capaces de moverse sobre y bajo el agua. Podían volar tan alto y tan rápido que resultaba imposible verlos. Aunque estuviese oscuro, el tripulante podía conducirlo en la oscuridad”. ¿Verdad que parece que se están refiriendo a inventos de la actualidad?

Le escuchaba absorto. Conocía algunos datos de esos artefactos voladores, pero la explicación de Om era apabullante.

—Hay mucho más: cientos de años antes de que se inventaran el radar, la televisión, el piloto automático o los micrófonos, otros capítulos de nuestros libros sagrados se refieren a “secretos” contra las aeronaves contrarias como el de “escuchar ruidos y conversaciones en aparatos enemigos en vuelo”, el de “fijar imágenes del interior” de dichos aparatos, “determinar su ruta”, “dejar sin sentido a los tripulantes de aeronaves hostiles o cómo destruirlas en el aire”. ¿Qué te parece, Miguel?

»El *Ramayana* se refiere también a su decisiva participación en las guerras libradas por los dioses. Y así, en una de ellas, se narra cómo “Vibhishana con sus ministros, llenos de alegría, montaron en el gran carro *pushpaka*. Cuando todos estuvieron embarcados, Rama ordenó al vehículo que partiese y el incomparable carro de Kuvera se elevó hacia el mismo seno de los cielos. El carro volaba como una gran nube empujada por los vientos”.

»Estremecedora es, por ejemplo, la descripción hecha en el *Mahābhārata* sobre la guerra mantenida entre los Kaurava y los Paudava y las armas que portaban los objetos voladores, entre ellas el “rayo terrible” o “arma de Brahma”, de la que se dice que era “un arma fatal como la vara de la muerte”. Esto siempre me sorprendió cuando lo estudiaba en la carrera, pues parece que esté hablando de un arma atómica.

Armas atómicas en la antigua India

—La vara de la muerte medía tres codos y seis pies. Dotada de la fuerza del trueno de Indra, la de los mil ojos, destruía toda criatura viva. Y en otros capítulos de la misma obra se asegura que era como si el fulgor de mil soles estallara, de repente, en el cielo. Era un solo proyectil cargado con toda la fuerza del Universo. Una columna incandescente de humo y llamas brillantes. Era un arma desconocida, un relámpago de hierro, un gigantesco mensajero de muerte, que redujo a cenizas a toda la raza de los Vrishnis y los Andhakas. Los cadáveres quedaron tan quemados que no se podían reconocer. Se les cayeron el pelo y las uñas: los utensilios se rompieron, y los pájaros se volvieron blancos. Al cabo de pocas horas, todos los alimentos estaban infectados. Para escapar de ese fuego, los soldados se arrojaron a los ríos.

»Después de la explosión, las huestes enemigas quedaron rodeadas por una densa negrura; soplaban vientos terribles y

las nubes se elevaban, rojas como la sangre. Los elementos mostraban su confusión: el Sol giraba y el mundo, achicharrado por el calor, parecía preso de la fiebre. Los elefantes huían despavoridos buscando refugio, las criaturas acuáticas se abrasaban y los enemigos caían como árboles derribados por un voraz incendio. Corceles y carros eran destruidos por millares. ¿No te parece que se está describiendo el poder de un arma atómica?

»Hay quien dice que la ciudad de Mohenjo Daro, en Rajastán, podría ser la prueba palpable de que esa batalla existió en realidad; ocurrió hace casi doce mil años y parece que no se trata de una leyenda sin fundamento. Las ruinas de la ciudad fueron estudiadas en 1960 por técnicos y especialistas de la NASA, que certificaron que todos los edificios, en un área de más de un kilómetro de diámetro, habían sido destruidos por completo, y constataron, por medio de contadores Geiger, que la alta radiación existente en esa zona del valle del Indo supera en cincuenta veces la normal. Además, los esqueletos encontrados en los estratos inferiores de las excavaciones evidenciaban una muerte súbita para toda la población y poseían aún altísimos niveles de radiación.

»Años después, tras la explosión de la central nuclear de Chernobil, se compararon aquellos datos con los de esta zona y se encontraron grandes similitudes. Robert Oppenheimer, uno de los padres de la bomba atómica, dijo, refiriéndose a la destrucción de Hiroshima y Nagasaki en los estertores de la Segunda Guerra Mundial, que “esta ha sido la primera explo-

sión atómica ocurrida en los tiempos modernos”. La anterior sucedió hace miles de años en el valle del Indo.

Era increíble todo lo que me contaba. Y no eran meras leyendas, sino historia, una historia olvidada que estaba escrita en libros.

Cientos de datos que hablaban de guerras estelares, de carros de fuego, de vímanas voladores y de una extraña arma parecida a la bomba atómica.

Om debió de notar mi cara de sorpresa.

—Hay mucho más; si excavamos un poco en la literatura sagrada, te puedes asombrar de todo lo que se encuentra escrito; no parece que estén hablando del pasado, sino de la actualidad. Yo no sé cómo interpretarlo, pero ahí están las pruebas impresas en los libros, y la ciudad de Mohenjo Daro es la demostración de que todo eso sucedió en el pasado. ¿No has estado nunca allí? Iremos en tu próximo viaje.

Se estaba haciendo de noche, y yo regresaba al día siguiente a Europa. Agradecido, me despedí de Om, quien me abrazó lleno de cariño. Le correspondí.

De nuevo «la casualidad» me había ayudado a conocer más detalles de esos otros mundos que andaba buscando.

Volví al hotel y preparé mi siguiente etapa del viaje. Aún había mucho por descubrir.

14

El cráneo de las estrellas. El Star Child

Cuando regresé a casa, me sentía un poco cansado de dar tantos tumbos por el mundo. Eran viajes que me acercaban a pruebas de lo que estaba buscando, pero no me habían proporcionado la demostración definitiva. Falta algo que me diera la seguridad completa del paso de los dioses por este planeta, de sus huellas.

En Madrid me olvidé enseguida de mis preocupaciones «estelares» y me centré en mi trabajo. Me asombró la noticia de una de las visitas que esperábamos para una nueva emisión.

Se trataba de la reliquia más importante de la humanidad. Aquello me intrigó y me preparé para la entrevista.

La reliquia más importante de la humanidad

Nuestro invitado era Lloyd Pye, un investigador que decía tener las pruebas de la reliquia más importante de la humani-

dad, algo que él llamaba el Star Child (niño de las estrellas): un cráneo mitad humano, mitad alienígena.

Era la primera vez que asistía a un programa en España para mostrar sus hallazgos. Me llamó mucho la atención, pues quizás pudiera darme alguna prueba de lo que andaba buscando.

Nos citamos en la emisora y, antes de empezar el programa, me enseñó fotos del cráneo y me contó la historia del hallazgo:

—El cráneo fue encontrado por una joven de quince años en una cueva cercana al Cañón de Cobre, en el norte de México. La muchacha exploraba una mina cercana al pueblo de Chihuahua cuando encontró dos esqueletos. Esto ocurrió hace unos ochenta años. El primer esqueleto pertenecía a una mujer de entre veinte y treinta años de edad, y el segundo era un cuerpo más pequeño y deformado, con una cabeza inusualmente grande, como si fuera un niño. Sorprendida por el hallazgo, la joven ocultó los restos bajo las raíces de un árbol, pero cuando volvió a buscarlos dos días después, descubrió que las fuertes lluvias los habían desenterrado. Sólo pudo recuperar los cráneos y un trozo del maxilar superior perteneciente al más pequeño. En esa ocasión se llevó los huesos con ella.

»Años después se los entregó a un matrimonio amigo muy interesado en el mundo de los Ovnis. La pareja inició los estudios, pero, al verse desbordados por lo que iban encontrando, me los dieron a mí para que los estudiara más profundamente. Desde entonces están conmigo y son muchos los estudios que prueban que son auténticos. Estamos ante uno de los descubri-

mientos claves de la historia de la humanidad. Uno ellos, al que he llamado Star Child, prueba que los terrestres han tenido contacto con seres alienígenas.

Lloyd Pye es un tipo afable, tranquilo, convencido de lo que cuenta. Y dice tener pruebas de ello.

Le pedí que me diera más datos.

El cráneo del niño de las estrellas

—¿Quieres ver el cráneo? —me dijo.

No pensé que lo llevaría encima, pues había pasado por los controles de seguridad de la emisora y nadie había visto que portara unos extraños huesos. No acertaba a comprender.

De pronto, sacó dos paquetes de una bolsa de deporte que llevaba consigo. Del primero extrajo un cráneo humano que depositó en la mesa. Del segundo, un cráneo deforme, como los que salen en las películas de extraterrestres o en *Expediente X*. Ante mi cara de sorpresa, sonrió y lo dejó al lado del otro.

—Aquí lo tienes —dijo.

No sabía qué hacer.

—¿Lo puedo tocar?

—Claro, no muerde; si ha aguantado todos estos años, no le va a pasar nada porque tú le toques.

Con sumo respeto, acerqué mi mano y lo acaricié suavemente, con miedo. Lloyd lo tomó entre sus manos y me lo pasó.

—No tengas miedo, fíjate cómo pesa y lo duro que es el hueso, a diferencia del otro cráneo humano.

Lo tomé como si cogiese a un recién nacido; efectivamente, noté que era pesado; al tocar el hueso, lo noté duro, rígido.

—Fíjate en las cuencas de los ojos, mira qué juntas.

Me parecía tan increíble que sólo acerté a preguntar:

—¿Es auténtico?

Lloyd sonrió y comenzó a darme datos técnicos.

—Hemos realizado todo tipo de pruebas durante los últimos diez años y consultado a multitud de expertos. Le han hecho pruebas de tomografía computerizada, rayos X, microscopio de barrido electrónico... Lo hemos intentado todo para averiguar de qué se trata. Todos los expertos han coincidido en que esta calavera no es normal: la deformidad del cráneo no coincide con ninguna patología deformante conocida por la medicina, como la hidrocefalia o el síndrome de Crouzon (en el que el líquido presiona sobre las paredes craneales inflamando la cavidad de una forma característica).

»Si te das cuenta —me dijo tomando en sus manos el cráneo para dejármelo un instante después—, su hueso es más delgado y a la vez más duro de lo que debería ser. La composición es más parecida a la de los dientes que a la de los huesos normales.

»Si observas sus ojos, las órbitas son completamente diferentes de las cuencas de los ojos de los seres humanos. Son muy superficiales, lo que, según los expertos, limitaría el movimiento de los ojos. Y hay más detalles: no tiene ningún rastro de los

senos frontales, cuando todos los seres humanos tienen, al menos, vestigios de ellos. Y aquí arriba, en el entrecejo, no tiene el arco superciliar que se encuentra en todos los primates superiores. Aquí atrás, cerca de donde deberían estar las orejas, se nota que su oído interno es, por lo menos, dos veces mayor que el tamaño normal del humano.

»Y si le miras aquí, en la boca —me dijo señalando en la parte de abajo del cráneo—, su maxilar tiene muchos dientes que van hacia abajo, lo que no existe en los seres humanos. Esto también es muy interesante: el *foramen magnum*, la abertura por la cual desciende la médula, se desplaza hacia el centro del cráneo en lugar de hacia atrás, lo que cambiaría el punto de equilibrio de la cabeza.

En un momento me dio una lección de patología y osamenta extraterrestre que no acertaba a comprender.

Ante mi cara de estupor, añadió:

—Todos los científicos que lo han estudiado descartan que se trate de una deformación forzada, como la que se practica en muchas culturas indígenas; además, la calavera carece de algunos puntos de coincidencia con los cráneos típicos; por ejemplo, no tiene la habitual protuberancia occipital externa, un punto de inserción de los músculos del cuello que se encuentra en todos los primates de la Tierra. ¿Quieres más pruebas?

No supe qué decir. Era asombroso.

—Pero, si es la prueba definitiva, ¿por qué no ha sido dada a conocer? *National Geographic*, *Nature* o algunos canales de divulgación pagarían una millonada por una prueba así.

—En este mundo hay sectores a los que no les interesa averiguar la verdad. Pero la cosa está cambiando; que estemos aquí en tu programa, en la radio nacional española, es un síntoma de que estas cosas han de llegar al gran público. Además, pensamos seguir con las investigaciones hasta encontrar la prueba irrefutable. Ahora estamos tratando de analizar el ADN. Lo que te puedo adelantar es que los estudios que se han realizado hasta la fecha demuestran que es el ADN más raro jamás encontrado.

»Hace unos meses, un genetista muy prestigioso de una universidad que no voy a divulgar por el momento me confirmó que tanto el ADN paterno como el materno podrían pertenecer a una raza alienígena, y que el ADN mitocondrial normal detectado pertenecería a una madre humana que sólo realizó la función de “donar” un óvulo desnucleado, sin aportar ADN cromosómico, una técnica que se realiza en laboratorios de varios países del mundo.

»De todas formas, estamos a la espera de los últimos estudios para corroborar que se trata de un auténtico cráneo alienígena. Y te digo más: existe una leyenda entre los indígenas del lugar en el que fue realizado el hallazgo según la cual unos seres procedentes de las estrellas descendían a la Tierra, cada cierto tiempo, para dejar embarazadas a las mujeres que vivían en las aldeas aisladas.

»Cuando las mujeres daban a luz, aquellos seres volvían para reclamar a sus engendros y llevárselos de regreso al espacio.

»Sé que es difícil de creer, pero pronto tendremos todas las pruebas en la mano para demostrar que es real; en eso he empeñado mi vida y todo mi patrimonio. Estoy seguro de que, en breve, se admitirá que hace novecientos años una raza extraterrestre visitó nuestro planeta y realizó cruces genéticos con nativas humanas. Esto hace pensar que uno de aquellos seres cruzados con esos visitantes del espacio se quedó aquí en la Tierra. Quizás, la madre, al sentir que le iban a quitar a su hijo, huyó a una cueva para refugiarse de la nueva visita de los “padres cósmicos”.

»Allí murió, quedando los restos de su cadáver y los de su niño. Así parece demostrarlo la posición en la que fueron encontrados los cadáveres, pues el esqueleto mayor abrazaba al más pequeño en una actitud de protección.

»Los restos quedaron en aquella cueva, en las montañas del viejo México, legando una osamenta fundamental para la reconstrucción de nuestro pasado como especie. La autenticidad del origen del Star Child implicará reescribir la historia de la humanidad por completo. Y tú vas a ser uno de los testigos, ya verás.

No tuve más palabras.

Le entregué el cráneo, después de acariciarlo de nuevo como si realmente fuera la reliquia más importante de la humanidad, y pasamos al estudio a realizar el programa.

No sé si sería cierto todo lo que nos contó, pero lo que es real es que Lloyd Pye creía en ello con todas sus fuerzas, y así nos lo transmitió a todos.

De ser cierto lo que creía y decía, ahí estaba la prueba del contacto entre los extraterrestres y los humanos. Un hecho que podría cambiar la historia conocida.

El Star Child era la prueba de ello.

Con seguridad, volveríamos a escuchar hablar de aquel misterioso cráneo.*

* Fuente: <http://encontrarte.aporrea.org/creadores/warime/1/a25.html>. Para obtener más datos, se puede descargar la emisión 190 del programa *Espacio en Blanco* del 27 de junio de 2010: <http://www.espacioenblanco.es/emi1-10.asp>.

15

México. Guatemala. Belize. Las calaveras de cristal

Después de la visita de Lloyd Pye y de su enigmático cráneo del niño de las estrellas, me quedé intrigado con el tema. Me hizo recordar otra de mis obsesiones: las calaveras de cristal.

El tema de esos extraños cráneos de cristal me ha fascinado desde que oí hablar de ellos. Durante un tiempo me dediqué a buscar sus restos, pero no hallé muchos, sólo cinco o seis, pues los demás aún permanecían ocultos a los ojos humanos.

Se trata de objetos misteriosos que, según las leyendas, estaban dotados de poderes mágicos y cuyo origen está en el mundo maya.

Según la tradición de pueblos como los mayas o los toltecas, son restos de otra humanidad que estuvo en la Tierra. La leyenda, transmitida de generación en generación, decía que existían trece cráneos tallados en cuarzo y añadía que, cuando todos salieran a la luz, transmitirían a los seres humanos una serie de conocimientos olvidados.

La misma leyenda explica también que esos trece cráneos se corresponden con los trece mundos en los que habitaba el ser humano, y que el último es la Tierra; por eso, las calaveras se encuentran en nuestro planeta a la espera de ser descubiertas para volver a unir su poder y manifestarse.

Recordé las palabras de mi embajador en el mundo maya, «el Gorila», quien, en las pirámides de Teotihuacán, me advirtió: «Cuenta una leyenda que en el mundo existen trece calaveras de cristal de tamaño natural; cuando todas sean descubiertas, será el momento de transmitir a los hombres todo el antiguo conocimiento de mi pueblo: los mayas. Y ese momento no está muy lejano».

Habían pasado algunos años desde que el Gorila compartiera conmigo esa sentencia profética, por lo que el tema de las calaveras había caído en el olvido. Pero una serie de sucesos, lo había vuelto a sacar a la luz.

Un colega investigador me enviaba desde el otro lado del mundo una extraña noticia. Los datos decían que una arqueóloga holandesa, Joky Van Dieten, había descubierto cráneos similares a los de las calaveras de cristal mayas en Shi Thing Er, al suroeste de Mongolia, y en Ucrania.

Siempre había creído que esos cráneos sólo se encontraban en la zona de la cultura maya: en Guatemala, Belice o México. Por eso, la noticia me sorprendió y desencadenó un alud de nuevos datos. Empecé a recopilarlos y, entre ellos, uno me sorprendió enormemente; decía así: «Antes de que se vuelvan a reunir las trece calaveras del destino, la humanidad será testigo

de extraños pulsos de luz en algunos de los monumentos mayas». ¡Sonaba tan intrigante!

El asunto me alarmó tanto que me puse en contacto con algunos expertos para tratar de armar el rompecabezas.

No hizo falta esperar mucho. Javier Sierra me mandó un correo instándome a que le echase un vistazo. Me decía: «Miguel, mira la foto. Seguro que te interesará, y, de ser cierto, puede que estemos ante una clave de lo que andas buscando».

Era tan sorprendente que decidí ponerme en contacto con mi amigo Jaime Mausant, de México. Su equipo se había encargado de investigar el extraño suceso.*

Se trataba de una foto extraña, tomada por un grupo de visitantes con un teléfono móvil. Mostraba un enigmático pulso de luz que salía desde el mismo centro de la pirámide de Kukulcán en Chichen Itza. ¡Era alucinante!

Después de verla, admirarla y sentirme emocionado, dejé que fueran Jaime Mausant y su equipo quienes me aclarasen más el asunto.

Sus conclusiones eran reveladoras. La fotografía era auténtica y el inexplicable suceso abría las puertas a un nuevo tiempo de revelaciones.

Y me confesaba:

—Están pasando cosas muy extrañas, Miguel; muchos expertos dicen que ese pulso de luz ha sido el primero en manifestarse, pero habrá muchos otros; tienen que ver con el misterio

* Véase http://www.youtube.com/watch?v=hXVG4rW9H9Y&feature=player_embedded.

de las calaveras de cristal. Hay una organización que se está encargando de reunir las, y nosotros ya nos hemos puesto a investigar. Te iré informando de lo que saquemos en claro del asunto.

Ahí quedó la cosa.

Había estado en esa pirámide hacía unas semanas, en mi último viaje a México; allí estuve hablando con arqueólogos y con los responsables de la zona arqueológica y nadie me dijo nada; el fenómeno comenzó a manifestarse posteriormente. ¿Estarían activándose las calaveras de cristal?

Me dediqué a tratar de conocer algo más de su curiosa historia.

El misterio de las calaveras de cristal

Un amigo entrañable, Jaime Barrientos, periodista e investigador de los de raza, de esos que ya no quedan, me ayudó en mi labor.

—¿Qué sabes sobre las calaveras de cristal? —le pregunté.

Jaime, de verbo fluido, no necesitó más para desencadenar un torrente de datos:

—Las hay de todos los tipos, facturas y formas, y están desperdigadas por todo el mundo. Llevo mucho tiempo recopilando información sobre ellas. Aunque circulan unas cuantas por diferentes museos y colecciones particulares, por el momento sólo nueve de ellas se consideran auténticas, y yo, por mi parte,

reduzco la cifra, ya que al menos uno de los cráneos podría no ser más que una leyenda urbana. Me refiero a la calavera «de los Jesuitas», descubierta, supuestamente, en 1534.

»Se supone que el propio fundador de la Compañía de Jesús, Ignacio de Loyola, la tuvo en su poder, y se dice de ella que posee la particularidad de atraer aves de todo tipo. Sin embargo, nadie sabe nada más del asunto, hasta el punto de que no hay constancia de que haya pasado por ningún museo o colección particular, ni en ningún documento de esta congregación religiosa se hace referencia a su existencia. Me extrañó tanto su historia que me puse al habla con el mayor experto mundial en el santo de Loyola, Adolfo Chércoles Medina. “No creo que la extraña calavera cayera en manos del fundador de la Compañía ni que haya una leyenda sobre ella”, me comentó. Así que por ahí hay poco que investigar; sin embargo, tengo datos de otras calaveras extrañas. Si tienes un poco de tiempo, te voy contando.

Tenía tiempo y todo el interés del mundo. Así que me dispuse a escuchar.

La calavera del destino

—Sobre las calaveras de cristal existen muchos mitos. Muchas son tan sólo leyendas urbanas con poca credibilidad. De la que sí hay abundante información es de la Skull of Doom, conocida también como la Calavera del Destino. Halla-

da en 1927 por Frederick Albert Mitchell-Hedges, en Belice, mientras trabajaba en el desenterramiento de un complejo arquitectónico que bautizó con el nombre de Lubaantún: la Ciudad de las Piedras Caídas. El descubrimiento arqueológico incluía una gran plaza de piedra, varias pirámides, antiguas viviendas y unas cámaras subterráneas. Convencido de que aquella ciudad había pertenecido a la legendaria Atlántida, Mitchell-Hedges continuaría con las excavaciones durante siete años más.

»Coincidiendo con el decimoséptimo cumpleaños de Anna, su hija adoptiva, se produjo el gran descubrimiento. Ella misma recordaría cómo ocurrió: “Durante días estuvimos viendo algo entre las piedras y no descansamos hasta hacer accesible aquel lugar. Fui yo quien lo rescató, porque mis manos eran más pequeñas que las de los demás”.

»La pieza es sumamente extraña y representa una cabeza femenina anatómicamente perfecta. Está formada por dos bloques (el cráneo y la mandíbula) de una misma pieza de cristal de roca; la joya mide 20 centímetros de largo por 13 de ancho y 15 de alto y pesa unos 5 kilos. Está tallada en contra del eje natural del cristal, cosa que nunca haría un escultor (ni utilizando tecnología láser) porque provocaría la rotura de la pieza. En su estudio no se halló evidencia de que se hubieran utilizado herramientas metálicas ni de ningún otro tipo.

»Realizado en cristal de cuarzo natural, sumamente puro, de dióxido de silicio “piezoeléctrico”, este cráneo alcanza una dureza en la escala de Mohs de siete sobre un máximo de diez,

lo que significa que sólo pudo ser cortado y pulido con esa precisión mediante el empleo de herramientas construidas a partir de materiales muy duros, como el corindón (rubí) o el diamante, o bien mediante fundición del mineral y utilizando un molde, cosa impensable hace 3.600 años (que es la fecha de datación de la pieza), aunque resulta imposible ofrecer mayor exactitud dado que el cristal no envejece. Con la tecnología actual, haría falta un año de trabajo para conseguir ese aspecto exterior, pero si se habla de fabricación manual, erosionando un cristal de cuarzo de esas dimensiones con arena, se hubieran necesitado entre 150 y 300 años de una labor continua.

»La argumentación racional asegura que una de las distracciones de los reyes mayas consistía en tallar piezas de jade o cristal y que sucesivas generaciones de monarcas pudieron confeccionar esta pieza. Uno de los técnicos cristalógrafos de la compañía Hewlett-Packard, que se interesó por el asunto, nos da más datos acerca del misterio: “Sólo gracias a la tecnología desarrollada en los últimos diez años sería posible duplicarla, pero llevaría diez años de trabajo, costaría más de trescientos mil dólares y no alcanzaría la perfección de la original”. ¿No te parece intrigante?

»Otra teoría, mucho más alucinante, sostiene que pudo ser tallada con tal perfección porque los indios utilizaban los jugos de una extraña planta para reblandecer la piedra y que ese fue el sistema que utilizaron para modelar la calavera. El arqueólogo norteamericano A. H. Perry defiende, firmemente, que todas

las grandes culturas indoamericanas conocían el secreto de esta planta.

Le dije que detuviera su explicación:

—¿Cómo, cómo? ¿Reblandiendo la piedra? ¿Igual que, se supone, hacían los egipcios en sus trabajos? No me lo puedo creer.

—Espera, espera, que aún hay más —añadió—. El escritor de divulgación científica Richard Gardin, en su libro dedicado al hallazgo, asegura que la pieza es una obra maestra de escultura realista y que es casi increíble que haya sido creada sin la ayuda de herramientas modernas de precisión, y nos da algunos ejemplos: “Los arcos de huesos que se extienden a lo largo de la frente están diseñados, en la calavera de cristal, de tal forma que actúan como tubos de luz para canalizar rayos lumínicos desde la base del cráneo hasta las cuencas de los ojos; allí terminan en lentes cóncavos en miniatura que enfocan el rayo de luz hacia la parte posterior de los orificios, utilizando principios sorprendentes similares a los de la óptica moderna. Algo más incomprensible y misterioso, aún, son los prismas y lentes de dentro del cristal, que recogen rayos de luz y los transmiten, directamente, a los arcos ciliares”.*

»¿Sabes lo que eso significa, Miguel? —me preguntó Jaime—. Si a la calavera se le coloca una fuente de luz por debajo, el efecto es aterrador y sorprendente. ¡Toda la calavera se ilumina con un brillo fantasmal! Además, toda la pieza se podía

* Fuente: <http://www.antiguosastronautas.com/articulos/Zerpa02.html>.

mover girando la mandíbula de un lado a otro. ¿Te imaginas? Los ojos brillarían con luces fantasmagóricas, la mandíbula se abriría y cerraría como si estuviera hablando y la cabeza se movería afirmativa o negativamente al menor golpe de aire. Se convertiría así en una especie de oráculo mágico. ¿Te imaginas el efecto que haría en los asistentes a las ceremonias la dichosa calavera? Se morirían del susto, ¿no crees?

Era sorprendente todo lo que me contaba, pero había más... Jaime no dejaba de darme datos.

—Por su parte, el también escritor Anton Sandor Laboit afirma que «sólo existen dos alternativas ante este increíble hallazgo: o es una patraña monumental, o en verdad nos encontramos ante algo que sacude la imaginación por sus trascendentes implicaciones». Su conclusión final fue que la calavera de cristal fue tallada o labrada por seres muy superiores a cualquier morador de este planeta.

»Pero hay más. El restaurador de arte Frank Dorland, que la tuvo en su poder un tiempo, asegura que la calavera posee propiedades inexplicables y que, encontrándose con otras personas en su casa, la colocó sobre una mesa auxiliar en el recibidor para que la vieran los visitantes. La iluminación era normal. Repentinamente, comenzó a escucharse un sonido tintineante, como de campanillas lejanas, y, después, una especie de aura lumínica tomó forma alrededor de la calavera. Era algo parecido al halo que tiene la Luna a su alrededor. Pasada la sorpresa inicial, Dorland apagó las luces a fin de observar mejor el fenómeno. El halo permaneció con la misma inten-

sidad durante unos seis minutos y, después, se desvaneció por completo.

»Algo increíble, ¿no crees? Hay muchos misterios en torno a esta calavera, tantos que su existencia me obsesiona desde hace años. Y he encontrado muchas más cosas. Sigo contándote. Según el relato de Anna Mitchell-Hedges, después de su descubrimiento se sucedieron varios fenómenos sobrenaturales. Anna relata que los más de trescientos nativos mayas que trabajaban en la excavación la reconocieron al instante como representación del dios de sus antepasados y, tras arrodillarse y besar el suelo, oraron ante ella durante una semana. De acuerdo con algunas leyendas, los grandes sacerdotes mayas la utilizaban en la celebración de ritos esotéricos y, cuando invocaban a la muerte en su presencia, siempre acudía. También se dice que los chamanes, antes de dejar este mundo, traspasaban sus conocimientos al brujo sucesor mediante una ceremonia en la que la calavera tenía un papel fundamental. “La calavera ha sido utilizada varias veces para curar y espero que algún día esté en alguna institución donde la usen matemáticos, meteorólogos, cirujanos...”, escribió en 1983 Anna Mitchell-Hedges, su descubridora. La calavera tenía el poder de sanar, matar o transmitir información.

»Sin duda, la Calavera del Destino es la más famosa y de la que más datos se tienen, pero no es la única. Desde la publicación de las memorias de Mitchell-Hedges, en 1954, surgieron gran cantidad de leyendas fantásticas en torno a los cráneos de cuarzo. Se habla, incluso, de extraños grupos de poderosos que

están tratando de reunir el mayor número posible de estas reliquias para despertar su poder. Incluso hay quien dice que son “ellos” los que tratan de crear una cortina de humo para que no se descubra nada acerca de su significado.

»Miguel, ¿por qué sabemos tan poco sobre ellas? ¿No te lo has preguntado nunca? Alguien no quiere que sepamos la verdad sobre estos extraños objetos. No sé, me da muy mala espina. Llevo meses recopilando datos sobre las calaveras y hay algo que no me huele bien. ¿Por qué te interesan tanto a ti?

—No sé, Jaime, al igual que tú, siento que tras ellas hay un misterio que tiene que ver con nuestro futuro próximo. Cuando escribí el libro sobre los mayas, ya me llamaron la atención; incluso comenté algo sobre ellas. Pero mi interés ha aumentado desde entonces; necesito saber más. Mis colegas de México dicen que algunas de ellas han despertado, como si hubieran estado mudas durante siglos y, de repente, hubieran comenzado a activarse. Según las noticias, lo notaríamos en pulsos de luz que se iban a manifestar en distintos monumentos sagrados del planeta, como si se tratara de puertas galácticas que se deben abrir.

»Ya ha ocurrido el primero en la pirámide de Kukulcán y, seguramente, en la Gran Pirámide de Egipto. Este año la he notado muy activa, llena de energía luminosa. Algo está ocurriendo en el mundo y estas calaveras son una llave de todo ello. Voy a seguir mirando qué encuentro por ahí, a ver si aclaramos algo más. Gracias por tus conocimientos.

—Espera, aún tengo más datos que pueden servirte. Según el trabajo de Cristina Sáez para la revista *Historia y Vida*, las cala-

veras no aparecieron todas a la vez, sino en tres tandas. Las primeras lo hicieron en la segunda mitad del siglo XIX y eran muy pequeñas, de apenas tres o cuatro centímetros de altura. La segunda generación de estos objetos misteriosos apareció en 1881. Eran mucho mayores que los primeros, de tamaño similar a un cráneo humano, de unos 15 cm de altura, y la tercera generación apareció ya en el siglo XX, poco antes de 1934. Algunas han pasado a manos de coleccionistas privados, a otras se les ha perdido la pista y unas pocas han ido a parar a museos. Si buscas por ahí, seguro que encontrarás más pistas.

Volví a darle las gracias y seguí con mi obsesión sobre las calaveras. Recordé lo que había escrito en mi anterior libro y desempolvé algunos datos sobre las calaveras conocidas.

Aparte de la Calavera del Destino, existían otras:

- **MAYÁN:** una pieza tallada en cuarzo. Tiene 20,48 cm de largo, 12,54 cm de ancho, 10,79 cm de alto y pesa 3.950 g. Perteneció a un supuesto «monje maya». Dicen que fue descubierta en San Augustine, Aczahuanthan, en el departamento de Zacapa, Guatemala, en 1912, por un tal Héctor Montano. La leyenda cuenta que fue usada por sacerdotes mayas.

Esculpida en contra del eje del cristal, recibe este nombre porque se pueden ver imágenes holográficas de escenas mayas en su interior.

- **ET:** se trata de una pieza de cuarzo ahumado. Se caracteriza por la forma puntiaguda del cráneo y por tener la mandíbula muy pronunciada. Tiene cierto aire no humano que

podría recordar a la imagen que, se supone, tienen los alienígenas.

Fue descubierta en 1906 en Guatemala; en la actualidad pertenece a la coleccionista Joke Van Dieten, quien, al parecer, se la compró a un marchante de arte de Los Ángeles en 1991. Fue mostrada, por primera vez, en la Feria de Objetos Misteriosos de Viena en el año 2001. Su propietaria, que viaja con ella invitando a líderes de todo el mundo a realizar meditaciones a favor de la paz, asegura que la pieza posee poderes curativos, demostrados en la curación de un tumor cerebral que ella misma padeció, suceso que relata en su libro *Mensajeros de la antigua sabiduría*.

- LA CALAVERA DE PARÍS: es muy similar a las otras dos, pero de dimensiones menores. Está tallada en cuarzo y pertenece al Musée de L'Homme de la capital francesa. Los expertos del museo afirman que formó parte de un «cetro mágico» azteca del siglo XIII o XIV d.C., y representa a Mictlantcuhtli, el dios de la muerte. Fue usada para alejar a las serpientes y prever el futuro.

Tiene un agujero que la atraviesa de arriba abajo (supuestamente hecho por un grupo cristiano para colocar en ella una cruz) y el estilo, la forma y el corte son similares a los de otras calaveras descubiertas en diversas ruinas de México.*

* Véase mi libro 2012. *Mayas: los señores del tiempo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009, cap. 16, pp. 165-166.

Aquella noche me fui a dormir con la cabeza repleta de información.

A la mañana siguiente, algo más despejado, traté de poner en orden aquel tumulto de informaciones. Recordé cómo, en mis viajes por el mundo maya, me había acercado a los lugares en los que la leyenda situaba otras calaveras. Estuve buscándolas en algunos museos, como el Museo Antropológico de México. Tras un buen rato preguntando por ellas, al final conseguí encontrarlas: eran dos calaveras de cristal más pequeñas e imperfectas que las que hay en los museos europeos.

Los expertos las catalogan dentro de las colecciones de objetos aztecas y oaxacanos, como piezas del último periodo prehispánico o de comienzos de la era colonial. Así, sin más. Podrían ser dos calaveras más de esas trece que la humanidad necesita para recomponer su historia, pero aún quedaban muchas lagunas por cubrir.

A la vuelta de México me llegó información de la existencia de otra calavera en Europa.

La calavera del Museo Británico

Tras conocer que había una calavera expuesta en el Museo Británico, adelanté un viaje a Londres que debía realizar y me acerqué a verla. Allí me esperaba mi amigo Martín, un español que lleva mucho tiempo trabajando en Londres. Él sería mi guía.

Me recogió en el aeropuerto de Gatwick, llevamos mi equipaje a su casa y sin perder tiempo nos fuimos al museo. No había estado nunca en él, algo imperdonable para alguien como yo, interesado en los misterios antiguos.

En sus salas se encuentran algunas de las mejores piezas de todo el mundo.

Me extrañó mucho que la entrada fuera gratuita.

—Qué extraño que estos británicos, que te lo cobran todo, no te hagan pagar por visitar el museo...

Martín sonrió y, tras coger las entradas, me acompañó hasta una sala presidida por un inmenso moai. A su lado estaba el cráneo que deseaba contemplar. Arrinconado en una vitrina, pasaba desapercibido para la mayoría de los visitantes.

Martín me contó parte de su historia:

—Aquí está una de las Calaveras del Destino. Fue adquirida por el banquero británico Henry Christy en 1856, y en 1898 se la compró el British Museum al precio de 120 libras, a través de la joyería Tiffany's de Nueva York. El encargado de la transacción fue un gemólogo llamado Kunz, que en un libro suyo sobre los minerales cita esta calavera. Se la considera gemela de la de Mitchell-Hedges, salvo por un detalle: esta no tiene la mandíbula articulada. Cuentan que, cuando trajeron la calavera al museo, hubo una serie de hechos inexplicables: extraños olores, movimientos de objetos en la sala en la que la colocaron... Por eso, todas las noches se la cubre con una gruesa tela. Durante mucho tiempo estuvo catalogada como una pieza del año 1300, probablemente azteca. Aunque no se ponen

de acuerdo. Los últimos estudios científicos afirman que la pieza es una falsificación, posiblemente europea, del siglo XIX.

»Los laboratorios del Museo Británico se basan en una serie de pruebas, realizadas entre 1950 y 1990, que sugieren que las técnicas de tallado no se corresponden, en modo alguno, con la época precolombina. Para llegar a tal conclusión, los científicos hicieron un molde de la calavera utilizando una resina flexible, similar a la utilizada por los dentistas, que reveló diminutas marcas de arañazos de rotación alrededor de los agujeros, lo que constituye una prueba clara de que había sido cortada y pulida con una rueda, objeto que los aztecas desconocían. Y ahí quedó la cosa. Según esos últimos datos, es una falsificación. Pero sigue habiendo gente que afirma que se trata de una información falsa para ocultar la verdad. No sé, tú sabes más que yo de estos misterios. Pero ahí la tienes: la Calavera de Cristal del Museo Británico.

No me convencía la explicación de que los mayas no conocieran elementos circulares como la rueda. En muchas ruinas se han encontrado vestigios que dan fe de un conocimiento superior y desconocido. A lo mejor aquella calavera había sido fabricada así. ¿O será que a alguien no le interesa que sepamos la verdad? No sería la primera vez.

Conocía casos de objetos sin explicación que habían desaparecido de muchos museos del mundo, como ocurrió en El Cairo con el avión de Sakara.

No me desanimé. Mi búsqueda para seguir sumando calaveras a la lista de trece debía continuar. Salimos del museo y,

tras pasar unos agradables días en Londres, Martín me llevó al aeropuerto y allí nos despedimos.

Ya en Madrid, revisé mi correo y encontré un mensaje de Jaime con nuevos datos. Me decía: «No te lo vas a creer, he seguido con la investigación y han aparecido nuevas pistas. Llámame cuando regreses y hablamos».

Así lo hice y nos citamos para encontrarnos unas horas después.

—He seguido buscando y he encontrado una calavera nueva en el museo Smithsonian. Se trata de un cráneo posterior al de Londres.

La calavera del Smithsonian

—En 1886 el Smithsonian compró un cráneo de cristal perteneciente a la colección de Agustín Fischer, ex secretario del emperador Maximiliano de México. Se expuso en el año 1950 dentro de una muestra de falsificaciones arqueológicas cuyo comisario fue William Foshag, experto en mineralogía del Instituto Smithsonian. Estuvo unos años dando tumbos por el mundo hasta que, en 1973, la supuesta reliquia desapareció de forma misteriosa y desde ese año no se ha vuelto a tener noticias de ella. Y aún hay más: me estoy volviendo loco con tantos datos.

La calavera de Sha-na-ra

—Sha-na-ra es una calavera de cuarzo claro. Fue bautizada así en memoria de un chamán; hoy es propiedad del coleccionista Nick Nocerino, que la desenterró durante las excavaciones realizadas en un templo maya de México en los años cincuenta del pasado siglo. Convencido de su poder mágico, ha creado un instituto de investigación parapsicológica con el fin de estudiar sus propiedades «psi». Y hay más calaveras procedentes de México.

El cráneo Amy

—Amy es un cráneo de amatista que pudo formar parte de la colección particular del ex presidente mexicano Porfirio Díaz (1876–1910). Se dice que fue hallado en el estado mexicano de Oaxaca y que fue custodiado por sacerdotes mayas, generación tras generación. En la actualidad se encuentra en San José (California, EE.UU.) y es propiedad de un grupo de empresarios «del arco iris». Recibe su nombre de los colores que la pieza presenta cuando es expuesta a la luz natural. Actualmente pertenece al sanador y escritor Dael Walker. Y la más sorprendente, la mayor de todas, es la llamada calavera de Texas.

La calavera de Texas

—Tiene una curiosa historia. Para empezar, se trata de la mayor calavera de cristal conocida; pesa unos ocho kilos y se supone que procede de una tumba maya descubierta en Guatemala. Fue hallada entre 1924 y 1926 y se cree que tiene una antigüedad de 36.000 años. Su leyenda cuenta que pasó de las manos de un chamán maya a las de un lama tibetano llamado Norbu Chen, en 1970, y este la utilizó en su centro de sanación de Houston (Texas, EE.UU.). Sus amigos Carl y Jo Ann Parks heredaron esta pieza cónica de cuarzo claro y la mantuvieron guardada en una caja hasta que, en 1987, vieron un reportaje de la calavera de Mitchell-Hedges por la televisión, circunstancia que les llevó a mostrarla en diferentes lugares de Estados Unidos.

»Es apasionante; en cuanto escarbas un poco, la información fluye por todos los lados. Y, si aún no te he aburrido, tengo más, escucha.

La Baby Luv

—Está hecha de cuarzo rosa y fue descubierta por un monje del monasterio de Luov (Ucrania), en el año 1700. En la actualidad es propiedad de un coleccionista ruso.

La calavera de la cruz del relicario

—Norma Redo es la propietaria de la calavera de la cruz del relicario. Los conquistadores españoles hicieron un agujero en sus dientes para introducir en ellos una cruz. La Lazuli, nombre que recibe por estar tallada en lapislázuli, fue descubierta en el norte de Perú, en 1995, por indígenas incas. Se le atribuyen poderes «malignos» y, se supone, fue fabricada ¡por espíritus!

»Para terminar, dos calaveras más: la Océana, procedente de la Amazonía brasileña, y la Shui Ting Er, tallada en amazonita, que se cree que fue descubierta en el suroeste de Mongolia, hace 140 años, por el arqueólogo chino Yeng Fo Huu.

»Hemos conseguido ampliar mucho la lista, no sé cuántas te salen a ti, pero creo que estamos muy cerca de las trece.

Revisé todos mis datos y... ¡trece! ¡Habíamos conseguido recopilar las trece! Al menos, las trece conocidas.

No sabía para qué me servirían todos aquellos datos, pero, como si de un rompecabezas se tratara, todo iba encajando; los extraños pulsos de luz que se fotografiaban en monumentos antiguos parecían ser una prueba de ello.

Algo ocurría y estaba pasando desapercibido para la mayoría. Enrique de Vicente me abrió, de nuevo, los ojos.

—Miguel —me decía excitado—, ya ha comenzado ese proceso que esperábamos hace más de treinta años. Las puertas estelares han comenzado a abrirse y necesitan de nuestra ayuda para completar el ciclo. Lugares como la catedral de Char-

tres, los templos de Luxor, el Camino de Santiago, la Gran Pirámide y otros en Perú y México han comenzado a activarse. Es el momento de unir nuestra energía para que esas puertas se abran y dejen entrar la luz.

Y así me dejó: aturdido y envuelto en una marea de nuevas informaciones.

Tardaría algún tiempo en comprenderlo.

16

Cuando estuve muerto

5 de enero de 1996, noche de Reyes

Sólo recuerdo el sonido de la sirena mientras la ambulancia avanzaba a toda velocidad por el paseo de la Castellana, extrañamente vacío aquel día.

¿Qué me estaba pasando? ¿Adónde me llevaban? ¿Por qué estaba en aquella ambulancia?

—Todos los días podían ser víspera de Reyes y estar así las calles. ¿Habías visto alguna vez la Castellana tan vacía? —oí que le decía un sanitario a otro.

Un mes y medio antes en Haití

Guelín me había recibido y, como era su costumbre, me llevó a comer a su barucho preferido. Pidió la cena, que estaba tan espantosa como siempre, y desapareció durante una hora.

En su ausencia, mal comí, me inflé de refrescos para matar el calor sofocante de la noche haitiana y esperé a que llegara mi anfitrión.

Cuando volvió, y tras un buen rato preguntándole sobre los motivos de su ausencia, conseguí que me contara que aquello era un «puticlub haitiano» y que me había abandonado para dar rienda a sus pasiones con aquellas muchachas huidas de la miseria.

A mí no se me acercaron. No sé si sería por mi cara de blanco o porque notaron que yo no tenía costumbre de visitar esos lugares y no querían perder el tiempo.

Guelín era todo un personaje por aquellos lares; la gente le respetaba, no sé si por el dinero que manejaba —el que me sacaba cada vez que visitaba el país— o por su cargo. Era un brujo, un *houngan* de la religión haitiana; el segundo con más poder de la isla, según me habían dicho.

Junto a él había vivido intensas aventuras, desde estar a punto de morir a causa de las balas de un asustado militar (cuando una noche, sin darme cuenta, me salté uno de los controles de seguridad), hasta mi visita al famoso diablo de Haití.

Desde esos lejanos años se había convertido en mi amigo y compañero de aventuras en aquel país maldito.

Haití es uno de los países más pobres del planeta y el más necesitado de América; tanto, que depende totalmente de la ayuda externa. Lo que poca gente sabe es que es el único país del mundo consagrado al diablo y que su religión oficial es el vudú.

Cuentan los ancianos que, hace doscientos años, los esclavos llegados desde el oeste de África —los mismos que lideraron el primer movimiento de abolición de la esclavitud— hicieron un pacto con el demonio: a cambio de la protección de su señor Satán, debían matar a todos los blancos que vivían en la isla por aquel entonces. Unos diez mil.

No lo consiguieron. No fueron capaces de pagar la ofrenda al diablo con la vida de todos los blancos. Esa es la razón de su miseria, de la maldición que les acompaña desde entonces.

Según se cuenta, después de tantos años, aún siguen ofreciendo sacrificios —en voz baja se dice que hasta humanos—, continúan convirtiendo en zombies a personas y utilizando la brujería con tal potencia que algunas leyes del país criminalizan ciertas prácticas.

Me había desplazado hasta Haití tratando de localizar de nuevo al famoso diablo, que me obsesionó durante largos años. Y esperaba que Guelín pudiera ayudarme a conseguirlo.

Hacía más o menos seis años; era la primera vez que visitaba el país, cuando ese diablo apareció en mitad de una ceremonia de invocación y adivinó hechos de mi vida pasada y de mi futuro.

Me impresionó tanto la experiencia, la exactitud de sus vaticinios, que durante muchos, muchos años, cada vez que cerraba los ojos volvía a ver la sala oscura y la caja de la que surgió aquel ser deforme y enano; me estremecía de nuevo con la cara de aquel diablo y recordando su voz gangosa como si estuviese ocurriendo en ese momento.

—Cuídate, cuídate mucho, vas a tener una enfermedad muy grave en los pulmones que va a estar a punto de llevarte a la muerte; perderás tu casa y tu trabajo y llegarás a sentir lo que es la desesperación. Nadie podrá ayudarte ni evitarlo, te esperan tiempos duros y sufrimiento, mucho sufrimiento.

Eso fue lo que me vaticinó entonces.

«Nunca olvidaré aquellas palabras proféticas... Por su culpa volvía a estar en ese país maldito».

Por fin salimos de aquel antro y recordé a Guelín su misión: buscar a ese diablo al que tanto le gustaba vaticinar mi futuro. Necesitaba volver a encontrármelo cara a cara.

Durante una semana Guelín estuvo dándome largas, aplazando día a día la búsqueda. Me llevó a visitar nuevos *forts*, templos de vudú, volví a sentir el poder de los tambores cuando invocaban a los *loas*. Fue intenso, lleno de emoción y de misterio, pero no me acercaba a mi búsqueda.

Al décimo día de estancia en el país comencé a sentirme mal: la fiebre me atacó. En un principio creí que se trataba de una infección de garganta; había tanta suciedad que no me extrañó; eso me hizo adelantar mi regreso a casa.

Madrid, Navidad de 1995

Por fin estaba en casa, en Madrid, se acercaba la Navidad y deseaba ver a mi familia, que estaba en Canarias. Necesitaba sentir su presencia cerca de mí.

A pesar de que no me encontraba nada bien, tomé un avión y me fui a La Palma en busca del calor de la familia. Mis padres se alegraron al verme, pero se preocuparon porque la fiebre no dejaba de subir y, aunque yo no le daba importancia, ellos notaban que algo raro me ocurría.

No me esperaban esa Navidad, porque estaba de viaje (algo a lo que ya se habían habituado), y les alegró que pudiéramos estar juntos.

Comencé a preocuparme, pues cada día me encontraba peor. Pasamos juntos la Nochebuena y regresé a Madrid para continuar con mis obligaciones. La extraña fiebre que me había traído de Haití no remitía.

El día 31 de diciembre estaba solo en casa dispuesto a dar la bienvenida al nuevo año. Había preparado, sin muchas ganas, algo de comida y tenía las uvas listas para la celebración.

A las once me encontraba tan mal que llamé a algunos amigos.

—Me siento fatal, tenéis que llevarme a un hospital, no sé qué me ocurre, pero me estoy muriendo —les dije.

Sonó tan preocupante que a la media hora ya estaban en casa. Sabían que yo no me quejaba a no ser que fuera muy grave; me metieron en su coche y me llevaron a la clínica.

Una vez en el hospital, tardaron tanto en atenderme que pensé que me moría. Aquello era todo un espectáculo macabro: las urgencias estaban repletas de borrachos y de jóvenes con todo tipo de heridas (resultado de una loca Nochevieja), dejándome a mí abandonado a mi suerte.

Por fin, a las tres de la madrugada se apiadaron de mí y me atendieron.

El médico de guardia me hizo varias pruebas y no supo determinar lo que me ocurría. A las siete de la mañana llegaron nuevos médicos y me diagnosticaron neumonía atípica y deshidratación profunda. Me subieron a planta y comenzaron el tratamiento.

Pasaron cinco días y yo sentía que la vida se me iba.

Los médicos comenzaron a preocuparse al ver que aquella maldita fiebre que me acompañaba desde hacía quince días no remitía. La noche de Reyes uno de ellos me vio tan mal que decidió trasladarme al hospital de La Paz, en el que tenían más medios disponibles en aquel momento.

Así es como me vi metido en aquella ruidosa ambulancia. Sólo era capaz de sentir el ruido de las sirenas y parte de la conversación de los sanitarios mientras íbamos a toda prisa por el paseo de la Castellana.

Día de Reyes

Las urgencias volvían a estar colapsadas y los médicos apenas podían hacer nada por mí.

Me tumbaron en una camilla en la sala de espera y me quedé allí, junto a decenas de personas que no existían para mí, pues me sentía tan mal que no era consciente de nada más que de mi dolor.

Pasó una eternidad, o al menos eso me pareció a mí, hasta que me prestaron un poco de atención. Una joven médico me

sacó sangre y me tomó la tensión. Dijo algo a sus acompañantes, que no pude entender, y a toda prisa me llevaron a un cuarto más apartado. Allí comenzaron a meterme tubos y trastos que me llegaron hasta el alma.

Pero el tormento no había hecho más que empezar.

Tras decenas de pruebas, no conseguían llegar a un diagnóstico y me subieron a la UVI, donde más médicos se sumaron a mi estudio.

Perdí la noción del tiempo y del espacio; no sabía cuántos días llevaba allí; sólo recuerdo que era de noche y que, de repente, todo cesó: el dolor, las molestias, el olor de la muerte, todo se desvaneció.

Y ocurrió...

El extraño viaje

La habitación se llenó de luz y, en mi mente, comenzaron a aparecer imágenes que se estrellaban contra mi cerebro. Al principio iban despacio, como a cámara lenta; después se aceleraban tanto que sentía que mi cabeza iba a estallar.

El momento se me hizo eterno. Pero, igual que cuando comenzaron, las imágenes se fueron ralentizando. Con muchísimo esfuerzo, conseguí abrir los ojos para ver dónde estaba, pues la realidad se mezclaba con ese mundo que pugnaba por entrar en mi cabeza.

Me acostumbé a aquel vértigo y, un poco más calmado, contemplé una imagen clarísima: me veía, a mí mismo, senta-

do en la entrada de una iglesia. Estaba en una plaza muy grande; no sabía qué lugar era, pero hacía calor y era de día. A mi alrededor, los indígenas continuaban con su vida.

Un anciano y un niño se sentaron a mi lado y comenzaron a hablarme.

—¿De dónde eres? ¿Qué haces aquí con esos extraños tubos que llevas en la boca y en la nariz?

No entendía a qué se referían.

Cerré los ojos y aquel remolino de imágenes volvió a asaltarme, llenándome de zozobra y de una sensación de vértigo y vacío. Si los volvía a abrir, todo se detenía a mi alrededor y regresaba a aquel extraño lugar.

El anciano y el niño siguieron preguntándome. Me toqué la cara y comprobé que estaba lleno de tubos. ¡Claro, el oxígeno que me habían puesto en el hospital para respirar!

¿Cómo podía estar tendido en una cama del hospital en Madrid y en aquel lugar a la vez? No entendía nada.

Poco a poco, las sensaciones se fueron aliviando, como si el mundo se ralentizara, y comencé a acostumbrarme a aquel extraño viaje que estaba realizando a la velocidad de la luz.

Si cerraba los ojos, estaba en mi cama del hospital; si los abría, me transportaba a aquel lugar.

Traté de tranquilizarme para analizar qué me estaba pasando. Dejé que las imágenes que me asaltaban se calmaran y volví a aparecer en aquella iglesia desconocida.

El anciano volvió a preguntarme.

—¿Quién eres?

—Me llamo Miguel y no sé qué hago aquí. Soy español y hace un momento estaba en el hospital —le contesté.

El anciano y el niño se miraron y, sin dar importancia a lo que les decía, volvieron a preguntarme por los tubos.

—Y eso que llevas en la boca y en la nariz, ¿qué es?

—Me sirve para respirar. ¿Dónde estamos? —dije.

—Esto es la iglesia de Belén, en Cajamarca. Y tú, ¿cómo has llegado hasta aquí si no sabes dónde estás? ¿Y por qué tienes ese aspecto tan extraño?

—No sé qué ocurre, hace un momento estaba en un hospital en Madrid y ahora estoy aquí. Igual es que estoy muerto.

El anciano y el niño se rieron.

—No estás muerto; estás hecho un cristo, lleno de tubos, pero estás vivo; si no lo estuvieras, no podrías estar aquí hablando con nosotros.

—¿Dónde está Cajamarca?

—En Perú, amigo.

El niño miró al anciano esbozando una sonrisa. Pensaría que aquel extranjero estaba loco, fumado, o las dos cosas.

La conversación se hizo más fluida y el niño se dedicó a tocarme la cabeza y los extraños tubos que me colgaban. Fui acostumbrándome a esa extraña situación y me dejé llevar.

Le pregunté al anciano por las cosas que me rodeaban, y él, tranquilamente, como si todo fuese normal, me habló del Perú, de sus misterios y de lugares que yo conocía: Machu Pichu, Cuzco, el valle sagrado de los Incas... y, sin saber por qué, sacó

a colación la puerta de Aramu Muru; la Puerta de las Estrellas, según me dijo.

—Está cerca del lago Titicaca y, si no la has visto, deberías hacerlo, te interesará. Eres un viajero muy extraño. He visto muchos en esta plaza pero ninguno como tú, con tantos aparatos encima. ¡Qué raros sois los blancos!

El anciano y el niño rieron. En ese momento, me sacudió una fuerte convulsión. Mi cuerpo se llenó de dolores y regresé, en un instante, al hospital.

—¡Se nos va, prepara el masaje cardiaco!

Eso fue lo siguiente que escuché. Los médicos estaban encima de mi cuerpo, poniéndome inyecciones y dándome masajes en el corazón.

—Ya se ha normalizado, aplícale dos dosis y manténle vigilado.

Pocos días después me bajaron a planta y me vi encerrado en una habitación compartida, lleno de dolores y con una inquietud infinita por conocer lo que me ocurría.

Pasados catorce días, se me acercó un médico joven y le pregunté qué me pasaba.

—No lo sabemos seguro. En un principio pensamos que era tuberculosis, pero lo descartamos; te hicimos las pruebas del sida y fueron negativas; se estudió un posible cáncer, pero tampoco... ¿Has estado en sitios raros? Te escucho en la radio y no sé si pensar que los extraterrestres esos de los que hablas te han abducido o algo así, pues tienes un extraño objeto en la parte de atrás del pulmón derecho y no sabemos qué es.

Las exploraciones que te hemos hecho no nos han aclarado nada.

»¿Algún brujo te ha echado una maldición? Nos estamos volviendo locos contigo, porque no sabemos a qué se debe esa crisis que has vivido. Has estado a punto de irte al otro mundo; lo sabes, ¿verdad? Ahora ya estás fuera de peligro, pero todavía no sabemos qué es lo que te ha pasado. Voy a empezar a creer esas cosas que cuentas en tus programas de radio.

Sonrió y me dio un apretón de manos.

Una semana después abandonaba aquel hospital, eternamente agradecido a la sanidad española y a todos los que me habían salvado la vida.

Tardé varios meses en recuperarme. Todavía hoy sigo sin saber lo que me pasó.

Durante mi recuperación, en la isla de La Palma, recordé las palabras de aquel diablo en Haití. Habían pasado seis años y sus augurios se cumplieron palabra por palabra: «Vas a tener una grave enfermedad en los pulmones que te llevará al borde de la muerte y perderás todo lo que tienes. Si consigues superar la crisis, comenzarás una nueva vida; si no lo logras, todo habrá terminado para ti».

Sus palabras resonaron como un poderoso tambor del vudú: la enfermedad había llegado, el dolor y el sufrimiento se apoderaron de mí y lo perdí todo.

Pero la vida me dio otra oportunidad, me puse de nuevo en pie y comencé mi nueva vida. Acababa de cumplir mi quinto septenio.

La teoría se verificaba en mi vida.

Ya en mi casa, totalmente recuperado, recordé mi extraño viaje a Cajamarca y la conversación con el anciano y el niño. De pronto, un nombre resonó en mi cabeza: la puerta de Aramu Muru.

17

La puerta mágica de Aramu Muru. Lago Titicaca, Perú

Ya había visitado Perú en varias ocasiones. Pero una vez más el destino me conducía hasta sus mágicas tierras.

Mientras viajaba en el avión se me ocurrió pensar en los caprichos de eso que llaman el destino. En mi vida se había hecho presente en multitud de ocasiones y, sin yo saberlo, me iba empujando hacia lugares que no parecían tener sentido, hasta que, poco a poco, se iban asentando en mi particular historia, como si fuesen capítulos ya pensados en el origen de mis días. Y, como ya estaba acostumbrado a ello, sólo me dejaba llevar, espoleado por esa terrible fuerza que me daba ímpetu para seguir...

En aquella ocasión me habían invitado a conocer los nuevos restos de ciudades que se habían abierto en la selva peruana y que algunos definían como una nueva Machu Pichu.

No lo pude rechazar.

Aprovecharía el viaje para saludar a antiguos amigos. A los «locos» y geniales pilotos de las pistas de Nazca, a Antón Pon-

ce de León y su esposa Regina, y tantos otros que en anteriores ocasiones me habían servido para abrir puertas hacia el más allá en ese mágico país.

El avión me dejó en Lima. Rápidamente cambié de transporte y me encaminé hacia Juliaca, el aeropuerto más cercano a Puno, en el lago Titicaca. Tenía tiempo y deseaba ver a algunos habitantes de ese lugar único.

La llegada fue traumática, pues nada más salir del avión sentí el mal de altura. Había pasado, desde el nivel del mar en Lima, a más de 3.800 metros de altura en Puno, y el cuerpo te pasa factura hasta que se acostumbra.

Al llegar a la ciudad enseguida fui recibido por los guías. Me entregaron tres hojas de coca y me dijeron que me las metiese en la boca lo más rápido posible. Así lo hice; las mezclé con un chicle de fresa, e hicieron su efecto inmediatamente.

Las hojas de coca son el símbolo de bienvenida a estas tierras, a la vez que la mejor ayuda para pasar el mal de altura que te ataca... Con eso y un poco de descanso conseguí aliviar el terrible dolor de cabeza que me había causado el «soroche».

A las pocas horas ya estaba listo para salir hacia el lago. Pero antes tenía que hacer una parada para saludar a Jorge Luis Delgado, un guía de la zona. Años antes había tenido noticias de él; me contaron que había realizado un descubrimiento asombroso y viajé hasta Puno para conocerle.

Jorge Luis era un tipo fornido; bajito pero curtido en las alturas del lago Titicaca. Apenas comenzó a hablar me di cuen-

ta de la fuerza de sus palabras. En nuestro primer encuentro me contó que desde muy pequeño había estado relacionado con los «yantris» o chamanes de la zona y que de sus bocas escuchó la descripción de la puerta y sus propiedades «mágicas». Fueron ellos los que le desvelaron el secreto...

Lo llamaron la mágica puerta de Aramu Muru.

Este es un retazo de lo que me contó.

La puerta mágica de Aramu Muru

Situado a unos 35 kilómetros de la ciudad de Puno, cerca del lago Titicaca, se encuentra uno de los lugares más misteriosos de este planeta. Se trata de un pórtico de piedra labrada que tiene siete metros de ancho por siete de alto.

Se lo conoce como la puerta de Aramu Muru.

Según cuenta la leyenda, hace unos 450 años un sacerdote del Imperio inca, que ya conocía la llegada de los españoles a la zona, escondió en las montañas cercanas un disco de oro que había sido creado por los dioses con el propósito de curar a los enfermos y ayudar a la iniciación de los hombres en la sabiduría.

Tiempo después, el sacerdote, que conocía el poder de la misteriosa puerta, desenterró el disco de oro, llegó hasta la puerta y la atravesó llevando consigo el disco de oro. Y no regresó jamás.

Así se inicia la leyenda de los poderes mágicos de la puerta. Pero había más aún. Según cuentan los habitantes de Puno, en

1974 una banda de música de la zona se acercó hasta la puerta. Muchos de ellos la lograron atravesar, pero no volvieron a salir.

Existe el testimonio del resto de la banda, que no llegó a atravesar la puerta.

—¿Te imaginas qué historias se cuentan del lugar? —me dijo Jorge Luis—. Los habitantes de la zona dicen que la puerta es la entrada al «templo de la iluminación» de los dioses Merú. Y añaden que en algunos atardeceres se vuelve semitransparente, dejando entrever parte de la ciudad. También relatan que al tocar con ambas manos los lados interiores del marco de la puerta de piedra y apoyar la cabeza en la hendidura que hay en esta, se pueden percibir extrañas sensaciones. Visiones de fuego e incluso de túneles que atraviesan la montaña. Los nativos consideran a Aramu Muru como una puerta y al hombre como la llave... el cual puede pasar por ella cuando entra en sintonía con el Sol.

La historia sonaba apasionante. Estaba deseando ir a verla. Pero ese día Jorge Luis, mi guía, estaba ocupado, y fijamos la cita para el día siguiente.

Aprovecharía el tiempo para regresar a las islas del lago Titicaca.

El lago Titicaca es uno de esos pocos lugares del mundo en los que te encuentras cara a cara con la maravilla de la creación. Para muchos se trata de una de las pruebas del último cataclismo que asoló la civilización, mucho antes de la historia conocida.

Es el lago navegable más alto de mundo. Gran parte de su superficie es practicable, tanto por balsas de totora como por barcos de gran tonelaje. Está situado a unos 3.800 m de altura sobre el nivel del mar y posee una extensión de 8.560 km². Tiene 193 km de largo por 64 km de ancho en su mayor longitud, con una profundidad máxima de 283 m.

Esta extensión de agua une dos países: Perú y Bolivia.

La leyenda relatada por el cronista Garcilaso de la Vega cuenta que de las aguas del lago emergieron Manco Cápac y Mama Ocllo para fundar el Imperio inca.

En la zona se desarrolló además la cultura preinca de Tiahuanaco, una de las más inquietantes y desconocidas de la historia, de la cual ha surgido el pueblo Aymará. Visitar algunos de sus antepasados era mi intención ese día.

Desde mi hotel en Puno, me acerqué a un pequeño puerto y contraté una de las barcas de motor. Tras el pertinente regateo, partimos hacia las islas de Takile y Amantani.

Ya había estado en otra ocasión en ellas; incluso estuve durmiendo un par de noches en las casas de sus pobladores, gentes sencillas que me dieron un ejemplo de cooperación. Pero en esa ocasión quería volver a visitar la que se conoce como «la isla del amor»...

Tras casi dos horas de plácida navegación, con un día tremendamente brillante, quizás debido a la altura, y tras cruzarnos con algunos indígenas uros que navegaban realizando sus labores en balsas de totora, Amantani apareció en medio de las aguas del lago, y allí en la orilla ya nos esperaban para recibirnos.

Dos indígenas nos volvieron a ofrecer las tres hojas de coca en señal de bienvenida, acompañándonos hasta los famosos templos del Pachatata y de la Pachamama, dos estructuras ceremoniales preincaicas dedicadas a la fertilidad de la tierra.

La subida fue infernal, bajo un sol que en aquellas alturas caía a plomo. Apenas podía arrastrar mi cuerpo entre aquellas empinadas veredas que los indígenas subían como un rayo.

Tardé mucho tiempo en ascender, y al llegar arriba ya estaba todo preparado: decenas de asistentes se desperdigaban por la zona realizando todo tipo de rituales incomprensibles para mí.

Volví a asombrarme con el fervor de los habitantes de esta región. En cada rincón de aquellos templos había grupos de gentes realizando las ofrendas a la Madre Tierra.

—Siempre hay motivos para agradecer a la madre todo lo que te da, y cuanto más agradeces, más dones tendrás para agradecer —me dijo uno de mis acompañantes.

Y así, en medio de esa sencillez, me uní a ellos para la ofrenda. Yo también quería agradecer lo mucho que la vida me regalaba cada día...

Tras la ceremonia bajamos a la parte central del pueblo. Habían encendido una inmensa hoguera. A su alrededor comenzaban a reunirse los habitantes de la isla para celebrar una fiesta en honor de uno de sus santos.

La Iglesia católica ya había ejercido su influencia en estos lugares, y por eso los indígenas, de procedencia quechua y

aymara, habían aceptado a los santos extranjeros, pero sin renunciar a su culto a la pachamama.

Pasé con ellos el resto del día, escuchando sus historias y leyendas, hasta que el sol comenzó a ocultarse. Fue el momento de partir hacia Puno, donde me esperaba la puerta mágica. Así se lo hice saber a mis acompañantes, que me llevaron hasta la orilla del lago, donde estaba nuestra barca.

Subí a ella y comenzamos el regreso. La travesía fue una delicia, pues la noche estallaba en millones de pequeñas luces colgadas del cielo. Si alzabas tu mano, podías tocarlas.

Pocas veces había admirado un cielo semejante en ninguna parte del mundo. Observándolo pensé: «¿Cómo se podrá creer que estamos solos en el universo viendo semejante maraña de planetas y estrellas? No me extraña que los dioses eligieran un lugar como este para bajar a la Tierra».

Dos horas después, bien entrada la noche, llegué a Puno. Una cena caliente y una cama arroparon mi ser y me desvanecí en el vacío infinito de la noche.

La Puerta de las Estrellas

Llegué a casa de Jorge Luis hacia las ocho de la mañana. Era ya tarde. En estas tierras las gentes se levantan con el sol, y él ya estaba en la puerta esperando con el coche en marcha.

Treinta minutos de trayecto bordeando el lago Titicaca —que aquella mañana brillaba como una centella— nos situa-

ron al borde de un macizo rocoso en mitad de la nada. Allí estaba lo que se conocía como la Puerta del Diablo, la Iglesia del Sol o Aramu Muru.

Recorrimos los pocos metros que nos separaban de la roca y Jorge Luis me pidió que me sentara a su lado. En voz baja comenzó a relatarme:

—Sé que a ti te lo puedo contar. He escuchado algunos de tus programas desde aquella vez que me entrevistaste, ¿hace ya cinco años?... Cómo pasa el tiempo... Sé que estamos en sintonía. No eres uno de esos turistas que vienen aquí buscando maravillas sobrenaturales y luego no se enteran de nada. Todos tenemos una misión, está escrita en nuestro ADN, la traemos a esta tierra antes de nacer. Nos toca a nosotros recordarla y ponerla en práctica. La vida se encarga de darnos recuerdos y pequeños avisos para que despertemos. Algunos lo logran; otros siguen dormidos en ese limbo de los justos al que nos están enviando cada día los medios de comunicación y los poderes que dominan este mundo.

»Este lugar en el que estamos es sagrado. Y aquí están las pistas de ese mundo dormido que desapareció bajo las aguas en la última gran catástrofe. Las condiciones de la civilización se están repitiendo de una manera sorprendente. Y hay que ir pasando la voz antes de que los acontecimientos vuelvan a repetirse. La puerta de Aramu Muru es uno de los muchos lugares sagrados de esta tierra; es el que a mí me ha tocado custodiar.

»En este mundo aún existen los caballeros, las princesas, los dragones, los diablos, como se relataba antes en esos antiguos

cuentos de gestas imposibles. Sólo que ahora van disfrazados, algunos de traje y corbata, y les cuesta mucho reconocerse. Las princesas, los dragones, los caballeros y los guerreros seguimos existiendo como hace miles de años... Sólo que ahora vamos en coches y volamos de una parte a otra del mundo como has hecho tú para llegar aquí...

»Primero hay que reconocerse. Saber quiénes somos y luego tomar la senda. Esta puerta te ayuda a ello... Si estás bien sintonizado, podrás ver lo que hay al otro lado... que no son más que recuerdos de otros mundos, de otras vidas pasadas que siguen vivas y cercanas en otro plano... ¿Tú entiendes de qué hablo, verdad?

Asentí con la cabeza y seguí escuchando.

Hablaba muy bajo, pausadamente.

—En todo el planeta estamos atentos, esperando. La sensación es de gran agitación. Todos, que ya estamos interconectados, como una inmensa red de telaraña que cubre el planeta, estamos atentos y expectantes a las señales. Pero no acaban de manifestarse de una forma clara; por eso causa tanta desazón e incertidumbre. Pero los acontecimientos se están acelerando. Nuestros hermanos los mayas ya lo anunciaron con sus avisos sobre el 2012.

—Pero ¿qué es lo que va a ocurrir? —le pregunté tímidamente.

—De forma imperceptible para muchos, las puertas se van a abrir. Las señales se van a hacer más visibles, los antiguos dioses se van a volver a manifestar. Y habrá prodigios. En el Sol, en

la Tierra, en las aguas. No te puedo decir más, porque no sé más, por el momento. Pero pregunta tú mismo. Sube hasta la puerta y pregunta. Ella te dará las contestaciones.

Le hice caso, me adelanté unos pasos justo hasta la mole de piedra y posé mis manos sobre ella, como tocando una puerta que deseara que se abriera.

Posé mi cabeza en la piedra, que ya se había caldeado con los rayos del sol que nos iluminaba, y esperé...

La verdad es que no sentí nada especial. Yo mismo deseaba que aquello explotara en mi cabeza en mil pedazos y que la roca se abriera dejándome pasar al otro lado, pero... ¡no ocurrió nada!

Ni sonidos, ni visiones, ni rayos galácticos. ¡Nada!

Di varios pasos atrás y miré a mi alrededor: todo estaba en su sitio. El lago a mis espaldas, la roca frente a mí y detrás Jorge Luis, mirándome fijamente.

Él se dio cuenta de mi decepción y me abordó.

—A veces las respuestas tardan en llegar. No te preocupes...

Con un movimiento de cabeza asentí humildemente y me retiré de la escena. Llegaban otras personas a hacer ofrendas a la puerta. Me senté a la sombra para ver el ritual.

Eran dos mujeres ancianas, llevaban un pequeño hatillo y unas bolsas de plástico. Enseguida se les acercó un hombre de mediana edad. Formaron un pequeño círculo y encendieron un fuego en el centro. Pude ver cómo rezaban, cómo echaban hojas de coca y cómo se fundían con la Madre Tierra. Un sentimiento que las gentes de mi mundo hemos olvidado.

El fuego que les cobijaba dio un salto inesperado y el hombre musitó unas palabras. La ceremonia había sido propicia, según me comentó Jorge Luis. Dejaron que las llamas se consumieran y se acercaron en grupo a la puerta. Pude ver cómo acercaban sus cabezas y se mantenían en silencio. Poco a poco se fueron alejando de la zona y desaparecieron.

Nos volvimos a quedar solos. El silencio lo llenó todo y una extraña tranquilidad inundó el ambiente.

Quizás yo esperaba algo más; una señal, algo. Pero sólo el silencio respondió.

Regresamos a Puno.

Me despedí de Jorge Luis, pues debía volar a Ica. Allí me esperaban para ver las nuevas líneas de Palpa, donde, según se comentaba, había figuras muy reveladoras.

Al abrazar a Jorge Luis, me lo volvió a recordar:

—Todos somos personajes de una función orquestada y escrita hace muchos años. Ahora ha llegado el momento de la representación... Te deseo lo mejor y que encuentres tu papel en toda esta obra... No lo olvides. Y estate atento; estoy seguro de que la puerta no va a tardar en darte las respuestas que necesitas.

Le agradecí los consejos y las enseñanzas.

Recogí mi equipaje en el hotel y partí en tren hacia Cuzco.

Mientras pasaba por La Raya, la parte más alta del recorrido, rodeado de glaciares y neveros, me vino a la mente aquella extraña experiencia vivida tiempo atrás.

El tren se detuvo y nos dejaron bajar unos minutos. Estábamos a 4.335 metros sobre el nivel del mar; desde allí se tenían las vistas más hermosas de los Andes que uno pueda imaginar. El aire sabía dulce y el cielo era limpio y claro. Era como una visión.

Me senté al borde de la vía y recordé, de pronto, la experiencia del hospital, cuando estuve a punto de morir. Reviví la imagen de aquel anciano acompañado del niño que me veía conectado a los tubos...

Ellos me dijeron algo sobre una localidad que no conocía, Cajamarca, y sobre una extraña puerta: la puerta de Aramu Muru... ¡Acababa de estar en ella!

En ese momento, sentí que algo comenzaba a colocarse en mi cabeza, pero aún no sabía lo que significaba.

El tren hizo sonar su silbato y me sacó de mi ensoñación. Todos volvimos a subir. Mientras, lentamente, descendía las montañas hacia Cuzco, recordé algunas de las palabras de Jorge Luis: «Todos somos personajes de una función orquestada y escrita hace muchos años. Ahora ha llegado el momento de la representación...».

18

Misterios de Perú

La visita a Cuzco fue tan sólo un paréntesis en aquel viaje a Perú.

Aproveché para saludar a Carlos y a Neira, dos seres mágicos que había conocido en mis anteriores viajes al país. Les anuncié que en el año 2011 volvería por allí y que fueran preparando otro de esos rituales poderosos con «el San Pedrito». Cené con ellos y a las diez abordé mi vuelo hacia Lima.

En el avión volví a reflexionar sobre las gentes que iba encontrando en mis viajes, a las que iba dejando atrás después de cada visita, y de las relaciones que se iban tejiendo con ellos. Pasaban años y, cuando nos volvíamos a encontrar, era como si nos hubiéramos despedido el día anterior.

Realmente hay algo que está uniendo a las personas en una extraña tela de araña. ¿Habría algún motivo para ello?

Lima es una ciudad fría, caótica, como todas las grandes ciudades. Estuve el tiempo justo para descansar, saludar a mis amigos y preparar mi salida hacia Ica, Paracas y Nazca.

Un autocar de lujo me dejó en Ica en algo más de tres horas.

Mi objetivo en ese nuevo viaje a la zona era volver a ver, con otros ojos, las famosas piedras de Ica. Es curioso comprobar cómo el paso del tiempo te va dando otra perspectiva sobre los acontecimientos, haciéndote ver detalles que en otras ocasiones te habían pasado desapercibidos. Me había ocurrido en todo este último tiempo, en mis visitas a la India, a Turquía, a Egipto. Había visto mil veces los sitios, y multitud de detalles importantes se me habían escapado.

Por eso deseaba ver de nuevo los misterios que había en la zona: las nuevas figuras de las líneas de Palpa y el enigmático museo del doctor Cabrera, en Ica.

Las figuras de Ica

El autobús me dejó en la plaza, justo delante de la casa del célebre doctor.

La ciudad había cambiado mucho desde que el terremoto registrado el 15 de agosto de 2007 asolara la zona. Algunos amigos que habían visitado el lugar ya me habían advertido de que no me gustaría mucho lo que me iba a encontrar. ¡Cuánta razón tenían!

Busqué un lugar donde dejar mi equipaje; no tenía ganas de quedarme mucho tiempo en Ica, pues me esperaba Carlitos Palacín en Nazca. Una agencia de cambio cercana a la Plaza de Armas se ofreció a guardármelo a cambio de algo de propina; acepté y partí hacia la plaza.

Los edificios estaban destrozados por el terremoto. La casa del doctor Cabrera parecía haber aguantado el envite, pues desde fuera se la veía más o menos en pie. Me acerqué hasta ella y llamé a la pesada puerta.

Tras un rato de espera, una mujer de mediana edad, Eugenia Cabrera (una de las hijas del doctor), me abrió. No debía de estar de muy buen humor.

Me presenté. Le conté mi relación con su padre, que había fallecido en diciembre del año 2001; le expliqué las conexiones que habíamos hecho desde España en Radio Nacional para hablar del tema y saqué todas mis artes de seducción a relucir. Tenía que conseguir que me abriera la puerta y me dejara ver de nuevo las piedras.

Algo debió de ablandarse en su corazón, pues me franqueó la entrada invitándome a entrar. Una vez dentro, la situación se relajó bastante y, más cordial, me llevó hasta las salas en las que se exhibían las piedras.

La sensación al observar el lugar era desoladora. La mayoría de las piedras estaban en el suelo, desperdigadas, desordenadas, rotas. Muchas de ellas quedaron destrozadas después del terremoto. Sobre todo las más grandes.

Las hay que llegan a pesar más de cien kilos y que cayeron desde las frágiles estanterías que las sujetaban. Muchas estaban partidas por la mitad.

Una sensación de tristeza me invadió y le pregunté a Eugenia si no había nadie que la pudiera ayudar a recuperar todo ese legado.

—Aquí a nadie le interesan las piedras. Es una extraña paradoja, porque gracias a mi padre y a las piedras, Ica se hizo conocido en todo el mundo. Pero ahora a nadie le interesa ya. Salvo personas como tú que vienen de muy lejos a visitarlas, aquí nadie se acuerda de ellas. Y eso que en los últimos tiempos se han dado grandes pasos avalando su autenticidad.

»Sólo quedamos mi hermana y yo, que poco podemos hacer por el momento. Queremos llevárnoslas de aquí; el edificio amenaza ruina, y mira, las estamos metiendo en sacos, a la espera de que nos cedan un nuevo lugar desde el ayuntamiento para organizar un nuevo museo. Pero la cosa se retrasa y no sé si llegaremos a tiempo. Es una pena que la gente le dé tan poca importancia a un legado tan increíble como este.

—Cierto —asentí—. ¿Me dejas tocarlas?

—Claro —dijo Eugenia—. He de ir a la casa, que he dejado algo a medias; creo que se puede confiar en ti. Tómate tu tiempo. Pero ten cuidado, ya ves que hay muchos escombros.

—Gracias.

Salió de la sala y me quedé solo, rodeado de miles de piedras fantásticas que, de ser cierta la historia, representan una de las pruebas más sólidas de que existió otro mundo, otra humanidad.

Las piedras de Ica son un conjunto de piezas decoradas con extraños dibujos impresos en la roca. Las hay de todos los tamaños y llevan grabados que muestran escenas de diferente tipo; las más sorprendentes son las que representan acciones de la vida cotidiana.

Muchas de ellas muestran individuos que manejan tecnologías modernas; otras tienen dibujos de animales extintos, principalmente dinosaurios. Según algunos estudiosos, estas piedras demuestran la existencia de una civilización humana que convivió con los dinosaurios (algo impensable según la historia oficial).

Los hermanos Carlos y Pablo Soldi y Basilio Uchuya habían sido los principales «descubridores» de este tipo de piedras, y el doctor Javier Cabrera fue el más importante defensor de la autenticidad de las mismas como material arqueológico. Durante su vida coleccionó gran número de ellas, hasta el punto de fundar el museo que ahora visitaba.

El doctor Cabrera, firmemente convencido de la autenticidad de las piedras, elaboró una teoría sobre la historia de la humanidad. A las piedras las llamó *gliptolitos*; según él, eran el legado de los primeros hombres creados, a través de mutaciones genéticas, por una civilización extraterrestre con una tecnología muy avanzada que transfirió a la humanidad todo su saber.

Alguna catástrofe hizo que esa civilización extraterrestre huyera de la Tierra, perdiendo la humanidad parte de ese legado cultural recibido por sus creadores.

Tiempo después surgió la polémica, cuando su principal descubridor, Basilio Uchuya, confesó que eran un fraude.

Las autoridades peruanas le detuvieron por vender material arqueológico, algo que está prohibido por la ley del país. Así que tuvo que confesar que las piedras las hacía él y que, por lo tanto, no eran material arqueológico.

¿Qué podía hacer si no quería ir a la cárcel? Confesar que eran un fraude.

Las piedras encontradas en el desierto de Ocucaje, en los alrededores de Ica, están labradas con imágenes de operaciones quirúrgicas milenarias, de hombres conviviendo con los dinosaurios y las más fantásticas que uno pueda imaginarse.

Al verlas, como estaba haciendo en aquel momento, uno no podía más que preguntarse: ¿serán auténticas? Y si lo eran, ¿serían la mejor prueba de que una civilización desconocida existió en este mundo nuestro?

Me tomé tiempo para observarlas, para tomarlas en mis manos, para contemplar los dibujos. Algunas habían perdido nitidez, pues entre el polvo y los escombros apenas quedaba nada en claro.

Eugenia regresó. Le di las gracias por su amabilidad. También le di mis datos; si podía hacer algo, quería que contara conmigo y con mi ayuda. No me gustaría que todo aquello se echara a perder.

Me di cuenta de que apuntaba mi dirección como un mero acto de compromiso y que estaba a punto de tirar la toalla. Allí a alguien no le interesaba que se siguiera hablando de aquellas misteriosas piedras.

Me despedí de ella con un beso en la mejilla y salí a la plaza.

Nazca estaba a pocos kilómetros y tenía tiempo de tomar un café antes de buscar transporte hacia allí.

Caminando entre los edificios, me encontré con una librería medio derruida. Los libros antiguos estaban almacenados por todos los lados. Me paré un poco a mirarlos. Uno de ellos me llamó la atención. Hablaba de la historia de las piedras de Ica, como no podía ser de otra manera. Hojeándolo me llevé una sorpresa.

El libro se titulaba *Noticias históricas* y había sido publicado en su original por el jesuita fray Pedro Simón en el año 1626, según se decía. En el capítulo «Noticias 4 y 5» pude leer cómo este religioso menciona, ya en aquel tiempo (¡1626!), una referencia a lo que él llama las piedras grabadas de Ica.

Gracias a unos indígenas, había conocido el santuario secreto del cerro de Ocucaje. La Iglesia le encargó hacer un inventario sobre él sin revelar su existencia y significado.

Incluso, según se cuenta, habría mandado a sus superiores una piedra desconcertante. En ella se veía una escena representando el pecado original, la Natividad, la fuga a Egipto y la Pasión de Jesús. ¡Casi nada!

Tuve que frotarme los ojos para ver si había leído bien. Sí, así estaba escrito.

Mientras sopesaba la nueva información, el empleado salió del fondo de la tienda y, al verme, me preguntó:

—¿Le interesan las piedras de Ica?

—Claro —le contesté—. ¿Tiene más información sobre las piedras en la época anterior al doctor Cabrera?

Sonrió y me dijo:

—Mucha. En este pueblo han pasado muchas cosas malas y Dios nos ha castigado con el terremoto. No se puede ocultar la

verdad por mucho tiempo. Y eso es lo que han estado haciendo aquí. —Supongo que mi acento de extranjero le dio confianza para explayarse—. Mira, aquí hay más información. Hablan de datos que ya mencionan las piedras antes del año 1650. Hay un comentarista indígena, Juan Santa Cruz Llamqui, que indica en *Relación de antigüedades del reino de Perú* que en los tiempos del inca Pachacútec fueron halladas en el reino de Chíncha muchas piedras labradas denominadas «mancos». Y hay más... En 1955 los hermanos Carlos y Pablo Soldi llegaron a coleccionar 114 de esas misteriosas piedras. Según se dice, las donaron al Museo Regional de Ica.

—¿Dónde están?

—Nadie lo sabe. Las piedras ya aparecían antes de que el doctor Cabrera las diera a conocer. Así que la historia no puede ser como la están contando. Puede que Basilio y su familia elaboraran algunas de las piedras para sacar algo de dinero, pero no son los autores de todas ellas... Aunque a nadie le interesa ya la historia. Si te vas a excavar al desierto, aún siguen saliendo piezas. Ojalá algún día alguien quiera aclarar el misterio. Si no, me temo que se va a quedar sepultado entre las ruinas del terremoto. Eso parece que interesa a muchos por aquí.

—Ojalá no ocurra, perderíamos una información única —le dije—. Gracias por los datos. Me has dado muchas nuevas pistas. Te deseo lo mejor. Dame alguna guía de la zona... Así te pago un poco tu tiempo.

Sacó varias guías llenas de polvo y me las ofreció. Unos pocos soles sirvieron para que recaudara algo de dinero aquel día.

Dejé el café para otro momento. Fui a la tienda de cambio a recoger mi equipaje; al lado esperaba un taxi que me llevaría hasta el aeródromo de Nazca.

Las pistas de Palpa

Cincuenta kilómetros al sur de Ica se encuentra el aeródromo de Nazca, el lugar desde donde salen las avionetas para sobrevolar las famosas líneas de Nazca.

Había pasado momentos inolvidables allí, cuando en el año 1999 llegué por primera vez. Carlitos Palacín, el jefe del aeródromo, me recibió como a uno más de su familia. Fue una delicia estar con ellos, comer con los pilotos de la base, escuchar sus aventuras, sus sobrevuelos por las líneas... Contaban muchas historias de avistamientos de Ovnis y alguna que otra aventura inconfesable.

Sin olvidar mis correrías con *Walter*, un monito travieso que me adoptó durante mi estancia en la zona. Fue allí donde por primera vez escuché hablar de las nuevas líneas: las de Palpa.

El taxi me dejó en la puerta del aeródromo en menos de una hora.

Antes de abandonar el taxi me tocó discutir con el conductor, pues me quería cobrar más de lo que habíamos pactado. Tras un breve forcejeo, tomé mi equipaje y entré en la oficina del aeropuerto. Había cambiado mucho desde mi anterior visita.

Pregunté por Carlos Palacín Fernández y salió su hermana a recibirme (María Consuelo *Pocha*). Él en ese momento no estaba.

Me presenté y le expliqué el motivo de mi viaje. Le recordé mis anteriores visitas y le di detalles de mi estancia por allí, en compañía de su hermano y los otros pilotos.

—Las cosas han cambiado mucho por aquí en estos años, ya lo habrás podido comprobar. Carlos regresa esta tarde. Si quieres, te puedes alojar aquí con nosotros y esperarle. Si vienes a volar, hoy ya no se puede, no hay condiciones para ello. Así que vas a tener que esperar.

Le pregunté por algunos conocidos. Casi todos se habían marchado.

Antes ellos eran los únicos que sobrevolaban las famosas líneas y el aeródromo era suyo. Ahora existían multitud de compañías que realizaban el vuelo, y el aeropuerto había tomado el nombre de María Reiche Neuman, la investigadora de las líneas.

Hice caso a *Pocha* y me alojé en el pequeño hotel al pie de las pistas.

El tiempo de espera lo dediqué a informarme sobre lo que había ocurrido en los últimos tiempos. Algo más que un terremoto había pasado por allí.

Carlos Palacín fue el fundador de Aerocondor en 1975. La primera compañía que se dedicó a sobrevolar las líneas de Nazca. En más de treinta y cinco años de operaciones transportó a más de veinte millones de pasajeros y operaba dieciséis destinos en todo el país.

Carlitos estaba considerado como uno de los padres de la aviación peruana.

En el año 2008 Aerocondor dejó de volar por algunos problemas. Diferentes sucesos, como el secuestro de hasta nueve avionetas por parte de narcotraficantes (según las noticias) y la muerte de cinco turistas franceses en el año 2008, en un accidente, mientras sobrevolaban las líneas, habían precipitado las cosas. ¡Sí que habían pasado cosas por aquí!

Después de comer, salí un rato a ver si me podía informar de algo.

Pregunté por Pocha, que, después de un momento de espera, me atendió. Le pregunté con quién podía volar.

—Tienes donde elegir, aunque yo te recomiendo hacerlo con ellos —dijo indicándome una compañía—. Son los que más seguridad ofrecen últimamente. Reserva tu vuelo para mañana, y si quieres visitar Palpa, hazlo saber, pues no hay mucha gente que quiera ir hasta allí. Ya sabes que aquí llegan sólo turistas que hacen el recorrido típico. No hay mucha gente que se interese por las líneas nuevas. Ah, he hablado con Carlos y se ha disculpado por su ausencia. Ha tenido que ir a Lima y no tiene pensado regresar en unos días. Te manda saludos y espera verte en otra ocasión. Lo siento.

Le agradecí la ayuda e hice mi reserva para el día siguiente.

Tras unas vueltas por la zona, volví a mi habitación a estudiar algunos datos sobre las nuevas líneas de Palpa. Eran el objetivo de mi nueva visita, y no podía desaprovechar la ocasión.

La historia de las líneas de Palpa es confusa. Los primeros geoglifos fueron descubiertos, al parecer, por Julio C. Tello junto con Alfred Kroeber y Toribio Mejía en 1926, cerca del poblado de Cantalloq.

Al verlos, no les dieron mayor importancia. Tan sólo quedó, como testimonio del descubrimiento, un pequeño artículo publicado por Toribio Mejía en 1942. Después, nadie supo de ellas.

Un hecho fortuito las sacó de nuevo a la luz. Las nuevas líneas de Palpa fueron redescubiertas «por casualidad» en 1997, por un grupo de arqueólogos peruanos y extranjeros dirigidos por Markus Reindel y Johny Isla, después de un sobrevuelo de rutina por la zona. Constataron que eran más antiguas que las famosas líneas de Nazca.

Por aquel tiempo, habían caído unas pocas gotas de lluvia sobre el desierto. La zona de Nazca constituye uno de los lugares más secos del planeta; casi nunca llueve. El agua separó un poco el polvo de la superficie de la tierra, lo que desveló un nuevo misterio. A partir de entonces, las nuevas figuras comenzaron a asombrar a los investigadores.

Mucho más extensas e importantes que las conocidas de Nazca, comenzaron a emerger de nuevo en zonas de Palpa como Sacramento, Pinchango y Llipata. Para comprender su importancia hay que añadir que las líneas de Nazca son unas cuarenta y las de Palpa más de mil (y con más variedad de figuras).*

* Fuente: http://wiki.sumaqpeni.com/es/L%C3%ADneas_de_Palpa.

Nunca he llegado a comprender cómo estas líneas han estado sumidas en el olvido, estando tan cerca de las otras... Quizás la razón esté en lo que en ellas se muestra.

Las líneas de Palpa están formadas por cientos de figuras. Gigantescos dibujos geométricos sin explicación. Como el famoso reloj solar. Un monumental diseño que mide ciento cincuenta metros.

Existen también formas de animales y de plantas que inundan toda la superficie en esta parte del desierto.

Y además, las más inquietantes: multitud de figuras con aspecto humano, casi ausentes en el desierto de Nazca.

Las más conocidas y representadas, entre estas últimas, son las de la familia real. En ellas se pueden apreciar tres figuras: un hombre, una mujer y un niño. Y junto a ellas se pueden observar figuras de seres extraños, chamanes, brujos y seres con tocados demasiado peculiares, según muchos, para ser de este planeta.

Entre los animales se pueden apreciar claramente un zorro, un pelícano y una ballena gigante que mide más de treinta metros.

Lo más significativo de todos estos diseños (a diferencia de los de Nazca, que sólo se aprecian desde el aire) es que están orientados hacia el valle y de esta manera facilitan su visión a todos sus habitantes.*

* Fuente: <http://axxon.com.ar/not/120/c-120InfoNazca.htm>.

La noche llegó y, como en la base no quedaba gente ni había mucho que hacer, me metí en la cama para madrugar al día siguiente y ser uno de los primeros en salir a volar. Sólo se hace a primera hora de la mañana, pues después el viento no lo hace demasiado seguro.

A las seis y media estaba ya despierto. Amaneció un día espléndido. Tomé un café (recomiendan no comer ni beber en exceso antes de volar) y me dirigí al mostrador de la compañía.

Nos habíamos apuntado muy pocas personas. Le pregunté al responsable si íbamos a volar y me dijo que sí, que no pensaban dejarme en tierra aunque tuvieran que llevarme solo.

Parece que los demás sólo deseaban ver las líneas de Nazca. Un rato de charla sirvió para convencerles de seguir ruta hasta Palpa, que estaba unos cincuenta kilómetros más alejada. Todos aceptaron y nos llevaron a una sala para ver un vídeo informativo en el que se mostraba parte de lo que íbamos a ver. Después, una pequeña avioneta de cinco plazas nos esperaba.

Cada uno ocupamos nuestra plaza en la ventanilla y, tras las informaciones de rigor y darnos el intercomunicador para escuchar al piloto, despegamos.

Sentí la tensión entre mis compañeros de vuelo. Es curioso lo tranquilo que me muestro siempre en estas situaciones. Si tu día ha de llegar, ¿para qué preocuparse antes?

La avioneta tardó un poco en tomar altura, pero enseguida el paisaje comenzó a aparecer debajo de nosotros. Hicimos una pasada por la pista de aterrizaje y tomamos rumbo norte.

Un poco más de veinte minutos de vuelo nos situó sobre el lugar.

El piloto empezó a enseñarnos las nuevas figuras de Palpa. Aparecieron los primeros animales y las descomunales figuras geométricas, que desde arriba parecían las balizas de un campo de aterrizaje.

El piloto viró hacia la sierra. Allí pudimos ver el reloj y la gigantesca ballena. Tras un rato más de maniobras por aquella zona, tomamos rumbo hacia las figuras humanas.

Allí estaban, desafiando al tiempo y a las explicaciones, la familia y un sinfín de tipos extraños, de los cuales no se habla: chamanes, brujos... ¿quién sabe?

Le pregunté al piloto si existían otras figuras de seres extraños. Al parecer me entendió y siguió la marcha hacia al este.

En el borde de la montaña, al pie de un valle rocoso, apareció una procesión de seres de apariencia humana, de difícil explicación. Dio dos pasadas para que pudiera verlas bien y tomó rumbo hacia Nazca.

Tras el vuelo de rigor sobre la araña, el mono y demás figuras famosas, nos mostró el astronauta: era una figura marcada en la ladera de un monte, muy diferente al resto de la llanura.

Había pasado algo más de una hora y llegó el momento de aterrizar. El vuelo se había dado bien. Todos nos felicitamos y nos despedimos.

Nadie preguntó nada. No había explicaciones que dar.

Yo traté de buscarlas. ¿Qué significaban aquellas figuras, casi humanas, de Palpa, tan diferentes de las de Nazca, a excepción

del astronauta? ¿Quiénes eran esos seres? ¿Qué deseaban mostrarnos?

Las respuestas que encontraba en los textos no me satisfacían.

Algo ocultaban aún esos misteriosos diseños. Quienes los hicieron conocían algo más de esos otros mundos.

¿Se trataba de un mapa, de un calendario, de un enorme aeropuerto, como algunos decían?

No había respuestas satisfactorias. Las líneas de Nazca y de Palpa seguían conservando su milenario secreto. Como si fueran un jeroglífico inmenso que el hombre no ha sido capaz aún de descifrar.

Pero había que darse prisa para encontrar respuestas. Una vez más, el tiempo jugaba en nuestra contra.

Para aumentar mis preocupaciones, encontré un texto en el que María Reiche decía: «De continuar este trajín, en poco tiempo no quedará nada de este valioso legado. Es urgente tomar medidas para evitar su destrucción». Cuánta razón tenía la «madre de las líneas»...

Antes de partir del aeropuerto, leí algunas noticias que me alarmaron:

Lo que la naturaleza ha custodiado durante más de dos mil años, el hombre lo está destruyendo a pasos agigantados.

Las líneas se encuentran en riesgo de desaparecer. Centenares de fotografías aéreas son testimonio del grave deterioro de este monumento cultural.

Casi la mitad de la figura del mono ya no existe, y en la del pez se observan huellas de los neumáticos de camiones que pasan por allí para evitar pagar peajes.

El tránsito de los vehículos muele la tierra compacta hasta convertirla en fino polvo, que se levanta en columnas blancas producidas por los ventarrones, que destruyen el fondo sobre el que los dibujos pueden distinguirse.

La incesante afluencia de turistas, los buscadores de oro y la basura representan una amenaza para este tesoro, declarado Patrimonio Mundial por la Unesco en 1994.

O hacemos algo, y pronto, o el ser humano destrozará estas pruebas de la antigüedad en muy poco tiempo.*

Me marché de allí rumbo a Lima con una sensación de pesar. El ser humano era capaz de destruir en minutos algo que se había conservado durante milenios.

Espero que, cuando regrese, las líneas sigan ahí aún, desafiando la mirada humana y sus explicaciones.

* Fuente: <http://noticias.univision.com/mundo/noticias/articulo/2004-09-27/lineas-de-nazca-en-peligro>.

19

Los indios hopi

Acababa de regresar de viaje. Por fin, podría estar en casa unos días y poner en orden todas las informaciones que se amontonaban en mi mesa.

Estaba organizándome cuando recibí una llamada.

Era de una productora de un programa americano. Les había llegado mi libro sobre los mayas y estaban muy interesados en hacerme una entrevista. Me invitaban a viajar a Miami (el canal era Univisión 23) y me prometían unas jornadas apasionantes.

Les di largas.

Desde hace algún tiempo evito viajar a los Estados Unidos; no me gusta nada la forma en la que algunos aduaneros se comportan con los viajeros que intentan entrar en el país. Nos tratan como si fuéramos delincuentes: horas de interminables colas en los mostradores de entrada, preguntas ridículas y malas caras que no te invitan, precisamente, a visitar el país.

Me había ocurrido siempre que había entrado en los Estados Unidos.

Recuerdo la última vez: una familia de Barcelona, que no hablaba inglés, se quedó bloqueada en la aduana. El marido tenía una crisis cardiaca y, hablándoles en inglés, les trataron como si fueran bandidos. Al final, medié para servirles de traductor y, con mi poco inglés, hice lo que pude para explicarle al «individuo» que estaba en el mostrador que el señor tenía problemas de salud. No sirvió de nada: a ella la facturaron para España y a él le metieron en una sala a la que, se suponía, llegaría un médico. La mujer, desconsolada, tuvo que abandonar a su marido sin entender qué ocurría allí.

Escenas como esa las he visto cada vez que he querido entrar o hacer escala en alguna ciudad de los Estados Unidos. Y que no se te ocurra poner mala cara, porque puedes acabar en una de las dependencias de la Policía, sometido a un control mucho más severo. Así son algunos de los funcionarios de fronteras americanos.

Y, por si fuese poco, creen que España está situada en algún rincón entre México y Perú... ¡El colmo!

Pero Melanie (así se llamaba la productora) insistía con nuevas llamadas y con su invitación para asistir al programa.

Con tanta obstinación consiguió su propósito y cedí, pero puse una condición: viajaría a Miami si me daban tiempo para visitar Arizona y la tierra de los indios hopi, una zona que me interesaba mucho; además, ellos debían pagarme los billetes.

Aceptaron y no tuve más remedio que preparar el viaje a los Estados Unidos.

Al llegar a Miami, volví a revivir las penurias de rigor para pasar la aduana. Trámites interminables que habían empeorado

desde los últimos atentados. Pero en aquella ocasión tuve suerte y pude pasar sin demasiadas complicaciones. En la zona de entrega de equipajes me esperaban para recogerme.

Un viaje en limusina hasta el hotel y una habitación de ensueño me hicieron olvidar las dificultades. Por la tarde asistí al programa. Les gustó lo que conté sobre los mayas y sus señales del futuro y alargaron la entrevista más de lo previsto, dejándome en la mesa de invitados durante un buen rato, mientras el programa se desarrollaba con otros temas.

Una vez terminado, los productores me entregaron el billete de avión para volar hasta Arizona; allí, alguien me esperaría para llevarme hasta la reserva de los indios hopi. Sólo me pidieron que, a la vuelta, regresara al programa para hablarles de mis aventuras. En eso quedamos.

Arizona. La tierra de los indígenas «Pueblo»

En Phoenix, la capital del estado de Arizona, me esperaba un individuo de aspecto indígena. Una furgoneta me trasladaría hasta la reserva.

Arizona perteneció a España durante algunos años, hasta que en 1821 pasó a control mexicano. Consiguió su independencia en el año 1848.

La ciudad era muy moderna, con esos toques inevitables de la colonización española: continuamente se oía hablar castellano, debido a la inmigración, aunque los más radicales sólo uti-

lizaban el inglés. Poco importaba que acabaran de llegar de México o de Guatemala.

Así ocurría con mis acompañantes, que hablaban inglés aunque provenían de El Salvador. Tanto el guía como el conductor eran inmigrantes que ya llevaban varios años en el país. «Qué dura es la vida de estas personas en esas tierras sin alma», pensé.

Tardamos algunas horas en atravesar un territorio lleno de cactus, la más fiel imagen del Oeste norteamericano, antes de llegar a la primera reserva.

En el hotel de Miami ya había buscado más información de los hopi, un pueblo que me interesa mucho: su historia, sus orígenes, sus creencias y sus profecías se me habían quedado impresas desde que, hace muchos años, realicé varios programas hablando de ellos.

Nuestro invitado, Efrén Álvarez, me dejó asombrado con los conocimientos de los hopi y esa fuerte carga de espiritualidad que aún seguían conservando. Él fue quien me contó que se trata de uno de los pueblos más antiguos de los Estados Unidos. Viven en la meseta central y ocupan actualmente el territorio de la reserva federal del pueblo navajo. Su cultura se pierde en la noche de los tiempos y conservan en sus poblados tradiciones que datan de más de mil años de antigüedad, aunque su origen se remonta mucho más atrás en la historia.

Efrén me habló también de Joseph F. Blumrich, un conocido ingeniero de la NASA que se apasionó por el estudio de la Biblia allá por el año 1970, concretamente por el pasaje del libro

del profeta hebreo que habla del rapto de Ezequiel en un carro de fuego.

Estas investigaciones le llevaron a descubrir las tradiciones de los indios hopi y sus «katchinas». Después de conocerlos, acabó entusiasmándose con ellos y llegó a ser muy amigo de uno de sus chamanes más importantes: Oso Blanco.

Esto es lo que podemos leer en sus conclusiones:

Joseph F. Blumrich, entusiasmado por los vuelos espaciales en la antigüedad, se entrevistó con Oso Blanco, un chamán de la tribu hopi, que le narró la historia de su pueblo y le habló de los siete mundos, de escudos volantes con forma de lenteja, de cómo su pueblo estuvo en contacto con los katchinas, unos enigmáticos seres de aspecto humano provenientes del planeta Toonaotekha, y de las coincidencias entre la tradición oral de esa tribu y lo dicho por Ezequiel.

Estos katchinas eran capaces de trasladarse por el aire a velocidades asombrosas gracias al impulso de una «energía magnética» y de aterrizar en cualquier parte.

A bordo de esos escudos volantes trasladaron a los supervivientes del hundimiento del Tercer Mundo (Kasskara) hasta el continente americano.

Siempre según las explicaciones de Oso Blanco, estos humanos, rescatados de lo que en Occidente se conoce por Atlántida, pasaron a habitar primero América del Sur y luego el Norte.

«Nos trajeron desde el Ártico Norte, en tiempos remotos, a bordo de grandes pájaros de hierro».

Según Oso Blanco, los supervivientes, entre ellos los antepasados de los hopi, llegaron a Oraibi, donde fundaron su principal asentamiento en Arizona.

El mismo Oso Blanco describió cómo eran esos escudos volantes que asombraron al ingeniero de la NASA: «Si de una calabaza cortas la parte inferior, obtendrás una corteza; lo mismo debe hacerse con la parte superior. Si luego se superponen ambas partes, se obtiene un cuerpo con forma de lenteja. Este es, básicamente, el aspecto de un escudo volador».

Extraña descripción para lo que muchos consideran la prueba más real de que, en otros tiempos, existieron seres fantásticos que poblaron la Tierra.

Para ellos, los hopi eran la prueba viviente de estas aseveraciones.*

Había aún muchos más datos:

De acuerdo con la tradición hopi, la historia de la humanidad está dividida en periodos que ellos denominan «mundos», los cuales están separados entre sí por terribles catástrofes naturales: el primer mundo sucumbió por el fuego, el segundo por el hielo y el tercero por el agua.

Actualmente vivimos en el cuarto mundo. La humanidad, según esta antigua tradición, vivirá en total siete mundos.

* Fuente: <http://www.indioshopi.com/2007/11/los-hopi-y-los-viajes-areos.html>.

Los humanos de los que descendían los hopi estaban en contacto con los katchinas —también se les llama venerables sabios— desde el inicio del primer mundo.

Los katchinas eran, según sus relatos, seres visibles, de apariencia humana, y nunca fueron dioses sino seres de conocimientos superiores a los del ser humano.*

El gran viaje

Como tenían cuerpos como los nuestros, para desplazarse de un lugar a otro necesitaban lo que hoy se conoce como escudos voladores. Gracias a ellos, realizaron «el gran viaje».

El origen de su mundo estaba situado en un lugar conocido como Kasskara. Desde allí, empujados por las sucesivas destrucciones, se fueron desplazando hasta nuevas tierras.

Los pobladores elegidos llegaron a la nueva tierra por tres caminos diferentes. Los seleccionados para recorrerla, inspeccionarla y prepararla fueron llevados allí por el aire, a bordo de los escudos de los katchinas.

El resto de la población tuvo que viajar a bordo de barcas.

Cuenta la tradición que este viaje se efectuó a lo largo de unas islas que, en dirección noreste, se extendían hasta las tierras de la actual América del Sur.

* Fuente: <http://nuevafrontera.wordpress.com/2010/09/28/katchinas>.

Después de un largo viaje, llegaron hasta una ciudad que bautizaron con el nombre de Tautoma, que viene a significar «la tocada por el rayo».

Tautoma fue también el nombre de la primera ciudad que erigieron a orillas de un gran lago.

De acuerdo con los conocimientos actuales, Tautoma se identifica con Tiahuanaco, mientras que el lago corresponde al Titicaca, en la frontera actual de Perú con Bolivia.

Posteriormente, un cataclismo destruyó la ciudad y la población se fue desperdigando por todo el continente.

Durante un largo periodo de tiempo estos hombres procedentes del Pacífico se fueron repartiendo en grupos y clanes por los dos subcontinentes. Algunos de estos clanes iban en compañía de los katchinas, quienes, a menudo, intervinieron para ayudarles.

Los hopi formaban parte del grupo de tribus que emigraron en dirección norte, sus leyendas recuerdan un periodo en el que atravesaron una calurosa selva y otro en el que se toparon con una «pared de hielo» que les impidió el avance hacia el norte.

Mucho tiempo después de estas migraciones todavía había clanes que seguían conservando las antiquísimas doctrinas.

Con el tiempo, estos clanes se reunieron y construyeron una ciudad que recibió el nombre de «la ciudad roja», a la que se identifica con Palenque, en el Yucatán mexicano.

Tras un periodo de numerosos enfrentamientos entre las ciudades establecidas en el Yucatán, sus habitantes abandonaron la zona y reemprendieron la migración hacia el norte.

Durante aquella turbulenta época, los katchinas abandonaron la Tierra.

Los pocos clanes que mantuvieron vivo el antiguo saber se juntaron, más tarde, en Oreibi, convirtiéndose en el núcleo en el que se conservaron vivas las tradiciones.

Esta tradición sigue tan viva que algunos pueblos que habitan la zona —como los indios zuñi y pueblo, que junto con los hopi forman el grupo de pueblos agricultores de la actual Arizona— siguen conservando los antiguos ritos, como el culto de la serpiente emplumada como deidad celeste, lo que indica el origen mexicano de ciertos elementos de su religión al enlazar directamente con la imagen y culto de Quetzalcóatl y Kukulcán.*

Es sorprendente comprobar cómo las antiguas tradiciones están entrelazadas, como si todas tuvieran un origen común. Con el tiempo se desperdigaron por todo el planeta dándonos las pistas para que, ahora, las recompongamos partiendo de los restos que nos dejaron. Y, quizás, el lugar del mundo en el que más vivas están es Oreibi, la tierra de los hopi. El lugar que yo estaba a punto de visitar.

Mis acompañantes, Charlie y Mark, Carlos y Marcos en sus nombres autóctonos, me llevaron hasta el centro de recepción de visitantes del poblado y allí me dejaron. Regresarían al día siguiente para llevarme de nuevo al aeropuerto.

* Fuente: <http://alaluzdelamor.blogspot.com/2010/09/inf-tejeda-los-amigos-voladores-de-los.html>.

Bajé de la furgoneta y me asombré del tinglado que habían montado los indígenas en aquella reserva.

Tenían centros de consulta, de interpretación de su cultura (desde donde salían las excursiones hacia sus lugares sagrados) y hoteles donde alojarse.

Me registré en uno de ellos y me quedé a esperar a mi nuevo guía. Cuando llegó le advertí de mi interés por conocer la Roca Sagrada de los indios hopi y me dijo que debía esperar un rato más mientras organizaban la salida.

Era mediodía y el sol iluminaba la tierra roja de una manera que nunca había visto. El paisaje era alucinante, como esos que hemos visto mil veces en las películas del Oeste, pero esta vez de verdad.

Mientras esperaba, ya instalado en mi habitación, seguí leyendo más información sobre la zona.

Era asombroso.

Los cuatro mundos

Las tradiciones hopi relatan tres mundos diferentes antes del actual.

El primer mundo fue destruido por el fuego.

Hace unos 200.000 años existió una gran actividad volcánica que arrasó toda la zona. Sus huellas aún son perceptibles. Ese fuego purificador se llevó consigo todo el mundo conocido.

El segundo mundo fue destruido por el hielo. Hay datos recogidos de una terrible glaciación que asoló todo el norte del planeta, llegando hasta las tierras de Arizona, hace alrededor de 100.000 años.

El Tercer Mundo fue destruido por el agua. Se trata de un momento histórico del que hablan muchas tradiciones (incluso aparece en la Biblia) y que se materializó en lo que conocemos como el diluvio universal. Sucedió hace unos 12.000 años, y sus efectos llegaron hasta las mesetas desérticas de Arizona.

Quedan otros cuatro mundos, y el cuarto, el nuestro, está cercano a su fin. Al menos, eso es lo que anuncian las famosas profecías hopi.

Todo ello quedó plasmado en la famosa roca. En ella, unos extraños jeroglíficos anuncian nuestro fin y recogen todos los detalles de cómo sucederá.

En la roca se pueden ver extraños artefactos que han llamado la atención de los observadores más escépticos. Según las interpretaciones, no hay duda: representan objetos volantes antiguos. Quizás son el recuerdo de esos escudos volantes que sirvieron para salvar al pueblo de los hopi y traerles hasta su nuevo paraíso: Oreibi.*

¡Era asombroso! Y aún había más datos de visitas de seres de otros mundos, de la promesa de su regreso y claras advertencias para nuestro futuro.

* Fuente: <http://seresnativos.blogspot.com/2011/01/los-4mundos-hopi-y-el-que-se-inicia.html>.

Quizás ahí radicaba el mensaje más claro de este pueblo, sus famosas profecías inscritas en una roca: «la roca de las profecías hopi».

La roca de las profecías

El tema de las profecías me apasiona desde hace mucho tiempo, y posiblemente las más significativas y claras son las que ha dejado el pueblo hopi. De ahí venía mi interés por visitarlos y por conocer algo de sus tradiciones.

Sonó el teléfono de mi habitación y me anunciaron que ya estaba listo el transporte para salir a realizar la visita. Fui hasta la recepción y allí esperaban otros cuatro «blanquitos» más. Les pregunté si iban a ver «la roca» y asintieron. Íbamos a ser compañeros de aventura aquella tarde.

Un tipo fornido, con el cabello largo y muy negro, nos dio la bienvenida, repartió unos auriculares y nos dispuso en el todoterreno.

Enseguida partimos. Dejamos atrás la carretera asfaltada y nos internamos en pistas de tierra.

A lo largo del trayecto, Nube Azul —ese es el nombre que entendí— fue relatándonos, con un sistema ultramoderno de comunicación, parte de la historia de su pueblo. Hablaba a un pequeño micro que colgaba de su cabeza y nosotros lo escuchábamos perfectamente a través de los auriculares que llevábamos.

Nos contó que era uno de los guías de la tribu. Su familia había vivido allí desde siempre; él consiguió aguantar el envite del alcohol, que había llevado a la mitad de su pueblo por los caminos de la perdición.

Nube Azul, más arraigado a sus tradiciones, permaneció en la reserva hasta que las circunstancias comenzaron a virar hacia un futuro más esplendoroso para su tribu. Las cosas habían cambiado mucho en la zona por el interés que la cultura hopi había despertado en todo el mundo. Eso hizo que comenzaran a llegar los primeros viajeros y, después, los turistas dispuestos a conocer las antiguas tradiciones de su pueblo. Tradiciones que, más allá de su aspecto folclórico, reservaban muchas enseñanzas para la humanidad.

Me dispuse a no perderme nada de lo que contaba, pues, aunque fuera la versión turística, seguro que me alumbraba en mi camino. ¡No imaginaba lo que me sorprendería con lo que nos relató!

—Cuando los hopi llegaron a estas tierras, guiados por la estrella azul Katchina, les anunciaron que el Hermano Blanco de las estrellas regresaría antes del final del cuarto mundo. Pero les advirtieron que deberían estar atentos para reconocer al «verdadero Hermano Blanco».

»Poco tiempo después llegaron los españoles y los hopi les preguntaron: “¿Sois vosotros el verdadero Hermano Blanco?”. Los españoles respondieron: “¿Dónde está el oro, dónde está el hierro amarillo?”. Los hopi supieron que no eran los blancos que esperaban. Más tarde llegaron los demás europeos y los hopi preguntaron: “¿Sois vosotros el verdadero Hermano Blan-

co?”. Pero aquellos blancos sólo deseaban ir a California, en plena fiebre del oro, puesto que el metal amarillo les había vuelto locos.

»Mi pueblo —continuó relatando— ha reunido en lápidas de piedra, mediante inscripciones que ya se han desentrañado, toda la historia futura de la humanidad, hasta el final del cuarto mundo. En ellas hay inscripciones en las que se recoge todo lo que ha de ocurrir antes de la siguiente depuración del mundo.

»Esas lápidas anunciaron a los hopi que primero llegarían gentes acompañadas de extraños animales tirando de cajas (los carros con los que los colonos surcaron las praderas). Después de estas cajas, llegarían otras que se moverían por sí solas (los automóviles que más tarde atravesarían sus tierras). Las praderas se llenarían de hilos de hierro por donde cabalgaría un extraño artefacto echando humo (se referían al ferrocarril, que pronto uniría las dos costas de los Estados Unidos).

»Les dijeron también que se extendería un hilo plateado a través de la Tierra en el que se reflejarían la Luna y las estrellas (hacían alusión a las carreteras que, bajo la luz del Sol y de la Luna, refulgían como algo vivo). Predijeron también que verían extrañas telas de araña en el cielo a través de las cuales la gente podría hablar. —En ese momento Nube Azul nos las señaló con la mano en alto: eran las líneas de teléfono que discurrían paralelas a los caminos. Y prosiguió—: Anunciaron también que habría una gran señal para que mi pueblo supiera que todas estas profecías se estaban cumpliendo: sería el momento

en el que el “gran águila” caminara sobre la Luna. —En ese instante, nuestro guía hizo una pausa y nos preguntó—: ¿Sabéis cuándo fue ese momento?

No quise pasarme de listo, pero conocía la respuesta y le dije:

—Fue el momento en que el astronauta americano Neil Armstrong bajó de su nave espacial al suelo lunar y dijo: «El águila ha tomado tierra».

—Sí, señor —dijo Nube Azul, clavándome sus intensos ojos negros—. En ese momento nuestro pueblo supo que se estaba cumpliendo la profecía hopi. La señal era muy clara: ¡el gran águila había pisado la Luna!

»Con el tiempo se fueron cumpliendo las otras advertencias. Se dijo que llegaría la hora en que dos potencias sacudirían la Tierra. El símbolo de una de ellas sería el Sol naciente (Japón) y el de la otra sería el signo de las cuatro direcciones. ¿Lo reconocéis? Está haciendo alusión a las dos guerras mundiales. Durante la Primera Guerra Mundial, los alemanes usaron la cruz de Malta como insignia propia; en la Segunda Guerra Mundial, adoptaron la esvástica invertida. Los dos son símbolos que nuestro pueblo ha reconocido como de las cuatro direcciones.

»Se dijo a los hopi que, en el transcurso de este segundo gran conflicto, una de las potencias vertería una calabaza de cenizas desde el cielo que haría hervir los ríos y mataría los peces, llevándose tras de sí todo resto de vida humana.

Las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki vinieron de inmediato a mi cabeza.

Nube Azul siguió dándonos más detalles de las tradiciones de su pueblo:

—También se dijo al pueblo hopi que viajaría a un lugar en el que se reunirían todas las naciones del mundo y que tratarían de convencerlas para que volvieran a las costumbres sagradas. Fue el momento en el que los ancianos de mi tribu fueron invitados, en cuatro ocasiones, al edificio de las Naciones Unidas, donde no les fue permitido dirigirse a toda la Asamblea General. Las profecías habían advertido que, de ocurrir esto, la hora de la depuración sería inminente. Por lo que los hopi regresaron a sus tierras.

El coche se detuvo un momento y Nube Azul nos invitó a salir para enseñarnos algunos de los lugares de su pueblo. Montañas repletas de cactus ocupaban todo el paisaje. Era la típica imagen de las praderas norteamericanas, la tierra de los indígenas que el cine nos había enseñado a todos.

Mis acompañantes aprovecharon para fumar un cigarrillo y yo me acerqué a Nube Azul para explicarle mi interés por su pueblo. Le conté que la casualidad me había llevado hasta allí y que estaba escribiendo un libro con un capítulo dedicado a su pueblo y sus mensajes.

Le agradó que alguien del otro lado del mundo, de España, se interesara de manera seria sobre sus gentes, y su relación conmigo se hizo más cálida.

El conductor, otro indígena, nos indicó que subiéramos al coche, pues no quedaba mucho para ver la roca sagrada y teníamos que llegar antes de que el sol se ocultara.

Dentro del vehículo, Nube Azul nos habló del cuarto mundo. Todos escuchábamos absortos lo que relataba.

—Los tres mundos acabaron y está a punto de hacerlo el cuarto. Según los escritos sagrados, la cuarta depuración de este planeta llegaría por la acción conjunta de los cuatro elementos. Esto significa que asistiremos a grandes inundaciones en muchos lugares; en otros soplarán los vientos más intensos que jamás hayamos visto, temblores de tierra, erupciones volcánicas... Veremos cómo la tierra, el agua, el fuego y el aire participan en el proceso de depuración.

El silencio se adueñó del coche.

Yo pensé que eso estaba ocurriendo ya, pues todos los días nos despertamos con noticias de inundaciones, terremotos, volcanes en erupción...

La piedra de los hopi

Llegamos a una meseta en la que había unas piedras protegidas con cuerdas.

—Ya estamos —nos dijo.

—Esta es la famosa piedra de las profecías hopi; aquí los enviados del cielo, los katchinas, nos legaron los datos de nuestro futuro. Os voy a explicar un poco su significado; si os interesa con más detalle, en el centro os puedo dar más información.

Formando un círculo a su alrededor, nos detalló cuál era el significado de aquellos extraños signos.

Me atreví a preguntarle sobre el símbolo que representaba a los escudos volantes y él me lo señaló. Se trataba de un signo que ya me había acostumbrado a ver en mis viajes: en el desierto del Sáhara, en Mauritania, en el Tassili... Estaba por todo el mundo.

—Hemos de marcharnos; vamos a llevaros a ver un espectáculo único.

Subimos al coche y, en unos pocos minutos, llegamos a una falla en el terreno (supuse que algo parecido al Gran Cañón). Allí asistiríamos a la puesta del sol.

Nube Azul nos explicó que para su pueblo ese momento era mágico. Las sombras atenazaban el mundo y los espíritus no humanos salían de sus moradas.

Nos sentamos al borde de las rocas y asistimos a un espectáculo increíble. Cuando el sol terminó de ocultarse, regresamos al hotel.

Nos despedimos de Nube Azul y del chófer y volvimos a nuestras habitaciones. Antes de dejarle, le dije que deseaba tener más información sobre el significado de las profecías hopi. Entró en una oficina y me sacó unas hojas.

—Las tengo en inglés y en castellano, ¿cómo las quieres?

—En castellano, así lo entenderé mejor.

Le di la mano y él me saludó agarrándome el brazo.

Fui a mi habitación, me di una ducha y me preparé para ir a cenar.

A la mañana siguiente tuve tiempo para visitar algunas reservas más antes de ir al aeropuerto.

Varias escalas por ciudades que no había oído nombrar en mi vida e infinidad de horas de vuelo me devolvieron a mi hotel en Miami.

Al entrar en mi habitación tenía una nota de los productores del programa. Mi cena me esperaba, y a las diez pasarían a recogerme para una nueva entrevista en el canal de televisión.

Allí relaté parte de mis aventuras y datos acerca de las profecías hopi. Interesaron tanto que las centralitas se bloquearon de llamadas.

Al terminar mi intervención, uno de los productores ejecutivos me dijo que tenía que volver al programa. Lo aplacé y le dije que cuando saliera mi próximo libro. Una limusina, al más puro estilo americano, me dejó, de nuevo, en el hotel.

Al día siguiente regresé a casa.

Había mucho que asimilar y que agradecer. Aquel programa, al que me había negado a ir tantas veces, me había dado la oportunidad de completar uno de los capítulos que más me interesaban de esos otros mundos.

Profecía de los indios hopi (1920)*

El Gran Abuelo habla como portavoz del Gran Espíritu Guerrero de las visiones que recibió a la entrada de la Gran Caverna Eterna:

* Fuente: «La profecía hopi», <http://www.gracias-sol.com/PROFECIA.html>.

La Tierra está muriendo. La destrucción del hombre está cerca, tan cerca que todos debemos trabajar para cambiar el camino de destrucción. Debemos pagar por los pecados de nuestros abuelos y abuelas, porque por mucho tiempo hemos sido una sociedad que mata a sus nietos para alimentar a sus hijos.

No puede haber descanso, ni podemos renunciar. Demasiados han renunciado en el pasado. Es fácil vivir una vida espiritual lejos del hombre, pero la realidad de la visión sólo puede ser vivida cuando se participa en la sociedad.

He tenido la visión de la destrucción del hombre. Pero al hombre le serán dados cuatro signos de advertencia: dos de ellos para darle la oportunidad de cambiar y otros dos para dar a los Hijos de la Tierra la ocasión de escapar de la ira del Creador.

Los signos serán obvios para ti y para quienes han aprendido a escuchar al Espíritu de la Tierra. Pero para aquellos que viven en la carne y sólo para la carne, no habrá conocimiento ni comprensión.

Cuando estos signos, advertencias y profecías se hagan manifiestos, entenderás la urgencia de lo que digo. Entonces comprenderás por qué uno no debe trabajar sólo por su fuerza espiritual, sino para dar acceso a la fuerza espiritual al hombre moderno.

EL PRIMER SIGNO

Siguiendo al Gran Espíritu Guerrero, entré en un mundo desconocido. Estaba en un mundo seco, con poca vegetación. En la distancia vi un poblado construido con carpas y telas, en lugar de los materiales nor-

malmente usados por el hombre. Cuando nos acercamos, el olor de la muerte me afectó y me sentí enfermo.

Escuché el llanto de los niños, las quejas de los mayores y sonidos de dolor y desesperación.

Pilas de cuerpos se amontonaban en el costado de las trincheras, esperando para ser sepultados, con sus rostros contorsionados y deformados por la muerte de inanición. Los cuerpos eran más esqueletos que carne, y los niños y mayores tenían el mismo aspecto; su piel, originalmente morena, ahora mostraba un color ceniza.

Cuando entré en el poblado, el horror de las muertes por hambre me golpeó más fuerte aún. Los niños apenas caminan, los mayores yacen moribundos sobre el suelo y hay dolor, llanto y miedo por todas partes. La presencia de la muerte y la sensación de desesperanza me sobrecogieron.

Un adulto me habló en un lenguaje desconocido. Comprendí que no era un hombre de carne y hueso, sino el espíritu de un hombre que un día transitó por el camino espiritual, posiblemente el chamán de su tribu.

Entonces comprendí lo que trataba de decirme con sus lentas palabras: «Bienvenido a lo que llamamos la tierra del hambre. El mundo un día mirará esto con horror. Este será el primer signo de que el hombre no puede vivir prescindiendo de las leyes del Creador, ni puede luchar contra la Naturaleza. Si el hombre comprende que tiene la culpa de esta calamidad, de esta hambre sin sentido, habrá aprendido una gran lección. Pero me temo que el hombre no asumirá su culpa y acusará a la Naturaleza de sus desgracias. No comprenderá que él creó este lugar de muerte al forzar a las gentes a tener muchos hijos.

»Cuando las leyes de la tierra fueron violadas, la gente murió de hambre, tal como la naturaleza mata de hambre al venado cada vez que su población crece demasiado para que la tierra lo sostenga. Una vez supieron cómo vivir con la Tierra y su riqueza se medía en felicidad, amor y paz. Pero esto les fue despojado cuando fueron considerados como una sociedad primitiva.

»El mundo les mostró cómo cultivar y vivir de un modo menos primitivo, pero se empeñaron en vivir fuera de las leyes de la Creación y, como resultado, ahora les fuerza a morir».

El viejo se alejó y regresaron la muerte y la desesperación. Se volvió hacia el Gran Abuelo por última vez, diciendo: «Este será el primer signo. Primero vendrá el hambre y, después, más hambre. Nada captará la atención del mundo con tal impacto como lo hará este signo. Los Hijos de la Tierra aprenderán las lecciones contenidas en todo este dolor, pero el hombre lo tomará como una calamidad más, culpando a la Naturaleza en lugar de a sí mismo».

Al desaparecer el anciano, el Gran Abuelo se encontró de nuevo en la entrada de la Caverna Eterna y cayó en un profundo sueño, y en él, el Gran Espíritu Guerrero le habló de nuevo: «Durante los años de calamidad del primer signo, una enfermedad caerá sobre el hombre, una enfermedad que barrerá la Tierra y aterrorizará a las masas. Los médicos no tendrán respuestas y un gran grito de dolor se esparcirá sobre la Tierra.

»La enfermedad provendrá de los monos, las drogas y el sexo. Destruirá al hombre desde adentro, haciendo que cualquier enfermedad común sea una enfermedad mortal. El hombre contraerá esta enfermedad como resultado de su vida, su adoración por el sexo y las drogas y su vida alejada de la Naturaleza.

»Esto también es parte del primer signo de advertencia. Las drogas producirán guerras en las ciudades del hombre y las naciones se levantarán contra esas guerras y contra esa enfermedad mortal. Pero lucharán de manera equivocada, atacando el efecto en lugar de la causa.

»Nunca ganarán esta guerra hasta que la nación, la sociedad, cambie sus valores. En ese momento el hombre tendrá la oportunidad de cambiar el curso del futuro. Puede aprender una gran lección de la calamidad y la enfermedad. Pero hasta que no aparezca el segundo signo, la Tierra no podrá ser curada en lo material. Sólo una curación espiritual puede cambiar el futuro de la humanidad».

EL SEGUNDO SIGNO

El Gran Abuelo despertó nuevamente a la entrada de la Caverna. Al mirar a su alrededor toda había cambiado. Los campos se veían más secos, sin vegetación, y los animales estaban moribundos.

Un hedor mortal se levanta de la tierra y el polvo es grueso y pesado; el calor resulta intenso y opresivo. Al mirar al cielo, el sol aparece más grande y más intenso. No se ven pájaros ni nubes. Entonces, el cielo se agita y aparecen grandes agujeros en él. Estos se abren con un gran estruendo que resuena como el trueno, y la tierra, las rocas y el suelo se estremecen.

La piel del cielo parece abrirse en heridas, como las heridas de una peste, un gran mar flotante de pestilencia, aceite y peces muertos.

Fue a través de uno de estos agujeros por donde el Gran Abuelo vio los cuerpos de delfines muertos, junto con grandes levantamientos de la tierra y violentas tormentas.

Al sostenerse del temblor de la tierra, sus ojos bajaron del cielo y todo a su alrededor era un desastre. Montones de desechos se elevaban hasta el cielo, los bosques yacían arrancados y moribundos, las costas inundadas y las tormentas cada vez más violentas.

A cada momento, la Tierra se sacude más fuertemente, amenazando con partirse y tragar al Gran Abuelo.

De pronto, la Tierra deja de temblar y el cielo se despeja. El Gran Espíritu Guerrero aparece caminando entre el aire polvoriento y se detiene a corta distancia del Gran Abuelo.

Al contemplar su rostro, el Gran Abuelo ve lágrimas cayendo de los ojos del Gran Espíritu Guerrero, y cada lágrima cae sobre la Tierra con un sonido cristalino.

El Gran Espíritu contempla al Gran Abuelo por largo tiempo y, finalmente, dice: «Agujeros en el cielo».

El Gran Abuelo piensa: «¿Agujeros en el cielo?».

Y el Gran Espíritu responde: «Este será el segundo signo de destrucción del hombre. Los agujeros en el cielo y todo lo que has visto podrá ser realidad. A partir de este momento, el hombre ya no podrá curar a la Tierra mediante ninguna acción física. Deberá trabajar más duro para cambiar el futuro. Pero no debe trabajar materialmente, sino espiritualmente a través de la invocación, pues sólo por la invocación puede el hombre curar a la Tierra y a sí mismo».

El Gran Abuelo vacila en creer en los agujeros en el cielo. Hay una larga pausa. Entonces, el Gran Espíritu se le acerca susurrando: «Estos agujeros son el resultado de la vida del hombre, sus viajes y los pecados de sus abuelos y abuelas, y serán el legado de sus vidas alejadas de la Naturaleza. Estos agujeros marcan un momento de transición en el

pensamiento de la humanidad. Quedarán obligados a elegir entre continuar su sendero de destrucción o regresar a la sabiduría de la Tierra y a una existencia más sencilla. Se debe elegir o todo estará perdido».

Entonces, el Espíritu se volvió y desapareció caminando entre el polvo.

EL TERCER SIGNO

En los días siguientes, el Gran Abuelo pasó a la entrada de la Caverna, pero nada le habló, ni siquiera la Tierra. El Gran Abuelo dice que fueron días de gran tristeza y soledad, días para digerir lo que había visto.

Supo que estos signos no aparecerían durante su vida, pero que debían ser transmitidos a la gente del futuro con la misma fuerza y sentido de urgencia que le habían sido dados. Pero no sabía cómo hacerlo. Seguramente, los chamanes y ancianos comprenderían, pero no la sociedad.

Estuvo sentado cuatro días, inmóvil, como hecho de piedra, con su corazón pesado por la carga que había contraído.

Al final del cuarto día, llegó la tercera visión. Contemplando los campos hacia la puesta del Sol, el cielo se tornó líquido y de color rojo sangre.

Hasta donde sus ojos podían contemplar, el cielo era de color rojo intenso, sin sombra, nube o variación alguna en su textura. Toda la Creación parecía haberse detenido, como en espera de una orden superior. El tiempo, el lugar y el destino parecían suspendidos en el cielo de sangre.

Contempló largo tiempo el cielo, presa de la angustia y el terror, porque nada era como lo que había visto en toda su vida, ni en la salida ni en la puesta del Sol.

Era un color humano, no natural, y tenía un aspecto siniestro y acechante.

Parecía quemar la Tierra dondequiera que la tocara.

Cuando se hizo la noche, las estrellas brillaron en rojo vivo, rojo que nunca abandonaba el cielo, y se escuchaban gritos de miedo y de dolor por todas partes.

Nuevamente, el Gran Espíritu Guerrero se presentó al Gran Abuelo, pero ahora como una voz en los cielos.

Como un trueno, la voz estremeció los campos: «Este es el tercer signo, la noche de las estrellas de sangre. Será conocido en todo el mundo porque el cielo, en todas partes, será rojo. Entonces, con el tercer signo, ya no habrá esperanza.

»La vida sobre la Tierra, como la ha vivido el hombre, llegará a su fin, y no habrá retorno ni en lo material, ni en lo espiritual. Será entonces, si el hombre no ha cambiado en los signos anteriores, cuando el humano sabrá que ha llegado la destrucción de la Tierra. Porque cuando el cielo se vuelva del color de la sangre, no habrá refugio en el mundo del hombre».

El Gran Abuelo tembló de terror mientras la voz hablaba: «A partir de este momento, desde que las estrellas sangren hasta la aparición del cuarto signo, habrá cuatro estaciones de tranquilidad. Durante estas cuatro estaciones, los Hijos de la Tierra deben internarse en las profundidades de lugares remotos y encontrar una nueva residencia, cerca de la Tierra y del Creador.

»Sólo los Hijos de la Tierra sobrevivirán, y deberán vivir en la sabiduría de la Tierra sin regresar, nunca más, a los pensamientos del hombre. Y la supervivencia no será suficiente, porque los Hijos de la Tierra deberán vivir cerca del Espíritu. Diles a todos que no vacilen cuando vean el tercer signo en las estrellas, porque sólo habrá cuatro estaciones para escapar».

El Gran Abuelo sostuvo esta visión durante una semana, y desapareció tan rápido como le llegó.

EL CUARTO SIGNO

El Gran Abuelo no supo cuánto tiempo pasó a la entrada de la Gran Caverna, ni le importaba, porque había obtenido la visión por la que había venido.

En su última noche llegó su cuarta visión, esta vez en la forma de la voz de un pequeño niño: «El signo cuarto y final se verá en los diez inviernos siguientes, después de que las estrellas sangren. Durante este tiempo, la Tierra se curará a sí misma y los hombres morirán. Durante estos diez años, los Hijos de la Tierra deberán permanecer escondidos en lugares remotos, sin un lugar de residencia permanente, evitando todo contacto con las fuerzas del hombre. Deberán permanecer ocultos, como los antiguos nómadas, y luchar contra la necesidad de retomar la destrucción de los hombres. La curiosidad matará a muchos».

Hubo un largo silencio. Después, el Gran Abuelo preguntó al niño: «¿Y qué ocurrirá al mundo del hombre?».

El niño habló de nuevo: «Habrá grandes calamidades en todo el mundo, como no es posible imaginar. Las aguas correrán sucias, envenenadas con los pecados de los hombres regando los suelos, los lagos y los ríos. Las cosechas se perderán, los animales del hombre morirán y la enfermedad matará a las masas. Los nietos se alimentarán de los despojos de los muertos y todo serán gritos de dolor y angustia. Pandillas de hombres cazarán y matarán a otros por el alimento, y el agua siempre será escasa. Más y más escasa por cada año que pase.

»Las tierras, el agua y el cielo estarán envenenados y el hombre vivirá en la cólera del Creador. Al principio, el hombre se refugiará en las ciudades, pero allí morirán. Unos pocos escaparán a lugares remotos, pero la naturaleza salvaje los destruirá. El hombre será aniquilado, sus ciudades arruinadas y, entonces, sus nietos deberán pagar por los pecados de sus abuelos y abuelas».

«¿No hay ninguna esperanza?», preguntó el Abuelo Apache.

El niño replicó: «Sólo hay esperanza durante los dos primeros signos. En el tercer signo, la noche sangrienta, ya no hay esperanza, porque sólo los Hijos de la Tierra podrán sobrevivir. Se darán estos signos de advertencia a los hombres. Si no se les presta atención, no podrá haber esperanza, porque sólo los Hijos de la Tierra serán purgados de los cánceres de la humanidad, de su pensamiento destructivo. Serán los Hijos de la Tierra quienes traerán la esperanza de una nueva sociedad, viviendo más cerca de la Tierra y del Espíritu».

Luego se hizo el silencio.

El paisaje se despejó y todo volvió a ser normal. El Gran Abuelo salió de su visión; estremecido, dijo que había vagado durante toda la

nueva estación, tratando de comprender lo que había recibido y por qué había sido elegido él para recibir el mensaje.

Lo que leí en aquellas hojas que me había dejado Nube Azul me estremeció. Parecía un anuncio de todo lo que estamos viviendo en nuestros días: hambre, enfermedades como el sida, terremotos, inundaciones, volcanes en erupción... ¡Qué claro estaba!

Antes de partir, Nube Blanca me dijo:

—Según las profecías hopi, nuestro mundo está llegando a su fin. El paso al «quinto mundo» no se encuentra lejos. Mi pueblo tuvo el encargo de transmitir el conocimiento que obtuvieron de los viajeros de las estrellas, los katchinas, al resto de la humanidad. Su parte ya está cumplida. Ahora os toca el turno a vosotros, el resto de los pobladores del planeta.

Aquellas palabras me hicieron reflexionar. Parece que algunos de los signos, de los avisos de los hopi, ya se han cumplido. ¡Están muy claros!

Pero parece que aún hay tiempo para recobrar el camino del corazón. Depende tan sólo de nosotros. De nuestra actitud y de nuestra comprensión.

Con esa carga en mi alma regresé a casa.

20

El espejo de obsidiana. Puerto del Carmen (Riviera Maya), México, primeros de septiembre de 2010

Hacía mucho tiempo que no experimentaba ningún suceso mágico, de esos hechos inexplicables que me han ido acompañando a lo largo de mi vida. Incluso estaba empezando a dudar de si estaba en el camino correcto.

Lo que me ocurrió en aquellos días me despejó las dudas.

Acababa de llegar desde Tuxtla Gutiérrez y otras zonas arqueológicas del país, pasando por Mérida y Chichén Itzá. Volvía a la tierra de los mayas, empujado por una extraña fuerza, quizás buscando la magia del país. Me acompañaban algunos nuevos guerreros que se habían iniciado en las entrañas de la tierra en la zona arqueológica de Teotihuacán.

Llevaba casi un mes en México y no había conseguido cerrar los contactos que quería conseguir para los nuevos programas que deseaba realizar desde aquel mágico país. Me sentía cansado y desilusionado. Mi viaje apenas me había servido de nada.

Había vuelto a sentir el poder de los «guerreros del arco iris», pero me sentía vacío. No había sido capaz de cerrar el círculo que había abierto con mis anteriores viajes.

Había vuelto a recibir un nuevo espejo de obsidiana —el símbolo de los nuevos guerreros del arco iris— en el nuevo temascal que habíamos celebrado cerca de la Pirámide de la Luna, en Teotihuacán.

Era como un galón más en mi uniforme de guerrero, pero no me sentía satisfecho.

Recuerdo que antes de despedirme en Playa del Carmen de Toztlí, de Ami y de nuestro nuevo hermanito (Luis), le dije al primero:

—Necesito una nueva piedra de obsidiana.

—No tengo más aquí, las he dejado en México DF —me contestó.

—Ya la conseguiremos —le dije, y olvidé el tema.

Estaba anocheciendo. Eran las siete y media.

Nos despedimos, con la promesa de un pronto reencuentro. Ellos, entre abrazos y saludos, subieron al autobús partiendo hacia el DF. Les esperaba un viaje de más de dos mil kilómetros por carreteras cortadas y anegadas por la lluvia.

A la entrada del hotel, me despedí del grupo que me había acompañado hasta allí y me fui solo a ver la playa. Después de un rato paseando por allí, me encerré en mi habitación. Estuve un rato escribiendo. Me entretuve más de lo que quería; estaba cansado y sólo me apetecía cenar algo y meterme en la cama a descansar. Llevaba un mes viajando, recorriendo más de cin-

co mil kilómetros a bordo de varios autobuses, de un lado al otro del país sagrado de los mayas, y estaba agotado.

Eran ya casi las nueve, se me había pasado una hora volando.

Me dispuse a ducharme para salir a cenar. Durante unos minutos disfruté del agua que corría por mi cuerpo.

Al terminar, alcé la mano hacia las toallas. Había cinco perfectamente dobladas, colocadas sobre mi cabeza. Tres a la derecha y otras dos a su lado. Alargué la mano para tomar una de ellas; separé la que estaba encima tapando las demás.

Me extrañó ver un pequeño cordón que la rodeaba. «Que apaños son en este hotel, cómo colocan las toallas, qué detalle, con cordón y todo...», pensé. Retiré el cordón, pensando que sólo envolvía la toalla que deseaba utilizar, y al tirar de él ¡me quedé petrificado!

Al otro extremo, perfectamente engarzado, se hallaba un espejo de obsidiana. ¡Justo la piedra que le había estado pidiendo a Toztli unas horas antes!

¿Cómo había aparecido allí? Nadie conocía mi deseo de poseer una nueva piedra, salvo Toztli, que ya se encontraba a kilómetros de distancia del lugar. Y nadie conocía el número de mi habitación para haberla dejado allí...

Me senté en la ducha, para pasar el trance. Me temblaban las piernas de la impresión. No podía darle una explicación, aunque mi mente la buscaba. ¿Cómo era posible que apareciera aquella mágica piedra allí, entre las toallas?

En ese momento llegó mi compañero de habitación, Julio, que al verme descompuesto me preguntó qué me pasaba.

No tuve palabras, sólo le enseñé la piedra. Después le dije:

—Mira lo que ha aparecido en el baño, entre las toallas,

Le conté que se la había pedido a Toztli y que de repente había aparecido en la ducha. Entonces entendió mi cara de estupefacción...

—Esas cosas sólo te pasan a ti, Miguel —me dijo tan asombrado como yo.

Terminé de secarme y me senté en la cama tratando de entender qué había ocurrido.

No había explicación.

La magia sigue funcionando... Es una buena señal...

Me quedé con eso.

Madrid, 9 de septiembre de 2010

A los tres días ya de regreso a España pude comunicar con Toztli y le conté lo sucedido. Le pregunté si había tenido algo que ver con la aparición de la piedra en aquella habitación del hotel de Playa del Carmen.

No me pudo dar ninguna explicación, estaba tan asombrado como yo. Sólo acertó a decirme:

—No he sido yo. Cuídala, esa piedra viene de allí; cuídala como un tesoro. Y no le busques explicación. La magia sigue estando contigo, hermanito. No le des más vueltas. Ya sabes que la mejor señal de que seguimos estando en el camino es la casualidad, las cosas mágicas que nos suceden en nuestra vida.

Ocurren a menudo, pero no sabemos verlas. En tu caso, has tenido suerte y son más evidentes. Ese espejo de obsidiana que ha aparecido es la prueba, la señal, de que sigues en el camino correcto.

»Así funciona la vida. Nos manda constantemente señales que hablan de magia, de sucesos inexplicables que golpean nuestra mente cuando más lo necesitamos. Aprovechalo, hermanito, y sigue, nos queda aún mucho camino por recorrer, muchas claves por encontrar, muchas ideas y sentimientos por compartir.

Y así quedó la cosa.

En algún momento llegué a pensar que Toztli la había catapultado desde el vacío de la nada hasta ese baño del hotel.

Era capaz de eso y de mucho más. Me lo había demostrado en multitud de ocasiones.

He conocido pocas personas tan sencillas, tan limpias y con tanto poder espiritual como él. No se le pone nada por delante, y cuando es necesario, es capaz de mover montañas, de hacer aparecer cosas donde no las hay, o de llenarte de vida con tan sólo una sonrisa.

Pero no había sido él.

Me quedé con la segunda opción: la vida me estaba demostrando su magia.

En esos últimos tiempos había comenzado a dudar, a preguntarme demasiadas cosas con el cerebro sin dejar hablar a mi corazón. Estaba empezando a contagiarme de una enfermedad demasiado humana: la incredulidad.

Y tuvo que sucederme ese hecho inexplicable de aparecer un nuevo espejo de obsidiana entre las toallas de un hotel perdido en México para darme una nueva prueba de que seguía en la senda.

Recordé en ese momento muchas de las palabras de los seres con los que me había encontrado en mis viajes:

—En este mundo siguen existiendo princesas, caballeros, dragones, príncipes. Sólo que ahora llevan disfraces y ni siquiera saben lo que son.

»Les hace falta un poco de magia para que se reconozcan y recuerden la senda de su vida. Y es sencillo. La propia existencia nos va mostrando el camino. Y lo hace con casualidades, con hechos fortuitos, que no tienen una explicación lógica. Si te paras un momento en tu vida y haces un poco de silencio a tu alrededor, podrás reconocerlo en tu existencia. Enseguida comenzarán a aparecer casualidades, personas en las que pensabas y que hacía tiempo que no veías, libros que llegan a tu vida sin razón aparente. Programas de radio que te dan la respuesta correcta. Es así de sencillo. Sólo hay que estar abierto a ello, y creer. Porque CREER ES CREAR. No lo olvides.

Me apunté la lección y guardé, como un tesoro, aquel regalo de los cielos.

Y, sobre todo, abrí mi mente y mi corazón para seguir creyendo...

En mí, y en los demás.

Epílogo

El Cairo, diciembre de 2010.

El Fishawi.

El café de los espejos

El Fishawi era el mejor lugar del mundo para cerrar el círculo que había iniciado casi un año antes. Estaba sentado en la misma mesa en la que comenzaron las aventuras que he contado en este libro. En esta ocasión no había música, como entonces, ni demasiados turistas.

Faltaba aún una semana para las vacaciones de Navidad y El Cairo seguía atrapado entre el ruido, la contaminación, un tráfico caótico, sus millones de habitantes llenos de esperanzas y sus mil maravillas ocultas.

Pocos sabíamos que, en pocas semanas, se iniciaría una revuelta popular histórica que haría caer al faraón Hosni Mubarak, abriendo nuevos caminos hacia la libertad en el pueblo egipcio.

Había regresado al país, por cuarta o quinta vez (ya no lo recuerdo con claridad) en ese mismo año, en cada ocasión por diferentes motivos. Esta última para recopilar fotografías y cerrar el círculo que se había abierto en mi búsqueda sobre las huellas de los dioses y los otros mundos.

Una aventura que me había lanzado, como un torbellino, por países extraños en África, como Senegal, Malí, Mauritania, Argelia. En América, por México, Perú, Guatemala, Venezuela, el Amazonas de los piaroas, Belice, la tierra de los hopi y Haití. En Asia por la India y Nepal, en Europa por Gran Bretaña y en Oriente Medio por Turquía y Egipto. Además de otros tantos viajes interiores acompañados de hermanos guerreros y maestros de las tradiciones.

El periplo tocaba a su fin, por el momento, y era hora de sacar conclusiones.

Muchos de los lugares ya los había conocido en otros viajes, en otro tiempo. Quise regresar a ellos para verlos con otra «perspectiva», la que te otorgan el tiempo y la madurez. Y muchas cosas habían cambiado... ¡Tantas!

El tiempo había pasado tan rápido que lo había arrollado todo con sus prisas.

En los lugares que visité muchos objetos misteriosos que yo había visto con mis propios ojos en otras ocasiones ¡habían desaparecido!

Lo he podido comprobar en estos últimos días de visita a Egipto. En el museo, muchas de las piezas más enigmáticas —el avión de Sakara, los *boomerangs* y algunas más— ya no estaban en sus vitrinas. ¡Habían vuelto a desaparecer!

Además, en los templos ya no dejaban realizar ninguna práctica, ni se podían dar explicaciones que no fueran las oficiales acerca de los misterios de Egipto. Sólo dejaban hacer una foto rápida, dejar la propina... y a otra cosa.

Ni siquiera me dejaron visitar a la diosa Sekhmet, que estaba encerrada a cal y canto en el templo de Karnak, con una prohibición máxima para que nadie se acercara a ella... ¡Cómo sentí no poderla ver!

En Perú las líneas iban desapareciendo poco a poco, sin explicación. El turismo y la acción del hombre estaban arruinando un legado de más de dos mil años.

¿Y qué decir de las piedras de Ica? El terremoto —enviado por los dioses ante la falsedad de los hombres, según algunos creían— las había destrozado, condenándolas a yacer en el fondo de sacos de pienso, sin dejar que la luz arrojase una pequeña explicación sobre ellas. Sin dejar que se pudieran defender de la acusación de fraude.

Y así en tantos y tantos lugares.

Las piezas, que algunos habíamos descubierto como una pista de un legado anterior, de otros mundos, de huellas del paso de los dioses por este planeta, habían desaparecido.

Recuerdo ahora las famosas pilas del museo de Bagdad, que junto a otros miles de mudos testimonios han desaparecido después de esa guerra absurda.

¿Qué estaba pasando? ¿A alguien no le interesa que la verdad salga a relucir?

Muchos de los monumentos del mundo, esas pruebas en piedra que antes poseían un poder energético indudable, ahora estaban anulados, dormidos.

Lo pude notar en muchos de ellos, excepto en la Gran Pirámide (que, al contrario, parecía más potente, más poderosa y

limpia que nunca). Y no sucedió gracias a sus guardianes y cuidadores, que siempre pretenden impedir cualquier cosa que en ella quieras hacer.

¿Qué estaba ocurriendo en nuestro mundo?

Cuando, sin razón aparente, se mandaban barcos de las marinas más poderosas del planeta a defenderse de cuatro piratas desarrapados, ¿qué sucedía?

Sólo se me ocurre una respuesta rápida.

No defiendo que todo lo que he visto y he plasmado en este libro sea un resto extraterrestre, una prueba de su paso por la Tierra. No lo afirmo porque no lo sé, porque no tengo pruebas de ello.

Pero sí digo que alguien está ocultando las pruebas más evidentes de que existieron «otros mundos», a la vez que trata de anular la fuerza mágica y espiritual de ciertos lugares del planeta.

¿De qué manera? Convirtiéndolos en lugares turísticos, acotándolos y prostituyendo su esencia. En los más poderosos, prohibiendo su acceso, sin más, o cerrándolos, anulándolos. Simplemente.

Era la prueba de que el enfrentamiento entre las dos fuerzas, la de la luz y la de las sombras, se había iniciado ya, tal y como estaba anunciado hace décadas.

Había aprendido, después de muchos viajes por el mundo, que las claves, las auténticas, estaban desperdigadas en las antiguas tradiciones de pueblos como los dogones, los hopi, los mayas o los piaroas. Había comprobado que las pruebas de esos otros mundos, de las huellas de los dioses, seguían enterradas entre

las arenas de los desiertos, en los museos, en ciudades mágicas... Y pasaban desapercibidas a nuestro lado.

Me pude dar cuenta, después de muchas preguntas, que un núcleo de «indígenas» poco «civilizados» seguían, a pesar del ruido y de las prisas, manteniendo viva la llama del espíritu. El espíritu del hombre de la tierra.

Sus voces habían comenzado a alzarse, en medio de la estupidez generalizada a la que nos empuja la televisión y nuestra forma de vida, para avisarnos. Para enseñarnos el camino.

Aprendí que las señales, las que esos pueblos sagrados nos habían dejado, ya se estaban cumpliendo. Como un grito desesperado para que nos diéramos cuenta.

Y comprendí también, en muchos de los lugares que visité, que había un denominador común, una promesa: el retorno.

El regreso de sus creadores, de aquellos que dejaron sus huellas aquí.

Pero mucho me temo que, o se dan prisa, o vamos a perder la oportunidad única para la que, según intuyo, se nos puso en este planeta.

Esa representación que me anunciaban en la puerta mágica de Aramu Muru, en Perú, parece que ya ha comenzado. Y sin avisar. Pero me temo que sus protagonistas, nosotros, no vamos a darnos cuenta de ello y no vamos a llegar a tiempo a la función.

Iniciamos un nuevo año, el 2011. Y con él una década que puede llegar a ser tremendamente prodigiosa en cambios. Pero, como dejaron escrito los hopis, es necesario que los hombres

recuperen el camino. Ese camino del corazón que nos une a la tierra y al resto de los seres humanos.

De no ser así, el ruido se apropiará de nuestra alma y seremos seres sin corazón, controlados por ese zumbido imperceptible que nos llenará la mente y el corazón para convertirnos en autómatas, y dejaremos de creer en lo mágico. Matando nuestro ser.

Es fácil saber si ya lo han conseguido contigo.

¿Aún crees en lo imposible, en lo irreal, en la magia, en la fantasía? Si es así, enhorabuena; abre tus oídos y tu corazón. Comienza a partir de ahora la revolución silenciosa. Esa en la que los seres humanos tendrán que dejarse oír.

Y el silencio será tan abrumador que lo llenará todo.

En ese instante, sentiremos dentro de nuestro corazón las claves, justo en el momento preciso en que las necesitemos.

Si, por el contrario, ya has dejado de creer... Ya estás en tu mundo.

La vibración 2

Montañas de los huicholes, México*

Algunos amigos mexicanos me habían ofrecido la oportunidad de asistir a una ceremonia mágica con los indígenas huicholes. El viaje me llevaría hasta el estado de Nayarit, en la ribera del océano Pacífico.

Tardé tiempo en poder realizar el viaje, mucho más de lo que hubiera deseado, pero, por fin, lo logré.

Me recibieron en el aeropuerto y, tras muchos agasajos, me llevaron hasta mi destino: un lugar sagrado perdido en la montaña.

Allí realizaría un nuevo viaje, pero esta vez hacia el interior, hacia la comprensión de algunos de los misterios que me ocupaban. Cuando llegamos, al atardecer, ya lo tenían todo preparado.

* Véase <http://www.espacioenblanco.es/emi1-10.asp>. Emisión 145, 29 de enero de 2010. Segunda hora. Minuto 17.30.

Me invitaron a entrar en una humilde construcción, en la que esperaban tres ancianos, dos jóvenes y Cilau, mi guía. Me dieron una cálida bienvenida y, sin perder tiempo, empezaron a preparar el viaje.

La sagrada medicina hizo su efecto y comenzó mi viaje. Sentí cómo se deshacía mi cuerpo para convertirse en luz y escuché la voz de uno de los ancianos:

—Ya estamos todos reunidos, los visibles y los invisibles. Los mundos se han unido; es el momento de encontrar las respuestas que faltan.

No era capaz de sentir mi cuerpo; flotaba en medio de aquella estancia con una increíble conciencia. Escuchaba a través de los poros de mi piel. No me hacía falta abrir los ojos para ver lo que ocurría a mi alrededor.

Lo veía por mis manos, por mi cabello, desde dentro de mí mismo. La sensación de respirar me envolvía, cálidamente, como si fuera un líquido que llenaba mi ser cargándome de vida.

Volví a sentir las palabras de mis acompañantes.

—Un día muy lejano, desde fuera de nuestro mundo, llegó una nueva raza de dioses con la única intención de dominar a los seres humanos. Su misión era controlar los buenos sentimientos que se podían recrear en un planeta como este. En poco tiempo, esparcieron sus semillas por la tierra e inocularon el virus a todos los humanos. Los efectos se irían definiendo a medida que la historia fuera sucediéndose. Al principio, uno de los síntomas fue la ignorancia, la falta de deseo por aprender. Más tarde, eso desembocaría en desidia, para, al final, convertir-

se en desesperanza y desconfianza. El egoísmo sería la principal característica de los seres humanos, que abrazarían, como único dios, al dinero. Para lograrlo, se ideó un plan, muy bien elaborado, que ha durado hasta nuestros días. La técnica utilizada en la actualidad es muy sofisticada. ¿No has sentido una vibración, un ruido casi imperceptible, sobre todo en los lugares habitados? —me preguntó el anciano.

La verdad es que yo se lo había comentado a algunos amigos: «Siempre que estoy en ciudades grandes, sobre todo en Madrid, donde paso más tiempo, siento una especie de vibración, un zumbido constante que lo llena todo y que no se escucha, pero que se siente».

Le dije.

—Eso es, exactamente, lo que está pasando. Nos están bombardeando con frecuencias de muy baja intensidad, casi imperceptibles que, sin embargo, van logrando su finalidad: inocular el virus de la desidia, del egoísmo, de la falta de fe y de creencias. Pretenden que el hombre de hoy no crea en nada más que en lo que a ellos les interesa. Programan diferentes frecuencias que provocan determinados estados de ánimo en la población mundial. Y está ocurriendo en casi todo el mundo, es la globalización. Cada día, el ser humano cree en menos cosas. Todo lo que tiene que ver con la fantasía o con lo mágico es aplastado de raíz.

»Ese sonido ataca el hemisferio derecho del cerebro del ser humano, el lugar donde residen la creatividad y la fantasía, por eso, la mayoría de las personas está dejando de creer en las lla-

madas cosas irreales. ¿Crees que lo que estás viviendo en este momento es real?

Hizo una pausa y guardó silencio mientras esperaba mi respuesta.

Un débil hilo de voz salió de mi garganta.

—¿Esto que estoy viviendo ahora es la realidad?

—Desde hace milenios, este planeta es escenario de una lucha entre dos fuerzas muy poderosas: la de la luz y la de las tinieblas. Nos han visitado huestes de los dos bandos y han dejado sus restos en la Tierra. Tú, en tus numerosos viajes, habrás encontrado múltiples huellas de su paso por aquí. No es difícil determinar a quién pertenece cada una de ellas: las que ayudaron al hombre a progresar son las luminosas; las que ataron al hombre a la esclavitud y al dominio son las de las sombras. A estos últimos les ha interesado dominar la voluntad de los hombres, anular una parte de su percepción de la realidad, una parte de su esencia, la que puede ver «más allá». Te voy a ayudar un poco. Nuestro cerebro tiene dos hemisferios, cada uno sirve para captar una parte de la realidad: el izquierdo nos desvela el mundo de la lógica; el derecho, el de la magia. Ambos instrumentos, en su conjunto, nos sirven para definir la realidad que vemos. Observa esta imagen.

A la altura de mi cabeza apareció una figura grácil, como si fuera un ángel con cuerpo de mujer, que flotaba en el espacio que había entre nosotros. Estaba parada, de repente, comenzó a girar.

—¿Cómo la ves? Si gira en el sentido de las manecillas del reloj estás utilizando el hemisferio derecho de tu cerebro, el que te muestra el mundo mágico; si lo hace en sentido contrario, estás utilizando el hemisferio izquierdo de tu cerebro, el del mundo de la lógica. Si tu percepción funciona bien, la verás girar en ambos sentidos. Esa será una pista de que, aún, eres capaz de percibir la totalidad de la realidad visible.

Me fijé en la figura, ¡era alucinante!, giraba hacia la derecha pero, de repente, se paraba y comenzaba a hacerlo en el sentido contrario. Bastaba que perdiera un poco de atención sobre ella para que cambiara de sentido.

El anciano notó mi cara de asombro.

—Ves, es muy sencillo comprobarlo. La vida nos da todas las herramientas que necesitamos para ayudarnos en la comprensión. ¿Te sorprende?

¡Estaba entusiasmado! Me frotaba los ojos para comprobarlo y la figura cambiaba de sentido.

El anciano prosiguió con sus detalles.

—El cerebro humano es un instrumento de gran precisión. Es la herramienta que nos sirve para captar la realidad, y esta depende sólo de nosotros. Podemos ver la parte positiva de la vida y aprender, o angustiarnos y ver sólo la parte oscura de la existencia; depende, únicamente, de nosotros. A eso le llamamos «actitud». Una actitud positiva nos hará ver cosas buenas, generarlas y encontrarlas en nuestra vida; una actitud equivocada nos hará perdernos en las sombras y no nos permitirá ver el lado luminoso de nuestra existencia. Depende de nosotros, de nuestra elección.

»Aunque en la actualidad existen muchas fuerzas oscuras a las que les interesa que nos sumamos en el caos y en la tristeza. Para eso utilizan esa extraña vibración, para atacar con ella la parte del cerebro que capta lo mágico y lograr inutilizar nuestra capacidad para percibir el mundo real en su totalidad. Y con ese sonido lo están logrando.

»¿Recuerdas cuando te decían “ESCUCHA EL SILENCIO”? Esa es la clave para entrar en el mundo real de la magia. La tarea está muy avanzada, ya son pocos los que creen en la fantasía. Sólo algunos iniciados siguen estas antiguas prácticas que te hacen entrar en el mundo de los llamados “sueños”. Un universo irreal en el que, a veces, se muestra la realidad tal como es en su totalidad. Tú, ahora, estás teniendo una de esas experiencias... Vívelo, guárdalo y no lo olvides. Esta es la realidad; lo de afuera es una ilusión, lo que se ha llamado “la *Matrix*”: un programa elaborado para haceros vivir una vida vacía...

Los efectos de «la medicina» se fueron disipando y la luz me golpeó en los ojos. Estaba amaneciendo.

Cilau me tomó de la mano y me ayudó a incorporarme. No sabía cuánto tiempo había pasado. Me había sumergido en un viaje fuera del tiempo y del espacio. Pero la globalización me atrapaba de nuevo y me hacía volver a eso que llamamos realidad.

Nos reunimos en torno a un fuego que habían encendido los ancianos en el centro de la estancia, pero nadie hablaba; tan sólo nos lanzábamos miradas furtivas y esbozábamos sonrisas de complicidad.

Me sentía renacido, con una conciencia infinita y con nuevas capacidades dentro de mi ser. Como si me hubieran limpiado por dentro, sacándome todas las impurezas que había acumulado durante mi vida y que me impedían ver la realidad. Todo brillaba a mi alrededor; los sonidos eran espléndidos; las cosas tenían vida. Era precioso.

Antes de marcharme, el anciano volvió a hablar.

—Ahora ve, sal ahí afuera. El mundo te espera para saber si has aprendido la lección.

Dejé atrás aquellas montañas de los huicholes y volví al mundo de los ruidos y las prisas.

Madrid, diciembre de 2010

En casa me esperaba el trabajo: programas, invitados, una nueva visita a Egipto... Todo se me agolpaba, haciendo que la sensación de liquidez cristalina que había adquirido en mi último viaje se fuera desvaneciendo.

No quería que ocurriera, pero debía atender mis obligaciones y comencé a abrir correos pendientes.

Uno de ellos me golpeó en el centro del cerebro. Alguien me mandaba una imagen que circulaba por internet.* Al abrir el correo y ver aquella sutil imagen de mujer, una cascada de sensaciones cayó sobre mí. No era la imagen que

*Véase <http://helektron.com/como-saber-que-lado-del-cerebro-utilizamos>.

había visto en mi reciente experiencia, pero se le parecía mucho.

Se trata de un ejercicio, infantil si se quiere, pero que puede ayudarnos a comprender qué hemisferio de nuestro cerebro estamos utilizando. Haced el experimento; ved cómo cambia de sentido el baile de la mujer. Intentadlo.

Eso me hizo interesarme algo más por los hemisferios cerebrales y sus funciones, e investigué un poco:

El cerebro humano consta de dos hemisferios unidos por el cuerpo caloso; ambas partes están relacionadas con áreas muy diversas de actividad y funcionan de modo muy diferente, aunque complementario.

Podría decirse que cada hemisferio percibe su propia realidad.

Nuestros cerebros son dobles y cada mitad tiene su propia forma de conocimiento, su propia manera de percibir la realidad externa.

Podríamos decir, en cierto modo, que cada uno de nosotros tiene dos mentes conectadas e integradas por el cable de fibras nerviosas que une ambos hemisferios. Ningún hemisferio es más importante que el otro. Para poder realizar cualquier tarea necesitamos usar los dos hemisferios, especialmente si es una tarea complicada.

Lo que se busca siempre es el equilibrio.

Cada hemisferio cerebral tiene un estilo de procesamiento de la información que recibe.

Hemisferio izquierdo

El hemisferio izquierdo procesa la información analítica y secuencialmente, paso a paso, de forma lógica y lineal.

El hemisferio izquierdo analiza, abstrae, cuenta, mide el tiempo, planea procedimientos paso a paso, verbaliza, piensa en palabras y en números; es decir, contiene la capacidad para las matemáticas y para leer y escribir.

Conoce el tiempo y su transcurso. Se guía por la lógica lineal y binaria.

Este hemisferio emplea un estilo de pensamiento convergente: obtiene nueva información al usar datos ya disponibles, formando nuevas ideas o datos convencionalmente aceptables.

Aprende de la parte al todo y absorbe rápidamente los detalles, hechos y reglas. Analiza la información paso a paso. Quiere entender los componentes uno por uno.

Hemisferio derecho

El hemisferio derecho, por otra parte, parece especializado en la percepción global, sintetizando la información que le llega. Con él vemos las cosas en el espacio y cómo se combinan las partes para formar el todo.

Gracias al hemisferio derecho, entendemos las metáforas, soñamos, creamos nuevas combinaciones de ideas.

Es el experto en el proceso simultáneo o proceso en paralelo; es decir, no pasa de una característica a otra, sino que busca pautas.

Procesa la información de manera global, partiendo del todo para entender las distintas partes que componen ese todo.

Es el hemisferio holístico, intuitivo en vez de lógico; piensa en imágenes, símbolos y sentimientos. Tiene capacidad imaginativa y fantástica, espacial y perceptiva. Se interesa por las relaciones.

Este método de procesar tiene plena eficiencia para la mayoría de las tareas visuales y espaciales y para reconocer melodías musicales, puesto que estas tareas requieren que la mente construya una sensación del todo al percibir una pauta en estímulos visuales y auditivos.

Con el modo de procesar la información usado por el hemisferio derecho, se producen llamaradas de intuición, momentos en los que «todo parece encajar» sin tener que explicar las cosas en un orden lógico.

Cuando esto ocurre, uno suele exclamar espontáneamente: «¡Ya lo tengo!» o «¡Ah, sí, ahora lo veo claro!».

Este hemisferio emplea un estilo de pensamiento divergente, creando una gran variedad y cantidad de ideas nuevas, más allá de los patrones convencionales.

Aprende del todo a la parte. Para entender las partes necesita partir de la imagen global.

No analiza la información; la sintetiza.

Es relacional, no le preocupan las partes en sí, sino saber cómo encajan y se relacionan unas partes con otras.*

Aquella lectura me hizo comprenderlo un poco mejor: bloquear un hemisferio de nuestro cerebro nos condena a una visión limitada de la realidad. Si se nos bloquea el hemisferio derecho, perdemos la capacidad de sentir la fantasía, la magia de la vida.

Eso es lo que, al parecer, están intentando con los humanos del planeta.

La llamada «globalización» está llevando hasta los lugares más recónditos de nuestro mundo una forma homogénea de vivir, de pensar, de vestir, de sentir, de ser, de comer.

Una nueva religión se ha instaurado en el mundo: el culto al dinero. Es curioso cómo los gobiernos de todo el mundo han salvado a los bancos en esta crisis que estamos sufriendo a nivel planetario.

Los bancos y la bolsa son las nuevas iglesias. Hay que salvarles a ellos y no a los seres humanos.

Y, en medio de todo esto, ese ruido imperceptible que lo llena todo. ¿Lo sentís?

Ahora, agudizo mi oído para sentir esa sucia vibración que nos está haciendo ser, cada día, más máquinas, y trato de escapar de ella.

La clave está en practicar el silencio, en «sentir el silencio».

*Véase <http://www.personarte.com/hemisferios.htm>.

No te dejes abatir por el extraño zumbido que nos hace sordos y ciegos a la magia...

Busca la salida. Existe.

Está ahí, ante tus ojos... Te invito a encontrarla.

CREER ES CREAR.

Si no crees en princesas ni en dragones, ni en caballeros ni en la fantasía, ya estás convertido a la religión del futuro.

A lo peor, ya te han inoculado ese virus que nos lleva a la desidia, a la ignorancia, a la incredulidad.

Pero aún hay esperanza.

Como decía mi amigo Enrique de Vicente en su prólogo:

Las puertas estelares —que los iniciados en la antigua sabiduría diseñaron cuidadosamente en monumentos megalíticos, templos, pirámides, catedrales y otros lugares de poder— están a punto de abrirse y permitir que afluya a nuestro mundo la luz celestial de la que se vio privado durante milenios y que puede avivar su adormecida conciencia.

La *Matrix* en que vivimos inmersos tiene sus días contados.

En el fondo de tu ser, amigo lector, tú lo sabes.

Sólo hace falta que despiertes de tu sueño milenario y te atrevas a saltar fuera del redil.

Ahora es el momento.

De ti depende creer, o no, lo que aquí has leído...

Agradecimientos

A Miguel Pedrero, por su ayuda con el Tassili.

A Jaime Barrientos, por su valiosa aportación en las calaveras de cristal y los vímanas.

A...

Emilio Fiel.

Enrique de Vicente.

Lorenzo Fernández Bueno.

Vicente Cassanya.

Fran Contreras.

Pedro Palao.

Juan José Revenga.

Javier Sierra.

Antonio Piñero.

Ibrahim Soleiman.

Jaime Mausant.

Carlos y Trobi, mis guías en el Amazonas.

Jorge Luis en el lago Titicaca.

Martín en Londres.

Ahmed en Mauritania.

Mamadoú en Senegal.

Om en India.

Cilau en Nayarit, México.

Toztli y a Ami. Los guerreros mexicas. Al Gorila, el guardián de Teotihuacán, en México.

Al equipo de *Espacio en Blanco*.

A Pedro Espadas, mi editor, por su paciencia.

Y en especial, a mi familia. A Patricia Respuela, por toda su comprensión por mis ausencias y por su ayuda constante.

A todos vosotros, los que ya habéis iniciado la «REVOLUCIÓN SILENCIOSA».

Y, en especial, a esos millones de seres que en el mundo árabe, justamente en estos días, han comenzado su revolución.

Para contactar con el autor:

www.espacioenblanco.es

contacto@espacioenblanco.es

